Dos hermanas. Una terrible mentira.
Una familia rota.



La hija equivocada

DANDY SMITH

DANDY SMITH

La hija equivocada

Traducción de
Ana Herrera Ferrer

Grijalbo

Para Mel Neville (de soltera, Monteath).
Que las líneas de tu lápiz de ojos estén siempre igualadas

Prólogo

Son hermanas. Tienen diez y trece años, respectivamente. Están solas en casa. Ninguna de las dos ve al hombre que las vigila desde el bosque que hay detrás del edificio.

La mayor, Olivia, está al cargo, mientras sus padres se encuentran fuera. Hay dinero para una pizza en el mostrador de la cocina y una lista de teléfonos de urgencias sujeta en el frigorífico. Olivia ni siquiera los mira; Blossom Hill House está en Stonemill, una población con mercado idílica, en el corazón de Somerset, un lugar donde la gente se siente tan segura que deja las puertas de sus casas abiertas.

A las seis de la tarde, las chicas se ponen los zapatos. A pesar de las instrucciones que tienen de irse a la cama a las nueve, Olivia ha decidido que dejará que Caitlin se quede despierta media hora más tarde, y con la mano de su hermana cogida en la suya, sale a caminar bajo el sol veraniego, ya que las advertencias de sus padres de que se queden en casa han volado de su mente como los vilanos de un diente de león.

Las chicas cierran la puerta delantera color azul marino con el tirador de latón en forma de abeja, pero sin llave. Caitlin levanta la vista y echa de menos los bonitos pétalos rosa que caen del cerezo que tienen en el jardín durante la primavera. Giran a la derecha al

salir por la cancela, y luego a la izquierda, y siguen por la carretera que conduce al mercado de alimentación. Con el dinero de las pizzas se compran unos bocadillos hechos con rebanadas grandes de pan de corteza crujiente, jamón ahumado y un queso intenso. En la tienda siguiente, la panadería, compran unos brownies de chocolate oscuro y delicioso, y unas botellas de limonada muy fría. Se van con su tesoro y corren hacia el prado repleto de flores silvestres. Allí, entre los nomeolvides de color azul intenso y manchas intensas de ranúnculos amarillos, disfrutan horas y horas en la hierba que ha calentado el sol. El verano se extiende ante ellas como un lienzo en blanco, esperando a ser pintado y lleno de posibilidades y aventuras.

Olivia vuelve el rostro hacia el cielo y suelta su trenza dorada y gruesa. Se peina el pelo con los dedos, hasta que le cae como una cascada rubia por la espalda. Caitlin coge un mechón de su propio cabello, de un castaño oscuro y aburrido según su opinión, comparándolo con la maravilla soleada de su hermana. Notando que Caitlin la mira con burla, Olivia dice:

—Tienes el pelo muy brillante, de un rojo oscuro cuando le da la luz, Kitty-Cate.

Ella sonríe a Olivia, coge al vuelo el cumplido y lo aprieta muy fuerte contra su pecho.

Las chicas se sientan y hacen collares con cadenas de margaritas. Se acaban los últimos restos de su pícnic, ya calentado por el sol, y se beben los últimos sorbos de limonada. A la luz balsámica del atardecer, Olivia hace una voltereta lateral perfecta en el prado. Tiene los miembros largos y bronceados, y una simetría impecable. Se ofrece a ayudar a Caitlin. Caitlin es torpe y mal coordinada, y le da miedo equivocarse. Caitlin miente, fingiendo que tiene el tobillo

resentido, porque sabe que nunca será capaz de imitar la gracia fácil de Olivia. Vive muy contenta a la sombra alargada de su hermana. No en el sentido de que sea menos querida por sus padres, porque estos adoran a las dos niñas por igual. Más bien lo que pasa es que Olivia, al ser la mayor, fue la primera que habló, y caminó, e hizo la voltereta. Caitlin siempre la sigue un poquito por detrás. Se siente feliz y a salvo a la sombra de su hermana.

Las chicas se quedan tumbadas en la hierba y levantan la vista hacia las nubes de un blanco lechoso, en el cielo infinitamente azul; señalan formas que ven, como una liebre que salta, el sombrero de una bruja, una zapatilla de ballet. Si conocieran los horrores de esa noche, o la brutal realidad de mañana, querrían detener el tiempo, hundirse en esa cálida tarde de julio. En este momento son jóvenes y no tienen preocupaciones, y su futuro es tan natural y silvestre como el de la pradera que las rodea. Y aunque no lo saben todavía, esta es la última tarde perfecta que compartirán ambas hermanas.

Las chicas van volviendo a casa, respirando el aroma fresco de la hierba cortada y escuchando el sonido lejano de una furgoneta de helados. Pasan junto a la casa de Florence. La esbelta chica con la melena parisina color negro tinta, sentada junto a la ventana de su dormitorio, mira hacia afuera con apatía, con la cabeza apoyada en las rodillas. Aquel día, el último de colegio, la han reñido por llevar la falda demasiado corta. Olivia y Florence son las mejores amigas del mundo. Son las reinas de la escuela Southfield para chicas. Tienen esa amistad fácil, sin esfuerzo, que tanto anhela Caitlin. Cuando Florence ve que las hermanas Arden están ante la cancela de su casa, se le ilumina la cara y se quita los auriculares del reproductor de MP3. Las saluda con la mano pero permanece en silencio, por si

su madre acecha por allí cerca. Las hermanas le devuelven el gesto. Más tarde la policía preguntará una y otra vez a Florence a qué hora exactamente vio pasar a las chicas por delante de su casa. Su respuesta cambiará una y otra vez, porque no estará segura. Durante el resto de su vida prestará mucha atención a la hora que es.

En casa, las chicas se ponen sus pijamas de algodón, los dos iguales. Se sientan en el enorme sofá frente al televisor con un cubo lleno de palomitas entre ellas. No ven al desconocido que acecha en la parte de atrás de su jardín, vigilándolas.

Más tarde, Caitlin sube al piso superior para ir al baño y se detiene ante la puerta del dormitorio de su hermana. En el interior de la habitación de Olivia, Caitlin ve una libreta de color verde hoja, en el tocador. La coge. Por el terciopelo suave y la abeja dorada que tiene bordada en la cubierta se ve que es cara. Nada que ver con esas libretitas finas de la vieja papelería de la ciudad. Caitlin está a punto de abrir la primera página cuando su hermana aparece en la puerta.

Olivia se detiene y sus ojos se estrechan un poco al llegar hasta Caitlin. No está furiosa; Olivia nunca se pone furiosa. Tiene confianza y compasión. Determinación y dulzura. Sin decir una sola palabra, tiende la mano con la palma hacia arriba. Con las mejillas rojas y la culpa aleteando en el estómago, junto con la merienda y las palomitas, Caitlin le entrega la libreta, pero reúne el valor suficiente para preguntarle de dónde ha salido.

—No es una libreta, es un diario —la corrige Olivia, porque las libretas son para niñas, y los diarios para mujeres jóvenes—. Me lo ha regalado un chico —sigue entonces, colocándolo con mucho cuidado en su tocador—. El chico del autobús.

Esto no sorprende a Caitlin. A veces, cuando Olivia vuelve a casa desde la parada del autobús, entra en la floristería que hay en la avenida Honeysuckle y compra un ramito pequeño de flores para su madre. A veces, como es muy guapa, se las dan gratis. Una lección que aprendió Caitlin desde pequeña es que a la gente guapa a veces le regalan cosas bonitas. Como flores. O diarios.

—Me dijo que escribiera y lo llenara entero —dice Olivia.

Caitlin arrugó la nariz.

—¿Entero?

—Sí, enterito.

Le pregunta quién es ese chico.

—Pues un chico, nada más —la sonrisa de Olivia es misteriosa—. El chico del autobús.

Después la policía buscará al «Chico del Autobús». Nunca lo encontrarán. Pero sí, lo buscarán.

En la cama, cuando le entra sueño, Caitlin desea tener un diario propio. Uno exactamente igual que el de Olivia. No oye el jadeo excitado del aliento del hombre en las puertas del jardín abiertas, en el piso de abajo, ni huele su colonia al introducirse silenciosamente en la casa. Sencillamente, se duerme.

Momentos más tarde Caitlin se despierta de golpe, extraída abruptamente de sus sueños. La noche es muy oscura a su alrededor. No está segura de qué es lo que la ha despertado. Se incorpora en la cama y escucha.

Silencio.

Sabe que pasa algo malo. Es un instinto que desconoce, pero que le parece muy real, mientras el corazón le late apresuradamente en el pecho. Poco a poco, en silencio, sale de la cama y pisa el suelo de

madera. Se queda quieta como una estatua junto a la puerta. Está entreabierta, un palmo. Aunque su dormitorio está sumido en la oscuridad, la luz de la luna bloqueada por las pesadas cortinas, hay una ventana alta y redonda con una vidriera en el rellano, que baña el espacio que hay más allá de su habitación con un fantasmal brillo plateado.

Contiene el aliento y escucha. Aparte del sonido de la sangre en sus oídos, oye que la puerta de la habitación de su hermana se abre hacia el descansillo. Los dedos de Caitlin rodean el frío picaporte de metal, pero el instinto la detiene y no abre la puerta de par en par. Unos pasos pesados y regulares interrumpen el silencio. No pertenecen a su hermana. Caitlin no se mueve. No emite ni un solo sonido. No parpadea siquiera cuando su hermana aparece a la vista. Y también lo hace una figura alta y ancha, demasiado alta y demasiado ancha para ser otra cosa que un hombre. El horror ruge, infernal, en las tripas de Caitlin. No puede verle la cara, porque la lleva tapada con una máscara veneciana con la nariz larga y la frente arrugada. Es grotesco e irreal, como algo procedente del circo. Solo cuando guía a Olivia a la parte superior de la escalera el cuchillo que lleva apretado contra la garganta de su hermana refleja la luz de la luna.

El miedo inunda el pecho de Caitlin, una llama que sube hasta la garganta y le sale por la boca en un grito febril. Momentáneamente el cuchillo desaparece en la bolsa negra que él lleva al hombro. El hombre enmascarado rodea con una mano el cuello de Olivia y la vuelve ligeramente. Está frente a la puerta del dormitorio de Caitlin. Olivia levanta la vista. Sus miradas se encuentran. Aprovechándose de la pequeña distracción del hombre, Olivia levanta un dedo

tembloroso y se lo lleva a los labios, rogando a su hermana que se calle. Las manos de Caitlin vuelan hacia su boca, conteniendo el grito que ha surgido como la bilis. Con un temor silencioso, ve que el hombre saca una segunda máscara veneciana de su bolsa y se la coloca encima de la cara a Olivia. Tiene un dibujo oscuro, verde y dorado, como el diario. El cuchillo vuelve a la garganta de la chica y el hombre se la lleva escaleras abajo. Caitlin piensa en el sol poniente que se hunde tras el horizonte. Que desaparece en la oscuridad.

Momentos más tarde oye que se abre y luego se cierra la puerta de atrás. Nota en su sangre que todo ha terminado. Se queda allí de pie un poco más, recordando la imagen de su hermana que se lleva un dedo a los labios. No está segura del tiempo que pasa paralizada en la puerta, antes de que se rompa finalmente el hechizo y se vuelva a introducir en la precaria seguridad de su dormitorio. Bajo las mantas de su cama se acobarda, temblando como un perro abandonado.

Está sola.

No comprende en realidad lo muy sola que está. Pero lo está y lo estará. En los meses y años que se avecinan, llegará a comprender muy bien lo que significa «estar sola».

Faltan horas para que vuelvan sus padres. Son felices, esa noche para ellos es un torbellino de vino tinto, comida deliciosa y buena conversación. Es casi la una de la mañana cuando suben las escaleras dando traspiés para ir a ver a sus niñas. Aunque la habitación de Olivia es la más alejada, es la primera que comprueba su madre. No se preocupa al ver la cama vacía, convencida de que

sus dos hijas están acostadas juntas, con brazos y piernas entrelazados, en la habitación de Caitlin.

Lo comprueba. Y lo que encuentra es a su hija menor, solo a la menor, pálida y temblorosa. El relato que hace Caitlin de un hombre enmascarado con la nariz larga, de un cuchillo, de un diario secreto y del Chico del Autobús, del sol poniente y del secuestro de Olivia en mitad de la noche, es confuso y demasiado rápido. Si no fuera por la cama vacía de su primogénita, su madre no lo creería.

Lo que llega después es un estallido de ruido y luz artificial, la policía invadiendo su casa, correteando por todas partes, como hormigas. Olivia ha desaparecido. Su diario tampoco está. Su padre promete a Caitlin que Olivia volverá. Que su madre dejará de hacer esos ruidos rotos, animales. Que todo volverá a ir bien. Caitlin no contesta. No contesta porque sabe la verdad, la nota en cada latido de su corazón, incluso en el rojo intenso de su sangre: su hermana no volverá nunca a casa.

1

Verano

Caitlin Arden

Es el último día del año escolar. Los niños se han ido en bandada, llenos de euforia vacacional y veraniega. Solo queda una de mis alumnas de cinco años. Miro el reloj. Su madre se retrasa cuarenta minutos. La señora que supervisa el club de extraescolares ya se ha quejado de que la familia de Natalie se aprovecha y no llega nunca a tiempo a recoger a su hija. Como el club de extraescolares no funciona el último día del trimestre, estamos solas Natalie y yo, y la señorita Jones en el aula de al lado.

Natalie está dibujando y no parece preocupada en absoluto por la ausencia de su madre. Me arrodillo junto a la niña y le dedico mi sonrisa más amplia. Ella no tiene la culpa de la constante tardanza de sus padres.

—Qué dibujo más bonito —le digo.

Ella me sonríe.

—Es mi familia en la playa. Vamos a Grecia este verano.

En su dibujo hay dos figuras grandes hechas con palotes y dos más pequeñas. La más pequeña de todas, con su falda rosa y su pelo rojo, está sola, apartada, situada en la esquina más alejada de la página. Señalo hacia ella.

—¿Y esta quién es?

—Mi hermana pequeña, Charlotte —suspira y coge un lápiz de color azul para pintar el mar—. Es muy pesada, de verdad.

Miro la ilustración y aunque solo es un dibujo infantil, noto un pinchazo de tristeza por la figura que está sola en la arena. Es inevitable que las hermanas se peleen, especialmente a esa edad. Probablemente no debería decir nada, pero las palabras brotan de algún lugar melancólico de mi pecho.

—¿Sabes? —digo, en voz baja, para que ella tenga que dejar lo que está haciendo y me escuche—. Ser la hermana mayor es muy importante.

Ella estrecha los ojos.

—¿Por qué?

—Porque tu hermana pequeña siempre se fija en ti. Te quiere muchísimo —cojo aliento, pensando en Olivia—. Probablemente eres la mejor amiga que tendrá en su vida.

La naricilla se arruga un poco, pensativa. Ella mira su dibujo y suavemente pasa un dedo por encima de su hermana triste y solitaria. Cuando levanta la vista de nuevo, su rostro se ilumina, lleno de curiosidad.

—¿Tiene usted una hermana, señorita Fairview?

Su pregunta, con toda su inocencia, penetra en mi interior, y la respuesta se me queda enganchada en la garganta. No es tan fácil

como decir sí o no. No lo ha sido desde el día que secuestraron a Olivia.

—Siento llegar tarde. ¡Lo siento! —Doy un respingo al oír la voz femenina y me vuelvo hacia ella. Viene corriendo y atravesando el aula. Como Natalie se unió a mi clase más tarde, es la primera vez que veo a su madre. Lleva unos pantalones de yoga Lululemon, el pelo rojo recogido en una corta coleta—. ¡Y el último día de clase, nada menos! Perdón…

Al acercarse noto un pinchazo de reconocimiento, pero indefinido. Sí, la conozco. ¿Cómo es que la conozco?

—Espero no haberla entretenido demasiado tiempo —me dice.

Yo me pongo de pie.

—No, no, en absoluto —le aseguro, aunque tendría que haber recogido a la niña hace cuarenta y cinco minutos.

—¡Estupendo! —Se vuelve hacia su hija, que ha desechado el dibujo original y ha empezado otro nuevo en una hoja en blanco—. ¿Le has dado a la señorita…? —Me mira y hace una mueca, que supongo que es una disculpa por olvidar mi nombre.

—Fairview —añado yo.

—¡Fairview! —repite ella, en voz alta, como si acabase de cantar bingo en una gala. Pone la mano en la cabeza de su hija y la pasa por su larga trenza de un rubio claro—. ¿Le has dado su regalo a la señorita Fairview?

Natalie asiente, pero no levanta la vista.

—Sí, me lo ha dado. Gracias —digo, pensando en la taza de porcelana color crema, de muy buen gusto, y los bombones belgas. Tengo muchas tazas ya: para Navidad y para el fin de cada año escolar me regalan docenas, sobre todo con «La mejor profesora del

mundo» impreso en la parte delantera. Me siento culpable por no poder conservarlas todas, pero al menos la tienda de beneficencia local está siempre bien provista.

—De nada —dice ella. Su mirada se fija en la mía como si intentase situarme también—. Soy Laura.

Y de repente se hace la luz. Laura era una de las mejores amigas de Olivia en la Escuela Southfields para Chicas. Han pasado quince años desde la última vez que la vi, en la vigilia por el primer aniversario de la desaparición de Olivia. La familia de Laura se trasladó después de aquello. Ella forma parte de nuestro pasado, trasplantada en medio de mi nuevo presente.

—Me alegro de conocerla —digo, rogando que no me identifique tampoco.

Ella sonríe con ojos interrogantes. Quiero irme del aula. Hoy, tan cerca del décimo sexto aniversario, no podría soportar sacarlo a relucir con una virtual desconocida que seguramente actuará como si el hueco que dejó Olivia en su vida fuese tan grande como el que dejó en la mía.

—Es un dibujo muy bonito —le dice Laura a su hija.

Yo bajo la vista, agradeciendo la distracción. En su dibujo, dos niñas juegan a la rayuela juntas en un parque.

—¿Eres tú esta de aquí? —pregunta Laura a Natalie, señalando la figura hecha con palotes y con el pelo amarillo pintado con lápiz de color.

Ella asiente.

—Y esta es Charlotte —dice, y va a coger el lápiz naranja.

Una sonrisa se extiende por mi rostro como la miel cálida.

Laura también sonríe.

—¡Ah, cariño, es precioso! Qué sorpresa más bonita… —Y luego, volviéndose hacia mí, dice—: Ya sabe, las hermanas siempre peleándose, ¿verdad? Cuando se portan mal la una con la otra, tengo que recordarme que cuando crezcan serán las mejores amigas.

Mi sonrisa vacila un poco al invadirme una oleada de añoranza por Olivia. Como no confío en mí misma para hablar, solo asiento con la cabeza. Normalmente se me da muy bien ahogar la oleada de emoción que siento cada vez que pienso en Olivia, pero hoy, el día antes del aniversario, me deshago como un pastelito, y las migas se desprenden de mí al más ligero contacto.

—La señorita Fairview ha dicho que ser hermana mayor es importante porque yo soy la mejor amiga que tendrá jamás Charlotte —recita Natalie.

Laura me mira fijamente. Ha dejado de acariciar el pelo de Natalie. Ahora me ve por primera vez. Me ve de verdad. Ha seguido el rastro de migas a través del bosque enmarañado, y ha llegado a la casita de turrón.

—¿Caitlin? —aventura, en voz baja—. ¿Caitlin Arden?

Estupendo.

Mi mirada vuelve de inmediato hacia Natalie, pero ya no presta atención. Para ella esta conversación es dolorosamente aburrida, y tiene lugar por parte de adultos dolorosamente aburridos, muy por encima de su cabeza. Pero aun así me aparto de ella y me voy a mi mesa, no queriendo que ella use ese nombre frente a otros alumnos, por si llega a los padres. Aquí, en el colegio, soy la señorita Fairview, profesora de la clase de quinto. En todos los demás sitios no puedo escapar del hecho de ser Caitlin Arden, hermana de la niña Arden

desaparecida. Empiezo a arreglar los libros de ejercicios poniéndolos en una pila ordenada, para que Laura no note que me tiemblan mucho las manos.

—Eres Caitlin, ¿verdad? —me presiona ella.

—Sí.

Ella está conmocionada.

—Soy Laura, conocía a tu…

—Ya lo sé.

Silencio.

Me cuesta toda mi fuerza de voluntad no volverme y alejarme a toda prisa del aula. No puedo hacerlo. Necesito encontrar un motivo para huir. Ahora mismo.

—Siento no haberte reconocido —dice, examinándome como si fuera un objeto muy extraño exhibido en un museo. Algo fascinante de hace mucho mucho tiempo—. El nombre… ¿Estás casada? —Mira entonces mi mano izquierda. El anillo solitario que nunca me ha parecido que me perteneciera. Y sin anillo de boda.

—Comprometida —la corrijo—. Fairview es el nombre de mi prometido.

Ella frunce el ceño, confusa al ver que uso el nombre de él antes de haber pasado por la iglesia.

—Bath es una ciudad pequeña —le digo, dejando que mis palabras queden flotando.

Ella las capta. Las inspecciona. Se da cuenta de que el nombre de Arden está intrínsecamente ligado a la desaparición en Blossom Hill House.

—Ah, ya veo. Bueno, no les diré nada a los otros padres. No les incumbe este asunto.

Pero durante mucho tiempo, los medios de comunicación lo convirtieron en un asunto de interés nacional. Cogieron la historia y se regodearon con el cadáver, desprendiendo toda la carne de los huesos hasta que no quedó nada.

—Gracias.

Nos quedamos calladas otra vez. Lo único que se oye es el roce del lápiz de Natalie en el papel. En realidad no quiero recordar a mi hermana desaparecida con una mujer que es prácticamente una desconocida, pero no sé muy bien cómo dar por concluida la conversación sin parecer maleducada. Después de todo, este es mi lugar de trabajo. Debo seguir siendo profesional.

—¿Todavía dibujas? —me pregunta Laura.

Su pregunta me coge desprevenida. No sé por qué, pero se me acelera el pulso.

—¿Cómo sabes…?

—Olivia siempre nos estaba hablando del talento que tenías. O que tienes, supongo —sonríe, animosa—. ¿Sigues dibujando, entonces?

—Pues no —miento. Su sonrisa se apaga. No se lo estoy poniendo fácil. Soy toda espinas y bordes cortantes. Intento suavizarlo un poco—. Pero gracias por preguntar. Significa mucho para mí saber que Olivia… —tropiezo al decir su nombre. Ya no suelo pronunciarlo en voz alta nunca. Cuando se la llevaron, lo decía mil veces al día en nuestra casa, lo susurraba con la reverencia de una plegaria. Trago saliva. Luego sonrío y vuelvo a empezar—. Es muy bonito saber que Olivia hablaba de mí.

—Ah, sí, todo el tiempo. Ella…

—¡Mamá! —la llama Natalie, echando su silla para atrás. Se echa a correr agitando el dibujo por encima de su cabeza—. ¡Terminado! —Se lo tira a Laura. Luego se aparta los mechones de pelo sueltos de la cara—. ¿Puedo merendar ya, por favor?

Se van enseguida, después de eso. Laura me da su número y dice que tenemos que quedar. Yo sonrío y accedo, aunque no tengo intención alguna de verla fuera del colegio. Suena cruel, y quizá lo sea, pero demasiadas veces he buscado consuelo en otras personas que conocían a Olivia, intentando reunir los fragmentos de ella que poseían, y acababa por descubrir que era una búsqueda engañosa, porque nadie la conocía como yo. Ni siquiera Florence. Soy yo quien guarda los fragmentos más preciosos y brillantes de lo que era Olivia. Es cierto que a lo largo del tiempo han ido quedando algo abollados y baqueteados, pero aún los conservo. Y luego están las preguntas que yo no quiero responder. La curiosidad morbosa por «aquella» noche. O lo que vi. O cómo ocurrió. O lo que yo hice o dejé de hacer para evitarlo. Me veo arrastrada al pasado una y otra vez. No, no quiero volver a ver a Laura. Saco el móvil y borro su número. Luego me apoyo en mi mesa, frente a la clase. Tengo un mensaje de mamá.

«¿Cómo estás, cariño? ¿Ya has llegado a casa?».

Recibo un mensaje parecido cada día. Se preocupa. Siempre está preocupada. Convencida de que el destino es tan malvado que me podría llevar también. Contesto antes de recibir el mensaje habitualmente firme de papá, en las raras ocasiones en que rompe su silencio, dándome instrucciones de que responda de inmediato a mi madre. Le digo que estoy bien. Que me he quedado en el colegio haciendo algo de papeleo y que después me iré en coche a casa,

con Oscar. No le digo que voy a reunirme con Florence en la ciudad para tomar una copa. Que voy a coger el último autobús para volver a casa. Se preocuparía mucho, y no puedo soportar causarle más ansiedad.

Todavía en el aula, me cambio la ropa de trabajo y me pongo el vestido rojo de lunares que me he traído. Luego meto la blusa y el pantalón que llevaba debajo de mi escritorio. Tengo seis semanas de vacaciones este verano, pero volveré antes para prepararlo todo para septiembre.

Con tiempo libre, antes de tener que irme, me siento en uno de los pupitres y me pongo las sandalias blancas de tacón. Luego cojo el móvil y consulto las redes sociales de Ilustraciones Wanderlust. La semana pasada llegué a los 41.000 seguidores. Desde entonces mi proyecto secreto me ha conseguido otros 300. He tenido suerte, porque bastantes cuentas importantes y agencias de noticias de arte han compartido mis obras: ilustraciones hechas a mano de lugares emblemáticos locales, formando collages con retales de telas antiguas. Un poco del pasado traído al presente.

Entro en mi último post, que es mi ilustración más vendida: «El puente Pulteney de Bath al ponerse el sol». El cielo es de una tela floral antigua, de un amarillo mostaza. En la foto, mi ilustración está aumentada hasta el tamaño A3 y se ha colocado junto al propio puente. Mi mano resulta visible en la esquina inferior derecha. Mantengo en secreto mi identidad. Quiero que la gente compre mi arte porque le gusta, no por ser la hermana de aquella chica Arden que desapareció. Esa cuya cara apareció en las noticias durante semanas después de su desaparición. Voy pasando los comentarios.

Son excelentes, llenos de alabanzas. La felicidad se unta en mi cuerpo como la mantequilla en una tostada caliente.

Oscar sabe lo de Wanderlust. Es la única persona que lo sabe. A veces querría compartirlo con mis padres. Estarían muy orgullosos. Sé que lo estarían. Pero mamá también se preocuparía mucho. Tendría miedo de que abandonase mi carrera en la enseñanza para ser artista. No me dijo exactamente que no pudiera estudiar Bellas Artes en la universidad, pero sí me planteó para qué me serviría una licenciatura de ese tipo. Me cuidé mucho de responder «para ser feliz» porque, por supuesto, ella quiere que sea feliz, pero sobre todo lo que quiere es una carrera segura, estable, de fiar, para la única hija que le queda. Una cosa menos de la que preocuparse. Se ilusionó mucho cuando mostré un mínimo interés en Filología Inglesa…, la carrera que ella había estudiado. Ella me ponía folletos de las universidades locales en la mesa del comedor. Yo habría querido estudiar fuera, ver mundo, pero sabía que si la dejaba sola ella se vendría abajo, caería sin remedio en ese lugar oscuro y abrupto del que le costó años y años salir, después de que se llevaran a Olivia. Así que me quedé en la localidad, estudié Filología Inglesa en Bristol y seguí al año siguiente y obtuve un posgrado en Educación. Creo que Olivia le mencionó una vez que le gustaría enseñar. Mamá nunca lo reconocería, ni siquiera para sí misma, pero ese fue el motivo, en parte, de que me animara a seguir su camino. Que siguiera los pasos del fantasma de Olivia.

En realidad, no consigo imaginar que mi hermana se hubiera encadenado nunca a algo tan vulgar como es enseñar. Claro, le gustaba mucho enseñarme a mí a hacer cosas, cuando éramos pequeñas: montar en bici, hacer volteretas laterales, cepillarme el

pelo… Pero creo que, si hubiera tenido la oportunidad, habría «sido» algo más. Habría «hecho» algo más. Habría «visto» algo más.

Echo un último vistazo a Ilustraciones Wanderlust y la comunidad que he construido, deseando haber sido lo bastante valiente para perseguir lo que quería. O lo bastante despiadada para que no me importase lo que mi querida madre pensaba de lo que yo hacía. Salgo de la cuenta, llamo a un taxi y voy a reunirme con la que en tiempos fue la mejor amiga de mi hermana desaparecida.

2

Caitlin Arden

Florence ha elegido un local algo extravagante en una de las callecitas empedradas del centro de la ciudad. Tiene los techos altos y suelo de baldosas victorianas. La barra circular es de caoba y mármol, y por encima cuelgan unas cestitas con hiedra y unas tiras de guirnaldas luminosas. Un camarero pasa junto a mí, con una bandeja llena de cócteles en macetas y tubos de ensayo. Hay mucha gente. Me desplazo entre la multitud buscándola. Dos mujeres me rozan al pasar. Son tan parecidas entre sí que tienen que ser hermanas. Cogidas del brazo, ríen. En esta época del año veo hermanas por todas partes. Parejas de mujeres seguras de que al final de cada mala cita, mala fiesta o mal día, seguirá habiendo un alma nacida de su propia sangre que las querrá siempre.

La soledad me invade y a pesar del calor, noto frío. El hecho es que la mayoría de la gente no comprende lo que es estar aterrorizada. Aterrorizada de verdad. Perder a alguien por culpa de un hombre con una máscara y que blandía un cuchillo. Y ponerse poética no hará que lo sientan tampoco. Las palabras son poderosas, pero la experiencia lo es más. Y a causa de ello, puedo

encontrarme en medio de una multitud de gente, ya sean desconocidos o familia y amigos, o gente que conoce de memoria toda mi vida, y sentir que estoy completamente sola. Sola. Esa palabra no tiene la solemnidad suficiente. No hay palabra lo bastante grande, o ancha, o dura, como para soportar el peso de su sentido.

Florence ya me está esperando en una mesa enfrente de la barra, mordiéndose los labios pintados de rojo, como de costumbre, mientras va consultando su móvil. Cierro la puerta a todos los sentimientos negativos, recordándome que no, no estoy sola. Estoy aquí con la familia que yo misma he elegido. Su pelo, de un tono azabache y largo hasta la clavícula, y con un grueso flequillo, es chic y brillante. Lleva una chaqueta de cuero negro con tachuelas encima de una camisola de seda marfil y una falda de color naranja tostado con el borde de encaje. En comparación, mi vestidito de lunares y los tacones resultan demasiado obvios.

—Llegas tarde —me dice, a modo de saludo.

—Solo cinco minutos…

—Siete —me corrige, mientras me siento frente a ella.

—¿Cómo puedes no llegar tarde nunca en la vida?

—Lo mismo te pregunto a ti, por qué llegas tarde siempre.

Nos sonreímos la una a la otra.

—Te he echado de menos —digo.

Pedimos dos cócteles y nos sumergimos fácilmente en la conversación. Florence me informa de su última audición, pero se detiene de repente y achica los ojos. Yo me retuerzo en el asiento y sigo su mirada. Mi amiga Gemma pasa entre la multitud y se dirige hacia nosotras, sonriéndome. El vestido lavanda que lleva establece un bello contraste con su piel oscura.

—¡Feliz final de curso! —exclama Gemma, levantando su copa.

Nos conocimos en la escuela primaria de un pueblecito durante mi primer destino, hace cinco años. Como únicos miembros del personal por debajo de los cuarenta y cinco años, teníamos cosas en común, nos unía nuestro amor por *Las chicas Gilmore* y nuestro odio por el colmo del abuso emocional y la masculinidad tóxica que representa Jess Mariano.

Me levanto y la abrazo.

—Por seis semanas de felicidad.

Gemma se vuelve hacia Florence y dice, con calidez:

—Me alegro de volver a verte.

Florence le dirige a cambio una sonrisa fría, apenas educada. Solo se han visto unas cuantas veces, pero a Florence le disgustó de inmediato. El caso es que Gemma es muy espontánea y le encantan las cartas del tarot, el yoga con calor…, todo aquello que era Florence antes de comprometerse con Daniel. Ahora, Florence se dedica a la organización y la decoración del hogar, y pasa los fines de semana con la familia de Daniel en Kensington.

—Si hubiera sabido que veníais aquí también a tomar una copa, podríamos haber organizado algo —dice Gemma.

Y antes de que yo pueda contestar, Florence interviene con un tono demasiado engreído para resultar agradable.

—En realidad es una reunión anual. Caitie y yo lo hacemos cada año.

—Ah… —Ella nos mira a las dos—. ¿Es un cumpleaños o algo…?

En mi interior se alza una ansiedad de un amarillo oscuro. Ella no sabe lo de mi hermana desaparecida. Ni que Florence y yo nos

reunimos justo antes del «aniversario» desde hace casi una década. Gemma no conoce las partes más oscuras y tristes de mi vida.

Se hace el silencio entre las tres. Dándose cuenta de que le falta información, Gemma se siente violenta y dolida. Una niña en el patio a la que dicen que no puede unirse al juego.

—¿Te llamo mañana? —propongo, corriendo a disipar la tensión—. Podríamos ir a tomar el brunch o algo esta semana…, o un café.

Ella escruta brevemente a Florence, como si esperase que pusiera una objeción, y luego me mira y asiente. Yo le dedico mi sonrisa más amistosa para compensar el tono tirante de Florence. En cuanto Gemma desaparece para reunirse con su grupo, Florence dice:

—No lo sabe, ¿verdad? —supone, con una mirada que me dice lo satisfecha que se siente por seguir siendo la amiga «principal».

Yo cambio de tema rápidamente.

—¿Emocionada por la boda?

Dentro de solo siete semanas, Florence será una mujer casada. A los veintiséis, la mayoría de mis amigas están o casadas o comprometidas. Parece que fue ayer cuando nos lamentábamos de los plazos de entrega de los trabajos de la universidad y el sufrimiento que provocaba una clase programada para una hora tan intempestiva como las nueve de la mañana.

—Mientras mi madre se limite a beber vino y tú no llegues tarde a la ceremonia, todo será maravilloso.

Yo asiento, solemne.

—Mi deber principal como dama de honor es procurar que Susan no se beba botellas de tequila detrás de la barra. —Florence levanta una ceja, reprobadora. Intento no sonreír, y mantener una expresión lo más grave posible—. Y mi otro deber importantísimo es conseguir

que haga un tiempo excelente —añado. Ella achica los ojos y yo le dedico mi sonrisa más radiante—. Te lo prometo.

Llegan nuestras bebidas, servidas en macetas de terracota y con hielo seco humeante y flores comestibles de un amarillo ranúnculo y un azul aciano. Por un momento vuelvo a la pradera silvestre de aquella última tarde perfecta, contemplando cómo Olivia hacía volteretas laterales a la luz del sol poniente. Aún capto el olor de la crema solar en mi piel, y noto la calidez menguante de la tarde calentándome, y oigo su risa tintineante, que tanto me recuerda a los carillones.

Una mano que se agita lentamente aparece ante mi cara y me saca de mi ensueño.

—¿Me estás escuchando? —me pregunta Florence.

—Sí —miento, parpadeando para apartar el recuerdo. Pero no parpadeo lo bastante rápido, y ella percibe la corriente interna de tristeza que amenaza con arrastrarme y hundirme.

Su rostro se arruga, compasivo.

—Caitie…

—¿Os habéis puesto de acuerdo Daniel y tú en lo del apellido compuesto? —digo, cortándola en seco, antes de que me pregunte si estoy bien. Mi hermana desaparecida es una herida que no quiero reabrir. La conversación con Laura me ha alterado, eso es todo.

Ella coge aire, como si quisiera proseguir, pero tenemos una norma en nuestro encuentro de aniversario, y es que no hablamos de Olivia, de modo que sigue mi cambio de tema.

—Por supuesto. Aunque él quiere que seamos Odell-Fox. —Hace una mueca, como si esa idea tuviera tanto sentido como cambiarse el nombre a «señor y señora Hitler».

Me echo a reír.

—¿Qué tiene de malo Odell-Fox?

Ella levanta la barbilla.

—Fox-Odell es mejor.

Yo meneo la cabeza.

—No. Odell-Fox, sin duda alguna. En este caso estoy de acuerdo con Daniel.

Sus ojos brillan, traviesos.

—Bueno, le voy a decir que estás de acuerdo conmigo, de todos modos.

Yo levanto mi bebida.

—No hay mejor manera de empezar un matrimonio que engañando.

Ella sonríe.

La tarde va transcurriendo. Pedimos dos bebidas más y me doy cuenta de lo afortunada que soy de contar con Florence. Cuando era pequeña envidiaba la amistad que tenían ella y mi hermana. Iban andando por Stonemill del brazo, y su vínculo parecía tan fácil como respirar, con las cabezas juntas, riéndose a carcajadas de todo. Luego Olivia desapareció y Florence empezó a venir a casa a ver cómo estaba. Antes yo era solo la molesta hermana pequeña de Olivia, pero después nos convertimos en familia. A veces no puedo dormir pensando que Florence desaparece también.

—¿Y qué tal Oscar y tú? —me pregunta ahora—. ¿Todavía pretendes adoptar su apellido?

—Sí.

Ella pone los ojos en blanco como si estuviera traicionando a todas las mujeres del mundo. El caso es que el nombre «Arden» está tan

estrechamente vinculado a Blossom Hill House y la desaparición y el infame caso de la chica Arden desaparecida que está manchado. Cambiarse a Fairview es como quitarse de encima un montón de nieve, de modo que quede solo un terreno limpio y resguardado, sin pisar. Un nuevo comienzo.

—¿Y qué tal van tus planes de boda? —me pregunta.

—Pues muy bien —digo, resumiendo—. Estupendamente.

—Entonces ¿ya tenéis una fecha, por fin? ¿Habéis reservado un sitio para el banquete? ¿Has elegido el vestido?

Al mencionar todas las cosas que no he conseguido hacer todavía, la ansiedad revolotea en mi pecho. No examino demasiado de cerca por qué estoy remoloneando, así que acabo por decir algo que será, lo sé, una salida por la tangente.

—Pareces mi madre.

Ella hace una mueca.

—Dios. Un destino peor que la muerte.

Florence y mamá tienen una relación complicada. Mamá le está muy agradecida por haberme acogido bajo sus alas después de la desaparición. Se alegraba de que yo tuviera a alguien de una edad parecida a la mía con quien hablar. A lo largo del tiempo, sin embargo, se fue poniendo celosa de que yo me abriera más con Florence que con ella. Una vez, durante los difíciles años de la adolescencia, me acusó de intentar sustituir a Olivia. No quise herir a mi madre igual que me había herido ella, así que me mordí los labios y no repliqué, mordaz: «En realidad eres tú quien intenta que yo sustituya a Olivia. Quien quiere borrarme por completo hasta que lo único que quede sea ella».

—Por mucho que odie estar de acuerdo con Clara —sigue Florence —, tiene derecho a hacer preguntas. Al fin y al cabo llevas casi tres años prometida.

—No es tanto tiempo —digo, a la defensiva.

—Yo llevaba cinco minutos prometida cuando empecé a mirar en Google sitios para banquetes de boda.

—Tú eres una planificadora. Te encanta tenerlo todo previsto.

Me coge la mano y la estrecha.

—Lo único que quiero es que seas feliz.

—Soy feliz. Quiero mucho a Oscar.

—Ya sé que le quieres. Todo el mundo lo sabe. Los dos dais asco, juntos… Pero entonces ¿por qué no habéis buscado fecha todavía?

Me muerdo la mejilla por dentro hasta que me duele, deseando que ella deje el tema, pero como está claro que no va a ser así, miento:

—Vamos a ver un sitio de banquetes el fin de semana que viene.

Ella se muestra escéptica.

—¿Ah, sí?

—Sí —vuelvo a mentir.

—¡Estupendo! Es maravilloso. ¿Qué sitio?

—Priston Mill —improviso, pensando rápido.

Ella asiente, despacio, y casi veo los engranajes dando vueltas, intentando averiguar si digo la verdad o no. La puñalada de culpabilidad que siento por ser poco honrada con ella se desvanece cuando me pregunta:

—¿Y planes para la luna de miel?

Cierro los ojos ante una mezcla potente de aprensión y agotamiento.

—Pues no.

—¿Cómo? —dice con fingida inocencia.

—Ya sabes. Me emociona muchísimo ir a York.

—¿No preferirías ir a Nueva York? —intenta seducirme, inclinándose hacia delante, con los ojos brillantes—. ¿O las Maldivas? ¿O Grecia? ¿O Italia?

Sí, claro, pienso.

—No —miento.

Ella pone los ojos en blanco sin aceptar mi negativa.

—No será porque tengas un presupuesto demasiado ajustado…

—Florence, por favor… —Ya sé que se preocupa por mí. Sé que solo quiere lo mejor para mí. Pero no tengo reservas emocionales para esta conversación, ahora mismo.

—Pero no tiene sentido —sigue ella, ignorando mi súplica—. A Clara le produce mucha ansiedad que viajes, que te vayas demasiado lejos, pero a su hija la secuestraron en casa. En su propio dormitorio. Así que, en realidad, ¿qué importa, si viajas a México o a Tombuctú?

Ya hemos tenido esta misma conversación antes, y aunque me sé de memoria mis réplicas, me cuesta un gran esfuerzo volver a recitarlas.

—La ansiedad raramente es racional.

—Tu madre es el motivo de que no estudiaras fuera. El motivo de que no hicieras la carrera que tú querías. Y ahora vas a tener que pasar la luna de miel en la tediosa y vieja Inglaterra, solo para calmarla.

—Mamá no me ha pedido que no vaya al extranjero para nuestra luna de miel.

—No tiene que pedírtelo. Con que le tiemble un poco el labio inferior, ya cedes.

El caso es que Florence me comprende mejor que nadie. Conocía a Olivia. Adoraba a Olivia. Y piensa que me ve con mucha claridad: mi deseo de complacer a la gente, sobre todo a mi madre, pesa más que mis propias esperanzas y ambiciones personales. Pero hay cosas que no sabe. Cosas que escondo en lo más profundo de mí misma. Una verdad tan fea que a veces me cuesta muchísimo mirarme en el espejo o quedarme sentada tranquilamente en compañía solo de mí misma: es culpa mía que Olivia lleve desaparecida dieciséis años. Si yo hubiera actuado antes, si no me hubiese quedado congelada en aquella puerta, si hubiese corrido escaleras abajo y hubiese llamado a la policía o a mis padres en lugar de acobardarme hasta que volvieron, habrían encontrado a Olivia. Habrían cogido al hombre de la máscara veneciana. Ese es el motivo de que me amolde a la voluntad de mi madre. Debo a mis padres la hija que perdieron. Que siguió perdida por mi culpa.

—Caitie, ¿estás bien?

Intento apartar mis oscuros pensamientos con un parpadeo, pero siguen ahí, como una humareda negra.

—Sí, estoy bien. —Suena forzado, incluso a mis propios oídos—. Pero esta noche has roto nuestra única regla. Has hablado de ella.

—No directamente. En realidad, no. —Baja la vista y remueve su bebida con la pajita de metal, de modo que los cubitos de hielo tintinean—. Yo solo quiero que seas feliz. Te mereces ser feliz, Caitie. —Sus ojos buscan los míos—. Tú también lo crees, ¿no?

Y aunque no es así, asiento. Me siento tentada de confesarle lo que siento en realidad, pero ella se limitaría a consolarme, a

asegurarme que no fue culpa mía. No necesito sus mentiras bienintencionadas. Yo sé muy bien la verdad. Vive en mi interior, afilada como una navaja, cortante.

3

Invierno

Elinor Ledbury

Elinor se despierta y ve que él no está. Rueda hacia su parte de la cama y respira su aroma familiar. Tiene el corazón un poco acelerado. No le gusta nada cuando él se marcha. Especialmente, cuando no le dice adónde va. El zumbido rápido en su pecho, como una colmena de abejas furiosas, hace que se maree. A los diecisiete años, sabe que debería llevar mejor eso de quedarse sola unas pocas horas. Heath se lo ha dicho, pero ella no es capaz. Las abejas no dejan de zumbar. Quiere arrancárselas del pecho. Por el contrario, grita apretando la cara contra la almohada. Nadie oirá su angustia. Ledbury Hall está a muchos kilómetros de cualquier sitio. A una caminata de veinte minutos de la residencia más cercana, y a media hora en coche del pueblo más próximo.

Respira hondo, diciéndose que Heath volverá. Desnuda, se incorpora en la cama. Sin el cuerpo de él calentando el suyo, el frío del invierno le muerde la piel. Se pone el edredón nórdico en torno a los hombros y mira enfurruñada las pesadas cortinas que hay al otro

lado de la habitación. Le cuesta diez minutos más reunir la energía suficiente para levantarse de la cama y abrirlas. La débil luz azulada del acuoso y azulado sol de invierno penetra perezosamente e ilumina el suelo de madera. Su dormitorio da al jardín con el estanque grande. Aunque en realidad es más un lago que un estanque. En su centro hay una pequeña isla con una estatua de piedra de dos amantes entrelazados. El hombre está besando en la garganta a la chica, y sus manos se deslizan por su estómago desnudo y van a coger sus pechos.

Heath nada en el estanque cada verano, y siempre intenta convencer a Elinor de que se una a él. Pero ella no lo hace. No está segura de saber nadar siquiera. Cuando era pequeña el tío Robert intentó enseñarle, pero en cuanto se metió en el agua ella se imaginó que se ahogaba, igual que les había pasado a sus padres. Notaba el agua sucia penetrando por su garganta y llenándole los pulmones, hasta no poder respirar. El corazón le latía tan furiosamente que estaba segura de que sus costillas se romperían y astillarían. A veces sueña con el yate de sus padres, lo ve oscilando en medio del mar, en el centro de todo ese espacio vasto y vacío. A la deriva. Así es como se siente en Ledbury Hall sin Heath.

Se ducha y se viste, pero a mediodía él no ha vuelto aún. Mañana tiene que volver el tío Robert: ella teme esas visitas de fin de semana y esa capacidad que tiene él de hacer que la vasta mansión georgiana parezca tener el tamaño de una caja de cerillas. Está inquieta, mordiéndose las pieles en torno a las uñas. Solo tres de los siete dormitorios tienen ropa de cama limpia. Se suponía que Heath iba a cambiarla, pero como no está, tendrá que hacerlo ella sola, porque aunque el tío Robert despidiera a las criadas años atrás,

sigue esperando que Ledbury Hall esté inmaculado. Elinor y Heath empezaron a limpiar la noche anterior, pero se cansaron y se permitieron distraerse, liberando una botella o dos de vino de la bodega. Elinor se pregunta si el motivo de que Heath se haya aventurado a salir no será reemplazar las botellas. El tío Robert cuenta el bourbon que guarda en el que solía ser el estudio de su padre, y a veces se aventura abajo en la bodega también.

En cuanto las camas están hechas y ha quitado el polvo a la librería, se permite sentarse un momento y leer para pasar el rato. Aunque ya ha leído antes *Mujercitas*, lo vuelve a coger. En secreto desea una hermana, y cree que quizá, en una vida pasada, tuvo una. Quizá una escritora como Jo, o una artista como Amy. Pero pronto Elinor abandona su libro y se encuentra en el recibidor, mirando el reloj de su abuelo. Son las cuatro de la tarde y sigue sola. Empieza a pensar en catástrofes. Imagina que el coche de Heath patina por la carretera helada y se mete en dirección contraria. Ve con muchos y claros detalles el accidente que sigue. Heath atrapado dentro del coche. Las costillas aplastadas, astilladas como si fueran cerillas, la sangre que brota de su sien, sus ojos muy abiertos, sin vida. Sacude la cabeza intentando eliminar esa imagen. Sabe que es irracional…, pero ¿y si no lo es? El corazón le late a toda velocidad y su aliento es demasiado rápido. No puede desterrar la imagen del cuerpo roto de Heath. Va y viene a la puerta delantera. Se retrasa. ¿Por qué se estará retrasando? Heath le ha dicho que ellos son ese tipo de personas que solo se tendrán el uno al otro. Si él no vuelve nunca, no habrá fin para su soledad.

El miedo se convierte en ira. Tendría que haber vuelto ya. Al menos podría decirle a ella dónde va, o cuánto tiempo va a tardar.

Coge esa ira y le clava las uñas, para que no pueda escapar. Es mejor estar furiosa que sentirse abandonada. Va a la ventana una y otra vez, esperando ver los faros que se acercan por el camino. Cada vez se decepciona. Saca otra botella de vino de la bodega, decidiendo que un trago le calmará los nervios. Se sienta en la cama y toma unos tragos lentos, medicinales, hasta que la habitación se emborrona. Hasta que se ve succionada hacia la oscuridad.

Cuando se despierta es de noche ya. Nunca, en sus diecisiete años, ha estado tanto tiempo sola. Sin Heath, ella siente como si estuviera siendo descuartizada, trocito a trocito.

En otra época, su mundo estuvo formado por cuatro personas, y en un instante se redujo a dos. Podría encogerse a la mitad de nuevo, si le había ocurrido algo a él. Sin Heath, ¿dónde estaría ella? ¿Qué sería de ella? Ese temor de que no vuelva nunca puede ser irracional, pero es tan real para ella como el frío suelo apretado contra su mejilla caliente. Ella busca de nuevo esa ira. Pero, como una ola que vuelve a la costa, también regresa el terror. Es un tsunami impetuoso que la inunda y le llena los oídos, y los ojos, y los pulmones, hasta que ya no oye, ni ve, ni respira.

Entonces nota unas manos que la cogen por las muñecas y alguien la pone de pie.

—Estoy aquí. —El timbre profundo de la voz de Heath obliga a la marea a retroceder—. ¿Has estado bebiendo?

Ella asiente. Las abejas que zumbaban y le picaban en el pecho esa misma mañana se han trasladado a su cabeza. De inmediato se siente ridícula. Es ridícula. Y mucho más que eso: se siente aliviada. Toda la tensión acumulada fluye de su interior, y ella se vuelve blanda como la cera en las manos de él.

Heath le prepara un baño. Ella se desnuda y se mete. Él se sienta en el borde de la bañera mientras ella se remoja. Están callados. Pero es un silencio del bueno. Cómodo, suave.

—¿Dónde has estado todo el día? —susurra ella, mirando el agua que forma ondulaciones con su aliento.

—He ido al pueblo a buscar suministros. Las carreteras estaban heladas, así que he tenido que esperar a que se deshelaran un poco para poder volver a casa.

Ella no le cree. Sabe que está mintiendo. Huele el perfume floral de otra mujer en él.

—Me he pasado todo el día sola, Heath.

Silencio. Luego:

—No puedo llevarte a todas partes, Ellie.

—Ya lo sé —dice ella. Aunque no lo acaba de entender. Ella no sale de Ledbury Hall sin él. A él no le gusta. Siempre están juntos, hasta que Heath decide que no lo estén. Ella quiere explicarle lo muy injusto que le parece eso, pero se alegra mucho de que él esté en casa, y no quiere estropearlo.

—Tienes que aprender a estar sola a veces. A tomar decisiones por ti misma. —Al oír su tono condescendiente, la indignación se agolpa como una densa niebla ante sus ojos. Se frota la frente, intentando dispersarla, porque no quiere que él se vuelva a ir—. Robert va a volver esta noche —dice, tenso—. Ha llamado temprano esta mañana.

Nota un nudo en el estómago.

—Pero hoy es jueves.

Heath se encoge de hombros.

Ella sale del baño y se envuelve en una gruesa toalla blanca. Esperaba tener una noche más a solas con Heath, una oportunidad para preguntarle a quién pertenece ese perfume, antes de que el tío Robert invada Ledbury Hall de nuevo.

Muy atareada, se cepilla el pelo, pero nota los ojos de Heath clavados en ella. Mira por encima de su hombro. Él está de pie detrás de ella, con expresión intensa. Ella se vuelve a mirar en el espejo. Él se acerca. Le coge el cepillo de la mano y empieza a peinarla. En el espejo, sus ojos se encuentran. Cuando el pelo de ella es una cascada dorada y lisa, él deja el cepillo y le pasa los dedos por el cabello. Es una sensación agradable. Ella echa la cabeza hacia atrás y se apoya en él. Todo su cuerpo cosquillea por el vino que lleva en la sangre y por el tacto de los dedos de él en su pelo, y el calor del cuerpo de él contra su espalda desnuda.

Tirita.

Abajo, las llaves tintinean en la cerradura principal. El tío Robert está en casa.

Las manos de Heath se quedan un momento más en el pelo de ella y luego bajan a sus hombros. Le besa el cuello igual que los amantes del jardín.

—No bajes sin mí —le exhorta él, y luego sale en silencio del cuarto de baño. Todavía le hormiguea la piel, y oye los pasos de él desvanecerse en el vestíbulo.

Se viste a toda prisa. El tío Robert aúlla sus nombres. Ella se queda un momento arriba, junto a la escalera, y mira la puerta cerrada del dormitorio de Heath.

—¡Elinor! —grita el tío Robert, ya furioso.

No puede esperar más a Heath, corre hacia abajo, al vestíbulo, para saludar a su tío. No le gusta que le hagan esperar. Pero la irritación de su rostro rápidamente se convierte en otra cosa. Una especie de añoranza triste.

—Cada vez que te veo te pareces más a tu madre —le dice.

Elinor tiene la sensación de que al tío Robert le gustaba demasiado la mujer de su hermano.

Ella baja la vista y con las manos se alisa el dobladillo del vestido. Nota como él la mira.

Carraspea un poco.

—¿Y dónde está ese manipulador hermanito tuyo?

—Qué bien que estés en casa, querido tío. —La voz de Heath resuena en la escalera y Elinor nota la hipocresía que se esconde en ella. El tío Robert también lo nota. Sus ojos se estrechan. Su hermano tarda en unirse a ellos, cosa que no hace más que irritar al tío Robert.

La tensión entre ellos es inmediata. Heath dice que su tío es un asesino, pero que mientras esté a cargo de su herencia, deben hacer lo que dice o pondrán en peligro su acuerdo silencioso: mientras pasen los fines de semana fingiendo que son la familia perfecta, el tío Robert les permite que vivan su vida sin meterse con ellos entre semana.

Su tío da un paso amenazador hacia Heath. No es un hombre pequeño, pero Heath ya no es un niño. A sus veinte años, es más alto y más fornido que su tío. Heath en tiempos fue solo un retoño, pero ahora ya es un gran roble. El tío Robert frunce el ceño y Elinor sabe que está pensando lo mismo.

—He traído la cena de un restaurante del pueblo —anuncia—. Sacadla del coche y calentadla. La serviréis en el comedor.

Heath hace una reverencia mostrando un servilismo exagerado.

La mano del tío Robert se agarrota y Elinor contiene el aliento. Pero luego se da la vuelta y se aleja, y sus pies calzados con unos zapatos caros de piel resuenan en el suelo de madera.

—¿Por qué le provocas siempre? —susurra ella.

La mirada de Heath encuentra la suya.

—Te he dicho que no bajaras sin mí.

—Pero ¿por qué?

Le pone el pulgar bajo la barbilla y levanta la cara de ella hasta la suya.

—Porque quiere lo que no puede tener.

Ella nota el pulso en los labios.

—¿El qué?

—A ti.

4

Caitlin Arden

Oscar está trabajando en su estudio cuando vuelvo a casa desde el bar. Veo el resplandor de la lámpara desde la entrada y cierro la puerta principal silenciosamente detrás de mí. Como diseñador de páginas web freelance, él puede hacer el horario que quiera, y los últimos meses ha estado trabajando hasta tarde, por la noche. Ahora son las diez y algo, y no quiero irme a la cama sola. Me quedaré allí echada, despierta, contando las horas que faltan hasta el aniversario. Asfixiada bajo el recuerdo de Olivia secuestrada mientras yo me quedaba cerca sin hacer nada. De modo que dejo el bolso, me quito las sandalias y me voy a su puerta descalza. Está entreabierta. Atisbo un poco en el interior, preguntándome cuándo terminará. Está sentado ante su escritorio, con los auriculares puestos y de espaldas a mí, tecleando en su portátil. De vez en cuando, mira la gruesa carpeta de notas que descansa a su lado.

Empujo la puerta para abrirla, pero él no me oye. Apartando a un lado la pena como si limpiara el polvo de una estantería, sonrío y me coloco justo detrás de él. Entonces me inclino sobre su hombro, y le tapo juguetonamente los ojos con las manos. Él lanza un grito como

un perro al que das una patada, y pega un salto en su silla. Yo me echo hacia atrás, sobresaltada por su reacción. Se vuelve hacia mí con los brazos levantados, dispuesto para apartar a su atacante. Me surge una risita y me pongo una mano encima de la boca para reprimirla.

El miedo en sus ojos desaparece.

—Por el amor de Dios, Caitie —suspira, sin aliento, quitándose los auriculares.

—Lo siento —digo, a través de la mano—. No quería asustarte. Trabajas hasta muy tarde…

Me dirijo hacia su portátil, curiosa por este nuevo proyecto suyo en el que tanto se está volcando, pero me coge del brazo y me atrae hacia él.

—Puedo parar, ahora que has vuelto.

Sonrío, aliviada por no tener que convencerlo de que se venga a la cama.

—¿Cómo estás? ¿Qué tal te encuentras? —Hay en su voz una sinceridad que me asusta. No quiere un vulgar y deshonesto «bien», como la mayoría de la gente cuando plantea esa misma pregunta. Quiere saberlo, de verdad. Pero esta noche no tengo la energía suficiente para sacarlo todo a relucir. No puedo responder con la cruda verdad. No puedo reconocer que me siento rabiosa y culpable, que noto una soledad tan espesa y tan negra que borra todo lo demás. Que en esta época del año albergo una ira intensa e irracional hacia toda la gente con hermanas a las que puede ver y tocar y con las que puede hablar. Así que le ofrezco otra verdad mucho más fácil de digerir.

—Echo mucho mucho de menos a mi hermana.

Él asiente y me atrae hacia sí. Entierro la cabeza en el hueco bajo su hombro y aspiro lentamente su aroma: champú y colonia, cítricos y madera, café y tinta. Me agarro con fuerza a este momento. A la presión tranquilizadora de sus manos contra mi espalda, sujetándome contra su pecho. A la seguridad que procede de sus brazos gruesos y fuertes que rodean mi cuerpo. Al calor que desprende. A su dureza.

Pero entonces la cara de Olivia aparece en mi mente como una sucesión de relámpagos. Sus ojos muy abiertos, aterrorizados, atrapados en el resplandor plata y azul de aquella noche. El dedo que se puso sobre los labios, advirtiéndome de que me quedara callada. El horror que empieza en las puntas de mis pies y me recorre todo el cuerpo como si lo devorasen las llamas.

—Caitie, estás temblando —dice él. Intenta apartarme para examinar mi rostro, pero me aprieto contra él. Cítricos y madera. Seguridad y fuertes brazos. Calidez y dureza. Pero no basta. Aún veo el rostro de ella. Aún veo al hombre de la máscara con la larga nariz y la frente furiosa, con el cuchillo en la mano, apretado contra la garganta de ella.

La soledad amenaza con devorarme de nuevo, viniendo a por mí en una enorme ola descontrolada. Huyo de ella. Beso a Oscar con afán, mis manos se deslizan bajo su camiseta, suben por la espalda. Luego bajo de nuevo, arañando la piel con las uñas. Él gime lleno de deseo en mi boca.

—Te deseo —digo, porque el sexo es un lugar adonde ir, un lugar donde el oscuro relumbrar de la desaparición no puede seguirme. Él me levanta con facilidad. Yo envuelvo las piernas en torno a su cintura y le beso, mientras me lleva escaleras arriba, a la cama.

Después, Oscar cae en un sueño profundo y satisfecho. Yo me quedo allí echada, despierta, con la cabeza apoyada en su pecho, escuchando el latido firme de su corazón. Cuando nos conocimos yo tenía veintiún años y acababa de terminar la universidad. Mientras la mayoría de mis amigos estaban solicitando trabajos de posgrado, yo en secreto planeaba un viaje de mochila por toda Europa. Había ahorrado el dinero suficiente para viajar al menos cuatro meses. Temía que mis padres pusieran objeciones, de modo que a ellos tampoco se lo había contado. Entonces conocí a Oscar, una noche de degustación de vinos y quesos en el mercado de alimentación local. Ese tipo de actos no iban conmigo. Como estudiante, mis gustos se limitaban al Malibú con Coca-Cola o un vodka barato, pero me parecía muy sofisticado y muy de adulto asistir a un evento de aquel estilo, y además la entrada era gratis, me la habían enviado al ganar un concurso en el que ni siquiera había participado. Oscar ayudaba a sus padres a llevar el acto. Ahora dice que nos conocimos gracias al destino.

Él se interesó por mí de inmediato. Comimos buenos quesos y bebimos buen merlot. Me gustó que no me menospreciara cuando reconocí que no sabía nada de vinos, cosa que, para la gente que sí sabe, es como confesar que eres analfabeto. Era guapo, con el pelo rubio y abundante, los ojos oscuros y unas pestañas más oscuras aún, y un cuerpo firme y esbelto. Era carismático e interesante, pero también nervioso. Tan nervioso que me tiró encima su bebida. Se disculpó profusamente e insistió en que le diera mi número de teléfono para pagarme la tintorería. Se lo di, aunque jamás había llevado algo a la tintorería, en toda mi vida. Al día siguiente me pidió que saliera con él. Nos encontramos en un bar. Él se mostró

juguetón, educado, viajado. Hablamos de sus aventuras. Veranos pasados en Egipto, Perú, un año de prácticas en Berlín. Yo le hablé de mis planes secretos para el otoño. Estaba muy emocionado por mí. Se ofreció a ayudarme a organizar mi viaje. Yo no quería enamorarme de él, pero aquel verano fue una sucesión de pícnics, bares extravagantes y un sexo estupendo. Nadamos en aguas salvajes, cenamos a la luz de unas velas… Dimos perfumados paseos por la tarde, hicimos barbacoas. Hablar con él era fácil. Parecía que le conocía de toda la vida. Aunque él solo era consciente vagamente de la famosa desaparición de Blossom Hill House. En la época en que desapareció Olivia, ella y Oscar eran de la misma edad, pero la familia de él no llegó a Stonemill hasta unos meses después de que ella fuese secuestrada. Cuando le hablé de mi hermana se mostró inquebrantablemente solidario. Interesado, sin resultar morboso. Hizo preguntas, pero no me presionó para que le diera las respuestas. Cuando lo hice, me escuchó con mucha atención, y recordaba todo lo que le había contado con mucho detalle. Nos volvimos inseparables. De repente, la idea de perderle me aterrorizó. Me preocupaba que si yo me iba de viaje, las cosas entre nosotros pudieran perder algo de empuje. Eso y el hecho de que todavía me sentía demasiado cobarde para decírselo a mis padres. Así que elegí la opción fácil: me quedé. Cinco años más tarde, Oscar y yo estamos prometidos. Cada año asistimos a la noche anual de quesos y vinos, en la tienda de sus padres, donde nos conocimos. Cuando el destino nos unió.

Mi anillo de compromiso está en la mesilla de noche. Lo miro. Siempre he querido casarme. Cuando éramos pequeñas, Olivia y yo jugábamos a bodas. Usábamos las esponjosas toallas blancas del

baño como velos y le tomábamos prestados los zapatos blancos de tacón a mi madre de su armario. Cogíamos muchas flores de la pradera silvestre y hacíamos un ramo muy colorido.

Yo quiero a Oscar. Quiero ser su mujer. Nuestras familias también lo quieren. Una vez desaparecida Olivia, la mía será la única boda de sus hijas que van a ver. Mamá es como un galgo de carreras en su cubículo, esperando con paciencia apenas contenida que suene el pistoletazo de salida para echar a correr. Está desesperada por hablar de preparación de mesas y arreglos florales, entretenimientos y canapés. Ir a buscar el vestido como madre e hija. Comprarse un sombrero enorme. Pero ¿a quién verá mi madre cuando yo me ponga el vestido blanco? ¿A mí o a Olivia? ¿Derramará alguna lágrima porque está feliz de que se case su hija pequeña, o porque la mayor nunca lo hará? ¿Y cómo me sentiré yo ese día, cuando camine por el pasillo sin mi hermana? Sabiendo que ella nunca tendrá un final feliz. Que le fue arrebatado. Que se le arrebató todo. Porque yo no la salvé, como ella me salvó a mí.

—Lo siento mucho —susurro en la oscuridad.

A primera hora de la mañana me despierta el sonido de mi teléfono. Oscar gruñe y se da la vuelta boca arriba. Me propongo no contestar a la llamada y volverme a la cama, hasta que veo que es mi madre. Probablemente querrá saber a qué hora voy a verla hoy. Los primeros años después de la desaparición de Olivia, el día del aniversario se reunía todo el pueblo. Periodistas y gente de la televisión venían a grabar el acto. Primeros planos de los ojos rojos de mi madre y su cara flaca. De la mandíbula tensa de mi padre y su

frente fruncida. Breves imágenes de velas encendidas y ramos de flores. Yo odiaba a todos los medios de comunicación. Odiaba a los periodistas que sugerían que mis padres estaban implicados. Odiaba a los desconocidos con los ojos acuosos, que no conocían a mi hermana pero querían hincar los dientes en nuestro duelo. Pero, aun así, lo soportábamos todo por Olivia. Cuanto más ampliamente se divulgara su historia, más probable sería encontrarla. Por supuesto, nunca la encontraron. Yo me alegré mucho cuando aquellas vigilias anuales fueron agotándose y las sustituyó una reunión anual mucho más íntima en casa de mis padres.

El teléfono deja de vibrar en mi mano, y me siento aliviada. Ya la llamaré luego. Después de tomar un café. Estoy apoyando mi teléfono cuando este suena por segunda vez. Pero ahora no es mi madre. Es mi padre. Él nunca me llama. Nunca. Se me acelera el pulso, alocado. Me incorporo en la cama y respondo.

—Caitlin —dice él, con autoridad—. Tienes que venir a casa.

Me apoyo contra el cabecero. Claro, cuando no cojo la llamada de mamá al momento, ella pide a papá que me llame.

—Ya iré. ¿A qué hora llega todo el mundo?

—No. Tienes que venir ahora. Ahora mismo. —Enseguida noto un temblor intenso en su voz. Un frío helador que me recorre la nuca.

—Papá… —digo despacio, intentando calmar mis pensamientos agitados—. ¿Qué pasa?

Junto a mí, Oscar se mueve.

—Ven a casa.

—Papá —digo, cortante. Tan cortante que Oscar se incorpora apoyándose en los codos y pronuncia sin voz: «¿Estás bien?».

Silencio. Me imagino a papá en la cocina, mirando por las puertas francesas, la frustración que me aplica solo a mí empezando a hervir de nuevo. Pero no me importa. Tengo que saberlo.

—Ha vuelto —dice.

Mi aliento se acelera.

—¿Que ha vuelto? —susurro—. ¿Quién ha vuelto?

—Olivia.

5

Caitlin Arden

En el dormitorio, cojo algo de ropa para vestirme sin prestar atención. Voy tan rápida que no oigo a Oscar venir detrás de mí. Me sobresalto cuando él aparece en mi visión periférica.

—Por Dios, Oscar. Haz ruido cuando entres en una habitación —le increpo, aunque no ha hecho nada, pero la tensión fluye por mi cuerpo como una corriente eléctrica y cualquiera que esté demasiado cerca recibirá una buena descarga.

—Pero si lo he hecho… —dice él, en voz baja—. Te he llamado.

Trago saliva pero noto la garganta seca. Él me ha traído una taza de té. Huele a flores. Algo que estoy segura de que piensa que me calmará. Lo cojo por cortesía, pero no tengo tiempo para bebérmelo. Paso a su lado dirigiéndome hacia la puerta cuando me dice:

—¿Seguro que no quieres que vaya?

¿Cómo? Me doy la vuelta hacia él tan rápido que el té salpica en el suelo.

—No quiero imponerte nada —me dice.

Es una de las cosas que más me gusta de él: es educado y considerado. Pero, aunque mis padres han prohibido que Oscar

aparezca allí, yo «necesito» que esté conmigo. La idea de enfrentarme sola a todo el mundo hace que la ansiedad me dé vueltas en el estómago como si fueran guijarros en una lavadora.

—Claro que debes venir —dejo el té y me acerco a él—. No eres un desconocido.

—¿Cómo? —dice, mirándome el rostro fijamente.

Yo parpadeo, confusa por su reacción.

—Quiero decir que eres mi prometido… —Al oírlo él se relaja un poco—. Eres de la familia, no un desconocido cualquiera de la calle.

Él va asintiendo, pero veo por su frente fruncida que se muestra reticente.

—Es que no quiero meterme en medio. ¿Myles y Clara quieren que vaya o…?

—Yo quiero que vengas. Necesito que estés allí conmigo.

Él aparta la mirada y durante un momento creo que se negará. Pero luego asiente y parte de la tensión desaparece.

—Estaré allí —me atrae más cerca y me besa en la coronilla—. Lo siento, no sé qué estaba pensando. Claro que voy contigo.

Stonemill está solo a media hora de Frome, pero el viaje hasta la casa de mis padres es dolorosamente lento. Se me mueve la rodilla, impaciente, y me cuesta toda mi voluntad no gritar a Oscar para que conduzca más rápido.

Echo un vistazo al teléfono. No son ni las siete de la mañana pero, como es el primer día de las vacaciones escolares, estamos atrapados detrás de muchos coches, con sus bandejas traseras repletas de maletas y tablas de bodyboard.

A medida que nos vamos acercando más, se apoderan de mí demasiadas emociones: miedo y ansiedad, alegría y una anticipación candente. Siento náuseas, y el pecho tan tenso que me duele. Es como si llevase unas cuerdas sujetas a piedras atadas en torno a mis pulmones, y cada vez que intento respirar, las piedras tensan la cuerda y expulsan todo el aire. Como me enseñó mi antiguo terapeuta, empiezo a hacer recuento de los colores que veo, concentrándome en ellos, en lugar de en la sensación que me presiona por todas partes.

Llegamos a Blossom Hill House. Mi mirada se siente atraída, antes que nada, por el verdor del cerezo que se encuentra junto al hogar de mi niñez, y luego los huesos de la casa, de una piedra caliza color crema. Me sorprende que la policía todavía no haya llegado. Las semanas después de que desapareciera Olivia, había un muro de presencia mediática ante la casa de mis padres. Nos quedamos de pie frente a la puerta azul marino con el llamador dorado en forma de abeja. El corazón me late dolorosamente contra las costillas. Papá abre la puerta. Empieza a hablar de inmediato. Capto relámpagos de sus dientes blancos pero no entiendo sus palabras, flotan a mi alrededor como pétalos que caen. Miro su pijama de un azul marino muy intenso. El color café oscuro de su pelo ya canoso. El mar verde de sus ojos. Se aparta a un lado y si no fuera por la presión firme y cálida de la mano de Oscar en mi espalda, guiándome, yo me habría quedado clavada en la puerta. Me lleva hacia el salón. Me siento y aprieto los dedos contra los tensos y tranquilizadores botones del sofá Chesterfield color mostaza. Espero. La rodilla de Oscar toca la mía. Él me susurra al oído, bajo, consolador. Yo me concentro en la jarra ocre que se encuentra encima del aparador color marfil.

El blanco lechoso de la cara de mi madre aparece en la entrada. Sus ojos grises están húmedos y desorbitados, su pelo rubio rojizo se escapa de la cola de caballo. Se aparta a un lado y deja ver el resplandor dorado de mi hermana perdida.

La mujer que está ante mí es esbelta. Lleva una camisa enorme a cuadros azules y rojos, demasiado ancha de hombros y de cintura para ser de mujer, y unos leggings negros. El pelo rubio, largo hasta la cintura, lo lleva despeinado y enredado en torno a la cara. La reconozco del mismo modo que uno reconoce a un miembro de la familia al que solo ve en bodas y funerales. De una forma vaga, particular. Veo a la niña a la que quise en esta mujer con la cara en forma de corazón y los labios con marcado arco de Cupido. En sus altos pómulos y sus hoyuelos. En sus largas pestañas y sus brillantes ojos azules. Lo que no reconozco es esa mirada en ellos. Salvaje y demasiado quieta. Calculadora y lejana. Temerosa y ansiosa.

No recuerdo el sonido de su voz. Se ha ido desvaneciendo como un hematoma que nunca quise perder, y que no he podido volver a hacer existir a base de pellizcos. Intento pensar en algo significativo y profundo que decir, pero no encuentro las palabras, que se disuelven en mi lengua como algodón dulce. Desaparecidas antes de convertirse en algo más sustancioso que azúcar hilado.

—¿Caitlin? —dice la mujer. Dice Olivia. Su voz es plateada, segura. Me hace pensar en la lluvia de verano. Yo esperaba que me llamase «Kitty-Cate», un sobrenombre que solo ella usaba. Pero aún tengo una piedra grande y dura en la garganta—. ¿Caitlin? —dice otra vez, y se adelanta unos pasos.

Miro sus ojos azules, esos que siempre me habían hecho pensar en lagos glaciales y cielos de verano, pétalos de nomeolvides y de

campanilla. Veo en ellos algo familiar, algo fraternal, y una sensación de calma me invade. Como el bálsamo en una herida.

Asiento.

Ella atraviesa la habitación y me envuelve con sus largos y esbeltos brazos. Huele a colonia masculina.

—Te he echado de menos, Caitlin —me susurra, en el pelo. Una sensación que no puedo situar rebota en mi interior. Antes de que pueda captarla, dice—: Te he echado mucho de menos.

Yo la rodeo con mis brazos.

—Yo también te he echado de menos.

6

Elinor Ledbury

El hermano de Elinor es el eje en torno al cual gira toda su vida. Él es el centro de su universo. Quizá incluso sea todo su universo. Ella sabe muy poco del mundo que hay más allá de Ledbury Hall. Ha sido su hogar desde que puede recordar, y raramente ha abandonado sus extensos terrenos. Cuando llueve o hace demasiado frío para estar fuera, ella se refugia en la biblioteca. Huele a café intenso, a cuero y a sabiduría. Aparte del dormitorio de su hermano, es su habitación favorita en la finca. Hay mucha belleza en la madera de caoba y las ventanas grandes, en forma de arco; en la chimenea de piedra y en los estantes que van del suelo al techo, llenos de libros, con su escalera rechinante y rodante. Hay libros por todas partes. Libros de bolsillo nuevos, con la electricidad estática pegando sus páginas. Viejos tomos amarillentos que huelen a humedad y a polvo. Elinor presta especial atención a las novelas románticas que pertenecían a su madre. Las ha leído todas, una y otra vez, y las páginas tienen ya las esquinas abarquilladas, y los lomos están llenos de arrugas. Y aunque los dos han recibido sus nombres de personajes de esas novelas, Heath cree que ese tipo de

libros son más adecuados para alimentar la chimenea. Sin embargo, Elinor encuentra consuelo en la sencillez de las relaciones entre los amantes de ficción, porque incluso cuando son complicadas, no lo son en realidad. Brillan y se desenvuelven fuera, a la vista del mundo. No se ocultan.

Ahora Heath está echado junto a ella en su cama, lleva solo los calzoncillos, con un brazo en torno a la cintura de Elinor. Hace frío, aunque las ventanas están herméticamente cerradas, pero los puntos donde la piel de él toca la de ella están calientes. Aunque a ella le encantan esos días de invierno tan acogedores, leyendo junto a la chimenea encendida, acurrucados juntos bajo unas gruesas mantas de borreguillo, o los paseos con su hermano, haciendo crujir la tierra congelada, está cansada ya de los cielos blancos y las noches oscuras. Echa de menos el verano, la vasta extensión de azul por encima, y de verde lujurioso bajo los pies. Esas mañanas largas y perezosas pasadas en la gran cama de él, con la luz penetrando por los enormes ventanales. Las tardes haciendo pícnic en la hierba y viendo a su hermano nadar en el estanque, aunque ella no tenga el valor suficiente para unírsele. Las veladas pasadas burbujeando en una botella de champán, oyendo discos y bailando descalzos en el comedor, antes de caer rendidos en la cama.

En su sueño, Heath la atrae hacia él. Ella sonríe. Se siente querida. Alguien a quien vale la pena buscar, aun estando perdido en sus sueños. Ella se da la vuelta, con cuidado para no despertarlo, para poder mirar el bello rostro de su hermano dormido. Nota una oleada de amor por él. Pero al final él se agita. Su respiración antes profunda y regular se vuelve más superficial al salir de lo más hondo de la inconsciencia.

—¿Qué hora es? —murmura, en el hombro de ella.

Ella mira el reloj de la mesilla.

—Mediodía.

Él gime.

El tío Robert volverá otra vez mañana, un alfiler presto para hacer estallar su burbuja de felicidad que va de lunes a viernes.

—Solo un día más de libertad —dice él.

La mayor parte del tiempo viven solos en Ledbury Hall. El tío Robert trabaja en Londres, demasiado lejos para venir en coche cada día. La finca es suya y no puede venderla, y tampoco abandonará nunca la empresa farmacéutica que pasó tantos años construyendo. De modo que durante la semana vive en su piso de la ciudad, y vuelve a Ledbury solo los fines de semana.

—Al menos se irá el lunes por la mañana —dice ella—. Aunque ojalá no viniera nunca.

—Un año más —dice él, incorporándose sobre los codos.

Entonces ella tendrá dieciocho, demasiado joven para reclamar su herencia, pero Heath cumplirá los veintiuno y la propiedad de su mitad de Ledbury Hall y las riquezas de su madre le serán transferidas legalmente. Hasta entonces todo depende del tío Robert. Eso los pone furiosos. Ledbury Hall y las tierras llevan más de un siglo en la familia de su madre. Como los Ledbury eran de vieja alcurnia, el padre de Elinor, Nicholas Brent, quiso enseguida adoptar el nombre de su esposa. El tío Robert no es un Ledbury, es un Brent. Hermano de su padre. La finca debería ser toda de ellos dos. Solo de ellos dos. Están contando los días que faltan.

—A menos que el tío Robert nos liquide, como hizo con nuestros padres —bufa Heath.

Aunque un escalofrío recorre a Elinor, se incorpora y le mira fijamente con aire burlón.

—No digas eso. Él no hizo matar a nuestros padres.

Es lo que dice siempre. Lo ha dicho muchas veces, y nunca se ha parado a pensar si lo cree o no. Pero eso calma a su hermano. Y es lo que ella debe hacer. No quiere avivar las llamas del odio hacia el tío Robert. Le preocupa que, si lo hace, arda fuera de control. Un fuego forestal azotando áridas llanuras hasta que no quede nada más que cenizas negras, abrasadas y humeantes.

—Estaba con ellos. El viaje en barco fue idea suya. ¿Cómo es que él sobrevivió y ellos no? —dice.

—Porque se ahogaron. —Las palabras de Elinor suenan tan neutras como la emoción que se esconde tras ellas. No recuerda casi nada de los padres que ambos compartieron brevemente. Para la joven son tan ficticios como las madres y los padres de las novelas que lee, más aún. Ella solo tenía tres años cuando murieron. Heath tenía seis. Él los recuerda. Los echa de menos. Ella no.

Heath se pone duro y frío, como el mármol. Sale de la cama. Sin el calor de la piel de él contra la suya, Elinor tirita. Él se pone los vaqueros, de espaldas a ella. Por su silencio y por la forma que tiene de coger su camiseta del suelo del dormitorio, ella sabe que está enfadado. No tenía que haber dejado que la falta de pasión por sus padres penetrase en la conversación con su hermano. ¿Cómo reaccionaría él si supiera la verdad, fea y oscura? ¿Que ella se alegra de que sus padres no estén? Duda de que, si hubieran vivido, ella y Heath hubieran estado más unidos de lo que están ahora. Aunque hay una sensación agridulce en la realidad de que su hermano es la

única persona que la ha amado realmente, hay consuelo en ello también.

—¿Puedes ayudarme con la lectura de física? —le pregunta, esperando que un cambio de tema lleve consigo un cambio de humor.

Siempre han recibido la educación en casa. Como la escuela más cercana está muy lejos, y el tío Robert solo reside en ocasiones en Ledbury Hall, contrató enseguida una tutora. Pero esta fue despedida antes de que Elinor cumpliese los trece años. Heath dice que es porque el tío Robert no quería que su educación consumiese el dinero que consideraba suyo, pero el tío Robert asegura que es porque los Ledbury son muy inteligentes, y no necesitaban que los llevaran de la mano. Ahora, una vez al mes, llegan los trabajos enviados por correo a la casa por un tutor remoto.

—No puedo. Tengo que ir al pueblo —dice Heath.

El pánico es inmediato.

—¿Otra vez?

—Necesitamos comida. Querrás comer, ¿no?

Ella se pone de pie.

—Pues llévame contigo.

—No puedo.

—¿Por qué? —Nota que su labio inferior sobresale con una mueca malhumorada. Odia enfurruñarse de esa manera, pero es la segunda vez esta semana que él la deja sola.

—Tú me retrasas.

—Gracias.

—No te gusta ir al pueblo.

Eso es cierto. Pero le gusta mucho menos que la dejen allí, sola en esa casa enorme.

—La gente me mira —dice, como explicación.

—Porque eres muy guapa. La gente siempre te mirará.

Ella coge su combinación de un azul plateado de la silla donde la había arrojado la noche anterior, y se la pasa por la cabeza. Heath la mira pero no habla. Ella se pregunta si irse otra vez será un castigo por lo fríamente que ha hablado de sus padres. No tiene el valor suficiente para preguntar. Él le dice que volverá antes de que se dé cuenta.

—Pero ¿cuánto rato?

—No lo sé.

Él sale de la habitación. Ella le sigue. Intenta no gimotear.

—¿Cuánto rato?

—Dos horas. Quizá tres.

Mientras sale andando con él al vestíbulo, se muerde el labio muy fuerte para no rogarle a su hermano que no se vaya. No quiere pensar en los segundos, minutos y horas que Heath estará ausente, pero lo hace.

En la puerta él se detiene tan repentinamente que casi choca con su hermano. Este se vuelve a mirarla, con la frente fruncida y llena de preocupación. Heath le pasa el pulgar por la mandíbula e inclina su cara hacia la de ella.

—Ellie, tú eres una persona independiente. A veces te las tendrás que arreglar sin mí. —Y le estampa un beso en la frente—. Volveré pronto, hermanita.

Sale al sol aguado de invierno. La ansiedad se asienta en el estómago de ella, y le ve bajar corriendo los helados escalones de

piedra y dirigirse al coche. Su aliento forma una nube lechosa ante ella, y a través de esa nube, ella le ve alejarse. Y entonces se queda sola. El silencio lo empapa todo, como el viento. Inunda cada rincón de Ledbury Hall, hasta que ella se ahoga en el silencio.

Pasan tres horas y luego cuatro, y cinco. Su tío tiene razón: ella es inteligente, aunque su hermano la tome por idiota. En comprar comida no se tardan cinco horas. Recuerda el perfume floral de la piel de él, y se pregunta de nuevo a quién pertenecerá. Decide averiguarlo. Después de todo, como ha dicho Heath, ella es una persona independiente, y eso significa que puede tomar sus propias decisiones. Así que lo hace. Se pone unas botas y sale. Por un segundo el helado aire de enero es como una bofetada intensa, que le roba el aliento de los pulmones. Parpadea bajo el cielo perlado, lleno de espesos nubarrones. Solo lleva la combinación de seda y un jersey fino color crema, ropa insuficiente para mantenerla caliente, pero no quiere volver, no sea que pierda su decisión.

Avanza pisando la nieve endurecida, que cruje, y sigue el largo y serpenteante camino de entrada. La brisa congelada la azota por todas partes. Le arden las orejas del frío y lleva las manos envueltas en torno al cuerpo y metidas bajo las axilas para intentar calentarlas. Finalmente llega a la verja de hierro. La puerta es alta, dos veces más que ella misma. Por un momento nota que se le encoge el corazón al ver el candado. Luego se da cuenta de que está colgando de la verja, pero no cerrado. Con los dedos temblorosos y mordidos por el clima invernal, trastea con él hasta que consigue soltarlo.

Empieza a nevar. Ella va andando por un lado de la carretera, recorriendo el congelado y estrecho arcén. Pasan algunos coches a su lado, y nota las miradas clavadas en su cuerpo. Mantiene la

cabeza apartada del tráfico y se concentra en poner un pie tras otro. La nieve que se le posa en los hombros y el pelo se va fundiendo, dejando humedad y frío. Junto a ella, un coche aminora la velocidad. Oye que alguien baja el cristal de una ventanilla.

—¿Necesitas que te lleve? —pregunta el conductor, con un espeso acento irlandés. Ella se vuelve a mirarle. Tiene el pelo oscuro y un rostro abierto y amistoso. No puede ser mucho mayor que su hermano—. ¿Adónde vas?

Ella sigue andando y el coche avanza también.

—Al pueblo.

—¿Sutcliffe?

Ella asiente.

Él se inclina y abre la portezuela del lado del pasajero.

—Vamos, entra. Te llevaré.

Ella duda.

—A no ser que pienses que es mejor congelarte hasta morir que dejar que te acerque en el coche —dice él, con un atisbo de picardía.

—Eres un desconocido.

—Y tú también. —Sonríe. Ella no le devuelve la sonrisa—. Soy Flynn. Flynn Healy. Ahora ya no soy un desconocido…

Ella mira un momento la extensión inacabable de la carretera. Tiene muchísimo frío. El coche será un sitio mucho más cálido, y ella se reunirá muy pronto con su hermano. Toma otra decisión por sí misma, y se sube al asiento del pasajero. Sin palabras, él se quita la baqueteada chaqueta marrón que lleva y se la pone a Elinor en torno a los hombros. Ella tiene un frío horrible, así que no protesta.

Huele a cítricos y a café. Él pone la calefacción a tope e inclina las rejillas de la ventilación hacia la dirección de ella.

Siguen en el coche, con la radio baja.

—No me has dicho tu nombre —dice Flynn.

—Elinor.

—¿Y tienes algún apellido, Elinor?

—Ledbury.

Nota que él se interesa.

—¿Como Ledbury Hall?

Asiente.

—Yo te conozco.

Ella le mira como si estuviera loco.

—No, no me conoces.

—Sí, sí que te conozco. Te conocí hace años, en la verja de hierro de tu casa. Tú debías de tener seis o siete años.

Niega con la cabeza.

—¡Pero es verdad! La pelota saltarina que llevaba se metió por el hueco de la verja, y tú me la recogiste.

Busca en la memoria pero solo oye ruido de fondo.

—Era amarilla, con puntitos pequeños verdes.

Le cosquillea la piel. Todavía tiene esa pelota, está en una caja debajo de su cama. El ruido de fondo se aclara y el recuerdo vuelve a la vida, parpadeante. Un chico pálido con el pelo oscuro y los ojos del color de las hojas de roble, con la mano tendida, entregándole una pelota del color de los girasoles.

—Dejaste que me la quedara…

—Eso es. Tú viniste hasta la verja y me la devolviste, pero te quedaste tan triste que te la regalé. Dejé otras cosas para ti aquel

verano, justo dentro de la verja. Cosas absurdas. Una pluma de pavo real. Una piedra color morado con forma de corazón.

Ella recuerda haber encontrado la pluma. Corría por el terreno, pasando su punta por las hileras de árboles de los huertos y por la pared de piedra de la rosaleda. No se preguntaba de dónde había salido. Pero nunca encontró una piedra morada.

—¿Por qué estabas en la verja?

—Era un reto. Acababa de venirme a vivir a esta zona con mis padres y algunos niños de la localidad decían que era un rito de paso. Ledbury Hall era viejo, sus ocupantes un misterio, había rumores de que los propietarios habían embrujado sus terrenos…

Ella le miró con intensidad.

—¿Te refieres a mis padres? —Pero su ira no es suya, es de Heath.

Él se mueve, incómodo.

—Lo siento, esto…, no lo había pensado.

Se queda callado. En silencio, ella se siente culpable por haberle reñido de esa manera.

—Si esos terrenos están hechizados por alguien, es por mí y mi hermano —dice, ofreciéndole una rama de olivo verbal.

—¿Heath?

—¿Le conoces? —le pregunta ella, sorprendida.

—Sale con mi prima Sofía.

—No, no es verdad. —La negación es como un reflejo, la reacción de una rodilla al golpearla, pero ella había olido aquel perfume floral…

—Está con ella, ahora mismo.

Elinor se siente tentada de decirle a Flynn que la lleve a casa, pero necesita ver el engaño de Heath por sí misma.

—¿Puedes llevarme con él?

Flynn la mira un poco extrañado, pero accede.

—Claro.

El pueblo está formado por unos cuantos edificios viejos y torcidos y unas calles estrechas y empedradas. Van abriéndose camino por las resbaladizas calzadas de piedra, más allá del resplandor ambarino de los escaparates de las tiendas, hasta que llegan a una que vende música. Ve un instante a Heath por el ventanal. Flynn se dirige hacia la puerta, pero, con los ojos fijos en su hermano, ella le pone una mano en el brazo para detenerlo. No quiere que Heath sepa que le está vigilando. A través del escaparate lo ve apoyarse en el mostrador, con los dedos entrelazados con los de una chica de pelo oscuro. Es esbelta y lleva demasiado maquillaje de ojos. Él inclina la cara de la chica hacia la suya y le pasa el pulgar por la boca de la misma manera que ha hecho con Elinor mil veces. Su mundo empieza a agrietarse y astillarse. Nota que esas astillas penetran en sus venas, acuchillándolas al pasar.

—¿Me llevas a mi casa? —le susurra a Flynn.

Él se queda confuso por su reacción y va alternando su mirada entre ella y la escena que se está desarrollando dentro de la tienda, pero asiente.

En el coche, Elinor se mantiene callada y mira por la ventana, con la traición ardiendo al rojo en su pecho.

—Pareces preocupada.

—No lo estoy.

Luego, silencio.

—Pero lo pareces, de todos modos.

Flynn ha sido bueno con ella y aunque no puede contarle toda la verdad, sí que puede darle al menos un trocito.

—Me ha mentido —dice, sencillamente—. Y no nos mentimos el uno al otro.

—Es una buena norma.

La deja en la verja. Ella sale del coche y va a devolverle la chaqueta, pero él agita la mano.

—Parece que el camino es largo. Quédatela.

—Pero…

—Quizá te vea por el pueblo en algún momento. O a lo mejor podrías dejarla en la puerta cuando deje de nevar, y yo pueda venir a buscarla.

Ella sonríe dándole las gracias. Cuando él se aleja, nota una cierta tristeza. Está sola otra vez. Va andando penosamente hasta la casa, y esconde la chaqueta en su armario.

Cuando Heath vuelve, ella ya está en la cama, fingiendo dormir.

7

Caitlin Arden

Mamá prepara té. El mío se queda frío. Durante media hora, nuestros padres parlotean alegremente. Dejo que todo eso me resbale, como la lluvia en un tejado. No puedo apartar la mirada de Olivia. Ella está sentada en el sillón verde oscuro, bebiendo en una de las tazas de Emma Bridgewater de mamá. El salón ha sido reformado desde la última vez que Olivia estuvo aquí. Todo es distinto. Y en muchos aspectos ella también lo es. Sigue teniendo confianza, compasión, decisión y dulzura. Pero también tiene otras cosas. Algo nada familiar.

Mis padres no parecen darse cuenta. Mamá le cuenta a Olivia que ha plantado unas hortensias en el jardín de atrás. Papá interviene. Todo es aberrantemente normal, como si Olivia acabase de volver de unas cortas vacaciones, y no faltase desde hace dieciséis años. Quiero saltar de mi asiento y sacudirlos. Me siento atrapada en una obra teatral, donde todos los demás miembros del elenco han recibido un guion. Mientras tanto, yo ando a tientas por la escena, ciega y muda. Miro a Oscar, esperando que haga alguna mueca y me confirme lo absurdo de esa situación extrañísima. Pero él se inclina

hacia delante y mira a Olivia como si fuera una reliquia maravillosa. Está fascinado. Todos lo estamos. Ella no ha perdido su magia. Al contrario, es más radiante que nunca.

Las preguntas revolotean en mi interior como abejorros frenéticos. ¿Dónde está la policía? Por qué no están los medios atestando nuestro jardín, como ocurrió hace dieciséis años? ¿Por qué nadie le ha preguntado a Olivia dónde ha estado durante más de una década? ¿Y cómo ha escapado? ¿Y dónde está ahora su captor? Y si le ha dejado escapar él, ¿por qué? ¿Por qué ahora?

Sus ojos siguen volviéndose hacia los míos. Una espesa nube de confusión, miedo y urgencia pasa por mi interior. Aprieto el asa de mi taza hasta que noto que podría estallarme en la mano. Incapaz de soportar más consejos de jardinería de mi madre, interrumpo:

—Olivia —digo, demasiado alto, cortando a mamá. El silencio que sigue viene cargado de plomo. Todos los ojos se dirigen hacia mí. Y aunque no quiero ser el centro de atención, debo encontrar respuestas—. ¿Dónde has estado?

Hay un silencio.

Sus labios se separan. Luego sus ojos caen hacia la taza que lleva en la mano. En la sala, el estado de ánimo se cuaja, mi pregunta es como un charco de leche derramada que se ha dejado al sol ardiente. Pero tengo que saberlo. Todos necesitamos saberlo. Lo intento de nuevo.

—Es que faltas desde hace tanto tiempo…

—Caitlin —interviene papá, como si mi nombre fuera un trozo duro de bistec que quiere escupir en el plato—. Tu hermana hablará cuando esté lista. No antes. Y no porque tú se lo exijas.

Noto que me arden las mejillas.

—Yo no estaba exigiendo nada, yo…

—Caitlin, cariño —dice mamá, poniéndose de pie. Su sonrisa es mecánica—. Ayúdame a llevar esas tazas a la cocina, ¿te importa?

No es una pregunta, de modo que me siento aliviada de poder apartarme de la extrañeza acartonada y vertiginosa del salón. Apenas hemos pasado por la puerta de la cocina cuando la interrogo.

—¿Por qué no está aquí la policía?

Ella traga saliva pero no responde. Luego empieza a cargar el lavavajillas. Yo me quedo de pie junto a ella, esperando, y mi paciencia se vuelve tan fina como el papel de calco.

—¿Mamá?

Ella suspira, cierra el lavavajillas con demasiada fuerza.

—Olivia nos ha pedido que no les llamemos.

—Ella os ha pedido que no llaméis a la policía —repito lentamente, esperando que lo absurdo del asunto ilumine la frase. Pero no es así.

—Ella nos ha pedido que no lo hagamos, así que no lo hemos hecho. Necesita más tiempo antes de que empiece a interrogarla la policía.

La miro con la boca abierta. Hace que parezca tan sencillo… Pero no es sencillo, en absoluto.

—Pero el secuestrador de Olivia sigue libre por ahí. ¿Y si ella ha escapado y la quiere recuperar? Podría estar de camino hacia aquí ahora mismo. O venir esta noche. —El corazón se me desboca. Volverá a ocurrir todo de nuevo. Vendrá a nuestra casa con un cuchillo y se la llevará de nuestro lado de nuevo. Quizá esta vez nos mate para que Olivia no tenga con quién volver. Noto que la histeria va creciendo en mi interior, caliente y espesa.

—Mamá —digo, con voz ahogada—. Mamá, podría hacernos daño, hacer daño a Olivia. Debemos llamar a la policía. Debemos…

—¡Basta! —chilla ella, como si le hubiera pisado el pie. Mira hacia la puerta y baja la voz—. Olivia está en casa. Solo lleva unas pocas horas en casa. No queremos abrumarla. Vamos a ponerle las cosas fáciles y le haremos las preguntas más tarde. Eso es lo que ella quiere. Cuando esté preparada para hablar y hayamos oído lo que tenga que decirnos, podemos decidir si lo mejor es llamar a la policía.

Se aparta de mí, y tema concluido. Me trago mi rabia y mi frustración como si fueran pepitas de limón. Pero veo que le tiemblan las manos al coger la tetera y colocar unas bolsitas de té en las tazas, y me doy cuenta de que está tan agobiada como yo.

—¿Mamá? —Me acerco a ella y pongo la mano encima de la suya. A pesar del calor del verano, ella está fría—. Llamar a la policía es lo mejor. Piénsalo: ¿cómo explicamos la reaparición de Olivia a los vecinos? ¿A los amigos? ¿A la familia? —Aunque el temor es como un torbellino, mi tono suena calmado, tranquilizador—. Necesitamos saber qué le ha ocurrido. Necesitamos encontrar al hombre que se la llevó. Es peligroso, y sigue por ahí fuera.

Ella asiente y me siento muy aliviada de haber conseguido penetrar y traer conmigo la realidad.

—¿Va todo bien? —La voz de papá detrás de mí hace que dé un respingo.

Mamá se echa atrás al momento.

—Todo va bien. Estamos sirviendo el té.

Él me mira duramente.

—¿Quieres añadir algo, Caitlin?

A mi lado, mamá se pone tensa. Tratar de llegar a papá es inútil. Cuando toma una decisión no la cambia por nada. Intentarlo solo conduce a una pelea, y los nervios de mamá ya son un castillo de naipes endeble, y me preocupa que una discusión con papá sea la gota que rebose del vaso. Así que me muerdo la lengua, notando que un enorme muro se alza entre nosotros: mis padres están a un lado, y yo encerrada en el otro. Salgo de la cocina.

En el pasillo miro hacia el salón, pero no entro allí. No puedo fingir que todo va estupendamente. Me dirijo a la puerta principal, pero cuando mis dedos tocan el picaporte de latón frío, me detengo. Si me voy, ¿qué pensará Olivia? ¿Y Oscar? ¿Tengo que darle a papá un motivo más para que se sienta decepcionado conmigo? Me aparto y me dirijo hacia las escaleras.

Cuando llego a la parte de arriba hago una pausa, recordando a Olivia allí de pie, donde estoy ahora, llevándose un dedo tembloroso a los labios. El hombre enmascarado a su lado. Un cuchillo en su garganta. Cierro los ojos intentando bloquearlo. Me resulta tan vivo hoy como hace dieciséis años.

Abro la puerta de la antigua habitación de Olivia. Las paredes, de un color rosa maquillaje entonces, ahora están pintadas de Cornforth White de la marca Farrow & Ball. El efecto es ligero y aireado, combinado en distintos neutros con mucho gusto: grises, cremas, tonos verde oliva… Todo es de mimbre o de lino. Cualquier cosa que en tiempos perteneciera a Olivia, como los carteles de grupos musicales, su colección de brillos de labios y pinzas del pelo en forma de mariposas, está guardada en el desván.

—Es todo tan distinto…

Me giro hacia la voz. Olivia está apoyada en el quicio de la puerta. Estamos de pie exactamente en el mismo sitio que hace dieciséis años, cuando ella me sorprendió con el diario de la abeja dorada. Entra en la habitación y se sienta en la cama doble.

Siempre había imaginado que si ella volvía a casa, sería como si una pieza de rompecabezas encajase de nuevo en el lugar que le correspondía. Pero no es así. Es discordante. La miro de cerca, buscando pistas para saber cómo ha vivido estos últimos dieciséis años. Si tiene moratones o cicatrices, es imposible saberlo. La amplia camisa de hombre y los leggings la cubren por completo. Lo que sí veo es que tiene la piel morena del sol. No está tan pálida como sería de esperar en una persona a la que se ha mantenido encerrada en el interior durante dieciséis años. Así que a lo mejor no estaba confinada en una habitación sin ventanas. Pero si se le permitía salir al exterior, ¿por qué no ha venido antes a casa? Está muy delgada. Y es alta, también. Más alta que yo. El pelo le llega casi hasta la cintura, espeso y despeinado, con hojas enredadas en él, pero las puntas están muy rectas, como si se las hubiera recortado recientemente. ¿Quién le corta el pelo? Solo le falta un toque de cepillo para quedar restaurado a su antiguo esplendor solar. Mis ojos se ven atraídos hacia las hojas. Me la imagino corriendo por los bosques para conseguir su libertad, golpeándose con los árboles, con las ramas enganchadas en su pelo. Ella apoya las manos en las rodillas.

—Olivia, ¿dónde has estado?

Mira por la ventana y entonces se levanta, grácil, y se dirige hacia ella. Su habitación da al césped. Al final está la cancela que conduce a un terreno pequeño y luego kilómetros y kilómetros de bosque,

más allá. Allí es donde decía la policía que se escondía él. Esa cancela es la misma por la que entró en nuestro jardín.

—¿Me has echado de menos?

La respuesta sale por mi boca, honesta, cierta.

—Todos los días.

Ella me mira por encima del hombro y sonríe. Yo le devuelvo la sonrisa. Es un momento extraño, bienvenido. Un rayo de luz que penetra por un cielo oscuro, turbulento. Me pone triste pensar cuántas de sus sonrisas me he perdido.

Me acerco a ella, queriendo ponerle una mano consoladora en el brazo, pero no lo hago porque en realidad me parece una desconocida. Quiero volver a conocerla otra vez. Comprenderlo.

—¿Qué te pasó, Olivia?

Ella aparta la cara. El silencio se extiende entre las dos. Estoy a punto de preguntárselo otra vez cuando pasa por mi lado y coge una vela que está en la cómoda.

—Tenemos que ponernos al día con tantas cosas… —Inhala el perfume y luego le da la vuelta y mira la etiqueta—. *Crème brûlée*. Dios mío, qué divina. Deberíamos ir a un restaurante y pedir *crème brûlée*. ¿La has probado alguna vez?

—Pues sí, pero…

—No puedo esperar a probarla. ¿Adónde vamos? ¿Cuándo?

—Olivia…

—¿Qué tal este fin de semana?

—No.

Su sonrisa desaparece y yo siento un pinchazo de culpabilidad por no doblegarme a su juego de fingimiento.

—Por favor, deja de actuar como si todo fuese bien.

Su mirada se endurece. Deja la vela.

—¿No te alegras de que haya vuelto a casa?

—Sí. Por supuesto.

—Entonces ¿no podemos disfrutar sencillamente de que por fin esté aquí contigo? —Me mira, con sus enormes y suplicantes ojos azules. Casi basta para borrar mis preguntas, pero la verdad es que siguen ardiendo en el bolsillo de atrás.

—¿Por qué no has dejado que mamá y papá llamasen a la policía?

—¿De qué habría servido, a estas alturas, Caitlin? —suelta ella—. Estuve desaparecida durante dieciséis años y no me encontraron. ¿De qué me podría servir ahora mismo?

Está furiosa y yo me siento aliviada, porque la ira es más saludable que esa fingida y engañosa normalidad. Al menos es honrada.

—Porque encontrarán al hombre que te arrebató a nosotros y evitarán que se te vuelva a llevar.

Ella niega con la cabeza.

—Yo solo quiero que las cosas sean como eran antes. No quiero revivir lo que ocurrió. Solo quiero ser… normal. —Y me mira a los ojos—. Como tú.

La culpabilidad penetra en mi interior, por no poder regresar en el tiempo e intercambiar mi lugar con ella. No puedo darle todos los años que él le robó, pero me niego a resultar tan inútil ahora como lo fui entonces.

—Olivia, si llamamos a la policía, él no volverá a hacerte daño nunca más. Nosotros…

—No. —Ella se muestra dura como el acero, desafiante—. He dicho que no.

Cojo aliento con fuerza, procurando tener paciencia.

—¿Qué te ocurrió? ¿Quién es él?

Traga saliva y vuelve a apartar la vista. Entonces parece encogerse. Esconderse en su camisa.

—No quiero hablar de él.

Nos sumergimos en un silencio tenso.

Pocos meses después de que desapareciese Olivia, la policía especuló diciendo que podía ser una fuga. Que el hombre de la máscara y el Chico del Autobús eran en realidad la misma persona. Que se habían conocido. Él era mayor. Se habían enamorado y ella se había ido con él. Por eso nadie, ni siquiera Florence, sabía nada del Chico del Autobús. Aseguraban que habían simulado el rapto para mi beneficio. Yo no lo creí nunca. Ni por un segundo. Ninguno de los que conocían a Olivia lo creyó. Ella era amada por su familia, no nos habría abandonado por nadie. Pero ahora, viendo su resistencia a implicar a las autoridades, me pregunto si en realidad la policía tenía razón.

—¿Es el Chico?

Levanta de pronto la cabeza.

—¿Qué Chico?

—El Chico del Autobús. El que te regaló el diario.

Ella frunce el ceño.

—¿El diario? —la presiono—. ¿Verde con una abeja dorada? Desapareció la misma noche que tú.

Ella me mira sin comprender.

—¿No te acuerdas? —No quería que sonara como una acusación, pero lo es, de alguna manera. Aunque no sé muy bien de qué la acuso.

Sus ojos se estrechan.

—A lo mejor lo recuerdas mal.

La policía hizo eso mismo a lo largo de los años, sugerir que los detalles que les había dado eran incorrectos. Aunque tenían mi declaración, me preguntaban lo mismo una y otra vez, con la infructuosa decisión de una persona que vuelve una y otra vez a un frigorífico vacío, esperando abrirlo y encontrarlo lleno.

—No, no lo recuerdo mal.

Nos miramos la una a la otra. Ella sabe que no voy a dejar pasar eso. No puedo.

—En realidad, tienes razón… —empieza, como si el recuerdo hubiese aparecido en ese preciso momento, como un muñeco de una caja sorpresa—. Sí, tenía una abeja dorada, ¿verdad? Creo que el chico que me lo dio estaba enamorado.

Está mintiendo. No se acuerda de nada: solo repite la información que yo misma le he dado.

Se mira las uñas. Están limpias. Este pequeño detalle exaspera. Entonces es cuando veo un atisbo de esmalte rosa. Esmalte rosa… ¿qué clase de secuestrador deja que su víctima se pinte las uñas? Ella me ve mirarlo.

—Creo que necesito estar sola un minuto. —Y como yo no me muevo de inmediato, añade—: Por favor.

Y me voy, con la inquietud cosquilleándome la piel.

8

Caitlin Arden

Mamá y papá están en la cocina hablando en voz baja. Cuando papá me ve remoloneando por allí, cierra la puerta. Con las mejillas encendidas, me reúno con Oscar en el salón. Él está tecleando frenéticamente en su móvil, tan absorto que al principio ni siquiera me ve. Trabaja demasiado, y siempre está enviando correos. Al acercarme, sin embargo, veo que no es el resplandor blanco del correo lo que se ve, sino más bien sus notas. Se da cuenta de que llego y cierra el teléfono, de modo que la pantalla se pone oscura y se lo guarda en el bolsillo, culpable.

—No pasa nada —le digo—. Solo porque mi vida se haya parado de repente, no tiene que pararse la tuya también.

Él suelta aire aliviado, pero menea la cabeza.

—Tenía que escribir algunas cosas para el trabajo. Ya soy todo tuyo. —Se pone de pie, me rodea con los brazos y me besa en la coronilla. Respiro pegada a él y la sensación de inquietud empieza a fundirse—. ¿Qué tal ha ido con Olivia?

—Bien —miento.

Se aparta y me mira a la cara.

—Pero ¿qué ha dicho?

Antes de que pueda responder, se abre la puerta de la cocina. Un momento más tarde aparece mamá en el salón. Frunce el ceño.

—¿Dónde está Olivia?

Oscar se separa de mí. Papá se une a mamá en la puerta. Y aunque estoy rodeado por mi prometido y mis padres, de repente me siento increíblemente sola.

—Arriba.

Mamá está horrorizada.

—¿La has dejado sola?

—Está justo al subir la escalera —digo, pero mamá ya sale corriendo de la habitación.

Papá menea la cabeza, mirándome.

—Espero que no hayas interrogado a Olivia.

Herida y frustrada por el hecho de que haya pensado eso de mí, le respondo impasible.

—No, hoy no. He dejado mi equipo de ahogamiento simulado en casa.

A mi lado, Oscar se pone tenso. Aunque mi padre se muestra frío o sarcástico conmigo con frecuencia, yo raramente alzo la voz, pero con todo lo que está pasando me está costando mucho morderme la lengua.

Papá empieza a regañarme, pero no le hago caso. Estoy concentrada en otra cosa, en un ruido doméstico y cotidiano que habitualmente se funde con el entorno. Ahora mismo, sin embargo, hace que los pelillos de la nuca se me pongan tiesos.

—¿Qué pasa? —pregunta Oscar.

Yo frunzo el ceño.

—Es que… ¿no oís la ducha?

—Sí, creo…

Salgo corriendo de la habitación, subo los escalones de dos en dos, como cuando era niña. Llego al descansillo. Otros pasos siguen los míos, los de papá o los de Oscar, no lo sé. Mamá sale del baño y cierra la puerta tras ella, con un lío de ropas en los brazos. Mi mirada cae en la camisa de cuadros y me da un vuelco el estómago.

—¿Olivia se está dando una ducha?

Ella parece asombrada por mi pregunta.

—Sí.

—Ay, Dios mío —me dirijo a la puerta, pero ella interrumpe mi camino.

—¿Qué estás haciendo? —me chilla.

Toda la frustración y la furia de las últimas horas surge de mi interior.

—¿Eres tonta o qué?

—¡Caitlin! —grita mi padre.

—Olivia está eliminando todas las pruebas.

—¿Las pruebas? —exclama mamá, ahora con pánico. Mira a su marido. Él se coloca junto a ella.

—¡Sí! —grito—. Sí, las pruebas. La policía tiene que examinarla. Tomar muestras. ADN… —Pero mamá no lo entiende. No piensa con claridad. Mantengo la mirada de mi padre, esperando que cualquier resentimiento o culpa que me atribuya no sobrepase la posible lógica —. Papá, por favor, tenemos que llamar a la policía antes de destruir su investigación.

Sabe que tengo razón. Aprieta los labios formando una línea dura, pensando en sus opciones.

—Olivia nos ha pedido que esperemos —dice mamá, como si estuviera citando la Biblia.

—No importa —replico—. Por el amor de Dios, Olivia es una escena del crimen andante.

—¡Es tu hermana! —aúlla papá. Si estaba pensando en escucharme antes, no lo hará ahora, no frente a mi tozudez.

—Pero…

—Caitlin —me advierte Oscar, pegado a mi oído. Yo le miro. Él mueve la cabeza con un ligero gesto, instándome a que deje de presionar.

Y finalmente me rindo. No puedo permanecer dentro de ese manicomio ni un segundo más.

—Creo que es mejor que me vaya. Decidle adiós a Olivia de mi parte.

Espero en el coche, con una sensación surrealista. Oscar viene muy cerca detrás de mí. Lo imagino disculpándose con mis padres por mi exabrupto, prometiendo que volveremos más tarde. Conduce en silencio. Solo cuando el edificio de piedra caliza deja su lugar a campos verdes, Oscar empieza a hablar.

—Tus padres están traumatizados. Han querido que Olivia volviera a casa durante mucho tiempo, y ahora que está aquí, no quieren hacer nada que haga que lamente haber vuelto.

—Ya lo sé.

Silencio.

—Todo se irá arreglando, Caitie.

—Pero tienen que llamar a la policía. El hombre que se la llevó todavía anda por ahí. Quiero decir: ¿se ha escapado ella, o la ha soltado él? Y si la ha soltado, ¿por qué ahora?

Él se encoge de hombros.

—¿Qué te ha dicho ella?

Trago saliva. No puedo reconocer que la he preocupado tanto que prácticamente me ha echado de su antigua habitación.

—Le he preguntado dónde ha estado todo este tiempo.

Entonces me mira.

—¿Y qué ha dicho?

—Ha sido raro.

—¿Raro?

—Se ha mostrado vaga. Más interesada en hablar de *crème brûlée* que en darme respuestas. No quiere decir dónde ha estado, ni quién es él, ni cómo ha conseguido volver a casa.

Él asiente lentamente.

—Pero no estará callada siempre. Solo han pasado unas pocas horas.

—Ya lo sé, pero… —No sigo, intentando comprender esa sensación de bichos que me corren por la piel—. No recordaba mucho aquella noche, la última conversación que tuvimos. No tenía ni idea de qué le estaba hablando cuando he mencionado el diario, o el Chico del Autobús.

Su cabeza se vuelve repentinamente en mi dirección.

—¿Le has preguntado todo eso?

—Sí.

—¿Por qué? —Por motivos que no puedo comprender, parece molesto.

—Porque quiero saber qué le pasó a mi hermana.

Él niega con la cabeza.

—No puedes esperar tener todas las respuestas inmediatamente. Todo el mundo se está acostumbrando, y a Olivia le va a costar un cierto tiempo abrirse. Lleva más tiempo lejos de ti y de tu familia del que estuvo contigo.

Procuro calmarme y contener el aliento. No sé cómo no se me había ocurrido hasta el momento que mi hermana ha pasado más tiempo con su captor del que estuvo con nosotros, con su familia. Dieciséis años. Me doy cuenta ahora de que la sensación inquietante y de intranquilidad es porque Olivia no parece Olivia. Parece una desconocida. Porque en realidad lo es. Yo conocí a la niña que era, antes de ser secuestrada, pero no a la mujer en la que se ha convertido desde entonces.

Miro por la ventana. Hemos estado solo una hora en Blossom Hill House. Todavía es temprano, pero ya hace demasiado calor. El sudor baja por mi espalda y se me acumula en las arrugas de las rodillas. Oscar y yo no hablamos. Doy vueltas a sus palabras en la mente y, al hacerlo, me duele que se haya puesto de parte de mis padres. El tiempo no corre a nuestro favor.

Seguramente él comprende la urgencia. El peligro en el que puede estar mi familia, si no actuamos ahora mismo. Siento que aunque tengo la certeza de que la hierba es verde, ellos están seguros de que es rojo intenso. A pesar de que sé que tengo razón, no puedo traicionarlos ocupándome de los asuntos con mis propias manos. Unas manos que quieren buscar en el bolso, sacar el móvil y llamar a la policía.

Cuando paramos con el coche ante nuestra casa, Oscar mira fijamente a través del parabrisas. Yo le veo contar mentalmente hasta diez antes de hablar. No me mira.

—No hagas nada que puedas lamentar después, Caitlin.

Dentro, él prepara té para los dos. Está distraído y saca el teléfono mientras hierve el agua en la tetera, y sus pulgares vuelan por la pantalla. Tiene una fecha límite importante para entregar un trabajo para un proyecto por el que está muy emocionado. Todo su rostro se ilumina cuando habla de ello. No sé mucho del asunto, pero sí que lleva mucho tiempo trabajando en ello. Le digo que vuelva al trabajo.

—¿Seguro? —me pregunta.

Asiento porque no quiero que estemos ahí sentados con un té tibio diseccionando esa extraña mañana.

—La reunión anual con mis padres se cancelará, desde luego, pero volveremos a su casa esta tarde.

—Sí, claro —dice, con la voz más suave que en el coche—. Tus padres llamarán a la policía, Caitie. Solo necesitan un poco más de tiempo.

Me besa y yo espero a oír cómo se cierra la puerta de su estudio para coger las llaves del coche y salir.

9

Caitlin Arden

Florence vive en una espaciosa casita georgiana con tres dormitorios dobles en el centro de Bath. Su prometido, Daniel, se enfada mucho si alguien se atreve a referirse a su propiedad como un «piso». A lo largo de los años Florence ha salido tanto con hombres como con mujeres. Yo siempre me había imaginado que acabaría con alguien creativo, como ella. Alguien artístico y bohemio, con tatuajes y piercings. Me los imaginaba viviendo juntos en un almacén reformado, un local tipo loft con los ladrillos vistos. Pero no, es muy feliz con Daniel y su guardarropa lleno de trajes oscuros e impecables camisas blancas, y su creatividad limitada a alguna corbata estampada, de vez en cuando. Aun así, el hombre es amable, y siempre se ha desvivido para hacerme sentir bienvenida. Es gestor de fondos de cobertura, aunque si alguien me pusiera una pistola en la cabeza y me obligara a explicarle qué es exactamente un gestor de fondos de cobertura yo le diría que nos liberara a los dos de nuestro sufrimiento y me pegara un tiro, porque no tengo ni la más remota idea.

Fuera hace calor y hay mucho ruido. Se está reuniendo una verdadera multitud. Hoy se inaugura el carnaval de verano. Actores, gimnastas, bailarines, tragafuegos y contorsionistas desfilan por esta calle, a lo largo del Victoria Park, donde espera la feria de atracciones. Vacilo en la acera junto a la casita de mi amiga, sin saber cómo decirle a Florence que Olivia ha vuelto. Ella se mostrará incrédula, igual que yo, y esperanzada también. Habrá preguntas, muchísimas preguntas que yo no puedo responder. Y aunque sé que mis padres se pondrán furiosos, tengo que confiar en Florence, porque ella estará igual de enfadada que yo por el hecho de que no se haya informado de la reaparición de Olivia, y quizá su convicción pueda fortalecer la mía propia y darme el impulso necesario para llamar yo misma a la policía.

Aprieto el timbre. Responde Daniel. Aunque se sorprende de verme, es demasiado educado para preguntarme por qué he aparecido en su casa sin anunciarme. En silencio entro y me quito las zapatillas. Hay unos palos de golf junto a la puerta. Me resulta extraño que mientras ocurre algo tremendo el mundo continúe girando. Que la misma mañana en que mi hermana desaparecida, presuntamente muerta, reaparece en mi vida, él vaya a salir para pasar unas cuantas horas agradables golpeando unas bolas con unos palos de metal que cuestan más que el pago mensual de mi hipoteca.

Mientras le sigo al salón mi corazón late con tanta fuerza en el pecho que lo siento en los labios. El secreto de que mi hermana ha vuelto corre por mis venas. Daniel me habla, pero yo no oigo nada de lo que me está diciendo, así que simplemente asiento. En un intento de aferrarme a algo, me centro en los colores que me

rodean. Muros cálidos de terracota. Un sofá de un verde oliva. Cojines beige, gruesos y acogedores. Los metales son dorados: los candelabros, los tiradores de los cajones, los apliques de la pared y los platos llenos de chucherías. Dorados. Igual que su pelo. Se me tensa el pecho y clavo los dedos de los pies en la alfombra que cubre el suelo, muy suave y color nata montada.

Entonces aparece Florence en la sala, con algo en la mano que supongo que es un guion, con notitas adhesivas de colores vivos metidas entre las páginas. Sus cejas oscuras se fruncen.

—¿Teníamos planes? ¿Sabía yo que venías?

Niego con la cabeza, con las palabras atascadas en la garganta. Hay demasiadas cosas en mi interior, revolviéndose y agitándose. Quiero expulsarlas de mi cuerpo como el aullido de un alma en pena.

Florence y Daniel intercambian una mirada.

—Vete —dice Florence a su prometido—. Llegarás tarde si no te vas ahora mismo.

Él la besa en la mejilla pero mantiene clavada en mí su mirada preocupada.

—Me alegro mucho de verte, Caitie.

Una vez se ha ido, ella me dice:

—¿Está todo…, estás bien?

Tengo la verdad en la punta de la lengua, pero entonces veo la mueca furiosa de la boca de mi padre y los ojos de un gris acuoso de mi madre, y me la trago.

Florence se sienta junto a mí y yo aspiro el aroma consolador y familiar de su perfume de Jo Malone. Me compró un frasco como regalo de graduación. Ha estado conmigo en los momentos malos y

en los buenos. Momentos de los que Olivia no podía formar parte. Estos últimos años, Florence ha sido una hermana para mí. Sé que puedo confiar en ella, pero, aun así, las palabras se me pegan a la garganta.

—¿Qué ha ocurrido? —me presiona con amabilidad.

Y de repente, estar allí sentada me resulta imposible. Notando como si tuviera un muelle en mi interior, me pongo de pie y empiezo a andar.

—¿Has pensado alguna vez en cómo sería ella, si volviera?

Un latido, silencio, y luego:

—¿Olivia?

Asiento.

—Por supuesto. Todo el tiempo. —Se levanta y deja el guion en la mesita de centro. Es toda preocupación y anticipación.

—Caitie, ¿qué está ocurriendo?

—Yo me lo he imaginado. Todos los días. A veces hago un trato con algún dios en el que ni siquiera creo. «Devuélveme a mi hermana y puedes llevarte veinte años de mi vida. Devuélvemela y te daré todo lo que tengo. Iré descalza por toda la ciudad si puedo pasar solo un día más con ella».

Dejo de andar y me quedo junto a la ventana, y vuelvo la cara hacia el sol, aunque tengo frío y no noto en absoluto su calor.

—Habría hecho cualquier cosa por devolver a Olivia a casa. Pero entonces pensaba en lo que ella habría tenido que pasar. Todos esos años compuestos por todos esos segundos y minutos y horas. En lo que podían haberle hecho… —Mi aliento se vuelve más duro y rápido —. No es ningún secreto por qué los hombres se llevan a chicas jovencitas, ¿verdad? No es ningún misterio. No hace falta ser ningún

genio. Y cuando pensaba en el daño que él le habría hecho, sabía que ella no volvería nunca a ser la misma, y me preguntaba… —Inhalo aire. Exhalo. Noto que las palabras se enganchan en mi garganta como astillas de cristal—. Me preguntaba si no estaría mejor muerta.

El silencio cae en torno a nosotras como cenizas ardientes. No puedo mirar a Florence. No puedo creer haberlo dicho en voz alta. Noto cómo se mueve junto a mí. Noto el calor de su cuerpo a mi espalda. Cerca, pero sin tocarla. Bajo la vista hacia la corriente de gente que pasa por debajo. El desfile ha llegado, bailarines con vibrantes trajes de plumas y lentejuelas. La multitud es más espesa todavía ahora, llena las calles a ambos lados de la calzada. La música es muy fuerte, pero no lo bastante para ahogar el sonido de mi pulso, rugiente.

—Siempre he esperado que, si había muerto, hubiese sido rápido —digo—. Sin dolor. Que ella no lo hubiese visto venir. —Apoyo la cabeza en el cristal caliente por el sol. Me imagino apretando la frente contra él hasta que se astilla. Me imagino a mí misma cayendo por el aire, reventando como una sandía en la acera caliente, abajo—. ¿Cómo puedo mirarla a los ojos sabiendo que había deseado que estuviera muerta, Florence?

Más silencio.

La vergüenza al rojo vivo de mi confesión empapa mis ropas, me mancha la piel, penetra debajo de las uñas.

—Está bien —me dice ella, cogiéndome la mano entre las suyas. Nos quedamos hombro con hombro. Sus dedos se tensan en torno a los míos. Tranquilizadora.

—Todo va a ir bien. —Parece tan segura que casi me la creo—. El aniversario siempre es difícil…

Tengo la lengua de plomo. Decirle a Florence que Olivia ha vuelto me compromete a llamar de inmediato a la policía. No puedo hacerle a ella lo que mis padres me han hecho a mí. No puedo cargar a Florence con esta noticia monumental y hacerle prometer que soporte su peso en silencio.

Abro la boca, sin saber muy bien lo que voy a decir, cuando el teléfono de Florence vibra en la mesita de centro que está junto a nosotras. Ella se aparta de mí y lo coge.

—¿Quién es? —pregunto, preocupada por si mis padres u Oscar intentan localizarme.

—Nadie —contesta Florence, demasiado rápido.

—¿Quién? —Me acerco a ella para captar un vistazo del nombre de quien llama—. Es tu agente.

De mala gana, asiente. El teléfono sigue vibrando en su mano.

—Esperaba a ver si puedo narrar el próximo libro de Noah Pine, pero…

—Responde.

—Caitie…

Cojo el teléfono de su mano, acepto la llamada y se lo tiendo. Ella me dedica una sonrisa pequeña y agradecida y pronuncia sin voz: «tardaré poco», y desaparece en el vestíbulo.

Vuelvo a mirar por la ventana. ¿Qué hago aquí? Debería estar con Olivia. Quizá si vuelvo a casa ahora mismo pueda convencerlos de que alerten a las autoridades. Seguro que, en cuanto la conmoción de la reaparición de Olivia haya menguado, mis padres recuperan el sentido común. Llamarán a la policía para poder iniciar una

investigación, y encontrar a su captor. Pero ¿y si, mientras tanto, él vuelve a por ella?

El pánico aletea en mi pecho. Tengo que irme. Necesito…

Noto un nudo en el estómago.

En la calle, abajo, la multitud va andando lentamente por la acera, siguiendo el final del desfile. La atención de todo el mundo está fija en los actores. Todos excepto una figura vestida toda de negro: vaqueros y un abrigo con capucha. Demasiado abrigado para el calor del verano. Esa persona es demasiado corpulenta para ser una mujer. Demasiado alta. Mira directamente a la casita. Directamente hacia mí. La gente pasa a su alrededor. Es como un agujero negro en el agitado mar de colores. El sol salpica su máscara veneciana. Una máscara que yo ya había visto antes. Su larga nariz y su frente arrugada y furiosa ha poblado mis pesadillas. No es negra, como había pensado en la oscuridad de nuestro rellano, cuando secuestró a mi hermana. Es azul noche. El azul marino más intenso y oscuro.

Mi pecho se tensa por el terror hasta que no puedo casi ni respirar. Tengo diez años otra vez, y estoy paralizada, viéndole raptar a mi hermana. Viéndole arruinar mi vida.

Una mano me coge desde atrás y doy la vuelta al momento, con los puños dispuestos para defenderme de mi atacante.

Florence da un salto hacia atrás.

—¡Caitie!

El corazón se me desboca y vuelvo a mirar por la ventana, pero él ya se ha ido.

—No —respiro—. No.

Estaba ahí. Lo he visto. De inmediato corro por el salón y salgo al vestíbulo. Florence me sigue. No me paro a ponerme las zapatillas.

Abro de un tirón la puerta de la calle y bajo descalza las escaleras. Florence me llama mientras viene detrás de mí. Yo sigo corriendo decidida a alcanzar al hombre de la máscara. Abro la puerta de entrada y salgo al sol cegador. Hay mucho ruido. La gente está borracha y quemada por el sol, y anda con torpeza. Luego tropiezo en los escalones de piedra y me abro paso a codazos por la multitud. El desfile de carnaval está ya calle arriba. Voy corriendo por la calzada y me quedo de pie en el mismo sitio donde estaba él hace unos momentos. Giro hacia la derecha y hacia la izquierda pero no hay ni rastro de él. Podría haberse quitado el abrigo negro y con capucha y haberlo guardado, junto con la máscara, en una bolsa. Podría estar en cualquier sitio.

Florence me coge del brazo y me hace girar para que quede frente a ella. Me pongo de puntillas y me esfuerzo para mirar por encima de su hombro.

—Caitie, ¿qué demonios está pasando?

—El hombre que se llevó a Olivia estaba vigilando tu edificio —le digo, buscando aún el agujero negro.

—¿Cómo?

Me suelto de su presa y me pongo a andar por la calle, todavía no dispuesta a rendirme.

—Sabía que volvería a por ella…

Florence se interpone en mi camino.

—¿Volver a por quién?

—¡Olivia!

Confusión. Sorpresa. Lo veo todo en su cara. No tengo tiempo para explicarlo, de modo que doy la vuelta y subo a la carrera unos escalones delanteros de una casa para ver mejor a la multitud. Pero

no estoy lo bastante alta. Junto a mí se encuentra una verja de hierro. Empiezo a subirme por ella. Los dedos de Florence rodean mi muñeca y tira de mí hacia ella.

—¿Qué estás haciendo? Por favor, dime lo que está pasando. Me estás asustando.

Miro sus enormes ojos castaños y no puedo guardar el secreto ni un segundo más.

—Olivia ha vuelto.

Su rostro se queda sin color.

—¿Cómo?

—Ha aparecido en casa de mis padres a primera hora de la mañana.

Niega con la cabeza.

—¿Estás segura?

—Mamá y papá se niegan a llamar a la policía porque Olivia no les ha dejado. No quiere decir dónde ha estado, ni qué le ha ocurrido, ni cómo ha conseguido volver. Finge no recordar nada de esa noche, y dice tonterías sobre la *crème brûlée*.

—Caitie…

La cabeza me da vueltas todavía. Un pánico frío y viscoso se extiende como la niebla por mi pecho y tengo visiones del hombre enmascarado deslizándose por las puertas francesas del hogar de mi niñez, con un cuchillo sujeto en la mano enguantada. Lo imagino pasando por el vestíbulo y yendo hacia el dormitorio de mis padres. Oigo sus gritos. Veo el cuchillo cortar la piel y el músculo, y alojarse en el hueso. Esta vez se asegurará de que Olivia no tenga con quién volver. Mi resolución se hace más firme. Cojo el teléfono de Florence

y hago lo que tendría que haber hecho hace horas: llamo a la policía.

10

Elinor Ledbury

Ledbury Hall está llena de desconocidos. Servicio de catering, decoradores, camareros, personal de servicio… Todos se atarean en el hogar de Elinor como hormigas en un pícnic, estropeándolo todo. Ella está de pie en el gran descansillo y los ve pasar de aquí para allá, llevando cajas con botellas de vino y ostentosos arreglos florales. Están preparándolo todo para la fiesta que ha organizado alguien pagado por el tío Robert. La empresa farmacéutica para la que trabaja se ha fusionado recientemente con otra organización y esta es su primera presentación social.

—No tiene derecho a ocupar nuestra casa así —aparece Heath a su lado. Ella no lo mira. Apenas lo ha mirado desde que lo sorprendió con la chica del pelo oscuro, Sofia, en la tienda de música. Él no se ha dado ni cuenta, ha abandonado a su hermana todos los días de esa semana, y le miente constantemente al decirle dónde va. Elinor sabe que está con «ella», pero no puede enfrentarse a él. Tiene demasiado miedo de que eso lo aleje aún más de ella. De que se vaya y no vuelva nunca.

—Ledbury Hall es nuestro.

—No hasta dentro de un año más —responde ella fríamente, solo para herirlo—. ¿Has invitado a alguien?

—No —dice él, aunque debería ser obvio—. ¿Y tú?

—A lo mejor.

Él se pone tenso y abre la boca para presionarla más, pero entonces aparece el tío Robert en el vestíbulo, gritando sus nombres. Elinor se mueve rápidamente. Como siempre, Heath se toma su tiempo.

Una fina capa de sudor cubre la piel del tío Robert, y Elinor no sabe si se debe a la emoción por su fiesta o al estrés que le provoca.

—Os he hecho llegar ropa nueva a vuestras habitaciones para esta noche.

Al oír esto Elinor nota un escalofrío de emoción. Casi nunca estrena nada. La mayor parte de las cosas que lleva son de su hermano, y todo lo demás que hay en su guardarropa perteneció en tiempos a su madre. Junto a ella, sin embargo, Heath bufa.

—Esta fiesta es muy importante —insiste el tío Robert—. Quiero que los dos os portéis lo mejor posible. Es imperativo que mis colegas vean que somos una familia feliz.

—¿Quieres que mintamos por ti, «querido» tío? —pregunta Heath, aburrido y burlón.

El tío Robert se acerca a ellos y levanta un dedo con el que los señala.

—Lo digo en serio, chico. Portaos bien.

Los labios de Heath se curvan en una mueca provocadora y desdeñosa.

—Pero ya le había prometido a Elinor portarme lo peor posible.

La mano del tío Robert se cierra en forma de puño. Los ojos de Heath arden de desafío. Está ansiando una pelea, pero cualquier daga que intercambian él y su tío normalmente pasa primero por Elinor. Aunque el mal genio de Robert siempre la ha dejado petrificada, Heath es inmune. Se llevó unas cuantas bofetadas de su tío de niño, pero ya es mayor. Más fuerte. Y el tío Robert lo sabe. Con algo de esfuerzo baja el puño. Poco a poco se vuelve y se dirige hacia su estudio.

Elinor, furiosa con su hermano por provocarle, se marcha directa a su habitación. Va a cerrar la puerta, pero Heath la sujeta abierta con facilidad. Él la mira a los ojos y se escurre dentro.

—¿Qué pasa?

Ella se sienta en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero.

—No quiero gente en nuestra casa, de ningún tipo —dice él, en voz baja.

Ella decide no aceptar esa perla de camaradería. Quiere que Heath se sienta tan solo como ella cada vez que la deja para ir con Sofia. Le ignora y va a coger su libro, pero está tan enfadada con él por su relación secreta, por provocar deliberada y constantemente a su tío de la manera equivocada, que las palabras se le emborronan en la página. Heath le quita el libro de la mano y se sienta al borde de su cama.

—¿Cuántas veces te he dicho que no leas novelas románticas?

—¿Porque no crees en el amor?

La mira con una mirada tan intensa que hace que su aliento se corte.

—Sí que creo en el amor. Pero la única cosa que te enseñan esos libros es que los finales felices son tan corrientes y tan fáciles de

encontrar como peniques sucios. —Ella intenta levantarse, pero él le bloquea el paso con el brazo—. No son más que mentiras. Nada que venga fácil vale la pena, Ellie. Nada.

Tiene en la punta de la lengua preguntarle si ella vale la pena, pero se muerde el labio para detenerse, porque no es a ella a quien quiere él. Es a la chica del pelo oscuro de la tienda de música. Es a Sofia.

—Déjame en paz.

Él levanta una ceja ante su tono, y sus labios se retuercen, divertidos, como si le estuviera mordisqueando un gatito.

—¿Qué pasa?

—Tú —suelta ella—. Siempre tienes que azuzar al tío Robert. Es una fiesta, Heath, y es importante.

—¿Y te has parado a pensar por qué es importante? Él cree que por tener nuestro dinero tiene poder, pero está claro que nos necesita. Esta noche, hermana, el poder es nuestro.

—Yo no quiero poder. Yo quiero…, quiero… —«Quiero que me quieras», piensa, pero no se atreve a decirlo.

El rostro de él se suaviza.

—¿Qué quieres, Elinor?

Ella traga saliva.

—Quiero que hagas lo que te ha pedido el tío Robert. Quiero que te comportes lo mejor posible para poder salir de una pieza de esta horrible noche.

Los ojos de él recorren su cara, escudriñándola. Ella teme que la presione para que diga algo más y que ella acabe cediendo.

—Vale —dice él, sencillamente—. Como quieras.

Cuando se va, ella saca la chaqueta de Flynn de su escondite bajo la cama y se la pone. Durante las largas horas en que su hermano la ha abandonado, la última semana, ella se la ha puesto para poder respirar el aroma de él, a café y a cítricos. Por motivos que no sabe explicar eso hace que se sienta menos sola.

11

Caitlin Arden

El ruido de todos esos reporteros, periodistas y cámaras estacionados junto a Blossom Hill House es constante. Como el martilleo de la lluvia en otoño, o el rumor de un ventilador en verano. ¿Cuánto tiempo convertirán nuestras vidas en un asunto nacional? Esta noticia, con mi bella hermana en su centro, significa que el respiro está lejos de nuestro alcance.

Ha pasado una semana desde que hice esa llamada a la policía. Desde que llegaron a casa de mis padres y se llevaron a todo el mundo para interrogarlos. Como era de esperar, mi padre estaba muy enfadado. A juzgar por la cara que tiene ahora, sentado frente a mí en el sofocante calor de su salón, sigue estándolo. Nos quedamos callados, escuchando las voces que vienen y se van de demasiados desconocidos en su jardín delantero. La policía está fuera también, manteniéndolos a todos a raya. Esta mañana me ha despertado de repente la pesadilla de los reporteros que invadían la casa como una plaga de cucarachas, entrando por puertas y ventanas y amontonándose unos encima de otros, y todo el rato chillando sus preguntas con un tono tan agudo que casi rompía el

cristal. Y entre ellos, fuerte y erguido, y perfectamente inmóvil, el hombre enmascarado.

Parpadeo para intentar eliminar la imagen, pero el rostro furibundo de mi padre no supone ningún respiro. Sus dedos se tensan en torno al asa de su taza mientras un periodista especialmente ruidoso aúlla sus preguntas ante las cortinas corridas del salón. Papá me mira con los ojos como dos piedras verdes y duras.

Yo me muevo incómoda en mi asiento, ansiando que mamá y Olivia vuelvan de la comisaría de policía. Miro mi teléfono, ignorando todos los mensajes de amigos que han visto las noticias (tengo una docena de llamadas perdidas de Gemma) y compruebo la hora. La mañana se ha convertido en tarde y ha traído con ella un calor sofocante.

—Deberían volver pronto —digo.

Él no me responde, solo frunce el ceño y bebe un poco de té. La tristeza aumenta porque, ingenuamente, al parecer, yo pensaba que si alguna vez volvía Olivia, nuestra familia volvería a ser como era antes, y la frialdad entre mi padre y yo se desharía del todo. No ha sido así. De hecho, los caminos entre ambos están más helados y traicioneros que nunca.

Hay un motivo para que mi padre se distanciara de mí después del secuestro de Olivia. Yo nunca había sido lo bastante valiente para tocar el tema. Quizá nunca lo sea.

Busco algo que decir, pero no tengo palabras que arreglen lo que está roto. No puedo volver atrás y deshacer mi decisión de hablar con la policía, y aunque pudiera, no lo haría. Al menos ahora, con la

casa rodeada, estamos a salvo. Olivia está a salvo. ¿No le importa eso a él?

—El hombre enmascarado no se atreverá a aparecer ahora.

Él aparta la vista. Este pequeño rechazo me pone un nudo en el estómago. No se cree que viera a alguien fuera del edificio de Florence, el otro día, me parece a mí. Probablemente piensa que me lo he inventado todo, para poder llamar a la policía antes en lugar de esperar a más tarde. Para mi padre el control es fundamental, y yo le he quitado eso al desobedecer su indicación de no implicar a las autoridades. Quizá le preocupe que la decisión de no actuar rápidamente dé una mala imagen de él.

Se abre la puerta delantera. Con ella entra una oleada de ruido, el clic de las cámaras y rugidos de emoción. Luego la puerta se cierra de golpe y la oleada retrocede. Imagino cucarachas de nuevo, arrojándose contra la madera, salpicando contra ella.

Aparece mamá en la entrada. Parece exhausta.

—Buitres —susurra—. Ojalá nos dejaran en paz.

Papá va a consolarla, lanzándome una mirada acusadora. La culpa colorea mis mejillas.

Olivia entra en el salón, mirando con el ceño fruncido un montón de folletos que lleva en las manos. Dios mío, es increíblemente guapa. Su rostro anguloso y simétrico, las pestañas largas y espesas y rizadas… Yo tenía razón con lo de su pelo. Ha bastado una ducha y un peine para devolverle su perfección anterior, sedosa y dorada.

Papá se vuelve hacia ella.

—Hola, cariño. —Y hay más calor en esas dos palabras a Olivia que en la media hora que he pasado con él antes de que ella llegase.

Ella no responde, sin embargo, porque levanta la vista y me ve, y su rostro se abre con una amplia sonrisa blanca.

—Ah, estás aquí.

Pasa junto a mamá, ignora completamente a papá. Yo me pongo de pie. Ella me rodea con sus brazos, y los folletos que llevaba se arrugan entre las dos, mientras yo abrazo su cuerpo esbelto. Hay una pequeña y malvada satisfacción en el hecho de que haya pasado de largo de papá y haya venido directa hacia mí. La misma pequeña satisfacción que sientes cuando un gato rechaza el regazo de todos los demás en favor del tuyo. Es la sensación de ser elegido por una criatura salvaje y anhelada.

Aspiro el dulzor de su champú de cereza. Por encima del hombro veo que mamá y papá intercambian una mirada. Ella pronuncia sin hablar «nada». Mamá me dijo ayer que esperaba que en el trayecto hacia y desde la comisaría de hoy pudiera sacarle algo más de información a Olivia. Tiene veintinueve años y es una adulta, y la policía no tiene por qué compartir detalles de la investigación ni contarnos nada de lo que Olivia haya divulgado sobre su tiempo en cautividad. Como resultado no sabemos casi nada. Cuando alguno de nosotros ha intentado hablar con ella del asunto, ella se queda notablemente quieta, como una estatua de bronce silenciosa. Ahora que la realidad de la reaparición de su hija ha ido asentándose, mamá está desesperada por saber qué ha pasado. Papá, por otra parte, ansía la normalidad. Están discutiendo igual que ayer cuando los dejé: mamá insistía en que le saquen más detalles, mientras que papá la instaba a dejarlo correr. Pero yo quiero saber, también. Ninguno de nosotros comprenderá realmente lo que ha sido la vida

para Olivia estos últimos dieciséis años, pero decidir ignorarlo todo no aprovechará a nadie.

—Te he echado de menos —susurra.

—No los arrugues —le insta mamá, cogiendo los folletos estrujados de manos de Olivia—. ¿Qué es esto? —pregunta, cogiendo una tarjeta de visita pequeña color crema de la pila y levantándola.

—Un nuevo terapeuta —responde Olivia con voz de aburrimiento, cogiéndola a su vez—. El agente de apoyo familiar me la ha dado. Empezaré a ir a su consulta esta semana.

Mamá hace una mueca.

—¿Un nuevo terapeuta?

Olivia suspira.

—Sí. Estoy tan loca que me van a dedicar un equipo completo de profesionales de salud mental. ¿A que tenemos suerte?

Un silencio incómodo y asombrado se cierne sobre nosotros.

—Pero tú no estás… —hay pánico en los ojos de mamá—, no estás loca. Solo… eres…

—¿Subimos al piso de arriba? —me susurra Olivia.

Suena el teléfono de papá. Él se aclara la garganta y desaparece en la cocina para coger la llamada. Probablemente sea un asunto de trabajo. El ayuntamiento le está presionando bastante para que vuelva.

—Prepararé un poco de almuerzo —anuncia mamá con fingida animación.

—No tengo hambre —dice Olivia.

—Puedo preparar lasaña… Sigue siendo tu plato favorito, ¿no?

—No, no me apetece —responde Olivia, inexpresiva. Detrás de ella, mamá parece dolida. Olivia no lo nota o no le importa—. Bueno —dice—, ¿dónde está Oscar?

—En Londres —le respondo, intentando captar la mirada de mamá para asegurarme de que está bien, pero Olivia se desplaza a la derecha y la eclipsa de la vista.

—¿Por qué ha ido a Londres?

—Por una reunión de trabajo.

Ella se ilumina.

—Deberíamos ir pronto a Londres.

—¿Cómo? —La voz de mamá suena muy aguda—. No puedes ir a Londres. No es…

Olivia me coge de la mano y me arrastra fuera del salón, hacia el vestíbulo, y subimos las escaleras. Cuando llegamos arriba, miro hacia abajo. Mamá está allí retorciéndose las manos, con cara de dolor. Noto un nudo en el estómago, lleno de culpabilidad, como me ocurre siempre cuando ella está ansiosa o preocupada, aunque yo no sea el motivo de su estado. Me habría comido la dichosa lasaña, aunque ya hubiera acabado un asado entero minutos antes de ofrecérmela, solo para complacerla.

Olivia tira de mí hasta su habitación. Ha empezado a hacer un collage para la pared de detrás de su cama. Son imágenes de nuestra niñez, de las últimas vacaciones a Chipre, las dos flotando en la piscina en unas colchonetas hinchables rosas, ella y Florence esperando en la cola para ver a las Spice Girls, Olivia y yo vestidas con monos navideños a juego, sonriendo a la cámara, rodeadas de regalos. Papá está a un lado, apenas visible en el marco, sujetando

un cubo de basura, dispuesto a recoger en él los envoltorios desechados.

En la cama hay una pila de diarios suyos. Olivia se encoge de hombros, aunque yo no le he preguntado nada.

—Papá los ha traído del desván para mí. Quería recordar.

—Puedes preguntar —le digo, amablemente—. Si hay algo que quieras saber o…

Ella asiente.

Entonces veo un diario que conozco muy bien, es acolchado y morado. Y es mío. Olivia lo coge todo y lo mete de nuevo en la caja de cartón apolillada, y luego la pone debajo de la cama. Recuerdo cómo reaccionó años atrás cuando me cogió mirando su diario de la abeja. Una parte infantil mía quiere achicar los ojos y con toda calma tender la mano con la palma hacia arriba, esperando que Olivia me lo devuelva, igual que hizo ella. ¿Revolotearían en su estómago también el pánico y la culpa?

—¿Lo has leído? —le pregunto, imperativa.

—Bueno, estaba en la caja —se encoge de hombros, displicente—. Mamá pensó que era mío, supongo.

—Pero tú sabías muy bien que no lo era.

Ella enrojece, culpable, y yo siento un poco de emoción por la revancha, abroncando a mi hermana mayor. Pero, aun así, no estoy molesta. En realidad, no. Lo del diario me duró solo unas pocas semanas, y enseguida se convirtió en otra libreta de dibujos.

—Sentía curiosidad. Me perdí tantas cosas de tu vida. Cuando me fui nunca habías besado siquiera a un chico, y ahora… —Sacude la cabeza, incrédula, y sus ojos se fijan en mi mano izquierda—. Ahora estás prometida. Te has hecho mayor, y yo te echaba de menos.

Me siento fatal por meterme con ella justo ahora. No estoy segura de lo que debo decir frente a estos tristes hechos. Paso las yemas de los dedos por mis palabras como si fueran flores en el sendero de un jardín, sin saber si arrancarlas o no. Pero antes de que pueda separarles los pétalos, ella continúa, con la mirada fija en la ventana que tengo detrás.

—La vida siguió, después de aquella noche.

Nuestra vida siguió solo en el sentido de que nuestros corazones continuaron latiendo, pero el ritmo quedó alterado, de algún modo más rápido, alborotado por el pánico.

—Cada día sin ti fue una tortura, Olivia —confieso, con toda honestidad—. Preguntándome dónde estabas, si volverías alguna vez a casa, si él te dejaría volver alguna vez. Yo…

—Llevas un vestido muy bonito —me dice, cortándome en seco y desviando con arte el tema de su captor, otra vez. Mira con intención su ropa prestada. Otra prenda del guardarropa de mamá. Le queda demasiado grande, le hace bolsa en torno al pecho y se abre bajo las axilas, y se ahueca en torno a su diminuta cintura.

—Puedo traerte algo de mi ropa —me ofrezco—. Quizá te quede un poco grande, pero…

—Quizá. —Ella se deja caer en la cama y se muerde la uña del pulgar—. Me gustaría tener mi propia ropa. Desde que he vuelto no me siento como una persona real.

Me siento junto a ella.

—¿Qué quieres decir?

—Me siento como una muñeca, vistiendo ropa que no he elegido yo, obedeciendo a dónde ir, qué comer, cuándo comer… Me hurgan, me examinan, me interrogan la policía, los terapeutas, los médicos…

No tomo ninguna decisión por mí misma. —Ríe sin alegría alguna—. En realidad no soy una muñeca, sino un saco de pruebas.

Miro con remordimientos mis propias manos, recordando la frialdad con la que me referí a ella como una escena del crimen andante, aquel primer día. Levanto la mirada, preguntándome si ella lo oiría.

—Mamá me asfixia —se lamenta—. Me trata como a una niña.

—Ella te quiere mucho. Estar pendiente de ti, prepararte lasaña… es la forma que tiene de demostrarlo —digo, corriendo en defensa de mamá, aunque yo misma también haya sentido el abrazo sofocante de sus cuidados. Tan absoluto que a veces parece que tengas cien gruesas y pesadas mantas apiladas encima de tu cuerpo. Estás cómoda al principio, hasta que te sientes perdida bajo ellas, luchando por respirar.

—Tienes razón —reconoce Olivia, contrita. Y noto un pinchazo de arrepentimiento por hacer que se cuestione cómo se siente—. No es muy razonable lo que digo, estoy…

—Sí, mamá puede ser un poco agobiante —intervengo rápidamente, y me muerdo el labio, conmocionada porque acabo de apuñalar por la espalda a mi querida madre. Entonces Olivia sonríe y algo cristaliza entre nosotras. Algo fraternal que hace más fácil la implacable presa de la soledad.

—Puede, a veces, ¿verdad? —Olivia mete una pierna bajo su cuerpo y se inclina hacia delante, conspiratoria—. Está en todas partes. Todo el tiempo. Me gustaría que tú y yo fuésemos a hacer algo solas. Apartarnos de todos los demás.

—A mí también.

Ella sonríe.

—¿De verdad?

Asiento.

Entonces se levanta, se aparta de la cama, saca la caja con los diarios de debajo de ella. Coge el mío que está encima, lo abre y hojea las páginas hasta que encuentra lo que está buscando.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto.

Satisfecha al parecer, me sonríe, cierra el diario y luego lo mete en la cómoda. Se dirige hacia la entrada y llama a mamá, de una forma que recuerda mucho a lo que hacía cuando tenía trece años.

Mamá aparece en la parte de arriba de las escaleras al momento, ansiosa y esperanzada.

—¿Va todo bien?

Olivia asiente.

—Siento lo de antes —dice, con voz suave—. Ir a la comisaría siempre me pone de mal humor. No tendría que haberla tomado contigo.

—No tienes que lamentar nada, cariño —dice mamá—. Si puedo hacer algo, ya sabes que siempre estoy aquí.

La boca de Olivia esboza una pequeña sonrisa satisfecha.

—Me gustaría tomar lasaña para comer, si todavía quieres hacerla…

—Por supuesto.

—Y que Caitie se quede a comer también.

Mamá me mira a mí entonces.

—¿Te quedas?

—Claro. Será estupendo.

—Perfecto. Me encanta cuando estamos todos juntos. Igual que antes —dice Olivia, apretándola en un fuerte abrazo. Los ojos de

mamá se abren mucho, llenos de sorpresa, pero luego la serenidad se pinta en su rostro y aprieta a su vez a su hija.

—Caitie me estaba hablando de esa deliciosa tarta de queso de la Butterwick Bakery en Bristol. Decía que era la mejor que había probado.

Está mintiendo, no le he mencionado para nada Butterwick. Supongo que es el detalle que andaba buscando en mi diario hace un momento. Divertida, observo cómo se desenvuelve la escena.

—Ay Dios —dice mamá—. Pues no hemos comido una tarta de allí desde hace mucho tiempo.

—¿Podemos comerla esta noche? ¿Para postre?

—Bueno… —se lamenta ella—. Esa pastelería está en la otra punta de Bristol…

—¿Es demasiado lejos? —pregunta Olivia, toda inocencia y suavidad.

Mamá se mira el reloj.

—Está a una hora en coche. Tendría que salir ahora mismo para asegurarme de llegar antes de que cierren.

El labio inferior de Olivia sobresale como en el puchero de una niña modelo.

—No he tenido hambre en todo el día, pero entonces Caitie me ha hablado de esa tarta deliciosa con chocolate y naranja y ahora solo puedo pensar en eso.

—Bueno… —Mamá nos mira a las dos, y su decisión titubea ante su instinto de complacer a su hija—. Supongo que sí…

Olivia sonríe.

—Gracias, mamá. Eres la mejor.

Mamá se regodea con el cumplido y su calidez hace que las mejillas se le pongan sonrosadas.

—Le diré a tu padre que vuelva pronto a casa de la oficina. Podemos convertirlo en un pequeño viaje, incluso parar a tomar café por el camino.

—En realidad, ¿podemos quedarnos aquí Caitie y yo? No creo que tenga ánimos para enfrentarme a la prensa otra vez hoy.

La decepción de mamá rápidamente queda sustituida por la preocupación.

—¿Sola?

—No estaré sola, estaré con Caitie —dice ella, acercándose tanto a mí que su brazo roza el mío—. Además, hay policía fuera. Estaremos a salvo, ¿verdad?

—Sí —digo, notando un cierto pinchazo de inquietud. ¿Qué está haciendo?—. Claro.

Mamá vacila, porque está claro que no quiere dejarnos aquí a las dos solas. Aunque ahora somos adultas, nos recuerda aún como niñas. La última noche nos despidió con un beso y cuando volvió solo quedaba una hija. Se muerde los labios—. Bueno, si estáis seguras…

Y aunque me provoca ansiedad el hombre de la máscara, me recuerdo a mí misma que estamos rodeadas de policías. Ambas asentimos.

Pronto se va y nos deja solas.

—¿Qué ha sido eso? —le pregunto, cuando oigo que el coche sale por la entrada. Pero Olivia baja a saltos las escaleras y se va a la cocina.

Ella coge mi bolso y me lo tira.

—¿Dónde has aparcado?

—¿Por qué?

—Porque nos vamos de compras, hermanita.

Yo abro la boca. La vuelvo a cerrar.

—No podemos.

—Claro que podemos. Iremos a Bath y volveremos antes de que llegue mamá a casa. Ella nunca sabrá que hemos salido.

—Pero…

—No pueden tenerme encerrada para siempre en esta casa. Básicamente he cambiado una prisión por otra.

—Olivia…

—Voy a ver a Florence la semana que viene y no puedo hacerlo con uno de estos vestidos de mamá de Marks and Spencer. Ni hablar —levanta la barbilla—. Así que o vienes conmigo o me voy yo sola.

La idea de que ella salga sola hace que la ansiedad se cebe en mi estómago. Él sigue por ahí fuera. Después de verlo ante el edificio de Florence, estoy segura de que tiene planes de recuperarla. Nos está persiguiendo otra vez. No tengo otra opción.

12

Elinor Ledbury

Elinor oye que llega gente al piso de abajo. Un millar de mariposas baten las alas en su estómago. Se pregunta si podrá fingir una enfermedad y pasar la velada en su habitación. Heath llama una sola vez a su puerta antes de colarse en el interior. Sonríe cuando la ve. Ella lleva el vestido que ha elegido el tío Robert. El grueso terciopelo se pega a su esbelta figura y el azul marino hace juego con sus ojos. Heath se la bebe con la mirada, pasando la vista por la abertura que muestra sus largas piernas. Por una vez su hermano se queda sin palabras.

—Bueno, ¿qué? —le insta ella.

—Espectacular.

Ella sonríe, aunque todavía está enfadada con él por provocar a su tío y por dejarla sola continuamente para estar con Sofia. Aun así, se alegra de que Heath esté aquí esta anoche. De mala gana dice:

—Tú también estás muy bien.

El traje gris pizarra es de corte caro y le sienta muy bien. Su hermano tiene una belleza clásica. Ese tipo de rostro que tallaban en mármol los escultores griegos. Sus ojos se encuentran en el espejo.

Su hermano taimado, guapísimo, mentiroso, a quien siempre ha amado. A quien sabe que va a perdonar. Después de todo está con ella esta noche, no con Sofia.

Elinor nunca ha compartido un mismo espacio con tanta gente. Le parece que pasan rozándola a su alrededor en círculos cada vez más pequeños. Que se acercan más y más. Un mar de diamantes y colonia y rostros desconocidos que se la tragan. El pánico se asienta en su estómago y busca ciegamente a su hermano. Él le pone una mano tranquilizadora en torno a la cintura y la aprieta.

Ledbury Hall está resplandeciente. En todas las habitaciones hay guirnaldas de luces doradas y velas. Velas altas en candelabros de latón, velas pequeñas flotantes en cuencos de cristal llenos de agua, velas grandes en frascos de cristal. En el aire flota el aroma dulzón y decadente de las flores. Estas se encuentran colocadas en cuencos de cristal y en jarrones en todas las superficies disponibles. Han puesto la barra en la biblioteca, y en la sala de recepción toca un cuarteto de cuerda. Ella respira hondo y cierra los ojos, pero Heath la arrastra con él. Elinor esperaba que él cogiese una botella de whisky y los dos escapasen al piso de arriba lo antes posible, pero Heath se desliza suavemente de una conversación a otra, encajando en esa fiesta como si fuera el anfitrión. Un consumado miembro de la alta sociedad. Es un dechado de encanto, todos los invitados se sienten atraídos hacia él. Elinor tiene que entrecerrar los ojos ante la luz que desprende su carisma. Incluso el tío Robert está impresionado. Está allí rebosante de orgullo, mientras Heath discute la segunda ley de la termodinámica con un flaco caballero que lleva

una corbata muy llamativa. Y aunque, académicamente hablando, Elinor podría participar en la conversación, las palabras se atascan en su garganta y se le pegan al paladar como un caramelo blando. En este preciso momento ella ve el abismo que la separa de su hermano. Él ha pasado mucho más tiempo en el mundo que ella, y se nota. A estos desconocidos él les está ofreciendo su sonrisa radiante y su ingenio, mientras que ella permanece muda y tonta a su lado.

Intenta con todas sus fuerzas sintonizar con la conversación. El tío Robert se ha ido ya, pero al menos cuatro personas más se han unido a su grupo, en su ausencia. A Elinor le recuerdan a la Hidra: cortas una cabeza y brotan dos más en su lugar. Solo quiere estar a solas con su hermano.

—Los mejores brownies son los del Nom Café, en Worcester —dice Heath a su corte.

—He oído hablar de ese sitio —comenta una mujer que lleva un vestido rojo y luce una sonrisa atractiva—. Es una joya oculta.

—Brownies —se burla el hombre rotundo que está a su lado—. Pero, Anna, ¿quién come brownies?

Heath sonríe.

—Yo.

—Pues nunca me has llevado allí —dice Elinor, sorprendiéndose a sí misma.

—Bueno, si mi marido no quiere comer brownies conmigo, quizá tú y yo deberíamos hacer un viajecito —propone Anna, con la mirada clavada en Heath. Tiene al menos quince años más que él, pero lo mira como si fuera una colegiala enamorada. Elinor decide que esa mujer no le gusta nada.

—Nuestro tío nos busca —dice Elinor. Entonces pasa la mano por el hueco del brazo de Heath y los dos empiezan a navegar entre la multitud. Cuando están lo bastante lejos, ella dice:

—¿Has estado en un café de Worcester de verdad?

—Sí.

Ella le mira.

—¿Cuándo?

Él se encoge de hombros y coge dos copas de un camarero que pasa y le tiende una a ella. La suya es de agua; la de él, de vino. Ella arruga la nariz.

—No tienes la edad suficiente para beber —le recuerda.

—Pero siempre bebemos juntos.

—En público no.

Ella se bebe el agua, deseando que fuese un martini de fruta de la pasión. Su hermano hace unos cócteles muy buenos. Luego saca otra vez el tema que él parece muy deseoso de ocultar.

—Entonces, ¿cuándo fuiste a Worcester a comer pasteles?

—No, pasteles no —la corrige él—. Brownies. Cuándo fui a Worcester a comer brownies.

—¿Cuándo? —le pregunta ella por tercera vez.

—Pues fui en el coche hace un par de semanas.

—¿O sea que por casualidad resulta que fuiste en coche hasta allí y luego por casualidad diste con una joya oculta donde venden los mejores brownies de Worcester? —pregunta ella, incrédula. Él no responde, simplemente le dedica una pequeña y enigmática sonrisa —. ¿Por qué no me llevaste? —Pero ella lo sabe muy bien: porque había llevado a Sofia. Enfadada con él, pero careciendo del valor

suficiente para reconocer por qué, le suelta—: Yo pensaba que no te gustaba esta fiesta, pero te veo muy sonriente y encantador.

—Porque tú me has pedido que lo haga así —le responde. Le acaricia el largo pelo—. Tienes mucho más poder sobre mí de lo que tú misma crees.

Antes de que pueda responder, se acercan a Heath el tío Robert y otro de sus colegas. Se lo llevan a la barra. Elinor va tras ellos, pero el tío Robert le lanza una mirada.

—Ve a socializar, Elinor —le ordena en voz baja—. No eres su cachorrito fiel.

La humillación hace que le ardan las mejillas. Coge un vaso de vino de otro camarero que pasa por allí y, antes de que pueda detenerla, se lo bebe de un trago. Una oleada tremenda de infelicidad la invade por completo, y se va a buscar más bebidas.

Más tarde, está sola en un rincón intentando fundirse con las paredes, pero siempre hay ojos que se clavan en ella. Hombres a los que no conoce y que son demasiado viejos para mirarla de la forma en que lo están haciendo. Busca la mirada de su hermano, pero no la encuentra nunca. Se distrae sintonizando las conversaciones a su alrededor como si fueran emisoras de radio.

—Tengo que decir, Antony, que es una fiesta impresionante —concluye un hombre con un poblado mostacho y un reloj pesado, de aspecto muy caro.

Antony levanta una ceja.

—Pero ¿basta para ganarse el favor del consejo?

—Quieren a un hombre que sea buen padre de familia a cargo de las operaciones, para que contribuya a su nueva imagen «familiar».

Creo que Robert ha demostrado su capacidad, exhibiendo a los huérfanos que ha educado.

El otro se bebe su whisky.

—El consejo quiere riquezas también, alguien que pueda invertir y esté codo con codo con la clientela adecuada. Eso es un punto a favor de Johnathan Jones, supongo.

—Mira a tu alrededor. —El hombre del bigote levanta un brazo para incluir todo Ledbury Hall—. Está claro que Robert tiene una riqueza considerable.

—He oído que no es más que el fideicomisario de esta propiedad —le responde, altivo—. Es dinero prestado.

—A menos que liquide a los chicos.

Los dos hombres se echan a reír.

—Si pierde el trabajo —replica Antony, oscuramente—, igual también acaba liquidado.

—El consejo ha dejado claro que esta fusión significa que solo habrá «un» puesto de Director de Operaciones en juego.

—Robert Brent, Johnathan Jones —se encoge de hombros Antony —. Los dos son unos hijos de puta despiadados.

—Pero uno de ellos tiene que saltar.

Comparten una mirada.

Elinor decide que ya ha oído bastante y se escabulle. Heath tenía razón, ellos dos tienen el poder, esta noche. El tío Robert necesita que se porten lo mejor posible para perpetuar ese personaje suyo de hombre de familia, y conseguir el favor del consejo para mantener su puesto. Lleva veinticinco años trabajando para esa empresa. Toda la vida.

Va en busca de Heath. No está segura de querer compartir con él lo que sabe. Aunque su hermano asegura que Elinor tiene poder sobre él, ella no está segura de que sea capaz de resistirse a la oportunidad de hacer daño al tío Robert, y hará todo lo que pueda para evitar un enfrentamiento entre ambos. Además, disfruta mucho sabiendo algo que su hermano ignora.

Se desplaza entre la multitud buscando a Heath, pero no lo ve por ninguna parte. La música, la gente y el calor de tantos cuerpos están empezando a hacer que su pulso se acelere. Se pregunta si él se habrá ido al piso de arriba y se habrá retirado a su habitación con una botella de whisky. Quizá la esté esperando. Pero cuando abre la puerta de su dormitorio, la decepción cae como una piedra en el agua. Él no está allí. Va y viene, temiendo la idea de volver a bajar las escaleras sola. Con más pánico cada vez, abre la ventana. Y entonces es cuando lo ve. Heath está de pie en el camino de grava, silueteado por el resplandor ambarino del edificio. No está solo. Sofia está con él. Lleva un vestido largo hasta el suelo, de seda negra y encaje. Va bien vestida para la fiesta. ¿Por qué su hermano habrá invitado a su novia secreta a Ledbury Hall, cuando ni siquiera le ha hablado de ella a Elinor?

La chica está con los brazos cruzados sobre el pecho y menea la cabeza mirando al suelo. Aun desde allí, Elinor ve que han estado discutiendo. Heath la coge por los hombros, pero ella se suelta de su presa y se dirige hacia la casa. Heath la alcanza y la coge del brazo, obligándola a darse la vuelta hacia él. La besa. Sofia no se resiste. Ella es arcilla en sus manos expertas, se amolda a él, y él la moldea. Los celos son como un puñado de piedras verdes y duras en la boca

de Elinor, que amenazan con romperle los dientes. Se aparta de la ventana y se une a la fiesta resplandeciente que hay abajo.

13

Caitlin Arden

Blossom Hill House es una casa independiente y solo hay otras dos más en nuestra pequeña calle. El jardín de atrás se abre a un callejón estrecho y compartido que cruzamos para llegar a un pequeño terreno que es propiedad de nuestros vecinos, Ray y Eileen Butler. Es privado, pero los Butler siempre han dejado que lo use nuestra familia. Cuando éramos niñas estaba inmaculado: el césped perfectamente cortado, con enormes parterres de madera repletos de frutas y verduras. Ahora que ellos ya son mayores, ha caído en el descuido. La hierba nos llega hasta media pantorrilla, los parterres están vacíos y el cobertizo de la esquina se está cayendo a trozos, con la pintura verde descascarillada y levantada.

Olivia me lleva de la mano y cruza a grandes zancadas el terreno. Cae sobre nosotras un sol implacable, que está volviendo rosa mi piel. Se me forman gotas de sudor en el labio superior y se me acumulan en la nuca, y también detrás de las rodillas.

Estamos al borde del bosque. Es oscuro y denso, salvaje y lleno de hoyos. Nos perdimos en él una vez, cuando éramos pequeñas, y no me había aventurado por aquí desde entonces. Los árboles se

apiñan, juntos, sus ramas gruesas y su dosel tan impenetrable, incluso los días más soleados, que bloquea toda la luz y hace que el bosque sea difícil de recorrer.

—Olivia, no tengo ni idea de cómo llegar a la calle por aquí.

Sus labios se curvan en una sonrisa.

—Yo sí.

Pero no estoy convencida. Notando mis dudas, estrecha el hueco entre nosotras. Levanto la vista hacia esos ojos. Lagos glaciales y cielos de verano, pétalos de nomeolvides y campanillas.

—¿No confías en mí, Caitie?

El bosque es tan oscuro como lo recuerdo. La poca luz que irrumpe a través de él es dorada y reluce en la seda del pelo de Olivia. La corteza me muerde los brazos desnudos cuando nos introducimos entre los troncos. Las ramas más pequeñas, que cuelgan bajas, me arañan las mejillas. Al menos aquí hace más fresco. Respiro el olor húmedo, terrestre. Solo se oye el sonido de nuestra propia respiración y el chasquido de las ramitas bajo nuestros pies. Nos sentimos a un millón de kilómetros de casa, aunque apenas hace veinte minutos que hemos salido de allí. Donde estamos, ¿quién nos oiría gritar? El temor me picotea la piel al pensar en el hombre enmascarado. La policía ha dicho que como entró por la puerta francesa de la parte de atrás de la casa, seguramente vino por el bosque y atravesando el terreno. Por primera vez se me ocurre que este pudo ser el mismo camino que tomó con Olivia, la noche que la secuestró. Me la imagino dando tumbos junto a él, lastimándose los dedos, con el pellizco del cuchillo contra su garganta. Imagino las

piedras puntiagudas y las ramitas hiriendo sus pies desnudos, el sonido de su pulso rugiendo en los oídos, la negrura de esos bosques envuelta en torno a ella como una venda para los ojos. Me he atormentado tanto con todo esto que lo noto detrás de mí, muy cerca. Me doy la vuelta con el corazón desbocado. No hay nada más que árboles y tierra y algún ser pequeño y salvaje que se escurre entre los helechos.

Me pongo a hablar para distraerme.

—¿Cómo es que conoces tan bien el camino del bosque?

—Florence y yo nos reuníamos aquí, a veces. Recogíamos flores y hojas para hacer perfumes o, después de ver demasiadas veces *Jóvenes y brujas*, también pociones. Solía ser una poción amorosa. Florence siempre se estaba enamorando. Estuvieron Jacob y Lawrence, Jessica y Eve. Nunca te pierdes si te fijas en los puntos de referencia. Mira —dice, y acelera hasta que llegamos a un pequeño claro.

Hay un cobertizo diminuto, medio caído. Se encuentra en un estado mucho peor que el de los Butler. Está a medio hacer, le falta una pared entera, como si lo hubiesen abandonado a toda prisa. El techo hundido está cubierto por una gruesa capa de musgo. Los paneles de madera que quedan están astillados y desgastados por la intemperie. Las viñas silvestres trepan por los lados. Una lata oxidada de pintura roja yace abandonada junto a la puerta. Olivia me sonríe, llena de confianza y triunfo.

—El cobertizo significa que no estamos lejos.

Y tiene razón. Pronto salimos del bosque y aparecemos en la calle.

—Bien —dice ella, y me dedica una sonrisa radiante—. ¿Dónde está tu coche?

Bath hormiguea de turistas. Llevan cámaras, mochilas, bolsas de la compra y expectación, pasean demasiado despacio por la atestada calle principal, deteniéndose cada pocos pasos a tomar una fotografía de otro bonito edificio. Me preocupaba que Olivia pudiera encontrar abrumador estar rodeada por tanta gente, pero está muy emocionada.

Aunque la multitud trae consigo más calor, el anonimato es bienvenido. Me preocupaba que Olivia fuera reconocida al instante, ya que su cara está en todas partes, en las noticias, en las webs y blogs, en las redes sociales y en los periódicos, pero nada más llegar he entrado en un supermercado y he comprado un sombrero grande y unas gafas de sol. Aun así, la gente, sobre todo los hombres, se queda mirándola, pero no porque sea la chica Arden perdida, sino porque es guapa. De ese tipo de belleza que notas desde lejos en la calle y permanece en tu memoria incluso después de verla.

En la primera tienda coge puñados de prendas de seda, lino y encaje. Todo queda bien en su cuerpo alto y esbelto. Ya sin la ropa de mamá y con un modelo que ha elegido ella misma, se siente más confiada y feliz. En la caja registradora busco mi tarjeta de crédito, tratando de no palidecer al ver la factura tan elevada, cuando Olivia suavemente saca una de su bolso y la entrega. En la parte delantera tiene grabado el nombre Myles Gregory Arden. ¿Cómo es que Olivia tiene la tarjeta de crédito de nuestro padre? Marca la clave y la transacción se completa. Pronto estamos en la calle cargadas con tres bolsas brillantes con gruesas asas de cuerda. Inmediatamente echo de menos el aire acondicionado. El calor sube desde la acera, pegajoso y espeso.

—Ya iba a pagar yo —le digo.

Ella sonríe.

—No hace falta.

—No puedo creer que te haya dado su tarjeta de crédito —digo, esforzándome por imaginarme a papá, tan sensato y prudente financieramente, tendiéndosela y dejando que la usara sin control.

—Bueno, no le he costado ni un penique en los últimos dieciséis años, ¿no? —Arquea una ceja, burlona—. ¿Celosa?

—No —miento, porque no quiero reconocer ni ante mí misma que sí, que lo estoy. No es que quiera ni necesite dinero de mis padres, es que aunque fuera así, él jamás me habría dado su tarjeta.

—Me muero de hambre —anuncia Olivia, mientras pasamos junto a la gente por la calle ajetreada—. Ir de compras me da un hambre de lobo.

Ya que mamá todavía está embarcada en su misión de la tarta de queso, tenemos tiempo para comer algo antes de volver a casa.

—¿Qué tal un thai? —me pregunta—. ¿O italiano? Nunca digo que no a la pizza.

Sonrío, sabiendo exactamente adónde la voy a llevar.

El restaurante es de los que Oscar y yo reservamos para ocasiones superespeciales. Tiene los techos altos, mesas de mármol, sillas de respaldo alto y suelos de madera reluciente. Normalmente hay que reservar con semanas de antelación, pero el director es padre de unos niños de mi colegio, y nos busca un hueco.

—Qué sitio más elegante —susurra Olivia—. ¿Vienes mucho por aquí?

Niego con la cabeza.

—Tienen unos postres increíbles.

—Todo es increíble —dice ella, mirando a su alrededor. La última vez que se había sentado en un restaurante fue aquel último verano que pasamos juntas. Examino el pasado, intentando recordar. Seguramente no fue nada mejor que un McDonald's o, como mucho, un Pizza Express. Me alegro de poder hacer esto por ella, traerla a un sitio bonito donde nunca antes ha estado.

Olivia pide un martini de fruta de la pasión, pero como yo conduzco, solo bebo agua, sirviéndola de la gruesa botella de vidrio. Solo cuando toma un sorbito de su cóctel me pregunto si será la primera vez que prueba el alcohol. Observo su reacción, pero se lo bebe con tanta facilidad como si fuera zumo.

Llega nuestro plato compartido. Un queso fuerte, carne fría, pan recién hecho. Solo cuando como el pan más caro que he pagado en mi vida me doy cuenta de que esta comida se parece a la última que compartimos en aquel prado silvestre, antes de que se la llevaran. He pasado años creyendo, de verdad, que jamás volvería a verla. Que ella nunca regresaría. Estoy muy agradecida de haberme equivocado. Es la primera vez en más de una década que no me siento arrastrada por unas enormes olas de soledad. Sentada frente a mi hermana, noto una satisfacción suave, brillante y pulida.

—No puedo creer lo mayor que eres —me dice, untando el pan en aceite de oliva—. Mamá dice que eres profesora.

Asiento.

—Escuela primaria.

—¿Y qué tal es?

Evito su mirada aguda e interesada y por el contrario me limito a untar mantequilla en el pan y colocar cuidadosamente encima una lámina de brie.

—No hay mucho que contar —observo, con ligereza—. Ya sabes lo que se dice: los que no saben hacer nada, enseñan.

Ella deja el pan.

—Enseñar no te hace feliz.

Es una afirmación, no una pregunta, pero respondo de todos modos.

—No, sí que me hace… —Ah, pero no, no me hace feliz. Durante el curso, los domingos parecen una especie de purgatorio, en los que el temor me muerde las tripas. Hasta que llega el alivio dulce y fiero del último día de cada curso, desde el que, salvo por algunas horas de trabajo preparatorio, disfruto una tregua al menos durante unas semanas.

—Estás mintiendo —dice ella, sencillamente. Con decisión.

Tiene razón. No sé muy bien por qué no he sido sincera con ella. Supongo que, a lo largo de los años, me he llegado a acostumbrar a decir o hacer cosas que pienso que pueden hacer felices a los demás. Especialmente a nuestros padres. He pasado años encogiéndome para dejar lugar a sus deseos, sus planes, sus ideas de cómo debería ser yo. Pero Olivia no es mamá. Ni tampoco papá. Es mi hermana. No quiero engañarla.

—Enseñar no es lo que quería hacer con mi vida.

—Entonces, ¿por qué lo has hecho?

—Por mamá. Ella y la abuela fueron maestras, ¿te acuerdas?

—Pero mamá ya no lo es.

—No, pero solo porque le resultaba difícil tener alrededor a tantas niñas de tu edad, después de que te secuestraran. —Me encojo de hombros—. Pero, aun así, le habría sentado mal si al menos una de nosotras no hubiera seguido los pasos familiares.

—Y como yo no estaba, solo quedabas tú. —Hay un tono de disculpa en su voz que dispara la culpabilidad en mi interior. No tendría que quejarme. A Olivia le han robado toda su vida. Han eliminado todas sus opciones. De las dos, yo he sido la que se ha llevado la mejor parte—. Bueno, ¿y qué quieres hacer con tu vida?

Bebo un sorbo de agua y niego con la cabeza.

—Eso no importa.

—Quiero saberlo. Si no fuera así, no lo preguntaría. Todo se ha solucionado, ¿no? Ya he vuelto. —Me coge la mano entre las suyas —. Quiero conocerte, Caitie. Quiero conocer a mi hermana.

Y es tan sincera que no tengo otro remedio que ser honesta. Más de lo que me he atrevido a ser con nadie más.

—Quiero viajar, pintar, ver el mundo entero.

Ella se pone tensa y su expresión se oscurece. Aparta su mano de la mía y se pone a llenar nuestros vasos de agua.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—¿Cómo que nada?

Deja la botella con tanta fuerza que la gente de la mesa de al lado se queda mirando.

—Acabo de llegar a casa y me dices que quieres irte.

—No, Olivia. No es eso… No me voy a ninguna parte.

Sus ojos escudriñan mi cara. Al cabo de un momento parece relajarse un poco.

—Incluso podemos viajar juntas —digo, pensando en voz alta—. Podríamos bailar con la música callejera de Nueva Orleans, nadar con tortugas en Bali, explorar el Louvre en París.

No se muestra tan emocionada como yo esperaba sino más bien escéptica, amargada incluso.

—¿Solas las dos?

Asiento.

—¿Y qué pasa con Oscar?

Niego con la cabeza.

—Ya viajó suficiente durante su año sabático. Le gustaría hacerlo más, pero es hijo único y sería difícil para sus padres que se fuera meses y meses. Es muy considerado.

—Vale —dice ella, con ligereza, pero su mirada es afilada como el cristal—. Pero la verdad es que él solo piensa en su familia. No en ti. No en lo que tú quieres.

—Bueno, quiero decir… —no acabo la frase, sorprendida por su opinión de mi prometido.

—Sabe que quieres viajar, pero pone por delante a su familia. ¿No es así?

Mi risa suena débil.

—Supongo que sí, si lo ves de esa manera…

—¿Hay otra manera de verlo?

Abro la boca y la vuelvo a cerrar. Titubeo porque hay algo cierto en su perspectiva. Una vez, hace un año más o menos, tras el éxito de Wanderlust Illustrations y desesperada por viajar a cualquier precio, abandoné toda precaución y le pedí a Oscar que considerara la posibilidad de viajar, aunque fuera solo unos meses. Él se negó insistiendo en que la hipoteca y nuestros padres eran obstáculos irremontables, que sería irresponsable y egoísta irse. Aun así, busco las palabras para defenderlo ahora.

—Sus padres lo necesitan. —Me meto una uva en la boca.

—¿Son mayores? —Inclina la cabeza hacia un lado—. ¿Están enfermos? ¿Dependen de él financieramente?

Muerdo una uva. Me estalla en la boca. Amarga.

—No, no es eso, es que… —Pienso en sus padres. En cómo lo tienen mimado. Lo asfixian, incluso. Me hablan de él como si fuera su semental más preciado, solo en préstamo con el único objetivo de criar. Insisten en invitarnos a comer cada domingo, incluso en los meses de verano, y no podemos declinar la invitación sin que nos recuerden que ellos contribuyeron al depósito de nuestra casa. Nada que provenga de ellos viene sin condiciones. Y, mientras comemos pudding de Yorkshire y patatas asadas, su madre siempre me dice cosas como: «Oscar sería un padre maravilloso. Sería una lástima enorme que nunca tuviera esa oportunidad». Como si yo fuera el único motivo de que no tuvieran un montón de nietos cariñosos a sus pies. La verdad es que a Oscar no le interesan los niños. Rehúye a los bebés como si fueran coches bomba, hasta el punto de cambiar de mesa en un restaurante si nos sientan demasiado cerca de un niño pequeño. Por supuesto, no reconocería nada de eso ante sus padres, porque no quiere decepcionarlos. Estoy segura de que cuando empiecen a presionarle, igual que me pasa a mí con los míos, hará lo que sea para contentarlos, aunque no ponga el corazón en ello. Quizá eso debería molestarme más de lo que lo hace, pero, en esta época de mi vida, las rutinas de los bebés y la hora de dormir raramente pasan por mi mente.

—¿Solo que qué?

—Solo que Oscar está muy unido a su familia. No estarían nada contentos si desapareciera, aunque fuera solo por unos pocos meses.

—¿Te costaría a ti estar lejos de mamá y papá?

—No lo sé. Me gustaría pensar que si estoy haciendo algo que me gusta con alguien que me gusta, me las arreglaría bien. —Me encojo de hombros, restando importancia a mi flagrante decepción—. Pero, ya sabes, la gente se toma las cosas de maneras distintas.

En la mesa que tenemos al lado una pareja se ríe en voz alta. No se han soltado las manos ni un momento. Olivia también se fija en ellos, y sus ojos observan los anillos de boda. Por la manera que tienen de tocarse el uno al otro imagino que están recién casados. Tan distintos de esas parejas silenciosas que, después de tantos años, se han quedado sin cosas que decirse.

—¿Por qué no te has casado con Oscar todavía?

Casi me atraganto con el agua.

—¿Cómo?

—Venga, Caitie. ¿Por qué?

Mi mirada se encuentra con la suya. Es penetrante. Intensa. Como si pudiera leer mis pensamientos con la misma facilidad que las palabras en una página.

—Me parecía mal organizar una gran boda y casarme sin ti.

Ella se queda callada, con expresión insondable.

—Lo entiendo —dice, con cuidado, con el mismo tono tranquilizador que podría usar un terapeuta con un paciente especialmente peliagudo—. Me parece lógico. El caso es que ahora estoy aquí. Así que, ¿te vas a casar pronto?

Me quedo callada y le dedico a la cuestión la reflexión que merece. Siempre me he dicho a mí misma que el motivo para no querer recorrer el camino hacia el altar era porque Olivia no estaba. Y no era mentira. En su momento me creía lo que estaba diciendo.

Pero Olivia ha vuelto y aun así no tengo un deseo abrumador de iniciar un tablero de boda en Pinterest o dedicar horas a elegir las invitaciones perfectas. No es porque no quiera a Oscar. Sí que lo quiero. De verdad. Y no como dicen algunas de mis amigas, cuyas relaciones son parecidas a un jersey viejo y lleno de bolitas que guardan porque es muy cómodo. Encuentran más fácil agarrarse a algo ya muy desgastado que salir a buscar algo nuevo, aunque quizá les cuadrara mejor. Oscar todavía me excita. Es exactamente lo que yo quiero. Sin embargo, no sé por qué, casarme con él me parece como cerrar la puerta a mis sueños de viajar, porque la gente casada tiene raíces, son un solo árbol, no dos. Están quietos, y eso los hace más fuertes.

—Creo que no estoy preparada para el matrimonio.

Ella levanta un esbelto hombro como medio encogiéndolo.

—A lo mejor él no es el hombre adecuado.

—Sí, lo es —insisto, notando que es verdad.

—Creo que podría encontrarte el marido perfecto —me sonríe, metiéndose la última uva en la boca.

La camarera viene y se lleva nuestros platos vacíos. Toda la cara de Olivia se ilumina.

—¿Podemos pedir postre?

Me siento en las garras de ese tipo de anticipación que notas cuando sabes que tienes el regalo perfecto y no puedes esperar a ver cómo lo abren. Como si esperase una señal, la camarera viene con el postre que yo había pedido en secreto cuando hemos llegado. Lo pone delante de nosotros.

La sonrisa de Olivia es enorme.

—Caitie, ¿es esto lo que creo que es?

Asiento.

—Tu deseo…

Ella coge su cucharilla ansiosamente y dice:

—No puedo creer que hayas hecho esto por mí.

—Solo es *crème brûlée*.

—No —le brillan los ojos—. No, es mucho más que eso. Tú eres la única que me escucha de verdad. Pensaba en ti cada día. Todos los días. —Hay rabia en su expresión. Crudeza—. Nunca volveremos a separarnos —me dice, muy seria—. Te lo prometo.

Y yo la creo.

Le indico con un gesto que haga los honores. Ella introduce su cuchara hasta que la superficie de la *crème brûlée* se rompe. Nos sonreímos la una a la otra y atacamos. Tras un par de cucharadas, recuerdo por qué nunca pido *crème brûlée*.

—¿Es tal y como soñabas que debía ser?

Ella se muerde el labio, con la risa bailando en sus ojos azules.

—Sabe a natillas corrientes y azúcar quemado.

—Es que es eso, natillas corrientes y azúcar quemado.

Abandonamos la *crème brûlée* y pedimos un fondant de chocolate a cambio. Es sabroso, espeso, oscuro. Pago la cuenta con un floreo. Si me hubieran dicho hacía un mes que estaría disfrutando de la comida con mi hermana en un bonito restaurante de Bath, habría pensado que alucinaban.

Fuera el aire está quieto y caliente. Tengo prisa por meterme en el Fiat con aire acondicionado. Empezamos a caminar hacia el aparcamiento cuando Olivia me empuja hacia otra tienda.

—Tenemos que volver —le digo, pero dejo de protestar cuando una ráfaga helada de un ventilador calma mi piel ardiente.

Me cuesta un momento darme cuenta de que estamos en una boutique nupcial. La moqueta es blanca, las paredes son blancas, los vestidos son blancos, incluso los cuadros que cuelgan de las paredes tienen diversas tonalidades de blanco. De hecho hay tanto blanco que, si guiño los ojos, puedo fingir que estamos en las llanuras de un paisaje nevado de Alaska.

—¿Por qué estamos aquí? —susurro, ásperamente.

La sonrisa con la que responde Olivia es pura travesura.

Una mujer alta con el pelo oscuro y rizado y demasiado perfume nos saluda.

Me vuelvo para irme cuando Olivia me pone una mano en el brazo.

—Mi hermana se va a casar. Nos encantaría echar un vistazo.

—Olivia…

Ella se vuelve hacia mí con sus enormes ojos implorantes.

—Por favor.

Decirle que no sería como darle una patada a un cachorrito. Impensable. Compruebo la hora.

—Veinte minutos —le advierto.

Ella sonríe.

Nos ponen en las manos unas copas de flauta con champán, y nos traen una bandeja con lujosas trufas de chocolate y pequeños pastelitos.

Revolvemos entre tul y encaje, seda y chifón, terciopelo y satén. Algunos trajes son bonitos, otros espantosos. Cojo una monstruosidad llena de plumas de la percha y los ojos de Olivia se abren llenos de horror.

Sigo mirando, intentando imaginarme a mí misma camino del altar con cualquiera de ellos y sin conseguirlo, cuando observo que Olivia y la vendedora llevan vestidos a un probador. Me suenan todas las alarmas. Me acerco y le susurro a Olivia:

—¿Qué estás haciendo?

—Tienes que probarte uno al menos.

—No, en realidad no.

—Caitie —dice, con una mezcla de autoridad y desesperación—. Me he perdido tantas cosas de tu vida. Acontecimientos importantes. La última vez que te vi te acababan de quitar las ruedecitas pequeñas de la bicicleta, y ahora sabes conducir. —Me coge las manos entre las suyas—. Te vas a casar y yo quiero ser parte de ello. Por favor, ¿te pruebas un vestido por mí?

¿Cómo se lo iba a negar? ¿Qué tipo de persona, qué tipo de hermana sería yo si dejara que mi irracional intranquilidad por la idea del matrimonio le impidiera sentirse bienvenida en mi vida?

A pesar de mí misma me pongo el primer vestido y mi corazón se desboca con la anticipación. Nunca me había visto a mí misma con un vestido de novia puesto. Estoy nerviosa, y quiero parecer una novia perfecta, aunque no tengo intención alguna de convertirme en una en un futuro inmediato. Me siento muy decepcionada. Cuando salgo del probador, ya sé que las cosas no van bien.

Olivia me espera con una segunda copa de espumoso en el sofá de terciopelo. Cuando me ve se muerde los labios para contenerse y no echarse a reír.

—Es terrible —digo yo.

—Bueno, no está tan mal.

Levanto la falda hueca. Es enorme. Tan enorme que podría albergar cómodamente a una familia entera de huérfanos bajo su satén demasiado brillante.

Ella arruga la nariz.

—¿Cómo se llaman esas fundas para poner el papel higiénico?

Yo abro mucho los ojos.

—Fundas de toilette… ¿Como las que tiene la abuela en el baño?

—¡Sí! Eso es lo que pareces.

—Madre mía, estoy fatal.

Olivia, echándose a reír, se pone de pie.

—Uno más. Por favor.

Mientras espero decido que odio los vestidos de novia y que juro casarme con Oscar con el conjunto de estar por casa más cómodo que tenga. Empezar igual que quieres continuar. Él no volverá a casa cada día y me encontrará haciendo la colada con un traje de seda de morera de tres mil dólares, ¿verdad?

Olivia aparta la cortina del probador y se mete dentro, y coge una combinación color marfil. Yo voy a cogerla, pero ella la aparta y se la esconde a la espalda.

—Cierra los ojos —me dice.

Abro la boca para protestar.

—Ciérralos —me instruye, firme esta vez.

Queriendo volver al coche cuanto antes, hago lo que me dice. Me ayuda a vestirme. Sus manos son suaves en mi piel, incluso calmantes. Está detrás de mí, muy cerca. Aspiro su dulce perfume floral. Le dejo que me guíe saliendo del probador. Las pesadas cortinas me rozan el hombro al pasar las dos. Ella se vuelve e imagino que me enfrento al espejo que llega hasta el suelo.

—¿Preparada? —susurra.

Con el corazón latiendo muy deprisa en el pecho, abro los ojos y miro mi reflejo y doy un respingo.

—Olivia… —oigo mi propia voz asombrada—. Es fabuloso.

Me queda perfecto. Como a Cenicienta su zapatito de cristal. Tiene el escote en forma de uve, y unas mangas transparentes y con vuelo. Diminutas hojas y enredaderas bordadas rodean el corpiño y la cintura. Me doy la vuelta ante el espejo y miro la espalda, asombrosa. Diminutos botones corren de arriba abajo hasta una pequeña cola que lleva bordadas más hojitas y enredaderas entrelazadas. Es romántico, increíble y absolutamente adecuado.

Olivia se coloca junto a mí. En el espejo nuestros ojos se encuentran, los suyos brillan bajo los focos, que la iluminan suavemente. Solo ahora, mirando el reflejo de las dos, una junto a la otra, me doy cuenta de que nuestros ojos tienen casi el mismo tono de azul, exactamente. Olivia tiene ese tipo de belleza que solo se encuentra en los cuentos de hadas o inscrita en las leyendas. De ese tipo que inspira a los príncipes matar dragones, o que lanza mil barcos. De niña, la belleza de mi hermana no me molestaba, pero quizá, si hubiésemos crecido juntas, como adolescente y quizá incluso de adulta, es posible que sí lo hubiera hecho. Pero este vestido tiene entretejida algo de magia, porque por primera vez en mi vida me siento cómoda saliendo de la sombra de Olivia, y en lugar de temer el ardiente sol, dejo que me caliente.

—Estás perfecta, Caitie —susurra—. Él se quedará sin habla.

Me cambio y me vuelvo a poner mi ropa, que parece penosamente sosa comparada con el vestido color marfil del que, inesperadamente, me he enamorado. Cuando salgo, echándome el

bolso al hombro, veo que Olivia está fascinada con otro vestido. Este es de seda y con los hombros descubiertos, y un escote tipo capucha. Es elegante y clásico. Maravilloso. Los dedos de Olivia planean por encima de él. Ni siquiera me ha oído. No se da cuenta de que estoy a unos pasos distancia. Su expresión, de añoranza y dolor, me hace sentir que me estoy entrometiendo.

—Igual que el mío —susurra ella.

—¿Cómo?

Da un salto y se vuelve a mirarme.

Doy un paso hacia ella.

—¿Qué acabas de decir?

Nos miramos la una a la otra, sus palabras dando vueltas en torno a nosotras.

«Igual que el mío».

¿Está…, está casada Olivia? Mi mirada instintivamente cae hacia su mano izquierda, como si fuera a aparecer en ella repentinamente un anillo de boda. Pero no hay alianza, ni marca en su piel por años de llevarla. Nada.

Entonces se aleja de mí, caminando deprisa. Sale de la tienda a la calle. La vendedora levanta la vista de donde está, colgando unos vestidos en perchas. Y paso a toda velocidad a su lado, persiguiendo a mi hermana. El calor feroz de la tarde me aguijonea la piel. Más adelante veo a Olivia antes de que la oculte una multitud que sale de un pub, con las pintas salpicando en la acera. Paso torpemente junto a ellos, con el corazón como una ametralladora en mi pecho. La llamo por el nombre. Ella no se detiene. Ni siquiera aminora el paso. Yo echo a correr y casi de inmediato me estrello contra otro muro de gente. Turistas que salen del autobús. Paso como puedo

entre ellos, pero cuando consigo liberarme, lo veo a él. Al otro lado de la calle, caminando por la acera en el lado opuesto de la calzada, se encuentra una figura alta y ancha que reconozco instintivamente. Va vestido todo de negro, con la capucha puesta para ocultar la cara. Entre el río de peatones que llevan pantalones cortos y camisetas, su ropa ancha y oscura de gruesa tela destaca mucho. Tiene la cabeza inclinada. Está vigilando a mi hermana. Manteniendo el paso con ella. Pero ella no se da cuenta. Una gacela inconsciente, acechada por un depredador. Tras él, la represa ruge tan fuerte como la sangre en mis venas.

Corro hacia ella gritando su nombre, dando codazos a los compradores que pasean entre las tiendas, e ignorando sus maldiciones.

—¡Olivia! —grito.

Ella titubea el tiempo suficiente para que yo recorra el espacio que nos separa. Mis dedos se curvan en torno a su brazo, y la obligo a detenerse. Está aterrorizada. Temblando. ¿Lo ha visto también? Me doy la vuelta pero el hombre de negro, el hombre que sé que es su secuestrador, ha desaparecido. Miro incrédula la multitud de compradores, y el terror me invade entera.

—Vámonos a casa.

14

Elinor Ledbury

Elinor coge otra copa de vino del bar y se la bebe rápidamente. Está caliente y amargo. Cuando está segura de que nadie la ve, se inclina y se sirve de una botella abierta de vodka en un vaso de agua. Vierte el alcohol y luego circula por la fiesta, dando tragos mucho más grandes de lo que debería.

Anna, la atractiva mujer de rojo con la que hablaba antes Heath, aparece al lado de Elinor.

—Son muy bonitos —dice, señalando los dos marcos tipo caja montados en la pared. En cada uno hay una mariposa: una monarca y una de hoja azul. Antes eran tres, pero cuando Elinor tenía nueve años tiró uno de la pared con una pelota que el tío Robert le había dicho explícitamente que no usara dentro de la casa. Ella se quedó aterrorizada, de pie ante el cristal hecho añicos y el marco roto. La oscura mariposa Jezabel yacía toda arrugada en medio de aquel desastre. Esos marcos eran algunas de las pocas pertenencias personales que tenía el tío Robert en Ledbury Hall. Heath la encontró y le secó las lágrimas de las mejillas con el pulgar, y luego

limpiaron todo el desastre que ella había provocado. Pero el tío Robert volvió a casa antes de que el chico pudiera terminar.

—¿Quién ha sido? —preguntó, calmado, razonable, pero los niños sabían que su mano estaba apretada en forma de puño a su costado. Oyeron el tono ligero y peligroso en su voz.

Elinor empezó a tartamudear intentando explicarlo, cuando su hermano se adelantó.

—He sido yo —dijo—. Estaba jugando con la pelota. Lo siento, yo…

El tío Robert le dio un revés. Una furiosa marca roja surgió en la mejilla de Heath. Este levantó la barbilla y miró con una expresión glacial a su tío. Una expresión demasiado adulta para un niño de doce años. El tío Robert quería que Heath se acobardase, pero, como no lo hizo, le volvió a pegar. Esta vez lo hizo con el puño. El niño cayó de rodillas, se llevó las manos a la cara y estalló en un torrente de lágrimas.

Elinor sale de sus recuerdos cuando Anna dice:

—Tu tío está muy orgulloso de vosotros.

—¿Ah, sí? —pregunta ella, sin preocuparse de eliminar la incredulidad de su voz.

—Sí, sí. Robert siempre está presumiendo de sus guapos e inteligentes sobrinos. Nos dijo que a los ocho años aprendisteis latín. Que él mismo os enseñó, cuando cogió su año sabático.

—Sí. —La voz de Elinor suena neutra y muy lejana.

El otoño que su tío decidió que los Ledbury iban a aprender latín fue el peor de la vida de Elinor. Les obligaba a permanecer sentados en la biblioteca siete horas al día, seis días a la semana, estudiando «solo» latín: frases en latín, gramática latina, escuchando cintas en

latín. Cuando cometían un error, él les golpeaba en el dorso de la mano con una regla de madera, hasta que se les abría la piel. Pero incluso entonces Heath la protegía, corregía los errores que ella cometía en los exámenes, cuando el tío Robert no miraba. Así fue como su querido tío les enseñó latín.

—Bueno, es estupendo que se tomara tanto interés en vuestros estudios. Os ha preparado muy bien para el futuro. ¿Qué quieres ser de mayor?

Elinor mira las dos mariposas que quedan, bellas y muertas, atrapadas para siempre en aquella casa. Piensa en su hermano, cuyas manos recogieron en tiempos los cristales rotos y corrigieron su latín, manos que ahora mismo están explorando el cuerpo de otra mujer, solo a unos metros del lugar donde se encuentra ella. Se bebe de un golpe todo el vodka que le queda. Arde mucho al bajar. Responde:

—Querida.

La fiesta se mueve a su alrededor como un tiovivo. En el comedor, ella se balancea en una esquina, aspirando el hedor demasiado dulce y empalagoso de las velas perfumadas a la vainilla. Quiere liberarse de la gente y de la música. Necesita desesperadamente aire fresco, pero fuera, en el jardín, está la carpa con calefacción, ondeante, que alberga más desconocidos risueños. No quiere huir por la parte delantera del edificio. No lo hace porque Heath y Sofia están en el camino de grava.

Todo a su alrededor parece dar vueltas. El aire se pone más espeso, le resulta difícil respirar. Levanta un brazo para estabilizarse. Alguien se lo coge por el codo. Ella levanta la vista hacia la cara increíblemente hermosa de su hermano.

—Te vas a quemar —dice él, y aparta una vela alta y esbelta de ella.

—Uy —repone ella.

—Sí, uy, de verdad. —Los labios de Heath se aprietan—. ¿Estás borracha?

Ella no ve la necesidad de mentir.

—Sí. ¿Y tú?

—Dios mío, Elinor. —Sus ojos recorren la habitación—. ¿Cómo se te ocurre?

Ella le mira los labios y piensa en ellos mancillando la boca de la otra chica. La traición arde a través de su cuerpo como el vodka. Y algo más. Algo frío, cortante, enormemente triste: la sensación de que no te ama la persona que mejor te conoce en este mundo.

—¿Dónde has estado? —le pregunta, con voz pastosa.

—Aquí.

—No —ella gimotea—. Estabas fuera. Con ella.

Los ojos de él se abren un poco más. Antes de que pueda responder, se les acerca un hombre con las mejillas rojas y el pelo gris.

—Vosotros debéis de ser Elinor y Heath —dice—. ¿Los hijos de Brent?

—Sobrina y sobrino —le corrige Heath amablemente.

—Eso es. Charles Vine. Estoy en la junta. —Ofrece su mano a Heath pero su mirada se desvía a Elinor—. No sabía que erais tan mayores. ¿Qué edad tienes, Heath?

—Veinte.

—Maravilloso —dice, ausente, con los ojos clavados en Elinor. Le da la mano también a ella—. ¿Y tú, cariño?

—Diecisiete.

—¿Ah, sí? —El hombre parpadea. Su mirada se clava en el pecho de la chica—. Suponía que era algo más… —Parpadea de nuevo y le suelta la mano. Charles se aclara la garganta—. Mi hijo menor está aquí. Deberías conocerlo. Creo que tenéis muchas cosas en común.

—¿Por qué? —Ella arrastra las palabras—. ¿Tiene tetas también?

Charles palidece y balbucea una respuesta que Elinor no capta. Heath se disculpa y luego la lleva a una esquina, hasta que queda protegida entre otra mesa con velas encendidas y las cortinas que llegan hasta el suelo. Las lágrimas se agolpan en los ojos de ella.

—Agua —dice él, y se aparta, pero a ella le entra el pánico. No quiere que él la deje de nuevo. Se lanza hacia delante. La habitación le da vueltas y tropieza, y tira la mesa. Esta se vuelca y golpea el suelo con un estruendo terrible. Le cae cera caliente en el brazo y chilla llena de pánico. Está en el suelo. Heath se arrodilla a su lado. Ella es vagamente consciente de que se está congregando una multitud.

Entonces un chillido atraviesa el aire, tan fuerte que a Elinor le retumban los oídos.

El pánico llena la sala.

Heath ayuda a Elinor a ponerse de pie. Ella mira por encima del hombro y ve las llamas que lamen las cortinas. Él la aparta del fuego. La multitud sale corriendo del comedor y se va al vestíbulo. De una mesa cercana, Heath coge un cubo de hielo que está totalmente fundido y lo echa a las cortinas, más arriba de las llamas serpenteantes. Al principio ella cree que ha fallado, pero entonces se da cuenta de que al humedecer la tela, ha detenido el ascenso del fuego. Las llamas escupen y sisean. Elinor se da la vuelta, buscando

otro cubo de agua. Va a coger un jarrón de flores, pero está torpe, demasiado borracha. El jarrón se vuelca. Heath lo recoge y arroja el agua contra las llamas. Los dos se quedan de pie, mirando cómo se apagan. Las cortinas están ennegrecidas y humeantes.

Entonces Elinor cae de rodillas y vacía el estómago en el suelo. Mira el charco de alcohol y ácido que empapa la carísima alfombra con dibujos. Aparecen los zapatos bien lustrados de Heath, peligrosamente cerca del charco de vómito. Él se agacha y se quita la chaqueta del traje, y la usa para limpiarle la boca. Hay demasiada tristeza en el interior de ella. Se pregunta si debería meterse los dedos en la garganta para vaciarse también de esa sensación.

Él le pasa un brazo alrededor y la pone de pie. Una oleada de náusea la envuelve y cierra los ojos, apoyando la cabeza en el hombro cálido de él.

Oye una voz de hombre.

—Los bomberos están de camino.

El tono cortante del tío Robert penetra en el estupor embriagado de ella.

—Todo está bajo control. No hace falta. —Y luego ella aspira un olor a humo de cigarrillos y colonia. El tío Robert está cerca.

—¿Qué demonios ha pasado? —Su voz, un siseo bajo, le recuerda a ella las llamas—. ¿Qué le ocurre?

Ella no abre los ojos. Vuelve la cara hacia el pecho de su hermano y se acurruca contra él. Entonces la guían por el vestíbulo y luego suben las escaleras. Elinor se tambalea.

—Déjamela a mí —exige Robert, arrancándola de Heath. Los ojos de ella se abren cuando la separan de su hermano. Nota un estallido de dolor donde los dedos del tío Robert se clavan en su brazo. Él

empieza a arrastrarla subiendo las escaleras, fuera de la vista de los invitados reunidos en el césped delantero, aunque el frío es intenso.

En la parte superior de las escaleras, el tío Robert la empuja contra la pared.

—Lo has estropeado todo. —Él está furioso, su rabia hierve, más caliente aún que las llamas que han destruido sus cortinas—. ¿Cómo te atreves a ponerme en ridículo de esta manera? ¿Delante de mis colegas? ¿De la junta? —Su presa se tensa y ella aprieta los labios para evitar echarse a llorar—. ¿Tienes idea de lo que está en juego? —La sacude. Un sollozo se escapa de su boca—. ¿De dónde has sacado la bebida?

—Es una fiesta. Hay alcohol por todas partes —dice Heath. Y luego se inventa una mentira—. Yo le he dejado tomar una copa o dos de vino.

El tío Robert se encara con él.

—Tú has dejado que tu hermana de diecisiete años se emborrachara tanto que casi quema la casa —se burla—. Mamá y papá estarían muy orgullosos.

Heath da un paso amenazador hacia su tío. Debajo de la piel de Elinor se forma una fina capa de hielo. Se suelta de la presa del tío Robert, pero de pie no se siente muy estable, así que echa los brazos en torno a su hermano, como una niña. Él la sujeta y la aprieta contra su pecho.

—La llevaré a la cama.

—Como si la ahogas en el estanque, por lo que me importa —ladra el tío Robert.

Las piernas de ella se levantan del suelo. Se la llevan pasando junto a su tío, pero la voz de él la sigue hasta el vestíbulo,

ponzoñosa y grave.

—Ya me ocuparé de ti más tarde, chico.

15

Caitlin Arden

El tráfico de vuelta a Blossom Hill House es horrendo. En algún lugar ha habido un terrible accidente. Nos desvían una y otra vez. Miro el reloj. Mamá estará pronto de vuelta en casa. No conseguiremos llegar antes que ella.

Antes me he dejado llevar por la emoción de las compras con mi hermana, y no he pensado siquiera en lo más básico. Como, por ejemplo, cómo explicar que llevamos bolsas llenas de ropa nueva. Pero si papá no quería que ella tuviese cosas nuevas, ¿por qué le ha dado su tarjeta de crédito? Supongo que se proponían acompañarla ellos. Habría sido un viaje meticulosamente preparado, no una ocurrencia momentánea, atravesando el terreno contiguo y recorriendo el bosque durante veinte minutos. Se pondrán furiosos por habernos ido sin decírselo. Cosa que es realmente ridícula. No somos dos niñas traviesas que desafían el toque de queda. Somos mujeres adultas. Lo bastante mayores para beber alcohol, conducir un coche y pagar una hipoteca. Aun así, ese terror infantil de disgustar a mis padres pesa con gran fuerza sobre mí. Y para ser justa con ellos, esta situación es muy difícil de sobrellevar… porque

aunque Olivia es una mujer adulta, sigue siendo vulnerable. Vulnerable a los medios de comunicación, vulnerable a su raptor enmascarado, vulnerable a cualquier desconocido que pueda haberla identificado. Quizá si logro regresar antes que mamá y devolver a Olivia sana y salva, mis padres no se enfaden tanto.

Pienso en el hombre de negro. Era él. Estoy segura. Echo un vistazo a Olivia. Ella mira fijamente por la ventanilla. ¿Le habrá visto? ¿Y ese comentario sobre su vestido de boda?

«Igual que el mío».

¿Está casada mi hermana con su secuestrador?

Mi teléfono empieza a vibrar con fuerza en el bolso. Lo he colgado en el asiento de atrás. No necesito ver la identidad del que llama para saber que es mamá. Voy a cogerlo, pero Olivia, saliendo de su ensoñación silenciosa, dice:

—No contestes. Estás conduciendo. ¿No es ilegal coger una llamada cuando estás conduciendo?

Tiene razón, pero el corazón da saltos ansiosos en mi pecho.

—Si no lo cojo, ella se volverá loca.

Olivia pone los ojos en blanco y se retuerce para coger mi teléfono. Luego aprieta el botón lateral hasta que la pantalla se pone oscura.

—¿Lo has apagado? —le pregunto, asombrada. No creo que haya apagado nunca el teléfono cuando me llama mamá, por miedo a generarle una crisis. Demasiado asustada de la ira de papá para ignorarla. Demasiado culpable por el papel que representé en la desaparición de su hija mayor.

—De nada —suelta ella, tranquilamente, mete el teléfono en el bolso y deja caer este en el espacio para los pies.

No hay tiempo de pasar por el bosque y correr por los campos, de modo que le digo a Olivia que voy a aparcar a la entrada. Pero justo en la esquina anterior de la casa, paro el coche. Es mi última oportunidad de hablar con ella antes de vernos rodeadas por los medios y luego por nuestros padres.

Tiene el ceño fruncido y está sentada muy rígida en su asiento.

Cojo aire con fuerza y entro directamente.

—¿Estás casada?

Se queda estupefacta, como si mi pregunta fuera un cuchillo clavado en su palma.

—No se lo puedes decir a nadie.

Me da vueltas la cabeza con la confusión, con preguntas, con la sensación enfermiza de que la policía tenía razón y mi hermana decidió huir con su novio secreto. Cosa que significaría que el secuestro era una representación para que yo tuviera algo que contar a mis padres y a cualquiera que me preguntase por ella. ¿Es «El Chico del Autobús» la persona con la que se casó? Él le regaló aquel diario. Quizá detallara su relación. Quizá por eso se lo llevó, cuando huyeron los dos.

—No es lo que tú piensas —me dice—. Ese matrimonio no fue… legal. No está registrado ni nada. Fuimos solo él y yo y…

La pregunta surge entre mis labios conmocionados.

—Aquella noche… ¿te fuiste con él voluntariamente?

—No —niega con firmeza—. Nunca te habría dejado de esa manera. No quise dejarte nunca.

Así que quienquiera que fuese sí, la secuestró, pero eso no significa necesariamente que fuera un desconocido.

—¿Lo conocías?

—No.

—Pero ¿te casaste con él?

—Quería hacer las cosas como es debido. Quería que nos casáramos antes.

—¿Antes? —pregunto.

Sus mejillas enrojecen.

Al darme cuenta noto que la piel me cosquillea como si un millar de cucarachas corrieran por ella.

—¿Qué edad tenías?

Ella traga saliva.

—Dieciséis.

La bilis inunda mi boca rápidamente, pero intento mantener una expresión neutral. No quiero que confunda mi asco hacia ese hombre con asco hacia ella.

Tira de la piel en torno a sus uñas hasta que sangra.

—No iba a contarte nunca lo de la boda. Era una de las condiciones. Es la norma. Yo prometí no contarlo. Se va a poner furioso… Él… —Se tapa la cara con las manos y se clava los dedos en la piel hasta que los nudillos se le ponen blancos. Su aliento es demasiado pesado, demasiado rápido, como el jadeo de un animal herido.

Me desabrocho el cinturón de seguridad para poder ponerme frente a ella. Me coloco lo más cerca posible, con el cambio de marchas clavado en el muslo.

—Olivia —digo, esforzándome por poner una nota de calma en mi voz—. Olivia, mírame.

Ella me mira. Le cojo la mano y me pongo su palma contra el pecho, justo encima del corazón.

—Concéntrate en mi respiración —le digo—. Cópiala.

Respiro lentamente, hondo. Fuera, dentro. Mi terapeuta hacía eso cuando yo tenía un ataque de pánico, durante una sesión especialmente difícil. Todavía recuerdo el terrible miedo, la tensión insoportable de cada músculo, el manto de control que yo pensaba que tenía sobre mi propio cuerpo que desaparecía por completo cuando mis pensamientos venían tan rápido como mis jadeos. Tras un par de minutos, el pecho de Olivia sube y baja al mismo ritmo que el mío. Mantengo su mano cogida, pero la voz bajando suavemente.

—Lo siento —susurra ella.

—No tienes que disculparte nunca.

Sus pestañas largas y oscuras están húmedas de lágrimas.

—¿Puedes guardarme un secreto?

Se me acelera el pulso. Que te cuenten un secreto es como si te piden que cuides al bebé de otra persona: es una carga, pero hay satisfacción también en que te confíen algo tan adorado.

—No se lo diré a nuestros padres mientras me prometas que confías en la policía. Tienen muchas más probabilidades de cogerlo si tienen toda la información. Quieres que vaya a prisión, ¿no?

Ella asiente.

—Se lo he contado todo. Más de lo que habría querido compartir para sentirme cómoda, sinceramente. El motivo por el que no cuento los detalles más privados a los demás es porque no quiero que me tengan lástima. No quiero ser definida por el secuestro, porque es lo único que ven cuando me miran.

Comprendo por qué tiene esa sensación. He pasado los últimos dieciséis años intentando no ser «solamente» la hermana de aquella

chica Arden desaparecida. Ni siquiera uso mi nombre real en el trabajo, de modo que accedo a mantenerlo como un secreto ante mamá y papá.

Me dedica una pequeña sonrisa de alivio.

—Te he echado de menos, Caitie.

—Yo más.

—Imposible.

Me alivia que la multitud ante Blossom Hill House sea mucho menor. Supongo que algunos de los periodistas han ido a cubrir el accidente ocurrido allí cerca. Salimos del coche y entramos corriendo por la puerta principal. Los reporteros se apelotonan a nuestro alrededor. Nos encontramos con una sinfonía de cámaras que chasquean y preguntas a gritos. Ni siquiera parecen humanos. Son cuerpos con Canon en vez de cabezas. Yo mantengo un brazo en torno a mi hermana, apretándola muy cerca de mí, mientras ellos nos tragan. Rodeadas, lo único que podemos hacer es ir avanzando hacia delante. Yo les grito que, por favor, se aparten, pero mi voz queda anulada bajo el estruendo. Entonces hay un hueco entre la multitud, cuando un agente de policía empieza a apartar a un lado a empujones a los reporteros desesperados que nos acosan. Unas manos se posan sobre nosotras, nos guían. Al final, entramos en casa y la puerta se cierra de golpe.

Inmediatamente mamá aparece allí, me arranca a Olivia de los brazos y la envuelve. Con palpable alivio, papá ve a su mujer apoderarse de su hija. Entonces su mirada se dirige hacia mí y el alivio rápidamente se convierte en ira. Siempre ira.

—Pero ¿cómo se te ocurre?

—Olivia necesitaba ropa nueva. Solo hemos estado fuera unas horas.

—¿Sin decirnos nada? ¿Sin decírselo a «ellos»? —señala con la mano hacia el agente de policía que se mantiene con dificultad al margen de este melodrama. Alguien debería ofrecerle un asiento y unas palomitas.

Miro a Olivia. Ella parece preocupada. No sé si es porque yo podría romper mi promesa, o porque podría decirles a nuestros padres que la excursión fue idea suya.

—Lo siento —le digo a papá. A mi lado, mamá coge la mano de Olivia, le examina la cara como si fuera un subastador analizando una pieza carísima en busca de posibles desperfectos.

—Está bien —la tranquilizo—. Las dos estamos bien.

—¿Cómo has podido ser tan irresponsable? —escupe mi padre.

Olivia abre la boca para defenderme, pero yo la corto rápidamente.

—No lo he pensado —confieso, con voz menguada. La frente de mi hermana se arruga y le echo una mirada para indicarle que se calle. Él ha decidido que la problemática soy yo. Está furioso conmigo porque quiere. Dejémoslo. ¿Qué importa ya? Ha pasado los últimos dieciséis años furioso conmigo. Un día más no será para tanto.

—He insistido en ir de compras. Hemos pasado por el bosque para que no nos vieran. Pensaba que podríamos volver antes de que nadie se diera cuenta.

—Bueno, pues la gente se ha dado cuenta —ladra él, arrojándome su teléfono.

Yo lo cojo. Hay una noticia acompañada de fotos de nosotras comiendo, mirando tiendas. Ni siquiera me he dado cuenta de que las tomaban. Me siento violada. Nunca en mi vida me habían seguido ni fotografiado unos desconocidos.

—¿O sea que dices que has visto a su secuestrador acechando por el edificio de Florence, y sin embargo te parece seguro ir por el bosque, las dos solas? ¿El mismo bosque por el que se la llevó, la noche que la secuestraron? —Deja escapar el aire, furioso—. No estoy seguro de que lo vieras, en realidad.

—Sí, lo vi —insisto indignada. Por un momento pienso en hablarle del hombre vestido de negro. El que estoy segura de que seguía a Olivia en Bath. Pero eso no conseguirá más que arrojarme más hondo aún en el pozo hirviente de la ira de mi padre.

—De verdad, Caitlin —suspira hondo, como si yo fuera el equivalente humano a una migraña—. Esta no es la forma adecuada de llamar la atención.

Noto un pinchazo de dolor, como si me hubiese puesto la punta ardiendo de un cigarro en la piel.

Mamá aparta la vista de Olivia el tiempo suficiente para darse cuenta de mi dolor. Frunce el ceño a su marido.

—Myles, eso no es justo.

—Se está portando mal desde que volvió Olivia, tú misma lo has dicho.

Su rostro cambia de color, pero ella no lo niega.

La traición se extiende en mi interior como un moho oscuro. Me he llegado a acostumbrar al desprecio de mi padre, pero nunca lo habría esperado de mi madre. Al hacerme mayor, mi padre siempre se aseguró de que no quedaba ni un milímetro de espacio para que

yo pusiera mal un pie. Tenía que ser la hija perfecta porque creía que les había despojado de la que tenía. Yo nunca quise contribuir a sus preocupaciones. Así que mientras mis amigas iban a fiestas y se besaban con chicos y bebían vodka barato y llegaban tarde de noche, yo me quedaba en casa. Mientras ellas se apuntaban a sus cursos soñados y a universidades soñadas, yo hice una carrera que sabía que complacería a mi madre en una universidad cerca de casa. Y mientras mis amigas viajaban por Europa, disfrutando de su año sabático, yo solicité trabajos en la localidad. Fui despojándome de trozos de mí misma, encogiéndome y encogiendo mis ambiciones hasta que conseguí encajar en el molde que ellos habían construido, pero, aun así, mi padre contemplaba mis esfuerzos a través de una lente de decepción. Nunca era suficiente. Yo no era suficiente. Y resulta que después de hacer todo eso, ellos van y me dicen que busco atención y que soy difícil, porque por primera vez en mi vida les he desobedecido.

Olivia abre la boca de nuevo pero yo niego con la cabeza. No vale la pena perder el tiempo. Ella no sabe que nuestro padre me culpa por su secuestro.

Un mes después de que se la llevaran, oí discutir a mis padres.

—¡Tenemos una lista de números de emergencia sujetos en el frigorífico! —exclamaba papá—. ¿Cómo pudo Caitlin ser tan idiota, joder? ¿Tan egoísta?

Yo me sentí desolada al oír que pensaba eso de mí.

—Solo tiene diez años, Myles —decía mamá, suave, tranquilizadora—. Estaba aterrorizada.

—También lo estaba Olivia. Ella sí que estaba aterrorizada. Ella… —empezó, y se puso a sollozar. Unos sollozos grandes,

desgarradores. Por mi culpa. Nuestro padre siempre compuesto, confiado, imperturbable, se estaba desmoronando porque yo había sido idiota y egoísta. Y en ese momento estuve segura de que el hombre enmascarado se había llevado a la hija equivocada. Ojalá me hubiese llevado a mí de nuestra casa. Creo que mi padre lo deseaba también.

Lo que oí aquella noche actuó como un veneno matando poco a poco nuestra relación hasta que nos quedamos mirando los huesos de lo que habíamos tenido.

Ese recuerdo y el nuevo pinchazo de la traición de mi madre es la gota que colma el vaso. Las paredes de esta casa parecen cerrarse a mi alrededor. Me trago mi rabia y mi dolor, me vuelvo y salgo de casa.

Nadie viene detrás de mí.

16

Caitlin Arden

Seis días después del enfrentamiento con mis padres, sigo sin volver a Blossom Hill House. Sin embargo, he mandado con un mensajero mi antiguo móvil para Olivia. Ella me llama cada noche. A mamá y papá no les ha parecido bien. Quieren envolverla entre algodones y protegerla del mundo entero, pero ella ya no es una adolescente, y para que tenga una mínima oportunidad de llevar una vida normal, tiene que verse expuesta a cosas normales y cotidianas como móviles, comidas en restaurantes y días de compras. En el futuro quizá quiera estudiar una carrera, o tener una casa propia, un marido o un hijo, o quizá no quiera. Quizá quiera viajar y ver mundo. Y nuestros padres tendrán que dejarla. No les permitiré que coarten sus ambiciones igual que he consentido que hicieran con las mías.

He intentado no desanimarme demasiado, pero las palabras de papá, su afirmación de que busco atención y soy difícil, se me han clavado dentro como agujas. Oscar está con un cliente, y el silencio deja demasiado tiempo para darle vueltas a las cosas. Es un esfuerzo, pero yo procuro dejar a un lado todo pensamiento sobre mis padres, como si apartara recortes de papel de un escritorio

atestado. Con una taza de té de menta, subo al piso de arriba a la diminuta habitación que he convertido en mi espacio de trabajo. La pared de enfrente está forrada de madera y pintada de un verde hiedra. Apoyado en ella está el escritorio de madera de mango que compré en un mercadillo, con su silla de mimbre antigua incluida. Hay cuadros: grabados, flores prensadas, acuarelas originales y bordados enmarcados. Frente a la puerta se encuentra un aparador con llave donde guardo mis proyectos en marcha para Wanderlust Illustrations, junto con libros de ejercicios destrozados y archivadores muy aburridos con planos de clase y resúmenes de lecciones. Pongo en marcha el ventilador de pie, porque en Somerset hace mucho calor, se podría freír un huevo en el alféizar de la ventana, y me siento ante mi escritorio, decidida a ocuparme del trabajo escolar para el principio de curso, en septiembre. Pero al cabo de apenas media hora estoy tan aburrida que me echaría a llorar, y el reclamo de Wanderlust Illustrations suena con demasiada intensidad. Saco el teléfono y entro en la web.

Desde el regreso de Olivia he descuidado mi página y mi tienda online. Hay muchos pedidos, de modo que paso un par de horas reenviándolos a mi impresor en Bristol. Ellos hacen también los envíos y se llevan el diez por ciento de cada pedido. Todo el dinero que saco de Wanderlust va a una cuenta de ahorro. Hay una cantidad bastante elevada ya en ella. No estoy segura de para qué la guardo. En principio era una reserva para viajes. Pero si la probabilidad de que abandone a mi prometido, mi trabajo y a mi familia para irme con una mochila por Europa era baja «antes» de que volviera Olivia, ahora es inexistente.

Hay docenas de comentarios en mi último post, todos ellos preguntando adónde me he ido. Ha habido especulaciones de que cerraba el negocio. No respondo. Por el contrario, reviso mi galería de fotos, encuentro una de mi última pieza que no había publicado aún, y lo hago. Al cabo de unos minutos hay montones de respuestas, todas ellas positivas. Sonrío, y la alegría amortigua un poco el dolor de las palabras de mi padre.

Oigo la llave de Oscar en la puerta y un par de minutos más tarde está en mi despacho, levantándome de mi silla y apretando sus labios contra los míos. Cuando se aparta sus ojos oscuros se muestran juguetones.

—Ve a preparar la bolsa, que nos vamos.

St Ives es precioso. Está lleno de pequeñas heladerías y pastelerías, galerías de arte en el paseo marítimo y callecitas empedradas serpenteantes. Paso una hora en la librería St Ives y salgo con un montón de libros. Cogemos una habitación en un maravilloso *cottage* y luego vamos a dar un largo paseo por la ciudad, entrando y saliendo de librerías y galerías de arte y boutiques. Compartimos un cucurucho de papel de periódico de patatas fritas y nos sentamos en un banco frente a la playa. La brisa sopla por encima del mar y por primera vez en semanas no tengo la impresión de respirar el aire asfixiante de un horno abierto. Miramos a la gente. Veo a un hombre con mullet que le tira una pelota a un labrador saltarín.

—Qué bonito perro —dice Oscar.

—Sí que lo es —convengo, y cojo otra patata—. Pero demasiado grande.

Él hace una mueca.

—¿Preferirías un chihuahua?

—Demasiado pequeño.

—¿Un galgo?

—Demasiado huesudo.

Él se echa a reír.

—¿Qué eres, la Ricitos de Oro del mundo canino?

Yo hago una mueca.

—Los *cocker spaniel* son del tamaño justo.

—Podemos tener un *cocker spaniel*.

—¿De verdad?

—Claro. Yo trabajo en casa la mayoría de los días y tú tienes las vacaciones escolares.

—¿No deberíamos empezar por algo más pequeño? Cojamos un pez o un hámster o algo…

—¿Por qué?

Me encojo de hombros.

—Los perros son un enorme compromiso.

—Y estamos comprometidos. —Hace una pausa—. ¿Verdad?

—Por supuesto que lo estamos.

—Quizá solo necesitemos una efímera como mascota. Fácil de manejar, solo vive veinticuatro horas. ¿Te podrías comprometer con eso?

—Absolutamente, y le pondremos Egbert.

Oscar se echa a reír, pero la risa no le llega a los ojos. Me encantaría llevar un perro a nuestro hogar, pero me imaginaba ese hogar lleno de recuerdos de nuestros viajes. Un perro, como un matrimonio, es algo que no pondría en mi lista hasta después de

haber visto algo de mundo. Y haberlo pintado. Y experimentado. Pero le he prometido a Olivia que no me iría. De alguna manera, en el momento en que acepté la propuesta de Oscar, le hice también a él esa misma promesa. Meterme en un avión y desaparecer durante meses no es una opción. Tendría que dejar mi trabajo, y sin ingresos, ¿cómo iba a cubrir mi parte de la hipoteca? Sería egoísta esperar que Oscar se hiciese cargo de la factura. Y luego está la tensión de estar tan separados…

—Bueno, ¿quieres un perro de verdad? —le pregunto de nuevo, intentando desenredar mis dedos del cordel que me une a mis fantasías de viaje. Necesito soltarlo, ver cómo sube por los aires como un globo perdido.

—Lo que quiero es a ti y construir algo duradero. Quiero que nos casemos. Y tener un perro. —Mira hacia la playa—. Podemos casarnos aquí mismo, frente al mar. Podríamos hacerlo este mismo otoño.

Es muy pronto. Demasiado pronto. ¿Podré soltar mis dedos de ese cordón en solo dos meses?

—¿Qué prisa hay? —pregunto.

—Llevamos casi tres años prometidos, Caitie —dice él.

Culpable, aparto la vista.

—Yo quiero casarme contigo. Cuanto antes mejor. El matrimonio es importante —afirma—. Nos da una mayor credibilidad.

—¿Ante quién? ¿Para qué? No creo que al perro le importe si estamos casados o no —comento, intentando aligerar el asunto. Me pregunto si sus padres le estarán presionando. No creen que yo sea lo bastante buena para su precioso hijo. Aunque tampoco es que me lo tome de forma personal, porque no les ha gustado ni una sola de

las parejas anteriores de Oscar. Pero quizá él espere que los comentarios cesen, en cuanto estemos casados.

Vuelve la cabeza para captar mi mirada. Tiene el rostro arrugado, solemne.

—¿No quieres casarte conmigo?

—Sabes que sí. No habría aceptado, si no fuera así. —Y es totalmente cierto. Nunca he querido a nadie como quiero a Oscar.

—Es que… pensaba que tú dudabas porque ese día sería difícil, sin Olivia. Pero ahora… —Se encoge de hombros—. Las cosas son distintas. Ella ha vuelto.

—Sí, es verdad —reconozco, eligiendo mis palabras con mucho cuidado para no herirlo—. Pero solo lleva unas semanas aquí. ¿Podemos dejar que se establezca antes? ¿Que el interés de los medios baje un poquito?

Él me mira, examinando mi petición como si fuera un cartílago, pero acaba tragándoselo. Luego suspira, resignado.

—Claro. Tienes razón. Lo siento. No sé en qué estaba pensando. Qué idea más tonta.

Yo le cojo las manos. Unas manos que conocen mi cuerpo casi tan bien como yo misma. Unas manos que me han apoyado, al contarle todo lo de mi hermana. Unas manos que me han enseñado a tocar a Billy Joel a la guitarra.

—No, tonta no —digo—. Tonta nunca. —Parte de la tensión de él desaparece y yo me relajo también—. Pongamos una fecha ¿Qué te parece dentro de un año?

La decepción pasa momentáneamente por su rostro.

—Sí. El año que viene.

Nos quedamos callados y volvemos a mirar al hombre con su labrador.

—Ese perro es muy bonito —reconozco—. No se puede decir lo mismo del mullet de su propietario…

Él arquea una ceja.

—¿No te gusta?

—Los mullets son la forma más efectiva de anticonceptivo.

—¿No crees que me quedaría bien?

—No puede quedarle bien a nadie. Son cosas de los ochenta.

—Es que ese hombre es de los ochenta.

Yo frunzo el ceño.

—Es más joven que nosotros.

—Es un viajero en el tiempo —declara Oscar con una sonrisa juguetona.

Yo le sigo la corriente, contenta de ver que la tensión se ha disipado, como cuando sacudes la arena de una toalla de playa.

—¿Delorean o Tardis?

—Brazaletes mágicos. Te los pones y… —levanta las manos con los dedos separados—, ¡puf! Aquí está, para azuzar la revolución del mullet. Es el fundador de la SAM.

—¿La SAM?

—Sociedad de Aprecio del Mullet.

Yo sonrío, disfrutando ese lado caprichoso de mi prometido. Señalo a unas cuantas personas más y Oscar se inventa historias locas y divertidas sobre ellos también. Todavía me estoy riendo cuando él se pone de pie, coge los restos de nuestras patatas fritas y los tira a la papelera. Me toma de la mano y nos echamos a andar por el paseo marítimo.

—Se te da bien este juego —le digo—. Inventar historias sobre personas. No sabía que fueses tan creativo.

—Diseño páginas web —me dice, con fingida indignación.

—Ya lo sé, pero eso es creatividad por ordenador. Es diferente.

Él se encoge de hombros.

—Me gustaba mucho escribir. En la universidad participé en un club de escritura creativa.

—No lo sabía.

Se vuelve a encoger de hombros.

—Al segundo año lo dejé.

—¿Por qué?

—Mi carrera se volvió más difícil. Mi padre no quería que me distrajese. El abuelo era el dueño de la granja, antes que él, y siempre quiso legársela a papá para que tuviera ya un camino marcado en la vida. Yo creo que se sentía atrapado. Quería para mí algo más. Me animó mucho a que me metiera en la informática porque sabía que sería lucrativa. La verdad es que hay más oportunidades de trabajo en tecnología que en escritura.

—Es lo mismo que pensaban mis padres sobre mi licenciatura en Filología Inglesa, en lugar de estudiar Bellas Artes.

Querer complacer a los padres es uno de los instintos más universales, como abrir la boca cuando te aplicas el rímel.

En la playa de abajo, un grupo de adolescentes juega a lanzar un frisbi. Tienen una nevera portátil para cervezas y los restos de una barbacoa. Dos chicas se apartan y empiezan a hacer volteretas laterales en la arena. Chillan y se ríen cuando una de ellas se cae y aterriza de espaldas. No creo que yo fuera nunca tan despreocupada. Nunca le quité una gorra a un chico flirteando con

él, y me la puse solo para que él me persiguiera. Nunca me escapé. Nunca robé vodka de mis padres para bebérnoslo a morro una amiga y yo, trago a trago. La ansiedad de mi madre y la austeridad de mi padre me anclaron a su casa.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Es que… yo nunca fui como ellas.

Su mirada se traslada a las adolescentes.

—¿Borracha?

Mi sonrisa es débil.

—Despreocupada. Rebelde. Tenía que comportarme a la perfección para hacer más fácil la vida de mis padres. Era agotador.

—¿Sientes que te has perdido algo?

—Bueno, eran cosas pequeñas. Las fiestas y quedarme a dormir en casa de amigas ponían muy ansiosa a mamá. Y cosas más grandes también. Como el lugar donde estudiaba y dónde iba a vivir después de la graduación. Me quedé cerca porque era importante para ella. Soy consciente de mi privilegio. Me crie en una casa bonita. Fui a un buen colegio. Mis padres me querían, me daban todo lo necesario. Pero siempre noté que arrastraba un gran peso tras de mí. —No digo más porque si represento ese peso, es ella. Es Olivia. Crecí atada al cadáver putrefacto de mi hermana, supuestamente muerta. Arrastrándola por el colegio, con sus ojos enormes y sin vista mirándome desde el suelo del aula mientras aprenderíamos el teorema de Pitágoras. Acarreando su cuerpo frío y tieso por las escaleras hasta mi habitación por la noche, donde yacía junto a mi cama, gris y descompuesta. Seguía allí por la mañana, saludándome con su mirada lechosa. La llevaba encima en el

desayuno; yo comía lenta y mecánicamente unos cereales, mientras ella se enmohecía en las baldosas bajo mi silla.

—Pero Olivia está en casa —dice él entonces, sacándome de mi ensueño—. Puedes soltar ya ese peso. Puedes hacer algo, ser alguien. Has hecho bien en mantener tu arte, Caitie. Quizá algún día puedas centrarte en Wanderlust Illustrations y dejar la enseñanza del todo.

—Eso significaría un recorte en mis ingresos, al menos durante un tiempo.

—No importa. Nos las arreglaremos. Ya me ocuparé yo de eso.

—Mis padres no aprobarían que dejase mi carrera.

—A veces la única persona a la que vale la pena satisfacer es a uno mismo. Es tu vida, tienes que vivirla para ti.

Y ahí está la parte positiva: solo porque tenga que abandonar mi deseo de viajar por el mundo, no significa que tenga que abandonar también mis ambiciones de convertir lo de ser artista en una carrera. Oscar me apoya mucho. Tengo suerte de estar con alguien que me lleva a bonitas ciudades costeras y en una playa me anima a construir una vida que me guste. Noto un nudo en la garganta. Es un afecto puro, sin complicaciones. Le beso. Es un beso profundo y lujurioso y es perfecto. Sus manos se deslizan bajo mi camiseta y por mi espalda desnuda.

—Volvamos a la casita —susurro contra su boca.

Él se desenreda de mí con suavidad.

—En realidad tengo que enseñarte una cosa primero. ¿Vienes conmigo?

Se pone de pie y me lleva abajo, a la playa. Yo me quito las sandalias. El sonido de las olas que rompen en la costa es

tranquilizador. La brisa me agita el pelo, que danza en torno a mi cara. Pasamos junto a los adolescentes alegres pero apenas los veo, centrada en Oscar. Él tararea, anticipando el momento. Llegamos a unos escalones de piedra que están tallados en el propio acantilado. Damos la vuelta en torno a la esquina, con el mar de terciopelo a nuestra derecha. Llegamos a un reborde, y el sendero hecho por seres humanos se dispersa entre rocas puntiagudas y suaves losas. El sol poniente es una línea de fuego que separa mar y cielo. Me aprieta la mano, con la mirada fija al frente. Yo sigo su vista y entonces veo un caballete de madera con un lienzo en blanco. Más allá, una vista perfecta, de postal, del mar de Cornualles.

—¿Tú has hecho esto? —le pregunto.

Él sonríe y luego me lleva hasta le caballete. Se quita la mochila y la abre, y dentro hay suministros artísticos. Pinturas acrílicas, pinceles nuevos, tiza.

—Tienes mucho talento, Caitie. No has dibujado desde hace semanas. Venga, hazlo.

Mi amor por él burbujea. Le beso y me pregunto cómo he podido tener tanta suerte.

—No puedo creer que hicieras esto…, gracias. —Cojo los tubos de pintura y me vuelvo hacia el caballete.

Y por primera vez en mi vida, esa oleada de soledad cae lentamente, como si fuera lluvia. Una lluvia fina, insignificante. No pienso ahogarme, ahora no. De hecho ni siquiera me dejará húmeda. Mi hermana ha vuelto. Tengo a Oscar, siempre. Lo único más valioso que ser amada es que alguien te conozca. Que te conozca de verdad. Y él me conoce muy bien. Yo nunca me he

hecho a mí misma un regalo como este, durante un tiempo tan turbulento para mi familia, pero lo necesito, y Oscar lo sabe.

Más tarde, con mi cuadro secándose junto a la puerta, Oscar me prepara un baño y sirve dos copas de vino. Pero no me interesa el vino. Lo quiero a él. Aun así, me desnudo y me meto en el agua caliente. Cuando él me ve y posa sus ojos en mi cuerpo mojado y desnudo, sus dedos se tensan en los pies de las copas. Las deja las dos y sin quitar los ojos de los míos, se desnuda también.

Antes de meterse en la bañera, hace una pausa un momento nada más, sonriendo y meneando la cabeza como si no pudiera creer su suerte.

Yo paso la pierna por encima de él. Nos besamos. La pintura se desvanece de mi piel y corre en forma de arcoíris por el agua del baño, poniéndola color rosa peonía e índigo, violeta y azul aciano. Mi deseo por él arde como la fiebre. Tenemos sexo. O intentamos tenerlo, porque la bañera no es tan grande como yo pensaba. Mis rodillas se golpean contra los costados y el grifo se me clava en las costillas. Resbalamos y nos deslizamos, y nos reímos. Nos trasladamos a la ducha donde él me empuja contra las baldosas frías y yo jadeo en su hombro mojado.

A la mañana siguiente desayunamos en el Beach Café Bar. Nos sentamos fuera con unas tazas de café en las manos mientras esperamos a que llegue la comida. Hoy hace mucho calor, pero la brisa del mar ofrece un alivio intermitente. Oscar busca algo en su teléfono y susurra:

—Ay Dios mío…

Pensando que será otro cliente difícil, no quito los ojos de mi propio teléfono, y le pregunto:

—¿Qué pasa?

—Caitie, ¿has visto esto?

La inquietud en su tono hace que se me revuelva el estómago, nerviosa. Le cojo el teléfono de la mano y se me encogen las tripas. Es un artículo sobre Olivia. Algún periodista de chicha y nabo ha exhumado la teoría, enterrada hace mucho, de que Olivia no fue secuestrada en realidad, sino que era una adolescente enamorada que se escapó con un novio mayor. Miro por encima el artículo sabiendo que solo es basura, pero la rabia me escuece en la lengua al ver las fotografías. Somos Olivia y yo en la tienda de vestidos de novia. Por el ángulo y la nitidez, es obvio que las tomó la vendedora. Ella no nos dio a entender que reconocía a mi hermana. Es una terrible invasión de la privacidad. Fotos tomadas sin nuestro consentimiento, como si fuésemos animales en un safari. Ese artículo será otra daga más que me arrojará mi padre cuando sienta la necesidad. Hirviendo de rabia, le devuelvo el móvil a Oscar. Me ha asaltado un pensamiento enloquecedor. Le vuelvo a coger el teléfono. Paso una pantalla tras otra y leo todo el artículo, esta vez con detenimiento. Me siento aliviada, muy aliviada. La vendedora no oyó el comentario de Olivia sobre el vestido de novia. La prensa se habría cebado, de saberlo.

—¿Estás bien? —pregunta Oscar.

Yo asiento y le devuelvo el móvil.

Él se inclina hacia delante y baja la voz.

—¿Qué está pasando?

He mantenido en secreto la revelación del matrimonio de Olivia durante una semana. Me hormigueaba bajo la piel como un parásito. Miro a Oscar y sé que puedo confiar en él. Es mi prometido y un día será mi marido. Guardará el secreto de Olivia. Así que me abro con él. Le cuento lo del hombre a quien ya he visto dos veces. Le cuento todo lo que sé. Todo lo que me ha contado Olivia. Y siento un gran alivio al contar el secreto.

Se queda con la boca abierta, un túnel de incredulidad.

—¿Casada?

—No legalmente. O al menos eso parece. No puedo evitar pensar en ello todo el rato.

Sus cejas se elevan tanto que casi desaparecen en el nacimiento del pelo. Se coge la nuca con ambas manos de modo que sobresalen los bíceps contra el algodón de su camiseta, y se arrellana en su silla.

—Madre mía —suelta el aire—. Esto es tremendo. ¿Casarse con una chica de dieciséis años? Simon está mal de la cabeza.

Yo me quedo inmóvil, con la taza a mitad de camino de los labios.

—¿Simon?

Su rostro palidece. Aturdido, sus ojos revolotean por mi cara.

—¿Quién es Simon? —le vuelvo a preguntar.

Él abre la boca. La cierra.

—No te enfades.

La aprensión acecha bajo los huecos de mi ser.

—Dímelo.

Él suelta el aliento.

—El marido de mi prima Rachel trabaja para la policía. Me lo encontré un día y hablamos. Él suponía que yo estaba enterado de

mucho más de lo que sabía en realidad, y me contó cosas que no debía. Luego se arrepintió. En cuanto se dio cuenta de su error, me hizo prometer que no te diría nada a ti ni a nadie más. —Se pasa los dedos por el pelo rubio—. Esto es muy serio. Podría perder su trabajo, Caitie.

Respiro aceleradamente.

—¿Qué te dijo?

Él niega con la cabeza.

—Lo prometí.

Dejo mi taza con tanta fuerza que el café salpica por un lado. La mujer de la mesa de al lado levanta la vista.

—Es mi hermana.

Él se frota la cara con la mano. No quiere contarme nada, pero ¿qué remedio le queda?

—Olivia llamaba Simon a su captor, pero nunca dio su apellido. La tenían prisionera en una casa rural diminuta, en el bosque. No sabe dónde, pero basándose en la información que dio a la policía, concentraron sus esfuerzos en el bosque de Dean. —Levanta las manos como si se rindiera—. Eso es todo lo que sé.

Llega el camarero con la comida. Espero hasta que se va.

—Ella no me ha contado nada de esto.

—Se lo contó a la policía. Eso es lo más importante. Caitie, no le puedes contar ni a Olivia ni a tus padres lo que sabes.

Asiento, aunque estoy desesperada por hablar con mi hermana de todo ello. ¿Cómo he podido conseguir descargarme de un secreto a cambio de media docena más? Oscar coge el cuchillo y el tenedor y empieza a cortar el beicon y las tortitas con jarabe de arce. Mi estómago se rebela ante la imagen. Le miro, miro a ese hombre en

quien, solo unos minutos antes, yo pensaba que podía confiar. Sin embargo, me ha ocultado todo esto con una asombrosa facilidad.

Notando que le miro, levanta la vista.

—¿Qué pasa?

—Me has mentido.

—No, no te he mentido. No te lo he dicho, es verdad, pero no te he mentido.

—¿En serio vas a discutir por un tema semántico?

Él se ablanda.

—Tienes razón. Mira, yo quería decírtelo, pero me pareció que no era buena idea cargarte con toda esa información y tener que insistir en que no se la contaras a tu familia. Solo quería protegerte.

Yo me burlo.

—No te he pedido que me protegieras, Oscar.

—Sí, tienes razón, lo siento. Pero todo esto es muy complicado. Yo no quería que ese hombre perdiera su trabajo, sus ingresos, por haber cometido un error de buena fe. Siento no habértelo contado. Lo siento de verdad. Pero tenía las manos atadas. Lo entiendes, ¿verdad?

Aceptar los motivos detrás de su engaño se parece un poco a tragar piedras.

—Claro. —Sonrío de un modo forzado—. No se lo diré a nadie.

Satisfecho, Oscar vuelve a su desayuno. Pero yo estoy demasiado agobiada para comer.

Simon.

Un nombre normal y corriente. No suena maligno ni amenazador. Simon, el hombre detrás de la máscara que puso un cuchillo en la garganta de mi hermana. Que la secuestró y arruinó a mi familia.

Simon, que se casó con una niña y la encerró en una cabaña, en lo más profundo del bosque. Simon, que se introdujo dentro de una chiquilla joven y aterrorizada. Simon, que no está hecho de humo y maldad, sino de carne y huesos. Me imagino a mí misma enfrentándome con él cara a cara, con ese hombre normal y corriente, llamándolo por su nombre normal y corriente, justo antes de clavarle un puñal en el pecho. Me imagino cómo el cuchillo corta carne y tendones y se aloja en el hueso. No sería muy distinto de despiezar una articulación de buey. Cojo mi cuchillo de la mantequilla. Brilla a la luz del sol. Le doy vueltas en la mano y sé que, llegado el momento, si es necesario podría hacerlo. Podría matar al captor de mi hermana.

17

Caitlin Arden

El martes siguiente se me encarga recoger a Olivia de su cita con el terapeuta en Bath. Me envía un mensaje diciéndome que me reúna con ella en un café en la misma calle de la consulta de su terapeuta. No la he visto desde nuestra espontánea salida de compras o desde que Oscar me habló de Simon. Aunque estoy desesperada por contarle lo que sé, por hacerle las muchas preguntas que ha suscitado esta revelación, no quiero presionarla para que hable conmigo antes de estar preparada. Sin embargo, guardármelo todo me parece una traición. Como si yo fuera una mirona que atisba entre las cortinas, acechando algo que es privado.

Voy caminando por la calle principal. A ambos lados los edificios color crema brillan con la luz del sol. La gente recorre las aceras junto a los pubs y bebe sidra en vasos grandes con hielo. Son ruidosos y descarados, y están ya algo más que achispados. Es el primer día de agosto y el calor vibra en toda la ciudad. Puertas y ventanas están abiertas de par en par, pero no corre nada de brisa. Estoy exhausta y decaída cuando llego al café.

Casi no reconozco a Olivia. Se ha vestido con uno de los modelos que compramos cuando fuimos de compras y está distinta. Confiada. Nunca sospecharías que ha pasado más de una década de su vida encerrada en una cabaña en los bosques. Luce una falda larga color óxido y un top corto que muestra una franja de estómago tonificado y bronceado, unas gafas de sol oscuras y zapatillas blancas. El pelo lo lleva recogido en una coleta baja algo suelta. Si yo me peinara el pelo así parecería Gastón de *La bella y la bestia*. Todo en ella es chic sin esfuerzo.

Cuando me ve, sonríe de inmediato. Nos abrazamos.

—Estás increíble —le digo.

Ella se aparta y hace una pequeña reverencia.

—Vaya, gracias. Tú también.

Echo un vistazo a otro de mis vestidos veraniegos florales, húmedo de sudor después de mi rápido paseo desde el coche. Simplemente se está mostrando educada. A su lado, mi atuendo resulta obvio y aburrido.

—Gracias.

Estoy a punto de sugerir que nos dirijamos al coche cuando un hombre dobla la esquina y llama a mi hermana por su nombre. Es alto, robusto, con el pelo oscuro, y va vestido con una camisa blanca impecable y pantalón azul marino. Sus largas piernas recorren la distancia rápidamente. Nos alcanza, con una sonrisa radiante y amplia, y nos tiende un bolso de hombro negro, de piel, con el cierre dorado.

—Te has dejado esto —le dice a Olivia.

Ella lo coge.

—Ay, qué tonta soy. Gracias.

Mis ojos se clavan en él.

—¿Y tú eres…?

Se vuelve hacia mí, un poco desconcertado por el latigazo de mi tono. Sus ojos son de color verde oliva, enmarcados por largas pestañas negras, de esas que yo solo puedo imitar poniéndome cuatro capas de un rímel carísimo.

—Doctor Gideon Temple —dice, con un deje irlandés. Me ofrece la mano y yo la estrecho. Es mucho más grande que la mía, y su piel también es más suave, curiosamente.

—Debes de ser el terapeuta —deduzco, dándome cuenta de repente.

Cuando él sonríe se le forman hoyuelos.

—Me gustaría pensar que soy algo más que mi vocación, pero sí, soy el terapeuta. —Su barba es de un tono más oscuro que los rizos color café de su pelo, y bajo ella se halla una mandíbula cuadrada al estilo de Hollywood y la barbilla hendida. Es mayor, de casi cuarenta años quizá, pero con ese tipo de atractivo que llama la atención—. Y tú debes de ser la hermana…

Sonrío.

—Sí. Soy la hermana.

—Bueno, hermana, pues me alegro mucho de conocerte al fin.

—Caitie.

—Caitie —pronuncia mi nombre despacio, como si fuera una porción de chocolate negro que se fundiera en su lengua. Me suelta la mano, pero mi palma todavía cosquillea por el contacto.

—Hablo mucho de ti —dice Olivia.

—Todo bueno, espero.

—Grandes cosas —me confirma él.

Le miro, pero el contacto visual resulta tan intenso que es como encontrarse demasiado cerca de una fogata.

—El doctor Temple quería hablar contigo precisamente, Caitie —dice Olivia.

—¿Ah, sí? —le pregunto a él.

Él mira a mi hermana, inseguro.

—Bueno…

—Voy a pedir algo de beber mientras vosotros habláis —dice—. ¿Alguien quiere algo?

Ambos negamos con la cabeza. Ella entra en el café.

—¿Me querías a mí? —le pregunto. Él sonríe y, mientras encuentro las palabras, mis mejillas se enrojecen—. ¿Querías hablar conmigo?

—Sí, quería concertar una entrevista contigo en mi despacho, no montar una emboscada en la calle sin advertencia previa —se disculpa—. Olivia estaba… ansiosa de que tuviéramos una conversación.

—Impaciente —lo corrijo.

Él sonríe con complicidad.

—Y entonces resulta que se ha dejado el bolso, y aquí estamos. Tiene muchos recursos.

—Es manipuladora —añado. No es la primera vez que Olivia ha jugado a maestro de ceremonias, haciéndonos bailar a su son. Con qué destreza convenció a nuestra madre de que se fuera en coche a kilómetros de distancia para que pudiéramos escabullirnos las dos…

—Eres muy astuta.

—Y tú muy diplomático.

El aire se espesa por el calor, por las voces y por algo más. Algo que chasquea y sisea entre nosotros. Tiene unos ojos bonitos. No

son de color oliva como yo pensaba. Sino de un color más claro, como el cristal, un verde jade.

Entonces carraspea y la tensión se funde y chispea y se dispersa por completo.

—A ver si encontramos un momento para que vengas a mi consulta y podamos hablar de Olivia. ¿La semana que viene, quizá?

Se me hace un nudo en el estómago. ¿Una semana? No puedo esperar tanto tiempo. Estoy desesperada por oír lo que Olivia quiere discutir conmigo.

—¿No podemos hablar ahora?

Él mira hacia la calle y la acera casi vacía.

—Por favor —insisto.

Se muestra reacio. Supongo que no es habitual para un terapeuta llevar a cabo conversaciones confidenciales en la calle, pero no hay nadie a nuestro alrededor que pueda oírnos. Entonces, meneando la cabeza como si no pudiera creer que esté cediendo ante mí, me lleva hacia un hueco y pregunta:

—¿Cómo crees que lo está llevando Olivia?

Me cuesta un momento pensar en mi respuesta. Quiero decir algo inspirado, inteligente. Impresionarle. ¿Por qué quiero impresionarle? Pero me he quedado en blanco, así que opto por la honestidad.

—Es muy resiliente. Parece estar asimilándolo todo rápido, mucho más rápido de lo que pensaba que era posible. Mirándola hoy, nunca dirías lo que le ha pasado. Parece una joven más de veintitantos años en la ciudad.

Dejo que mis palabras cuelguen en el espacio entre nosotros y con mucho cuidado lo observo para captar su reacción. No sé muy bien por qué, pero quiero saber si está de acuerdo en que mi

hermana es muy guapa. Él mantiene la expresión cuidadosamente neutra, esperando pacientemente a que yo continúe. Es un hombre que se siente cómodo en océanos de silencio.

—Pero evita hablar de «él», de la vida que llevaba mi hermana en sus manos, es como si cerrara un postigo. No quiere hablar de eso con nadie salvo con la policía. —Él inclina la cabeza, pero el cambio diminuto en su expresión me dice que estoy equivocada. Por supuesto—. Bueno, supongo que no solo le cuenta sus secretos a la policía. Obviamente, también habla contigo.

—Es mi trabajo. A veces es más fácil descargar en un desconocido que en los más cercanos a ti.

Se me hace raro pensar que este hombre sabe más de la vida de mi hermana que yo misma. Me los imagino juntos en su consulta, de madera oscura y paredes oscuras, y ella abriéndose y dejando salir todo a borbotones. Ella se desangra en su consulta, los horrores de los últimos años corren por sus venas y gotean y forman charcos en el duro suelo de roble. Ella se desangra con él, una y otra vez, y él le venda las heridas e intenta curarla con su licenciatura y su capacidad para mostrarse cómodo en océanos de silencio, en el sufrimiento y el dolor y los secretos espinosos de otras personas, y se enamora de ella. Igual que todo el mundo. Igual que la nación entera. Él conoce los rincones más íntimos de ella, y yo no. Así que le pregunto:

—¿Tú cómo crees que lo está llevando?

—No duerme. Tiene terrores nocturnos. Está… —Hace una pausa un momento, pensando cuidadosamente sus siguientes palabras—. Se pelea mucho con tus padres.

—Encuentra sofocante a mamá.

—Te lo dijo.

—Es mi hermana. —Mi voz suena cortante. Me pongo a la defensiva y odio que me pase eso. Ella no tira de una cuerda en el juego de tira y afloja. Esto no es una competición—. ¿No estás rompiendo la confidencialidad del paciente?

—Olivia quiere que hable contigo de algunas de las cosas que hemos comentado.

—¿Algunas?

Él asiente. Sus cejas oscuras se unen y se fruncen. Noto que me está evaluando. Siempre me he enorgullecido de tener en mi poder las piezas más brillantes y preciosas de Olivia. Pero se trataba de la niña que era antes, no de la mujer que es hora. Este hombre, un total desconocido, tiene más cosas de ella que yo.

—Este tipo de casos están altamente especializados —dice—. Hay matices. Pero no es raro que a la persona que ha estado alejada le cueste volver a situarse en su antigua vida. Los sentimientos de desorientación, rabia y soledad son normales.

Mi mirada se clava en la suya.

—¿Soledad? —le pregunto—. ¿Olivia se siente sola?

La idea de que mi hermana se sienta sola me llena de horror. Conozco bien la soledad, cómo sabe, cómo huele, la forma que tiene. La desesperación angustiosa intentando quitársela de encima como piel muerta. La soledad es el tipo de pobreza más espantoso.

—Sí, se siente sola —dice él.

El corazón me da un vuelco en el pecho.

—Y yo, ¿qué puedo hacer?

Cambia el peso de pie, con aire un poco incómodo.

—Olivia siente que sería mucho más fácil para ella acostumbrarse si tú te trasladases de nuevo al domicilio familiar. Temporalmente,

claro.

Silencio. Volver a vivir en Blossom Hill House. Que Oscar viviera con mi madre… y mucho peor aún, con mi padre. Nunca me he sentido más sola que durante los años que pasé en aquella casa, después de que se llevasen a Olivia. Cada noche, a la hora de cenar, mi padre era todo risas y sonrisas con mi madre, pero raramente me miraba a mí a los ojos. Si estábamos los dos solos en una habitación, aunque fuera solo unos minutos, él se enfrascaba en su teléfono o en un libro. Las raras ocasiones en que mamá visitaba a su hermana en Worcester, papá me daba unos cuantos billetes de veinte libras y me enviaba a casa de Florence a pasar el fin de semana con ella. Nunca fue cruel conmigo, al menos no exteriormente, ni de ninguna forma que resultase visible para otros, pero yo notaba las cuchillas que llenaban el espacio entre nosotros: un movimiento en falso provocaría mil cortes sangrientos. Cuando hui a la universidad, aun siendo local, vivir en el campus me dio espacio para respirar. No quiero volver a Blossom Hill House. No puedo.

—Tendré que discutirlo con mi prometido —le digo.

Veo un parpadeo de desilusión en el rostro de Gideon, pero es pasajero, como de unos faros de coche en la distancia, y desaparece al momento.

—Por supuesto.

Yo miro su mano izquierda. Su dedo sin anillo. Cuando levanto la vista lo sorprendo mirando el solitario con un diamante que hay en la mía.

Como si se sintiera avergonzado por haberle cogido mirándome, levanta la barbilla y me pregunta:

—¿Y qué tal llevas todo esto tú?

—Bien.

Más silencio. Espera. Hago un esfuerzo para quedarme callada. Para quedarme muy quieta, para no traicionar lo incómoda que me pone el silencio. Su boca se mueve, solo un poco. Él lo sabe.

—Bueno, si alguna vez necesitas hablar, ponte en contacto conmigo.

Olivia sale del café con dos bebidas con hielo. Sonriendo me tiende una a mí. La miro a ella, luego a Gideon, y pienso que harían una pareja espectacular. Más cómodos en la alfombra roja que en una calle ajetreada.

Decimos adiós a Gideon y nos vamos. Cuando nos acercamos al final de la calle, miro hacia atrás e intento ignorar el pellizco de satisfacción al ver que él me está mirando mientras me alejo.

18

Elinor Ledbury

Ha pasado casi una semana desde la fiesta. El tío Robert se fue temprano a la mañana siguiente, antes de que se levantaran Heath y Elinor. Ella dio un suspiro de alivio, recordando la amenaza de su tío de ocuparse más tarde de Heath. Sin embargo, Robert no volvió a Ledbury Hall el fin de semana siguiente.

—Pues que le aproveche —dijo Heath—. A lo mejor nos deja en paz de una vez.

Pero Elinor estaba preocupada. Cada domingo el tío Robert les dejaba un montón de dinero. Así pagaban la comida y otros artículos esenciales. ¿Qué harían sin dinero? Todo lo que les pertenecía a ellos lo tenía él.

—Yo me ocuparé de eso —afirmó Heath.

Y así fue: volvió a casa al día siguiente con bolsas llenas de fruta fresca y verduras, y carne de la carnicería de la ciudad. Aunque Elinor estaba agradecida, comía casi todos los días sola, si es que tenía algo de hambre. Heath salía a diario, y desaparecía durante horas seguidas. Ninguno de los dos había mencionado a Sofia desde la noche del fuego.

Elinor todavía se siente culpable por los problemas que causó, así que no se queja cuando él se va temprano y vuelve tarde a casa, con ese perfume floral pegado a su piel.

Es temprano por la mañana. Heath ya se ha ido y la casa está limpia, así que se acurruca en la biblioteca con un libro. Apenas ha leído un capítulo cuando llaman a la puerta y ella se sobresalta. Puede contar con los dedos de una mano la cantidad de personas que han llamado a ese timbre. Va al intercomunicador y aprieta el botón para hablar a quien esté en la verja.

—¿Hola?

—¿Elinor? —dice alguien con acento irlandés—. ¿Todavía tienes mi chaqueta?

—¿Flynn?

—¿Cuántas chaquetas de irlandeses más has guardado?

Ella sonríe.

—Voy a verte. Dame cinco minutos.

Corre escaleras arriba, coge la chaqueta marrón de debajo de su cama y acaricia el forro de piel de cordero. Se resiste a devolvérsela, aunque sabe que debe hacerlo. Con un suspiro saca un jersey más abrigado de su cómoda y se lo pone. El aire de febrero es tan frío que casi se podría partir en dos. En la puerta principal se ata las botas de cuero, se pone un sombrero y una bufanda y sale por el camino. Lleva la chaqueta de Flynn en la mano, pero hace tanto frío, incluso con el jersey, que al final también se la pone.

Un cóctel de nervios y emoción hace que su corazón lata un poco rápido. Anda muy deprisa por el camino. Él la espera en la verja, con las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros para mantenerlas calientes. Lleva un jersey muy grueso del color de los bizcochos que

se ponen en las natillas, y su pelo oscuro y brillante sobresale por debajo de su gorro de lana color óxido. Cuando la ve, sonríe.

Ella le devuelve la sonrisa, aunque está más nerviosa que emocionada.

—¿Qué tal te va?

—He caído en desgracia —responde ella, con total honestidad. No está segura de por qué ha sido tan sincera. Quizá sea la soledad, que le suelta la lengua. Quizá sea solo alivio por oír la voz de otra persona. Quizá, piensa, estando cerca de alguien deja de irse desvaneciendo en la nada con rapidez, como la huella de una mano en un cristal frío.

Él frunce el ceño.

—Eso no suena demasiado bien.

—No, es verdad.

—Estaba pensando en ir a la pista de hielo de Rawcliffe, y me preguntaba si querrías venir. Si vienes me lo puedes contar todo por el camino. —Como ella duda, él añade—: Incluso te puedo dejar mi chaqueta un rato más.

Ella mira hacia la mansión, dudando, pero luego se imagina pasar toda la tarde en silencio, recorriendo esa casa enorme y antigua ella sola, y la idea le resulta tan insoportable que se vuelve hacia Flynn y asiente.

La pista de patinaje sobre hielo es temporal, la ponen durante un mes en invierno. Flynn paga la entrada y se sientan en un banco de madera, y se atan los patines de alquiler. Es jueves por la tarde y no hay demasiada gente. Solo un puñado de patinadores dan tumbos o se deslizan sin esfuerzo por el hielo. Hay guirnaldas de luces

haciendo zigzag muy por encima de la pista, brillando contra el cielo, de un blanco lechoso.

Van tambaleándose por el suelo de goma y luego llegan al hielo.

—¿Has patinado antes? —le pregunta él.

Ella asiente. Durante seis años seguidos, Heath y ella se colaban en la pista de hielo de York después de que cerrasen, y así tenían todo el sitio para ellos solos. Cada noche patinaban horas y horas, y volvían a casa cuando salía el sol. Pero ese invierno no. No desde que él pasaba casi todo el tiempo con Sofia.

Flynn coge el codo de Elinor con una mano.

—Puedes agarrarte a la barandilla si…

Ella le dedica una sonrisa y se aleja, y sus cuchillas cortan el hielo con facilidad. Elinor es todo aplomo y velocidad. Ligereza y potencia. La música está muy fuerte y retumba, y las luces por encima parpadean. Ella gira, patina hacia atrás, en busca de Flynn. Él la observa con la boca abierta. Ella sonríe como un jugador de cartas a punto de revelar una escalera real, y mira por encima del hombro para asegurarse de que tiene espacio suficiente. Patina hasta el centro, levanta una pierna para hacer un arabesco y gira. Cada vez más rápido, ignorando el temblor de sus piernas.

Flynn tiene los ojos como platos y está encantado. Ella echa la cabeza hacia atrás y se ríe, con la adrenalina bien alta. Nadie salvo Heath la ha visto nunca en el hielo. El puñado de patinadores se han trasladado a los costados de la pista. A ella le da un poco de vergüenza y piensa en volver junto a Flynn, pero la forma en que él la mira, como si ella fuera una criatura mística, le produce una emoción que es mucho mejor que la soledad debilitante por la que se ha visto tragada y en la que está atrapada desde hace semanas.

De modo que persigue esa emoción, describiendo círculos cada vez más potentes. El corazón le late fuerte con la anticipación, y le arden los muslos cuando atraviesa la pista. Nota que todos los ojos se fijan en ella. Oye la aspiración intensa de la gente cuando salta. Es ingrávida. Como un avión de papel, un copo de nieve al viento, una pluma que flota. Sus patines aterrizan limpiamente y recibe un aplauso.

Le tiemblan las piernas y le parece que sus tobillos están hechos de nubes de azúcar. Aunque Elinor no está acostumbrada a ser el centro de la atención, se siente como una margarita que se abre al sol.

Vuelve con Flynn.

—Si hubiera sabido que se te daba tan bien patinar, no te habría traído nunca —dice, inexpresivo.

Ella se echa a reír y ambos empiezan a dar vueltas juntos. Le dice que solía venir mucho con su hermano, pero no le cuenta que se colaban.

—¿Así que solo estáis tu tío, Heath y tú? —pregunta él.

—Eso es.

—¿Estáis unidos?

—Con mi hermano sí.

—Pero ¿no te contó lo de Sofia?

—No. —Intenta que su voz no suene irritada—. No me lo contó.

—Solo le he visto unas cuantas veces, pero no habla demasiado, ni siquiera con mi prima.

—¿Por qué iba a hacerlo? —pregunta ella, con una voz aguda.

—Porque están juntos… —responde, como si ella se estuviera mostrando deliberadamente beligerante, cosa que quizá sea así,

piensa Elinor.

—No sé nada de ella.

—¿Y qué quieres saber?

—Nada —contesta Elinor, aunque piensa: «Todo»—. ¿Y tú, tienes hermanos?

—Sí, dos. Yo soy el menor.

—¿Te criaste en Irlanda?

—Hasta que cumplí los cinco años. Nos trasladamos aquí cuando mi madre consiguió un trabajo como directora de escuela.

—¿Y tu padre, sigue todavía con vosotros?

Asiente.

—Mamá y papá están felizmente casados. Celebran su vigésimo noveno aniversario de boda el mes que viene.

Ella se pregunta cómo será eso de tener padres. Una unidad familiar sólida y completa. Le gustaría poder probarlo, aunque solo fuera por un breve tiempo. Solo para saber cómo es.

—Supongo que también tenéis un *golden retriever*…

Él se echa a reír.

—Pues sí, así es. Es una perrita y se llama Honey.

Su tío les ha prohibido los perros. Es alérgico. Heath le ha prometido a ella que podrá tener uno en cuanto tomen plena posesión de su propiedad. A ella le gustaría uno con la lengua fuera y las orejas de terciopelo. Un compañero que estuviera sentado con ella mientras lee, que caminara con ella por los campos. Un perro que no se largase en el instante en que captara el aroma de una perra en celo.

—¿Trabajas? —le pregunta a Flynn.

—Soy estudiante.

Ella sonríe.

—¿Del mundo?

—De la Universidad de York.

—Impresionante. ¿Qué estudias?

—¿Qué crees que estoy estudiando?

Ella se encoge de hombros.

—Ni idea.

—Adivínalo.

Ella recuerda la guía de viajes de Sudáfrica en su coche, metida en el compartimento del lado del pasajero.

—¿Geografía?

La boca de él se arruga.

—No. Prueba otra vez.

—Geología.

—¿Geología? —bufa él—. ¿De dónde has sacado eso?

—Decías que me habías dejado una piedra color morado.

—¿Decía? —Él se lleva una mano al pecho con fingida indignación —. Lo hice.

—No la encontré nunca.

—Pero ¿lo intentaste?

Ella sonríe.

—Vale —concede él—. Un último intento.

—¿Bellas Artes?

Él parece sorprendido, y luego sonríe.

—Solo te dejan matricularte en Bellas Artes en la universidad si prometes cortarte una oreja.

—Van Gogh estaría orgulloso.

Flynn se detiene justo a un lado de la pista y se inclina a ajustarse el patín.

—¿Por qué Bellas Artes?

—Porque tienes pintura en las manos. Lo he visto cuando conducías.

—Pintura… —Él se incorpora y se mira las uñas—. Mierda —murmura, y se quita los restos de negro en torno a las cutículas—. Es esmalte de uñas —le dice a ella—. Yo… creía que me lo había quitado todo.

—¿Has decidido que el negro no era tu color?

—Mi padre odia que lo lleve. Dice que es para mujeres.

—No creo que el barniz discrimine.

—Yo tampoco. —Flynn se rasca la uña—. A mi padre en realidad no le importa mucho, pero a mi abuelo sí. Es abogado. Muy serio. Muy tradicional.

—A lo mejor solo está celoso —sugiere ella—. Ofrécele pintarle las uñas también.

Flynn le sonríe.

—¿Algún intento más?

Ella niega con la cabeza.

—¿Y si te lo cuento tomando un chocolate caliente? Hay un sitio que no está lejos de aquí.

Eligen una mesa pequeña para dos frente al ventanal. Elinor se siente como si estuviera en una pecera o un zoo. El café del pequeño pueblecito está decorado con madera oscura, ladrillo visto y fotos de cafés con leche que cuelgan en las paredes. En el centro se

encuentran un sofá grande y esponjoso color naranja y dos sillones de peluche en torno a una mesa baja. Aunque el lugar no está atestado, tampoco está vacío. Hay madres que hacen saltar a sus bebés en las rodillas, pequeños grupos de amigos hablando en voz muy alta, una pareja cogida de las manos a través de una mesa cercana, hablando en voz muy baja. La forma que tiene el hombre de mirarla, con mucho amor, hace que a Elinor se le encoja el corazón.

Piensa en Heath y Sofia juntos en algún sitio ahora mismo. No sabe que Elinor ha salido al mundo, no solo sin él, sino con otra persona. Ella es consciente de que la gente que la ve no sabe siquiera que existe Heath. A veces siente que sus existencias están entretejidas tan estrechamente entre sí que si muere uno de ellos, el otro también lo hará. Pero en aquel café no es solo la hermana de Heath Ledbury. Puede ser cualquier cosa. Flynn podría ser su novio, o su jefe, o incluso su hermano. Es un pensamiento emocionante y liberador. Solo por un momento se siente libre y sin ataduras, flotando lejos de su vida con Heath, y empujada hacia otra. Una con citas en una cafetería y besos sin complicaciones.

Flynn pide unas bebidas. Ella se toma su tiempo para examinarlo. Es guapo, con esa sonrisa ladeada y amplia, su boca tentadora, pero lo que Elinor encuentra más atractivo de él es que parece un penique nuevo y brillante. O un globo lleno de aire caliente. O nieve virgen. No está marcado por la tragedia ni por la pérdida. Hay en él un dinamismo que espera que sea contagioso, porque cuanto más tiempo pasa fuera, en el mundo, más obvio resulta el abismo entre ella y todas las demás personas.

Flynn vuelve a la mesa con dos chocolates calientes descomunales, cargados con espesa nata montada y esponjosas nubes de azúcar, e incluso un copo de nieve hecho de chocolate. Elinor se tapa la boca con las manos, encantada, y luego las baja y coge la bebida y le sonríe.

—Tienes una sonrisa preciosa —dice él.

El cumplido pone color en sus mejillas y ella aparta la vista.

Él carraspea un poco y se sienta.

—Medicina.

—¿Cómo? —Ella parpadea, segura de haberse perdido algo.

—Mi carrera.

Ella asiente.

—¿Quieres ser médico?

—Me interesa el lado de la salud mental de la profesión. Ya sabes, psiquiatría o algo por el estilo.

—¿Quieres ponerles camisas de fuerza a las personas y meterlas en una habitación acolchada? —se burla ella.

—Quiero ayudar a la gente. Ya sé que parece un tópico, pero…

—No, no lo parece.

Se miran a los ojos y algo eléctrico pasa entre ellos. La mirada de él viaja lentamente por los labios de ella y su piel se calienta como respuesta, como si estuviera regodeándose al sol. Es una sensación que la excita y la aterroriza.

—Voy a hacer un año de prácticas en Sudáfrica —dice él rápidamente. Observa la cara de ella, que mantiene cuidadosamente neutral, a pesar de la decepción que la invade.

—De ahí la guía de viajes.

Él asiente.

—Pero no hasta septiembre.

Ella sonríe, aliviada al ver que no la va a abandonar de inmediato.

Beben los dos el chocolate. Ella se limpia la nata del labio superior y él sigue el movimiento con los ojos.

—¿Y tú? —pregunta él—. ¿Qué quieres hacer?

En realidad ella no lo ha pensado mucho, al suponer que su futuro ya estaba escrito. Ella y Heath han hablado interminablemente de recibir su herencia por fin, pero nunca han planeado cómo serán sus días después. Hasta ahora, ella no se imaginaba días que se convierten en semanas, y meses, y años, y décadas.

—Pues no lo sé.

—Supongo que con una casa tan grandiosa probablemente no necesites trabajar.

—Cierto.

—Pero ¿no te aburrirás? ¿No te gustaría tener algún propósito en la vida?

Los ojos de ella se entrecierran, consternados.

—Tengo un propósito.

Violento y arrepentido, él baja la vista.

—Claro. No quería decir… Lo siento.

Ella bebe de su vaso, pero la bebida le quema la lengua. Cuando Heath cumplió los dieciocho, el tío Robert le bombardeó con pilas de folletos universitarios. Él los hojeó perezosamente y los descartó enseguida, decidiendo que mejor esperaría a tener su herencia, en lugar de irse lejos a estudiar. Elinor no discutió. Pero ella sí que se leyó atentamente todos los folletos, como si fueran libros de cuentos, imaginándose a sí misma en un campus frondoso a las afueras de una ciudad nueva, sentada con un grupo de amigos y

leyendo pesados libros de texto, con un montón de marcadores de colores en el centro de su grupo. Una vida que parecía más fantasía para ella que cualquiera de los relatos que escribió Tolkien.

—¿Cómo se supone que vas a saber lo que quieres hacer? —pregunta, en voz baja.

—Supongo que piensas en lo que te gusta, y sigues por ese camino.

—Leer —le dice ella al cabo de un momento—. Me gusta leer.

—Pues Filología Inglesa…

—Probablemente. También toco el piano —frunce el ceño y se corrige—. «Tocaba» el piano.

—¿Qué pasó?

Fue algo autodidacta, usando los libros de la biblioteca y escuchando las antiguas cintas de casete de sus padres. Un fin de semana el tío Robert la oyó tocar. Se obsesionó. Cada fin de semana, a partir de entonces, los encerraba a los dos en el salón de recepciones durante horas, obligándola a ella a tocar las mismas piezas una y otra vez, hasta que le dolían los dedos. Él la miraba con un vaso de whisky escocés en la mano. Cuanto más bebía, más exigente y menos paciente se volvía. Todo llegó a un *crescendo* estruendoso cuando, furioso, cerró la tapa de golpe. Si ella no hubiese quitado los dedos, se los habría roto.

—¿Por qué dejaste de tocar? —la presiona Flynn.

Ella se encoge de hombros.

—Mi tío le quitó toda la ilusión. —Él se queda callado, esperando que ella siga. Está recordando otra de las crueles lecciones de su tío: «Tu padre pasó por la vida despreocupado, con su belleza y todos los otros dones hereditarios que vosotros dos veis en el espejo», le

dijo, con desdén. «Igual que tú y tu maldito hermano, desaprovechó su intelecto y su talento. La belleza se desvanece, pero la brillantez deja una herencia. Recuérdalo». Elinor suspira—. Mi tío cree que si se te da bien algo, tienes que ser buenísimo. Absolutamente impecable.

—Parece un hombre difícil de complacer.

—Horriblemente.

—¿Y has caído en desgracia por su culpa?

—No, por culpa mía —dice ella—. Me emborraché en una fiesta suya del trabajo y prendí fuego a las cortinas accidentalmente.

Se queda callada porque no quiere perderse la reacción de Flynn, preguntándose si se apartará de ella, disgustado, y la dejará allí para que vuelva sola a casa. Pero no, no hace nada de eso. Él inclina la cabeza a un lado, con la travesura brillando en sus ojos, y dice:

—Para mí eso es un martes normal y corriente.

Empieza a oscurecer. Flynn la lleva en coche a casa. En la verja, ella se va a quitar la chaqueta, pero él la detiene con una mano.

—Guárdatela —le dice—. Te queda mejor a ti.

La sonrisa de ella es radiante. Ha disfrutado mucho pasando el día con él. Una aventura inesperada, perfecta. Dejándose llevar por la ola de la emoción, Elinor se inclina hacia delante y pone su boca encima de la de él. Es breve, ella se retira enseguida y cuando lo hace, ve la llama en los ojos de Flynn. Él se inclina hacia delante, queriéndola besar otra vez. Ella se siente deseable, incluso poderosa. No se ha sentido ninguna de las dos cosas desde hace mucho tiempo. Abre la verja, pero él suavemente le coge la muñeca.

—¿Puedo verte otra vez mañana? —le pregunta.

—El lunes —responde Elinor.

Cuando él se aleja, ella entra por la verja y decide pasar un tiempo buscando aquella piedra morada, antes de que se vuelva demasiado oscuro. Solo le cuesta unos minutos encontrarla, tras apartar una ligera cobertura de nieve. No puede creerse haber dado con ella. Se la guarda con cuidado en el bolsillo y luego se dirige a Ledbury Hall, sintiéndose como una cometa que se ha soltado del hilo. El edificio aparece a la vista, pero también el coche de su tío, que arranca y se dirige hacia ella por el camino. Elinor da un salto hacia atrás. El coche aminora y los delgados labios de su tío se tensan en una sonrisa sardónica, y sus ojos se encuentran con los de ella y adoptan un brillo malévolo. Luego acelera otra vez, hacia la puerta.

Ella mira hacia la casa. El temor la invade al ver aparcado fuera el coche de Heath. Corre, recordando la amenaza de su tío. «Ya me ocuparé más tarde de ti, chico». La puerta delantera está abierta de par en par. Ella pronuncia el nombre de su hermano.

Silencio.

El silencio que podría haber en un cementerio.

—¡Heath! —grita de nuevo, corriendo de una habitación a otra en su busca.

Pero él no responde. No responde porque no puede. Ella lo encuentra tirado en el suelo de la cocina en un charco de sangre. Con un trozo de tubería de plomo vieja a su lado.

19

Caitlin Arden

Recojo a Florence de la estación de tren. Su pelo es como una cortina breve de seda negra, que cae a mitad de camino entre la mandíbula y la clavícula. Los labios, que normalmente lleva pintados de rojo, solo muestran un brillo rosado. Su vestido azul claro es largo hasta los pies, con varios volantes y mangas huecas, y con la espalda abierta. Es de lino. Caro.

—Precioso vestido —le digo, cuando se sienta en el asiento del pasajero.

Ella se muerde el labio.

—¿No será demasiado?

Salgo del aparcamiento de la estación.

—No, no lo creo.

—Estoy muy nerviosa. ¿Por qué estoy tan nerviosa?

—Porque no la has visto desde hace dieciséis años. Pero todo irá bien, te lo prometo.

Ella suelta una risita nerviosa.

—¿Y seguro que es Olivia?

Yo desvió un momento la mirada de la carretera para ver si habla en serio.

—Claro que estamos seguros.

—Solo lo comprobaba. O sea, es que es muy fuerte, ¿no? No pensé nunca que volvería a verla. —Exhala aire de forma ruidosa, como intentando disipar la tensión. Esto es nuevo. Florence es toda certeza y café cargado. Ambición y fantasía—. Bueno, siento que hayamos tenido que posponer esto un par de veces. ¿No estaba demasiado preocupada Olivia?

Niego con la cabeza.

—No. Está deseando verte. Comprende que tenías trabajo. Y hablando de eso, ¿qué tal estaba Londres?

—Pues ajetreado, sucio, congestionado… —Se lanza a una diatriba sobre los horrores de los viajes en metro. Yo solo la escucho a medias, mientras voy conduciendo entre autobuses y corredores decididos que pasan por delante de mí.

—Pero me alegro de haber ido —dice ella—. Este libro nuevo de Noah Pine va a ser otro superventas. No puedo creer que me eligieran a mí para hacer el audiolibro. Ni siquiera ha salido todavía y ya me piden que narre libros de otros autores…

—Estupendo. Tu madre debe de estar encantada.

Florence sonríe.

—Naturalmente.

Noto un pellizco de envidia porque ella ha tenido una madre que apoyaba sus sueños. Aunque esos sueños consistieran en ser actriz en Broadway. Susan no obligó a su hija a hacerse maestra o a coger algún trabajo tecnológico sin alma porque estuviera bien pagado. Florence ama a su madre, pero no creo que sea capaz de apreciar

realmente lo afortunada que ha sido de tener a una que la haya animado a elegir el camino que quería en la vida, y que le tiende la mano feliz cuando lo va siguiendo, ya la conduzca a una vía muerta o a una mina de oro.

—Muchas cosas han cambiado en poco tiempo —dice ella.

—Sí. Tú has conseguido tu primer trabajo narrativo importante… y yo me he reunido con mi hermana, perdida hace mucho tiempo.

—¿Puedes creerlo? Solo hace tres semanas que nos vimos en aquel bar, debatiendo si yo debería ser Odell-Fox o Fox-Odell…

Meneo la cabeza y me uno a los coches que avanzan a paso de tortuga por Bath y su tortuoso sistema de calles unidireccionales.

—Te he echado de menos —me dice ella.

—Yo también te he echado de menos.

—¿De verdad?

—Sí —digo, mirando por el retrovisor—. ¿Por qué te lo cuestionas siquiera?

Por el rabillo del ojo veo que ella encoge un esbelto hombro.

—Olivia ha vuelto.

—¿Y?

—Y supongo que no habrá mucho sitio para mí en tu vida. Con razón, obviamente.

—Esto no tiene nada de obvio. Tú eres como una hermana para mí, igual que ella. Y siempre lo serás. El hecho de que Olivia haya vuelto no cambia nada.

—¿Seguro?

—¡Claro! Tú eres una de las personas más importantes de mi vida, Florence. Madre mía… Te conozco desde que tenía siete años. Hace diecinueve años ya. Si nuestra amistad fuese una persona, tendría la

edad legal para beber ya. Haría cola para entrar en un club nocturno y ni siquiera necesitaría un carnet de identidad falso.

Florence echa la cabeza hacia atrás y ríe.

Yo sigo.

—Tiene edad para votar. Para conducir. Para pilotar un avión. Puede comprar unas tijeras legalmente, y tener relaciones sexuales.

—Espero que no confunda las dos últimas cosas.

Sonrío.

—Bueno… —dice ella—. ¿Lo que me estás diciendo es que nuestra amistad es lo bastante mayor para ser una idiota?

—Sí.

Las dos nos reímos ahora. El amor por ella burbujea. Florence es familia en todos los aspectos que cuentan. En todos los aspectos menos en la sangre.

—Es que yo no tengo ninguna hermana —dice, desnudándome gran parte de su alma—, pero si te tengo a ti en mi vida, siento que sí la tengo.

Estamos atascadas en el tráfico. Echo el freno de mano y me retuerzo en el asiento para volverme hacia ella, porque quiero que vea lo sincera que soy.

—Y eso no va a cambiar «nunca».

En casa, mando a Florence al jardín con una jarra de Pimm's bien frío, y me dirijo al piso de arriba para buscar a Olivia. Cuando llegamos, mamá nos ha dicho que estaba descansando en su habitación después de un viaje especialmente duro en taxi a la comisaría, esta mañana. Espero encontrarla acurrucada en la cama,

exhausta y agobiada, pero, por el contrario, se está abrochando el último botón de madera de su vestido color marfil. Es muy ondulante y romántico, va atado en la cintura y tiene las mangas abullonadas. Me asombra lo guapa que es, está más guapa cada vez que la veo: sus pestañas oscuras, el rostro anguloso, el largo y precioso cabello rubio, y la forma confiada que tiene de moverse. Suponía que si volvía alguna vez sería apenas una sombra hueca, tímida y avergonzada, insegura del mundo que la rodeara. Pero no es así. Gideon me habló de terrores nocturnos y ansiedad, de que se siente atormentada y sola, pero mirándola ahora, la verdad es que no lo parece.

Noto lo esbelta que es cuando nos abrazamos, los huecos entre su cuerpo y el vestido se arrugan cuando entramos en contacto. Aspiro su perfume: zarzamora y jazmín nocturno.

—Te he echado mucho de menos —me susurra por encima del hombro.

—Y yo a ti —digo, mientras nos separamos.

—Tengo otra visita con Gideon esta semana. Mamá y papá van a volver a trabajar, ¿te importaría volver a recogerme otra vez?

—No, claro.

Me siento en la cama de Olivia. En su tocador, ella da vueltas al soporte para joyas. El collar que elige es uno que reconozco. Una esmeralda en una finísima cadenita de oro. Mamá adoraba ese collar; el abuelo Aubrey se lo regaló a Nana en su primer aniversario de boda. Le he pedido ese collar a mamá mil veces y siempre me ha dicho: «Será tuyo cuando yo me muera».

—¿Va todo bien? —me pregunta Olivia.

Frunzo el ceño. Noto las arrugas de desaprobación talladas en mi frente.

—Sí, sí, todo bien —digo, intentando sonreír aunque me comen los celos. Sé que está mal sentirlos, porque es muy probable que Olivia viese ese collar y, como yo, se enamorase de él. Después de todo lo que ha pasado Olivia, ¿cómo iba a negarle mamá la esmeralda?

—¿Estás segura?, porque…

—Gideon parecía estupendo —digo, cortándola repentinamente para intentar cambiar de tema.

—Ah, sí, me escucha de verdad.

—¿No es lo que se supone que tienen que hacer los terapeutas?

—Bueno, sí, pero algunos lo hacen mejor que otros. Veo a tres de ellos habitualmente, y él es el único al que parece que le importa de verdad cómo me siento y qué es lo que quiero, y no se preocupa tanto por sacarme detalles jugosos y morbosos. De las otras citas salgo sintiéndome como un limón exprimido.

Yo asiento.

—No se parece en nada al terapeuta al que solía ver.

—¿Cómo es eso?

Pienso en la mujer desaliñada de cara roja que olía a naftalina y siempre estaba subiéndose las gafas baratas por la nariz ganchuda. Trago saliva.

—Es que…, bueno, ya sabes, parece joven.

Ella hace una mueca.

—Tiene casi cuarenta.

Yo me pongo roja.

—Bueno, aparte de la edad, me alegro mucho de que te esté ayudando.

Ella coge un cepillo del tocador y empieza a cepillarse el pelo.

—¿No te parece que es fácil hablar con él?

Yo asiento.

—¿Y de qué habéis hablado? —me pregunta.

—¿Cuándo?

—Delante de la cafetería. —Su voz suena ligera y despreocupada, como si no estuviera demasiado interesada en mi respuesta, pero la tensión en sus hombros la traiciona—. Habéis estado hablando un buen rato.

Ella quiere saber si Gideon ha apuntado la idea de que yo me traslade de vuelta a Blossom Hill House. Ingenuamente, esperaba que esa idea se fundiera y desapareciera por completo, como los cubitos de hielo en el agua.

—Me ha preguntado si consideraría alojarme aquí durante un tiempo —me aclaro la garganta, temiendo la noticia que tengo que dar—. Pero no puedo hacerlo. No puedo volver a vivir con papá y mamá.

Ella se queda muy quieta, con el cepillo en la mano.

—Tengo un prometido y una casa propia.

—Pero solo serían unas pocas semanas —razona ella—. Hasta que vuelvas al colegio. ¿No te dejaría Oscar?

En realidad ni siquiera he sacado el tema con él porque no quiero volver a vivir con mi familia.

—No, las cosas no son así. Él no me impide hacer nada.

—Excepto viajar.

—Olivia… —la riño, herida.

—¿Y entonces qué? ¿Por qué no puedes mudarte un tiempo?

—Porque Blossom Hill House no es mi casa. Ya no lo es. No puedo abandonar mi vida entera.

Su expresión se agria.

—Por supuesto. ¿Qué adulto funcional está soltero y sin trabajo y vive en casa de sus padres? —Deja el cepillo en el tocador con un golpe.

Yo me pongo de pie.

—No es eso lo que quería decir. Siento no haberte visto mucho, recientemente. He evitado venir aquí desde mi pelea con papá, pero me esforzaré más. Vendré cada día.

El silencio más largo y frío.

Olivia está hirviendo de decepción y rabia.

—Haz lo que tengas que hacer, Caitlin.

Caitlin. Ella nunca me llama Caitlin.

Se alisa el vestido.

—¿Está aquí Florence?

Yo asiento.

—Estupendo.

Se vuelve y se dirige a la puerta.

—Cogeré unos vasos y podemos…

Ella da la vuelta en redondo. Levanta la barbilla. Decidida. Pétrea.

—En realidad, prefiero pasar un tiempo con ella a solas. Probablemente es más fácil reconectar con tu mejor amiga de la niñez cuando tu hermana pequeña no anda remoloneando por ahí alrededor.

Se vuelve y sale sin mirar atrás.

Voy tras ella, pero mamá me coge al bajar las escaleras.

—¿Podemos hablar un momento?

Miro más allá de donde ella está. No veo a Olivia, pero sí que oigo que está cogiendo unos vasos de la alacena en la cocina.

—¿De quién fue la idea de coger la tarjeta de crédito de papá, el día que tu hermana y tú fuisteis de compras?

Estoy distraída, deseando alcanzar a Olivia antes de que salga fuera, al jardín.

—Papá se la dio a ella.

—¿No la cogiste tú de su despacho?

Oigo que se abren las puertas francesas.

—¿Lo hiciste? —insiste.

Aparto la mirada de la puerta de la cocina y veo que mamá está retorciendo ansiosamente su anillo de boda en torno al dedo.

—¿Que si hice el qué?

Ella aspira aire entre los dientes, irritada.

—Coger la tarjeta de crédito de tu padre.

—No. Ya te lo he dicho, él se la dio a Olivia.

Ella aparta la cara.

—¿No se la dio? —le pregunto.

Un momento de silencio.

—Sí, sí, no pasa nada —sonríe—. ¿No te unes a las niñas en el jardín?

Las niñas. Como si todavía tuvieran trece años. Yo asiento y voy rápidamente hacia la cocina, y me detengo ante la puerta francesa. Olivia y Florence están de pie a pleno sol, mirándose la una a la otra. Florence levanta una mano temblorosa y se la lleva a la boca. Y entonces chocan las dos. Son un revoltijo de pelo, aliento y risas dulces e incrédulas. Se agarran la una a la otra y yo lo veo. Veo el momento en que vuelven a encajar a la perfección cada una en la

vida de la otra. Los últimos dieciséis años de separación se disuelven entre ellas. Florence se aparta, con las manos de Olivia todavía entre las suyas, como si temiera que si las suelta, aunque solo sea un segundo, ella se desvanecerá como un espejismo fundido por un sol demasiado caliente. Y se vuelven a abrazar. Estrechamente. Muy estrechamente.

Yo me quedo sentada en la fresca cocina durante media hora, antes de aventurarme a salir fuera y unirme a ellas con otra jarra. Después de todo, el plan era que las tres pasásemos un tiempo juntas. Los gajos de fruta y el hielo tintinean contra la jarra cuando cruzo el jardín. Ni siquiera levantan la vista cuando yo me acerco. Se ríen con las cabezas inclinadas, juntas. Yo me quedo al lado de la mesa hasta que la mirada de Olivia se encuentra con la mía, con una sonrisa blanca y amplia. Pero esa sonrisa no estaba destinada a mí. Es solo un resto del fulgor de la compañía de Florence y yo me alimento con las migas que quedan de sus bromas compartidas.

Ella se pone seria al momento, y su sonrisa se desvanece en el calor de la tarde.

—¿Va todo bien? —pregunta, con el mismo tono con el que escupirías: «¿Qué mierda estás haciendo tú aquí?».

—Todo va muy bien —respondo, agarrando el asa de la jarra con tanta fuerza que hasta me duele la mano. El aire que nos rodea se pone tan tieso como un *rigor mortis*, lleno de extrañeza. Hemos vuelto atrás en el tiempo y yo soy la pesada e irritante hermanita pequeña, desesperada por salir con Olivia y su amiga guay. Pero ahora es diferente. Ahora debería ser diferente. Florence es amiga mía. Ha sido amiga mía y solo mía los últimos dieciséis años.

—Gracias —dice Olivia, y su mirada cae en la jarra que yo llevo en las manos.

—Ah, sí.

Dejo el cóctel en la mesa, como si fuese una camarera.

Ellas me sonríen. Están esperando que me vaya. El rechazo me picotea la piel y me vuelvo para irme. Pero entonces Florence me coge por el brazo y me dice:

—Iré a buscarte antes de irme.

—¿No necesitas que te lleve a casa?

—Daniel va a venir a buscarme.

—Estupendo. —Las miro a las dos, deseando que me pidan que me quede.

—Yo… aquí os dejo.

Al volver por el sendero del jardín, ellas vuelven a su conversación.

Estoy sola en la cocina.

Mamá me pide ayuda para sacar unas cajas del desván. Están llenas de álbumes de fotos y antiguos videos familiares. Supongo que son para Olivia. Estoy colocando la última caja polvorienta en el descansillo cuando oigo que las dos entran por la puerta francesa. Sueltan risitas. Me dirijo a las escaleras para poder hablar con Florence antes de que se vaya. No he llegado ni a la mitad del camino cuando veo que Florence besa en la mejilla a Olivia y luego desaparece por la puerta delantera.

Ni siquiera me ha dicho adiós. Se ha olvidado de despedirse de mí. Me quedo allí de pie, mirando el sitio por donde se acaba de ir Florence justo hace unos segundos, sintiéndome como un jersey que pica o que nos viene estrecho, metido en un cajón y olvidado.

Olivia se da la vuelta y me ve allí indecisa. El corazón acelera su pulso, preguntándome qué me dirá, pero apenas me mira mientras sube las escaleras. Pasa sin siquiera rozar mi hombro.

Un momento más tarde la puerta de su dormitorio se cierra de golpe.

20

Caitlin Arden

Hace cuatro días desde que se reunieron Olivia y Florence, y aunque no he recibido nada de mi hermana, sí me ha llegado un escueto mensaje —«Lo siento, estoy muy ocupada. ¡Nos vemos pronto!»— de mi mejor amiga. Sí, mamá me dijo anoche por teléfono que Florence había estado en casa todo el día con Olivia. Y yo soy una niña de nuevo, sentada junto a la puerta del dormitorio de mi hermana mayor, desesperada por que me incluyan. Intento mantenerme ocupada, pero Oscar está trabajando más de lo habitual, y ni siquiera crear nuevos grabados para Wanderlust basta para para sacarme de la autocompasión.

Preocupado porque hace días que no salgo ni veo a nadie, cuando Oscar se ha ido a una reunión en Londres me ha dicho que llame a Gemma. La verdad es que me siento realmente muy sosa y gris, y sé que ahora mismo no soy buena compañía. Si pudiera hacer las paces con Olivia quizá me sentiría mejor, pero cuando le dije que no pensaba trasladarme a Blossom Hill House, la herí. A menos que acceda a lo que ella quiere, no puedo arreglar las cosas. Quizá

tendría que haber dicho que sí, pero ¿cuánto tiempo tendría que estar, hasta que a ella le pareciese bien que me fuera?

Me siento en el sofá y voy revisando mis redes sociales, ausente. Paso una imagen tras otra. Ignoro los mensajes. Desde el regreso de Olivia, sobre todo son de personas con las que no he hablado desde hace años, y que tratan de disfrazar su curiosidad morbosa como preocupación. Noto una gran decepción por no tener más noticias de Florence. Desde el secuestro he notado una sombra más oscura que ninguna otra a mi alrededor, como si presenciarlo hubiera dejado una mancha visible en algún lugar importante, algún lugar que significa que no puedo mostrarme tan despreocupada como para resultar divertida o fácil de tratar. Pero eso no importó nunca con Florence, porque sabía lo de Olivia, «conocía» a Olivia, y por lo tanto lo comprendía todo sin tener que explicárselo nunca.

Hago clic en los perfiles de mis amigos de la universidad. Evie ha publicado unas cuantas fotos de su hijo, que tiene ahora seis meses. Antes tenía muchas fotos de Maple, su pequeño y rubio *cocker spaniel*, o de sus aventuras de escalada y fines de semana con su marido, con amigas, brunch, cumpleaños, cócteles, un viaje en coche con su prima por América del verano pasado… Y ahora solo hay fotos de su hijo ahí tumbado. Tumbado en una mantita de colores. Echado en su cuna. En brazos de alguien. Como tiene seis meses, solo puede esbozar unas pocas expresiones, y sin embargo hay tantas imágenes de él que la página de Evie parece un juego de «encuentra las diferencias»…, pero sin diferencias. Como si toda su personalidad hubiera escapado por su vagina junto con el bebé, y ella hubiese convertido la placenta en tabletas comestibles. Incluso su foto de perfil es de su hijo.

Recuerdo que en la fiesta de bienvenida al bebé, Florence regaló a Evie una cesta llena de obsequios y una postal donde decía: «Siento que nos dejes», que todo el mundo encontró hilarante. Pero en realidad era muy acertada, porque, desde que nació el niño, Evie ha expulsado de su lado a todas sus amigas sin hijos y las ha sustituido con otras madres.

—Ahora mismo está en el lado oscuro —dijo Florence, cuando Evie canceló una comida con nosotras por tercera vez—. Y pensar que me gasté setenta pavos en la bomba sacaleches que quería, y soporté cinco rondas del juego «Parto o Porno»…

Hago clic en mi última conversación con Evie. Mis cuatro últimos mensajes se han quedado sin responder. Mando otro, preguntándole qué tal están ella y el niño.

Entonces miro la página de Gemma. Ha publicado una foto suya en una excursión con un pie de foto sobre disfrutar de las vacaciones lectivas. Miro su sonrisa cálida y amistosa y hago un esfuerzo para comprender por qué Florence no tiene la misma opinión de Gemma que todas las demás personas.

—¿No es un poco demasiado pegajosa, esa Gemma? —me preguntó después de hablar con ella en mi fiesta de pedida—. Oí que te preguntaba si querías ir al espectáculo de Katherine Ryan, pero dijimos que iríamos la próxima vez que viniera a Bath. ¿Quieres sacar tú las entradas o lo hago yo?

Pero como Florence está distraída con Olivia, yo tengo que pasar más tiempo con otros. Llamo a Gemma. Me contesta al quinto timbrazo.

—Hey, hola, Caitie. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. Me preguntaba si quieres que comamos juntas o vayamos a dar un paseo…

—¿Hoy?

—Bueno, sí, si estás libre…

Silencio.

—En realidad he quedado con Sarah esta tarde —dice, como si yo tuviera que saber de qué me habla.

—¿Sarah?

—Newbury.

Yo me pongo de pie.

—La conoces, ¿verdad? —me pregunta.

Me alegro de que estemos hablando por teléfono para que no pueda ver mi cara.

—Sí, claro que conozco a Sarah. Fui yo quien os presentó a ella y a ti en mi fiesta de pedida, hace un par de años.

—¡Sí, eso es! Sarah y yo hablábamos de eso precisamente ayer. Ninguna de las dos recordaba en qué ocasión había sido. La fiesta de pedida, claro.

—¿Y qué vais a hacer? —le pregunto educadamente, aunque esta conversación me está dejando un regusto amargo en la lengua.

—Pues vamos de compras para su fin de semana de despedida de soltera, el mes que viene.

Silencio.

Casi puedo notar que se ha dado cuenta de su error. Yo no estoy invitada a la despedida de soltera de Sarah. Sarah, a quien conozco desde el instituto. Sarah, a quien estuve apoyando cuando se separó de Wesley, después de pasar un año automedicándose con sexo ocasional y tequila. Sé que ella y Gemma han salido un par de

veces, después de conocerse, pero no tenía ni idea de que fuesen amigas. Buenas amigas. Mejores amigas que ellas y yo.

—Puedes venir si quieres —sugiere Gemma, intentando reconducir la situación—. Le preguntaré a Sarah si no le importa…

—No —digo, porque no quiero que me inviten por lástima—. Es igual. Ya nos veremos en otra ocasión.

—Claro.

—¿Comemos la semana que viene?

Un momento de silencio. Y luego:

—Ya consulto mi agenda y te digo algo.

Su reluctancia es palpable. Vale, yo podría haber dedicado, «tendría» que haber dedicado más tiempo a mi amistad con Gemma, pero nunca he dejado de ser amable con ella. Nunca nos hemos peleado ni hemos tenido un desacuerdo, así que ¿por qué está tan fría conmigo?

—¿Va todo…, estás bien? —le pregunto.

Más silencio por la línea.

—Caitie —me dice, con cansancio—. ¿Por qué no sabía que tenías una hermana?

Noto que el corazón me late con fuerza, lleno de pánico, voy a abrir la boca pero no sale nada de ella.

—Es que…, bueno, no tenía ni idea —dice ella, en voz baja—. No me lo habías contado.

—No mucha gente lo sabe… —tartamudeo y acabo callando. Quiero hablarle del pozo de soledad en el que tengo siempre un pie metido, y que a veces se desborda y me arrastra hacia la oscuridad. Una soledad que me inunda los ojos, los oídos y la boca. Quiero decirle que todo empezó la noche que se llevaron a Olivia. Que temo

que me pase algo malo, algo realmente malo, y si dejo la puerta abierta para que la gente entre en mi interior, olerán el moho y la podredumbre y saldrán corriendo, y entonces la soledad nunca me dejará salir a coger aire. Pero no lo digo. El miedo es como cinta de embalar sellando mi boca. De modo que solo consigo decir—: Nunca me ha sido fácil hablar de ese tema.

—Ya —suspira ella—. Supongo que es ese tipo de cosas que solo confías a los amigos realmente íntimos. —Se queda callada también. «Di algo», pienso, «di algo»—. Mira, tengo que dejarte. Sarah me matará si llego tarde.

Cuando cuelga me quedo sentada en un silencio espeso y deprimente.

Pero enseguida me vibra el teléfono con una llamada entrante. Es Olivia. Al principio no habla. Solo se oye el ruido del tráfico y el frenético jadeo de su aliento.

Notando que algo va mal, me pongo de pie al momento.

—¿Olivia? —Ella sigue sin hablar, pero noto su miedo siseando por la línea. Y al momento me encuentro en el vestíbulo poniéndome las sandalias y cogiendo las llaves del coche—. ¿Dónde estás? Voy a buscarte.

—No lo sé —jadea ella—. He cogido el autobús y luego me he puesto a andar. Estoy perdida. Estoy… —solloza tan fuerte que no puedo entenderla.

—Mándame la ubicación para que pueda localizarte.

—No sé lo que es eso.

Claro, no lo sabe.

—Vale. Pues dime lo que ves.

Cuando se da cuenta de que está en Bradford-on-Avon, le digo que me espere en el parque que hay junto al canal.

Veinte minutos más tarde veo a Olivia en el puente, apoyándose en la pared que se encuentra por encima del agua. Lleva una camiseta corta *oversize* y unos pantalones cortos con zapatillas deportivas y los cordones sueltos. Me la imagino metiéndoselas en los pies y saliendo a todo correr de casa. En cuanto llego adonde está, la estrecho entre mis brazos. Ella se agarra a mí. Tiene un par de hojas en el pelo, cosa que me dice que ha escapado por los bosques y junto al cobertizo abandonado. Su respiración es frenética y poco profunda. Le digo que inhale por la nariz y poco a poco expulse el aire por la boca, pero solloza tan fuerte que no puede hacerlo. Le aliso el pelo sudoroso y lo aparto de su cara, cogiéndolo entre mis manos. La gente que pasa cerca aminora el paso, mirándonos fijamente. Yo los ignoro.

—Vale —la tranquilizo—. Concéntrate en las cosas que tienes a tu alrededor, y ve nombrándolas en voz alta y diciéndome los colores que ves.

Ella sigue llorando, con la cara roja, manchada de lágrimas y pegajosa.

—Lo haremos las dos juntas —le sugiero—. Empezaré yo. —Miro a mi alrededor—. Un banco azul marino —espero.

A través de sus lágrimas ella parece completamente desconcertada. Pruebo con otro.

—Tobogán amarillo.

Ella sigue mi mirada hacia una zona de juegos infantil, al otro lado del parque.

—Hierba verde.

—¡Así! —asiento, dedicándole mi sonrisa más animosa de maestra de primaria—. ¡Así, muy bien! —Me toca a mí otra vez—. Rosas color maquillaje.

Poco a poco aparto mis manos de su cara, pero ella las agarra con fuerza. Las suyas están húmedas.

—Rojo —respira—. Un columpio rojo.

—Puente color gris piedra.

Sus dedos se tensan en torno a los míos. Menea la cabeza. Cae de nuevo, con los ojos llenos de lágrimas. Yo miro a mi alrededor desesperadamente.

—Girasoles color aureolina.

Ella frunce el ceño.

—¿Cómo?

—Girasoles color aureolina —repito.

—Aureolina… —sonríe—. Eso no es un color.

—Sí, sí que lo es. Es el color de esos girasoles.

—Aureolina —se echa a reír.

—¿Por qué te ríes?

—¿No podías elegir algo normal?

—¿Como qué?

Ella se ríe más aún.

—¡Como amarillo!

—Ya he dicho amarillo antes. Un tobogán amarillo. Deja de reírte de mí. Es un color. Un color normal.

—Aureolina —canturrea—. Aureolina, aureolina, «aureolina».

Yo me echo a reír también, porque cuanto más lo dice, más ridículo suena.

—Es más cálido que el amarillo. Más feliz. Como soleado.

—Aureolina soleada —consigue decir, entre risas.

Entonces las dos nos echamos a reír tan fuerte que nos tiemblan los hombros. Los viandantes nos miran, cosa que nos hace reír todavía más. Y aunque aún no sé qué es lo que ha causado el ataque de pánico de Olivia, me sumerjo en el cálido resplandor de saber que cuando mi hermana ha necesitado a alguien, me ha llamado a mí. Y que al menos a ella sí que le importo.

Me dice que ha tenido un interrogatorio especialmente difícil en la comisaría, y que cuando ha vuelto a casa mamá se le ha echado encima. Que está furiosa porque las vidas de todos los demás han avanzado, mientras que la suya ha quedado atrapada en el pasado, y sus padres todavía la tratan como a una niña. Se pregunta, casi para sí misma, si alguna vez podrá tener una vida normal. Hablamos casi una hora, paseando por el parque con un calor sofocante.

Nos dirigimos a la calle principal a tomar algo.

—¿Aquí? —pregunta Olivia, señalando un café con cestas de flores colgando fuera.

—Claro.

—¿Puedo esperar fuera? Ahora mismo no quiero ver multitudes.

Cojo dos botellas de agua del frigorífico y las llevo al mostrador.

Entonces me quedo inmóvil, conmocionada y clavada al lugar donde estoy.

En un rincón, en la parte de atrás del café, está Oscar. No está en Londres. Y no está solo. De hecho está comiendo con otra mujer. Ella es delgada y bronceada, con el pelo rubio y esas piernas largas con las que los hombres fantasean que les rodeen la cintura. Los

miro a los dos. La mujer dice algo que no oigo, pero debe de ser divertidísimo, porque Oscar se ríe tan fuerte que se le arrugan las comisuras de los ojos.

—¿Hola? —me dice la cajera, con una voz que me indica que no es la primera vez que intenta llamar mi atención. Yo me adelanto, torpemente. Mientras escanea nuestras bebidas yo sigo concentrada en el hecho de que mi prometido está disfrutando de una cita secreta con una mujer a la que no conozco. Entre los dos se encuentra un trozo de tarta de chocolate. Un postre. Dos cucharillas. Oscar se inclina hacia delante, con su mano a milímetros de la de ella. Ya he visto bastante. Pago y me voy.

Olivia y yo nos dirigimos al aparcamiento.

Con las manos temblorosas saco el teléfono de mi bolso y compruebo el calendario que comparto con Oscar. Se suponía que estaba en Southbank, con un nuevo cliente llamado Sam.

Le envío un mensaje.

«¿Qué tal está Londres? ¿Las reuniones, bien? ¿Sam es simpático?».

Espero nerviosamente una respuesta. Me corregirá. Me dirá que ha habido un cambio de planes y que, fíjate qué curioso, está en realidad en Bradford-on-Avon, y que Sam es una buena chica, pero no tan guapa como yo, ni tan divertida, ni tan follable tampoco.

Me vibra el móvil.

«Ya sabes cómo es Londres, lleno de gente, abrumador. ¡Las reuniones están yendo muy bien! Este hombre realmente conoce el asunto. No te olvides de que tenemos cena con mi madre esta noche. Papá está fuera, así que estaremos solos los tres».

Releo su mensaje una docena de veces. «Él» conoce el asunto, no ella, él. Y Londres… Oscar todavía asegura que está en Londres. ¿Estará corriendo una aventura? La idea me llena de un dolor tan enorme que surge de mí, como si me rompiera, un ruido estrangulado.

Olivia levanta la cabeza de golpe. Se ha bebido la botella de agua entera.

—¿Estás bien?

Yo asiento, trago saliva y vuelvo a asentir. Luego empujo al fondo de mí misma el desprecio y la traición.

—Vamos.

21

Caitlin Arden

Oscar me cuenta que su tren se ha retrasado y que se reunirá conmigo en casa de sus padres para cenar. Desde el regreso de Olivia, me he dignado no asistir a cuatro asados del domingo con los Fairview. Esta es nuestra cena de reconciliación y he prometido que iré. Si no voy, Oscar sospechará que algo va mal y no tendré tiempo de inventarme una historia. Otra mentira bien tramada. Cogerlo con la guardia baja es la mejor manera de llegar a la verdad.

Tardo mucho más tiempo del habitual en arreglarme. Me meto en la ducha y me lavo el pelo con champú voluminizador. Uso mi mascarilla acondicionadora más intensa, y me siento en el suelo de la ducha mientras me hace efecto. Me afeito las piernas con la maquinilla de Oscar porque de hecho las de hombre son mejores y más baratas que las que venden para mujeres. Me exfolio y me hidrato. Y luego me pongo un vestido de verano nuevo y caro color verde salvia. Me tomo mi tiempo para maquillarme, aunque eso significa que llegaré tarde. Mientras difumino el antiojeras que refleja la luz en mi piel, finjo que todo ese esfuerzo es solo por mí, por un acto de amor propio, y no un intento desesperado de parecer

más atractiva a mi mentiroso prometido que la mujer con la que compartía hoy en secreto tarta de chocolate. Me rizo las pestañas, me aplico bronceador en las mejillas. Lo hago todo con una copa de vino en la mano. Desaparece tan deprisa que me sirvo otra. En cuanto me la bebo, llamo a un Uber.

Si tiene una aventura, lo dejaré. Tendré que hacerlo, pero la idea de no ver más a Oscar hace que el vino dé vueltas en mi estómago vacío. Oscar es divertido y ambicioso. Presta atención a todos los pequeños detalles de lo que yo soy. Pero decididamente también es un mentiroso y probablemente me engañe. Intento imaginar que tengo una aventura. Notar el peso de otro hombre encima de mí. Las prisas de unas manos nuevas sobre mi cuerpo. Cuando levanto la vista hacia la cara de ese otro hombre, es alguien a quien conozco, con los ojos color jade y hoyuelos, rizos color café y algo de barba. Un acento irlandés resuena en mi oído, mientras él se introduce en mi interior.

En el vestíbulo, junto al estudio de Oscar, espero al Uber. Nunca he tocado sus cosas antes. Nunca he hurgado en su teléfono ni he buscado nada en él. Nunca lo había necesitado. Pero ahora… Pienso en la mujer rubia con la que estaba. Decidida a no quedar como una idiota, me meto en su despacho. Me siento rara y ridícula, y culpable, buscando entre las cosas de su escritorio. Su portátil no está allí, así que abro los cajones y meto las manos hasta el fondo, buscando con los dedos. Solo encuentro papeles y blocs a medio usar. No hay ropa interior femenina, ni un paquete de condones, ni nada que sugiera que me ha sido infiel. Estoy a punto de cerrar el cajón cuando veo una lata pequeña de plata. La cojo. Es redonda, con rosas grabadas en la tapa.

Dentro hay un rizo de pelo rubio atado con una cinta verde.

Se me anudan las tripas, pensando en la mujer rubia con la que estaba hoy.

Helen me recibe en la puerta principal. Tiene el mismo pelo dorado y los ojos oscuros de su hijo. Como siempre, lleva un mono. Creo que tiene uno de cada color conocido por el ser humano. La beso en la mejilla e intento no pensar en el hecho de que debe desnudarse entera cada vez que tiene que orinar.

Oscar está en la cocina. Me quedo un momento en la puerta, intentando coger fuerzas antes de seguir a Helen al interior. No quiero que Oscar note mi humor. No quiero hablar con él de lo que sé hasta que estemos en casa.

Aspiro aire y lo expulso con fuerza.

Y entramos.

Sonrío.

Hay un vino francés muy pijo cuyo nombre no sé pronunciar y una tabla de quesos franceses también pijos, que sin duda maridarán perfectamente con el vino francés pijo. Oscar se vuelve hacia mí y yo recuerdo cuando nos conocimos, con un tablero de ajedrez entre los dos, en la tienda de delicatesen. Estaba bronceado, era esbelto y la sonrisa que me dedicó hizo que notara escalofríos en la columna. Algunas personas esperan toda su vida a que les sonrían así. ¿Le sonríe también así a ella?

Me besa al pasar. Le imagino besando a la mujer rubia como me está besando a mí ahora. Me da náuseas, pero dedico a Helen y Oscar mis hoyuelos y mi encanto.

Comemos. Hablamos. Bueno, mejor dicho, «ellos» hablan y yo escucho, asintiendo con la cabeza cuando es apropiado, pero por

debajo de todo aquello yo estoy furiosa y me pongo más furiosa cada vez. Debería estar concentrándome en Olivia, y no en mi relación. No en esta cena. ¿Cómo ha podido ser él tan egoísta y deshonesto? Intento dar el beneficio de la duda al hombre que amo, porque a lo mejor no me está siendo infiel, pero entonces ¿por qué mentir? Todas esas noches en las que llegaba tarde… Todas las veces que ha apartado el móvil de la vista cuando he entrado en una habitación, o esas veces que ha cerrado de golpe el portátil… El nuevo y misterioso proyecto en el que está trabajando siempre.

Cojo mi copa de vino y la vacío. Voy a buscar una nueva botella y ponerme más.

—¿Hay algo más sobre los planes de boda? —pregunta Helen, introduciéndome en la conversación. El compromiso es lo único que quiere discutir conmigo, siempre. Cuando cambio de tema ella se siente decepcionada, como si mi compromiso con su hijo debiera ser la característica única y definitoria de mi personalidad.

Yo tardo un rato en contestar.

—No.

—Ah, vaya, pues qué lástima. —Bebe un poco de vino—. Es una lástima, de verdad. Vosotros dos tendríais que espabilar —lo dice como si fuésemos niños que se están portando mal—. No querréis ser una de esas parejas que pasa toda su vida comprometida, ¿verdad? No querrás que tus hijos lleven el mismo apellido que tú, ¿verdad, Caitie?

Yo me enfurezco.

—¿Por qué no iban a llevar mi apellido, mis hijos?

Silencio.

Helen se mueve incómoda en su asiento. No está acostumbrada a que la desafíe. Hace tiempo que sospecho que a ojos de los Fairview yo soy una pieza de recambio barata, un accesorio intercambiable para la vida de Oscar, y que solo me consideran adecuada porque soy fácil. Pero estoy harta de ser «fácil». Fácil para mis padres, al elegir el camino que yo sabía que deseaban que recorriera. Fácil para sus padres, al organizar mis fines de semana en torno a ellos y mantener la boca cerrada cuando hacían comentarios anticuados y ofensivos. Fácil para él, al reprimir mis propias ambiciones y almacenarlas debajo de la escalera, como si fueran una tabla de planchar portátil, para dejarle más sitio a él y lo que él quiera. Ser fácil es agotador.

—¿Por qué no iban a llevar mi apellido, mis hijos? —pregunto de nuevo.

Noto la mirada de Oscar ardiendo a un lado de mi cabeza.

—Bueno —dice Helen—, las madres dan a sus hijos el apellido de su padre.

—¿Por qué?

—Porque es lo que se hace.

Abro la boca para decirle que si soy yo la que tengo que lidiar con los mareos matutinos, las tetas doloridas y la acidez, pasar por el trauma del parto y que me tengan que coser después, no pienso ponerle a mi bebé el apellido de su padre simplemente porque «es lo que se hace». Decirle que, aparte del esperma, un hombre no contribuye en nada al crecimiento y nacimiento de un hijo. Decirle que, si sale de mi cuerpo, tendrá mi puto apellido. Pero Oscar empieza a hablar entonces.

—En realidad hemos decidido una fecha para la boda —dice, con unas cucharadas extra de entusiasmo—. Nos casaremos el verano que viene.

Helen coge con las dos manos esa brillante distracción.

—¡Eso es maravilloso! —sonríe a su hijo—. Ay, qué emocionante. Quizá no sea la última de mis amigas en tener nietos, después de todo. Un año pasa enseguida, Caitie, tienes que organizarte.

Cojo torpemente mi copa de vino y veo que está casi vacía.

—Me he distraído un poco con ese rollo de la hermana desaparecida hace tiempo.

Silencio.

Oscar se aclara la garganta y va a llevarse la botella de vino, pero mis dedos la rodean primero. Él me mira como si no debiera estar como estoy. Yo creo que estoy muy bien, personalmente. No estoy borracha. O bueno, sí, un poco, pero es algo que está permitido.

Helen deja su copa en la mesa y me dedica una inclinación de cabeza amistosa. Aun así veo una rendija de júbilo en sus ojos, la emoción al clavar los dientes en un jugoso pedazo de cotilleo.

—¿Y cómo está ella?

—Mamá… —dice Oscar, meneando la cabeza.

—Has dicho que no mencionara a Olivia a menos que lo hiciera Caitie. Bueno, pues la ha mencionado.

—Pues Olivia no está muy bien, en realidad. Hoy la he tenido que ayudar a superar un ataque de pánico —le digo—. Pero a ella no le gusta hablar de lo que pasó. Para ser sincera, si quieres información sobre mi hermana, pregúntale a Oscar. Parece que sabe más que yo.

Él se pone tenso.

Ella frunce el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—El marido de Rachel trabaja para la policía. Le dijo a Oscar cosas que no debía. Cosas que ni siquiera saben mis padres. —Meterlo en este embrollo no está bien, y no estoy orgullosa, especialmente porque prometí no contarle a nadie lo que sabía, y quizá lo lamente cuando esté sobria, pero por ahora disfruto viéndolo retorcerse.

—¿Tu prima Rachel? —le pregunta Helen.

Él se mete un trozo de pan con ajo en la boca y asiente.

—Pero yo pensaba que Tim trabajaba como agente inmobiliario en Midsomer Norton…

Me cosquillea la piel. Me vuelvo hacia Oscar despacio. Él evita mis ojos. ¿Era otra de sus mentiras? Si el marido de Rachel no le dio a Oscar esa información, ¿quién lo hizo? ¿Y cómo sabe tanto de mi hermana?

—Cambió de trabajo el año pasado —le dice.

—Vi a Tim hace un mes y no me dijo nada —replica ella—. Pero supongo que Rachel y él han estado muy ocupados, recientemente. Cosa que me recuerda… Caitie, cariño, ¿les enviaste un regalo?

Aparto la atención de mi prometido.

—¿A quién?

—A Rachel y Tim.

—¿Por qué iba a…?

—Porque Rachel tuvo el bebé.

¿Cómo es posible? Cuando una mujer tiene pareja, tiene también un montón de trabajo administrativo. Recordar fechas importantes, organizar los regalos correspondientes y las tarjetas para la familia de «él». De alguna manera, las mujeres se convierten en secretarias extraoficiales de su pareja, sin sueldo.

—¿No le contaste a Caitie que Rachel y Tim tuvieron la niña? Te recordé que se lo dijeras —le reprende Helen, de esa manera poco entusiasta que las madres tienen de regañar a sus hijos, porque es casi imposible para ellas enfadarse de verdad con sus perfectos niñitos.

—Se me olvidó. He tenido mucho trabajo.

Yo insisto.

—Sí, has trabajado mucho en ese nuevo proyecto tan «emocionante», últimamente, y has estado en Londres todo el día, con reuniones a todas horas, ¿verdad?

Sus mejillas se ponen rojas.

—Sí.

—Todo el día —insisto—. En Londres.

Él me mira con el ceño fruncido, intentando adivinar qué pasa. Le miro, furiosa, confusa, desesperada por saber por qué me miente. Helen, sin darse cuenta de la tensión, nos enseña su móvil. Oscar lo coge.

—Mira, es la niña, Violet —dice entonces—. ¿A que es monísima?

—Ah, sí, muy guapa —contesta él, animado.

Yo lanzo un bufido.

Noto sus ojos clavados en mí. Meneo la cabeza mirando a Oscar.

—¿Por qué finges que te importa? Tú odias a los bebés.

Él farfulla:

—No, no es verdad.

—Dices que los bebés lloran mucho para ser alguien que no paga impuestos ni sabe lo que es la inflación. Decías que «todos» los bebés se parecen a los sacos de nueces arrugados de donde proceden.

—¡Oscar! —le riñe su madre, ahora con más fiereza—. No has dicho eso, ¿verdad?

—No. No lo he dicho nunca —me fulmina con la mirada, yo lo fulmino a él. Miente con tanta facilidad… Tan fácilmente. Baja la voz —. ¿Qué mosca te ha picado?

—Tú —digo—. Deja de mentir. Déjalo de una vez. —Muevo el brazo y la jarra se vuelca y se raja. El agua se derrama por encima de la mesa.

Oscar se disculpa con su madre y yo hago un torpe intento de limpiar el desastre. Después de todo, no es culpa de la jarra que mi prometido sea un cretino mentiroso.

—Me la voy a llevar a casa —le dice Oscar a su madre, como si yo fuera un bebé que no ha dormido la siesta. Estoy de pie en el vestíbulo ahora, y las paredes giran a mi alrededor. Ellos dos hablan bajito en la cocina, probablemente de mí y del estado en el que me encuentro.

Entonces Oscar y yo estamos fuera, y me rodea con el brazo, mientras me acompaña por la calle. Si miro por encima del hombro, veré a su madre de pie en la entrada de la casa, contemplándonos con nerviosismo y diciéndose a sí misma que tenía razón en todas las reservas que tenía sobre mí. Se convencerá de eso porque yo no he llevado todavía un vestido de novia, y me he comportado de una manera extraña esta noche, pero en realidad es porque si las madres fueran honradas consigo mismas, reconocerían que piensan que nadie es lo suficientemente bueno para sus hijos.

Casi ha oscurecido del todo, pero sigue haciendo mucho calor. En cuanto damos la vuelta a la esquina, fuera de la vista, Oscar hace que me detenga.

—¿Qué demonios, Caitie?

Yo me suelto de su presa.

—¿Qué estabas haciendo hoy? De verdad.

—Trabajando.

—¿En Londres?

Veo que todo encaja ya. Él sabe que yo lo sé. Se echa un poco atrás.

—Bueno, casi todo el tiempo. He vuelto a Somerset a primera hora de la tarde.

—Y has ido a Bradford-on-Avon.

—Sí, ¿y qué? ¿Me estás vigilando? —Me dedica una risita incrédula que me pone los dientes largos.

—No. Estaba allí con mi hermana. Te vi compartir un postre con otra mujer.

—¿O sea que casualmente estabas en Bradford-on-Avon en el mismísimo café donde yo comía? ¿Y esperas que me crea eso? —dice, con la irritación en la voz, como una tos—. No puedo creer que me hayas seguido. Eso no es normal, Caitie.

—¿Cómo puedes retorcer así las cosas? Te he visto. Con ella.

Él se acerca a mí. Muy cerca. Está enfadado, muy enfadado.

—Deja de jugar a jueguecitos y pregúntamelo, joder.

Yo trago saliva. Es un territorio nuevo para nosotros. Oscar y yo no nos peleamos. Discutimos un poco porque él no usa los muchos posavasos que hay repartidos por toda la casa, y porque yo dejo mis toallas mojadas en la cama, pero no nos peleamos. Levanto la barbilla y miro a sus ojos oscuros.

—¿Estás teniendo una aventura?

Abre la boca, como si no pudiera creer que le haya hecho la pregunta que me está empujando a hacerle.

—¡Estás loca! No, no estoy teniendo una aventura.

Y es tan sincero, tan convincente, que sería muy fácil creerle. Disculparse por lo mal que me he portado esta noche y pasar la semana entera procurando compensarle, pero la verdad es que me ha mentido y se ha mostrado evasivo. Si no está teniendo una aventura, estoy segura de que algo me oculta.

—¿Y quién es ella? ¿Y por qué me has mentido diciendo que estabas en Londres?

—¡No te he mentido! —aúlla.

Entonces gira y se aparta de mí, lleno de frustración. Miro su espalda, observando el frenético movimiento de sus hombros que suben y bajan, mientras él intenta contenerse. Yo levanto la vista y miro hacia la calle para ver si alguien más le ha oído y ha salido a investigar. Pero no ha sido así. Oscar se vuelve y se enfrenta a mí de nuevo.

—No he mentido. Es que no te he dado un detalle de todas las horas del día. He estado en Londres esta mañana. He estado con reuniones consecutivas todo el día.

—¿Y quién es ella?

—Alguien con quien trabajo.

—En tus mensajes te has referido como «él».

—Un error normal y corriente.

—¿Y cómo se llama?

—Samantha.

Tiene sentido, ya que el nombre del calendario de Oscar era Sam. Empiezo a creerle y los remordimientos me invaden. Pero aun así

tengo que estar segura.

—¿Para qué empresa trabaja?

Él hace una pausa. Solo un momento.

—Interiores Adaline Fray. —Veo la mentira. Como un animal pequeño que se escabulle hacia la oscuridad—. Estoy diseñando su nueva página web. Sam es la responsable de marketing. Era una reunión de negocios.

Yo asiento, aunque «sé» que me está engañando.

—¿Y ese es el nuevo proyecto que tanto te emocionaba?

—Salieron recientemente en *Vogue*. Es algo grande. Un cliente importante. —Sacude la cabeza, como si se quitara de encima oleadas de decepción—. Me has hecho pasar un mal rato esta noche. Nos has puesto en evidencia a los dos. ¿Cuánto has bebido?

La vergüenza colorea mis mejillas. He bebido más de lo que debería y más de lo que suelo hacer. El vino se agita en mi interior, junto con la mortificación. Su versión de los hechos, sus explicaciones, todo cuadra. Sin embargo, tengo esa sensación persistente de que no es totalmente transparente.

—¿Y qué pasa con el mechón de pelo rubio que he encontrado en tu escritorio?

Él se pone tenso.

—¿Has entrado en mi estudio?

Yo trago saliva.

—¿De quién es ese pelo?

La furia surge de él como vapor.

—Mío.

—Tuyo —repito, incrédula.

—Sí. De mi primer corte, de niño. Mamá me lo regaló cuando cumplí los dieciocho.

Busco la mentira en su rostro.

—Yo creía…, pensaba…

—¿Qué? ¿Que mi supuesta amante y yo intercambiábamos mechones de pelo? —Cierra los ojos. Se pellizca el puente de la nariz como si estuviera conjurando un dolor de cabeza—. Sinceramente, Caitie, te iría muy bien pedir hora con el terapeuta de tu hermana. —Noto un relámpago de dolor, como si hubiera derramado té hirviendo en mi regazo—. Creo que tomaste varias copas antes de venir a ver a mamá, ¿verdad?

Yo asiento, solemne.

—Entonces, ¿has dejado el coche en casa?

Otro asentimiento solemne.

Él suspira.

—Bien. Pues vamos en tren.

Da media vuelta y echa a andar. Yo le veo marchar. No se gira para ver si le estoy siguiendo. Se vuelve cada vez más y más pequeño hasta desaparecer detrás de una esquina. Se ha ido. Pero no me siento sola. Hay unos ojos clavados en mí. Miro hacia atrás, a casa de Helen, y allí, al final de la calle, una figura vestida de negro me vigila. Una figura con una nariz demasiado grande para ser natural. Noto la tensión de algo visceral y oscuro. Echo un vistazo a mi alrededor en busca de Oscar, pero él está ya fuera de mi alcance. Cuando miro de nuevo hacia el final de la calle, el hombre enmascarado ha desaparecido.

22

Elinor Ledbury

Elinor llama a una ambulancia para su hermano. La espera es angustiosa, pero solloza de alivio cuando las luces azules parpadeantes se aproximan hacia la mansión. Los sanitarios le preguntan qué ha pasado. Ella y Heath hicieron un pacto hace años de mantener en secreto el carácter de su tío, para que los servicios sociales no se implicaran y los separasen, de modo que miente y le dice a la policía y a los profesionales médicos que no tiene ni idea de quién le ha atacado.

En el hospital, después de pasar horas sola y aterrorizada, mordiéndose las uñas hasta hacerse sangre, le dicen que aunque su hermano tiene una brecha en la parte de atrás de la cabeza, las costillas magulladas y un montón de lesiones y cortes, se pondrá bien. El tío Robert nunca los había atacado tan brutalmente a ninguno de los dos. Y todo es culpa de Elinor. Ella recorre los blancos y brillantes pasillos del hospital y nota que el arrepentimiento golpea su cuerpo como un segundo latido del corazón. Odia el olor desconocido y clínico a antiséptico y lejía. El sonido de los médicos y enfermeras que corren de un lado a otro.

Las suelas de sus zapatos que chirrían sobre el vinilo. El pitido de tantas máquinas.

Es imposible entrar en calor, aunque ella todavía lleva la chaqueta de Flynn. Pero ahora tiene manchas de sangre en los puños. Mete las manos en los bolsillos y entonces encuentra un trocito de papel doblado con un número escrito y una nota. «Por si alguna vez necesitas lecciones de patinaje. Flynn X».

Esboza una sonrisa leve y acuosa. Luego va a buscar un teléfono.

Él está con ella en menos de una hora. Elinor le hace prometer que no le preguntará si se encuentra bien, y le pide que no hablen de lo que ha ocurrido. No quiere pensar en ello, ni tampoco tener que mentirle. Añora la simplicidad de la tarde pasada en el hielo y luego refugiados en un café.

Elinor lo conduce a la pequeña habitación separada de la zona de espera principal, donde ella lleva casi toda la noche. Se ve atraída hacia las sillas de plástico de colores vivos y el mural de un campo pintado en la pared trasera. Solo cuando Flynn señala que están en la zona de entretenimiento para niños Elinor advierte la caja de juguetes medio vacía escondida en un rincón. Se sonroja pero no quiere desplazarse a la sección deprimente y aburrida reservada para adultos. Además, allí no hay niños. Solo están Flynn y ella. Él le trae un té muy aguado de la máquina expendedora, que Elinor toma en sus manos temblorosas pero no se atreve a beber.

—Yo…, bueno…, no le he contado nada de Heath a Sofía. Me he imaginado que no querrías tener demasiadas personas por aquí.

Ella asiente, aliviada. Ni siquiera había pensado aún en Sofia.

—Heath la llamará cuando pueda.

—¿Y tu tío? Debe de estar desesperado. ¿Está volviendo desde Londres?

Ella palidece.

—Sí —miente—. He encontrado tu piedra morada —añade, como distracción.

La cara de él se ilumina.

—No me digas…

Ella asiente, con una sonrisa diminuta en los labios.

—El destino —concluye Flynn—. Ha sido el destino.

Ella piensa en recordarle que las piedras no se mueven ni salen volando por el viento, de modo que, si él la vuelve a poner donde dice que la puso, seguiría allí dentro de una década más, pero no lo hace por miedo a estropear ese romance que él está conjurando.

—No he leído esto desde hace años —dice él entonces, cogiendo un libro de tapa dura del diminuto estante que tienen enfrente.

—¿Qué es?

—*Rapunzel.*

Como ella no reacciona, él dice:

—«Rapunzel, niña hechicera: échame tu cabellera».

—No lo he leído.

Él le da vueltas en las manos.

—Te pareces a ella.

Ella lo coge y hojea las páginas.

—Así que… ¿Ledbury Hall es la torre donde estoy prisionera?

Él arquea una ceja.

—¿Quién es el malvado encantador entonces, Heath o tu tío?

Ella traga saliva y aparta la vista.

Él carraspea.

—Y ahora me dirás que no has visto nunca una película de Disney…

—¿Una película de Disney?

Él la mira boquiabierto.

Elinor se siente incómoda, como si no estuviera consiguiendo aprobar un examen.

—*La Cenicienta, La Sirenita, Pocahontas…*

Ella se encoge de hombros. No le gusta que le recuerden que se ha educado en un mundo muy distinto del de todos los demás. Antes de que apareciera Flynn nunca le había importado, pero como Heath la deja sola cada vez más y más, Elinor se siente como una flor que busca el sol, intentando medrar en la naturaleza; sin embargo, las diferencias que señala Flynn la hacen parecer menos una flor y más una mala hierba.

Él sonríe.

—No te preocupes, eso lo podemos arreglar.

La ira la enciende como una cerilla.

—Yo no soy algo que se tenga que arreglar.

El joven se pone rojo.

—No quería decir…

Ella suspira, culpa acumulada sobre culpa. Está tensa, pero Flynn no tiene la culpa de nada.

—Lo siento, es que… me encuentro fatal. Lo que le ha ocurrido a Heath es culpa mía.

—No, no lo ha sido. Tú no podías haber evitado que alguien entrara en la casa e hiciera daño a tu hermano sin sufrir daños también tú, y nadie habría querido eso. Elinor, tú eres una buena

persona, una buena hermana. Llamar a la ambulancia probablemente le ha salvado la vida.

Se echa a llorar. Él se agacha delante de ella y le coge la cara entre las manos. Sus manos están muy calientes, y ella todavía tiene mucho frío.

—Elinor…

Ella le besa. Él le devuelve el beso. Los brazos de ella le rodean a él el cuello y las manos de él se posan en la cintura de ella. Elinor no piensa entonces en chicas atrapadas en torres ni en hermanos ensangrentados ni en tuberías de plomo. Solo piensa en la boca de Flynn encima de la suya. Sabe a té, a menta y a brillantes posibilidades.

23

Caitlin Arden

Le conté a la policía lo del hombre enmascarado, pero ellos se mostraron escépticos y básicamente no hicieron nada para perseguirlo, porque yo había bebido y Oscar no vio a nadie. Y eso causó una pelea más entre nosotros dos.

—Quizá aseguras que viste a alguien para distraernos de nuestra discusión —me soltó, cuando se fue la policía.

—¿Crees que estoy mintiendo si digo que he visto al secuestrador de mi hermana para suavizar las grietas en nuestra relación?

—En serio, Caitie, ve y habla con alguien, porque tu padre tiene razón: esta no es la forma adecuada de llamar la atención.

Me fui de casa tres días después de la cena con su madre, y ahora vivo otra vez en Blossom Hill House, de nuevo en el dormitorio de mi infancia, justo tal y como quería Olivia. No se parece al que era antes. Las paredes están pintadas de color verde oliva y hay una alfombra grande de un tono crema sobre el suelo de madera. La ropa de cama y las cortinas son de un blanco y gris pálido. Encima de la cómoda con cajones hay una vela grande de White Company, que llena la habitación de un aroma dulce y floral.

Anoche me metí en la habitación de Olivia para desearle buenas noches y la encontré hojeando un ejemplar de *Rapunzel*. Esto me devolvió de inmediato a cuando éramos pequeñas. Vivir con mis padres hace que me sienta como una niña: me llaman para cenar, mamá entra en mi cuarto sin avisar, me tengo que enfrentar a la desaprobación de papá, si me atrevo a mirar el teléfono mientras estamos a la mesa. Es demasiado. Y aunque las cosas entre Oscar y yo siguen mal, añoro estar en casa con él. Se quedó conmocionado cuando le dije que me iba, pero no discutió conmigo. De todas formas, la verdad es que aparte del viaje a St Ives, apenas nos habíamos visto en las últimas semanas. Él se pasa el día trabajando y yo siempre estoy en Blossom Hill House. Nunca nos habíamos peleado de esa manera antes, y agradezco mucho que pasen tantas cosas, porque eso me deja pocas oportunidades para pensar en mi relación. Y quizá vivir un tiempo separados sea bueno para nosotros. Tal vez él me eche de menos y me perdone por acusarle de ser infiel. Hago una mueca al volver a acordarme. Entonces aparto el recuerdo a un lado y me aseguro a mí misma que al final todo saldrá bien.

Ahora estoy sentada a la mesa de la cocina, clasificando fotos antiguas en pilas para dárselas a Olivia. Mamá y papá han vuelto a trabajar. La casa está silenciosa. El enjambre de *paparazzi* ha desaparecido casi del todo, su atención atraída por el espeluznante asesinato del marido de una directora ejecutiva a solo unos kilómetros de aquí. Últimamente solo hay un reportero o a veces dos fuera, y siempre un agente de policía. El agente de apoyo familiar nos ha asegurado que nos mantendrán la vigilancia hasta que cojan a Simon, dado que su encarcelamiento no está garantizado.

Olivia ha salido con Florence. Otra vez. No me han invitado tampoco en esta ocasión. Tendría que parecerme bien, ¿no? Han de ponerse al día después de dieciséis años. Además esta tarde tengo mi primera visita con Gideon, el terapeuta de Olivia, o sea que, aunque me lo hubieran pedido, yo no habría podido ir. Consigo superar la oleada de celos. Sigo siendo la mejor amiga de Florence. Todavía seré su dama de honor. Y Olivia sigue siendo mi hermana. Eso significa algo. Significa más.

Como Oscar y yo estamos separados, y Olivia y Florence ocupadas, tengo la oportunidad de pasar más tiempo con Evie y Gemma. Me doy cuenta, espero que no demasiado tarde, de que si las amigas son como las flores, yo he regado, podado y nutrido mi relación con Florence mientras dejaba que otras se marchitaran.

Olivia entra en la cocina con un vestido corto de seda, unas gafas de sol enormes en la cabeza y el colgante con la esmeralda en torno al cuello. Todavía me duele que mamá se lo haya dado a ella sin más, después de habérmelo prometido a mí.

Olivia saca dos botellas de agua helada del frigorífico y me tiende una a mí.

—Esa casa es bonita —dice, inclinándose a ver la foto que tengo en las manos.

Es la casa de vacaciones del tío Donald, Hathaway Cottage, en Castle Combe. Es como una imagen de postal, con su techo de paja, las paredes de piedra color miel y un marco de madera en la puerta, flanqueado por cestas de flores colgantes. Por dentro hay vigas de madera y suelos de piedra, y alfombras acogedoras.

—¿Dónde está? —pregunta Olivia.

Yo levanto la vista, confusa por su pregunta. Íbamos a ver al tío Donald, la tía Carol y nuestros primos Edward y Josie siempre por Pascua, pero veo por el interés genuino de su rostro que ella no se acuerda en absoluto de ello.

—Es Hathaway Cottage —respondo despacio, esperando que se ría y revele que me estaba tomando el pelo, porque claro, claro que se acuerda.

Pero ella se encoge de hombros y sale de la cocina rodeando la isla. Yo me quedo mirándola, asombrada al ver que no lo recuerda. ¿Cómo es posible que no lo recuerde?

—Pasábamos allí varias semanas cada año desde que nacimos —le digo, incrédula.

Ella se para. Coge una manzana roja del cuenco con fruta. No se vuelve. No me mira a los ojos. Mis ojos asombrados, perplejos, abiertos como platos.

Tengo de nuevo esa sensación, una sensación rastrera de inquietud que ya noté el día que ella volvió con restos de esmalte de uñas rosa. Esa intranquilidad la dejé a un lado porque mi hermana por fin había vuelto a casa. El corazón me late frenético contra las costillas. El silencio se vuelve tenso entre las dos, tan tenso que podría pulsarlo como una cuerda de violín. Entonces ella se gira hacia mí y me deja ver su sonrisa y su encanto.

—¿Qué, vas a ir a ver a Gideon hoy? Es brillante, de verdad.

Yo asiento en silencio. Bajo el rápido cambio de tema y su despreocupación veo algo. Algo salvaje y demasiado silencioso. Algo enroscado. Mi mente se dispara. Tengo que elegir las palabras siguientes con muchísimo cuidado.

—Supongo que han pasado muchos años desde la última vez que estuvimos en la casita. Mucho, muchísimo tiempo, en realidad.

Ella vuelve a encogerse de hombros, como si la conversación fuese aburrida, y sin embargo veo que me vigila, que toma nota de mi respuesta, del mismo modo que yo tomo nota de la suya. Ella tira su manzana al aire y la coge con una sola mano.

—El tío Donald y la tía Carol llevan unos años pensando en vender Hathaway —continúo con ligereza, como si fueran cotilleos sencillos —. Pero a Edmund no le hace mucha gracia.

Espero, con el aliento encerrado en el pecho. ¿Notará mi error deliberado…, Edmund en lugar de Edward? Se puede dejar pasar que no se acuerde en absoluto de la casita. Después de todo, solo son ladrillos y cemento. Pero desde luego, sin duda, tiene que recordar a nuestro primo. Creció con él. Sus cumpleaños están separados solo por una semana. Si me corrige, no tengo motivos para preocuparme. Pero si no lo hace…

«Por favor —pienso—, por favor, corrígeme».

—Pobre Edmund —dice ella, asintiendo comprensiva. Y no puedo creerlo…, no puedo creer que mi trampa acabe de cerrarse en torno a ella. No se ha dado cuenta. De hecho, se relaja visiblemente, mientras mi cuerpo se tensa entero. Sigue—: Pero sus padres no la venderán, si él les pide que no lo hagan, ¿no? —Sus blancos dientes se hunden en la carne de la manzana. Entonces le vibra el teléfono en el bolso—. Esa debe de ser Florence, será mejor que me vaya. —Me da un rápido beso en la mejilla y luego sale corriendo de la habitación y pasa por el vestíbulo. Un momento después oigo que se abre y se cierra la puerta principal.

La habitación me da vueltas.

Y la duda se instala en mí por primera vez.

¿Es esa mujer realmente mi hermana? Y si no lo es, ¿quién es, y qué quiere?

24

Caitlin Arden

Pienso seriamente que esa mujer que duerme en casa de mis padres no es la Olivia real? La idea es absurda y la rechazo casi de inmediato, pero saca la cabeza una y otra vez, y me encuentro jugando a una versión de Dale al Topo mientras me ducho y me visto. Al final me siento en la cama y pienso un minuto, repasando todas las pruebas que tengo y que sugieren que esa mujer no es mi hermana. Mis pensamientos son como un puñado de collares enredados metidos en el fondo de un bolso, de modo que saco el teléfono y escribo una lista para intentar desenredarlos. Bajo el brillo de la pantalla hasta que queda prácticamente gris porque me está entrando dolor de cabeza. Empiezo a escribir.

1. *No recuerda el diario de la abeja dorada del Chico del Autobús*

Esta fue la primera señal. Recuerdo la noche que se la llevaron como si fuera una escena de una película que puedo detener y rebobinar. ¿Le pasará lo mismo a ella? Cuando negó saber nada del Chico del Autobús y el diario que le regaló, me pregunté si intentaría protegerle. Que quizá él fuese su novio, y los dos simularon el rapto

para poder huir juntos. Que quizá, en los años que siguieron, esa relación se agrió, y por eso ella ha vuelto. Pero ahora me pregunto si el motivo de que no lo recuerde es más sencillo: no le ocurrió a ella. Después de todo, el público no sabía nada del diario. Es un detalle que solo conocía un puñado de personas.

2. *Su aspecto cuando llegó a casa*

Se había cortado el pelo recientemente, y tenía menos puntas abiertas que yo misma. Hasta lucía un bronceado mejor que el mío. Y luego estaban sus uñas, cortas y limpias, con restos de esmalte rosa. Quizá no fuese prueba de nada, pero me imaginaba que una víctima de secuestro estaría menos cuidada, más dejada. Olivia parecía que acababa de salir de un salón de belleza.

3. *No recuerda nunca nuestra niñez*

Me dice todo el tiempo que me ha echado mucho de menos, pero nunca hablamos de nuestra vida antes de que se la llevaran. Lee sus antiguos diarios, y los míos, como si fuesen novelas. Quizá para ella es exactamente lo que son. Historias sobre la vida de otras personas, y las devora como trufas al champán, porque toda investigación es investigación útil, sobre todo cuando estás representando un papel.

4. *No se acuerda de Hathaway Cottage ni de nuestro primo Edward*

Esta es la prueba más concluyente que tengo. Es imposible que Olivia se hubiese olvidado. Es más que probable que mi hermana escribiera sobre la casita y nuestros primos en sus diarios, pero si

esta mujer no es Olivia, tiene que asimilar al menos cinco años de la vida de otra persona, recordar los detalles y recitarlos, y eso significa que es probable que haya lagunas en su conocimiento. Lagunas como casitas de vacaciones y primos.

Pero, aun así, ¿hay pruebas suficientes para demostrar que no es mi hermana? ¿Estoy segura de que es así? ¿Estoy perdiendo la cabeza por siquiera «pensar» que podría ser una impostora? Y si lo fuera, ¿por qué soy entonces la única que lo ha detectado? Seguramente la policía hizo una prueba de ADN para verificar sus alegaciones… Pero si no fue así y ella miente acerca de su personalidad, ¿por qué lo hace? ¿Qué es lo que quiere? Ha dicho que estuvo casada. Creo que eso es verdad.

Estaba muy agobiada cuando me lo dijo, y nadie es tan buena actriz. Así que, si no es Olivia, quizá esté huyendo de un marido maltratador. Quizá ha sido a él a quien he visto con la máscara. Pero ¿por qué venir a una familia que no conoce? Tal vez el hombre del que huye es tan horrible que asumir la identidad de otra persona es la única forma en la que podría escapar.

Me paso las manos por la cara, más confusa que nunca. Ya me han acusado de intentar llamar la atención y de ser difícil; no puedo comunicarle mis sospechas a nadie hasta que no tenga pruebas más sólidas. Si es que las hay. El caso es que ella es exactamente como imagino que sería Olivia a los veintinueve años. Y también transmite la misma sensación que una hermana. Eso debe de contar para algo, ¿no? O a lo mejor he estado tan sola y me he sentido tan culpable y tan desesperada por recuperarla que me he convencido a mí misma de que es Olivia porque es más fácil de aceptar eso que la posibilidad de que no vaya a volver nunca.

Guardo las notas en mi móvil, todavía planteándome todo esto, y busco la verdad igual que otros buscan oro.

Cuando llego al despacho de Gideon ya estoy recuperada. Me siento en el sofá caro de dos plazas, y él en la silla de respaldo alto que queda enfrente. Si no fuera por la libreta que lleva en la mano, no parecería que se trata de una sesión de terapia. Tenía razón yo con lo de la madera oscura: miro a mi alrededor y veo el escritorio de caoba, la estantería de caoba y el armario de caoba en una esquina. Su despacho es confortable, con sofás tapizados y una alfombra grande y suave y estanterías del suelo al techo. Detrás de su escritorio, en una pared, se encuentran exhibidos sus muchos diplomas y calificaciones.

—Cuéntame qué tal te ha ido la semana —dice, con suavidad.

Se echa hacia atrás en su silla y los botones de su camisa blanca se tensan contra su amplio pecho. Es atractivo, y eso me distrae. Quizá Oscar no habría estado tan ansioso de que yo asistiera a estas sesiones si fuera consciente de que mi terapeuta no estaría fuera de lugar en la portada de una revista de fitness.

—Me he trasladado a Blossom Hill House.

Sus cejas se mueven muy ligeramente, como si estuviera sorprendido de esa revelación, y la aprobara.

—¿Y qué tal ha ido?

—Solo llevo allí un par de noches, pero creo que a mamá le gusta tenerme en casa.

—¿Y a tu padre?

Ha encontrado un punto dolorido y lo aprieta. Yo me encojo, queriendo cambiar de tema. Pero Gideon presiona más fuerte aún.

—¿No crees que le guste también tenerte en casa?

Papá apenas ha cruzado dos palabras conmigo. Le pillo mirándome como si fuera un perro callejero que se ha metido en casa. Sería fácil mentir a Gideon, pero lo fácil no siempre es lo correcto, y algo en él, en su sabiduría y su confianza, en su fuerza y su perspicacia, hace que quiera conseguir su atención frotándome contra él, como un gato a quien han invitado. Decido ser sincera.

—Creo que a mi padre no le gusto mucho.

Esta perla de sabiduría sale de mi boca y rueda por el suelo de madera noble. Él la recoge y la examina.

—¿Qué te hace creer que no le gustas?

—Me echa la culpa por el secuestro de Olivia. —Le cuento la discusión que oí entre mis padres, después de que se la llevaran.

—¿Crees tú que lo que le ocurrió a Olivia fue responsabilidad tuya?

—Bueno, yo no le puse un cuchillo en la garganta y me la llevé hacia los bosques, pero tampoco llamé a la policía cuando tenía que haberlo hecho.

Se supone que él tiene que ser neutral, pero baja su libreta y su rostro se arruga, lleno de compasión.

—Solo eras una niña.

Yo me sacudo su simpatía como un caballo que rehúsa la silla.

—Pero sabía llamar a la policía en caso de emergencia, y no lo hice.

—¿Querías que desapareciera tu hermana?

—No.

Es una verdad absoluta. No es ningún secreto que incluso antes de que se llevaran a Olivia, ella era la estrella del espectáculo. Yo no importaba. Me conformaba con ser la actriz secundaria. Pero cuando ella desapareció, como un suplente que no se hubiera aprendido sus frases, yo no estaba preparada. A pesar de mis esfuerzos nunca actué tan bien como ella, y mi padre lo sabía.

—Entonces ¿por qué no llamaste a la policía? —pregunta Gideon, sin acusarme.

—Terror. —Lo estoy recordando ahora mismo, ese tipo de miedo que convierte tus huesos en cemento.

—¿Así que no elegiste conscientemente no llamar y pedir ayuda?

—No.

—Pues entonces, ¿cómo puede hacerte responsable tu padre?

—Fuera consciente o no mi decisión, mi falta de acción dio la oportunidad al hombre enmascarado de irse con ella.

—No estoy de acuerdo. Aunque hubieses llamado de inmediato a la policía, no existe garantía alguna de que la hubiesen encontrado, Caitie.

Me clavo las uñas en las palmas de las manos para evitar echarme a llorar. Las lágrimas no cambian el pasado. Ya no soy aquella niñita aterrorizada. Gideon se acerca más a mí. Tengo la sensación de que quiere extender la mano y tocarme.

—El caso es que mi padre cree que es culpa mía y me odia por ello.

Él escribe algo en su libreta.

—¿Has hablado de esto con él?

Niego con la cabeza.

—¿Por qué?

Trago saliva. Entonces cojo una lupa y la coloco justo encima de mis motivos, por encima de la gruesa escarcha que cubre la relación que tengo con mi padre.

—Me preocupa que la culpa que hace recaer en mí no sea el único motivo por el que no le gusto.

Esto suscita el interés de Gideon.

—Sigue.

—Me preocupa que él sea la única persona que me vea como soy en realidad. He intentado vivir mi vida de una forma que sé que complacería a mis padres, pero… yo… —Tengo las palabras en la punta de la lengua, como gotas de veneno. Las escupo—: Yo les tengo rencor. Tengo rencor a mis padres, aunque sé que no es culpa suya. Ellos no me han obligado a vivir de una manera determinada, pero sabía que si no hacía lo que ellos querían, se sentirían muy decepcionados. Y una vez desaparecida Olivia, yo les debía una hija perfecta. Pero yo no soy perfecta, yo no soy Olivia, y mi padre ve que todo es fingimiento. Ve quién soy en el fondo, y es «esa» persona la que no le gusta.

—¿Y quién es esa persona?

—Alguien que quiere viajar por el mundo y pintarlo. Alguien a quien no le importa nada poseer un hogar o tener unos ingresos fijos, al menos no ahora mismo. Alguien que no está segura de querer casarse o tener hijos nunca. Alguien que no quiere echar raíces.

—¿Por qué?

—Porque las raíces te mantienen anclado a un sitio, y te vuelven vulnerable, porque si se cortan, te quedas tirada —me río cohibida entre las lágrimas—. Lo siento, estoy diciendo cosas absurdas.

Él se levanta y coge una caja de pañuelos de papel que tiene en el escritorio. Se agacha y me tiende uno. No vuelve a su butaca. Aspiro su olor a sal y a salvia, a hierba limón y a piel limpia.

—La persona a la que has descrito no me parece desagradable.

Si inclino la frente hacia abajo, tocará la suya. Su piel seguramente estará caliente. Es todo tan íntimo… Noto el calor que surge de su cuerpo. Quiero acurrucarme contra él.

—Pero no puedo ser esa —le digo—. Es demasiado tarde. Si me voy de viaje ahora, estaré abandonando la vida que he construido con Oscar.

—¿Eres feliz, Caitie?

La pregunta me coge por sorpresa, porque ¿cuándo suele pasar que alguien te mire a los ojos y te pregunte si eres feliz? ¿Cuándo te haces a ti misma esa pregunta?

Yo miro a lo lejos, por la ventana. Hay mucha calma aquí en esta calle lateral. Esa calma que te obliga a escuchar tus propios pensamientos.

—A veces me pregunto si seré realmente capaz de sentir auténtica felicidad.

Reconocer esto me hace sentir como si estuviera traicionando a Oscar, porque él me hace feliz y le quiero tanto que la idea de estar sin él me quita el aire de los pulmones. Pero ¿soy todo lo feliz que podría ser? Gideon espera. Quiere más. Me sumerjo más aún entre los hierbajos de mi propio ser y encuentro lo que él espera.

—Tengo muchas cosas maravillosas: una casa, una carrera, una familia, mi prometido, mi… —Iba a decir «hermana», pero ahora estoy llena de dudas, así que cierro la boca y no digo la palabra—. Tengo todas esas cosas, pero mi felicidad es hueca, como un eco.

—¿Es posible que el motivo de que no te sientas nunca realmente feliz sea que no te permites acceso a ti misma a las cosas que quieres realmente?

Es cierto. Siento que es cierto. Me echo hacia atrás y me regodeo en ese hecho, dejando que me salpique la piel como agua fría un día abrasador.

—Quizá la auténtica felicidad sea vivir la vida que quieres, de la manera que quieres, sin preocuparte por las expectativas de otras personas.

Él sonríe y sé que acabo de descubrir una mina de oro.

—Solo tienes que ser más valiente.

Cuando nuestros ojos se encuentran noto de nuevo esa tensión chispeante, vibrante.

Se aclara la garganta y vuelve a su butaca. Aunque no debería ser así, echo de menos de inmediato la proximidad.

—No has hablado mucho de Olivia. ¿Cómo ha sido, tenerla de vuelta? ¿Volver a vivir con ella?

Al mencionarla se me acelera el pulso.

—Estupendo.

Me observa cuidadosamente.

—¿No te gustaría añadir nada más?

—No, nada.

Silencio. Noto que me arden las mejillas bajo su escrutinio.

—¿Quieres hablar de algo concreto?

Niego con la cabeza y cojo el vaso de agua que hay en una mesita auxiliar.

—Caitie… —Guarda mi nombre en su boca como si fuera algo precioso. Los ojos color jade miran hacia lo más profundo de mi ser

—. Estoy aquí para escuchar. Tú, ahora mismo, eres mi única prioridad. Mientras estemos en esta habitación, tendrás mi atención completa. Pero eso solo resulta útil si lo aprovechas.

Yo me humedezco los labios.

—Me vas a decir que piensas que estoy loca. Harás que me internen.

—A mí me pareces perfectamente cuerda.

—¿Es una opinión profesional o personal?

Su boca se abre en una sonrisa.

—Ambas.

Me relajo un poco. «Necesito» hablar a alguien de mis sospechas. Necesito saber si podría tener razón.

—Olivia…, ella… —Hago un esfuerzo para encontrar las palabras. Busco un poco de azúcar para hacerlas más digeribles, pero no hay suficientes granos en toda Guatemala para endulzar mi duda—. No estoy segura de que la mujer que volvió sea realmente mi hermana.

Silencio.

Me hormiguea la piel. Él está absolutamente inmóvil y luchando para no revelar lo que está pensando.

—No lo entiendo.

Tengo mucho calor. Muchísimo. Me levanto. Me pongo a andar de un lado a otro.

—Ella asegura que es Olivia Arden, pero ¿lo es o no? ¿Se ha hecho una prueba de ADN para verificar sus afirmaciones? ¿Suele hacerlo la policía?

—Estoy seguro de que si tienen alguna duda con respecto a su identidad, se la habrán notificado a tu familia.

—Pero ella es una adulta. ¿Pueden obligarla a pasar una prueba de ADN? Yo… no estoy segura de que esté diciendo la verdad. —El corazón me late tan fuerte que lo noto en las yemas de los dedos.

—¿Por qué?

—Cosas pequeñas al principio, y ahora más grandes. Es que no cuadra. He hecho una lista y las tengo en el móvil. ¿Puedo…?

—Por supuesto.

Lo saco de mi bolso y se la leo en voz alta. No sé cómo, hemos acabado los dos sentados en el mismo sofá. Él me escucha atentamente, y cuando he terminado me dice:

—¿Has comentado esto con alguien más?

—No. No puedo. Ni siquiera estoy segura de que esto pruebe nada.

—Si es Olivia, y todo lo que ha dicho que le ocurrió es cierto, ha sufrido un trauma horrible. No sabemos todavía la extensión de la coerción física que ha experimentado. Si ha sufrido una herida en la cabeza en algún momento, puede haber resultado dañada su memoria a largo plazo. No recordar lugares o personas, incluso las que eran muy significativas, podría ser consecuencia de ello.

Miro el teléfono que tengo en la mano y me siento ridícula porque no se me había ocurrido.

—No estás loca, Caitie —me tranquiliza—. Si tienes un presentimiento, debes explorarlo. Llega hasta el fondo. Aunque no encuentres nada que apoye tu teoría, al menos debes comprender mejor por qué te sientes de esta forma.

Yo asiento. Nos quedamos callados. Quizá no conociera a Olivia «antes» de su secuestro, pero como terapeuta cualificado, tiene que saber leer muy bien a las personas.

—¿Tú crees que realmente es Olivia?

—Si tuviera alguna preocupación grave, la comentaría con los profesionales relevantes —me dice con mucho tacto.

—Pero si fuera peligrosa lo sabrías, ¿no? Por tus sesiones, quiero decir.

Su sonrisa es irónica.

—Si bastara con unas pocas conversaciones para detectar a un individuo peligroso, el mundo sería un lugar mucho más seguro. De momento tú eres la persona más indicada para responder tus propias preguntas.

Se mueve. Está tan cerca que su rodilla toca la mía.

—No temas representar el papel protagonista en tu propia vida. No seas una de esas personas a las que simplemente le pasan cosas, porque eso sea más fácil que ser una persona que hace que pasen cosas.

25

Caitlin Arden

La voz de Olivia se alza y baja otra vez mientras me encuentro de pie en el vestíbulo de Blossom Hill House. En silencio, cierro la puerta delantera y me dirijo al pie de las escaleras. No puedo distinguir las palabras, pero sí noto la urgencia, el tono agudo de su voz. Subo cada escalón intentando evitar los que crujen. Está en su habitación con la puerta entreabierta.

—¿Y qué se supone que debo hacer ahora? —dice.

Una pausa.

—Pero ella sabe algo, ella…

Silencio. Un tipo de silencio distinto. No una pausa en la conversación mientras escucha a quienquiera que esté al otro extremo del teléfono. Ese tipo de silencio que hace que se me ericen los pelillos de la nuca.

Se me encogen las tripas cuando la puerta se abre de par en par. Nuestros ojos se encuentran. Su sorpresa al verme rápidamente se convierte en ira. Cierra la puerta de golpe y retrocedo y bajo las escaleras. Voy a la cocina, preguntándome cómo puedo explicar que la esté espiando, cuando veo un móvil en la isla de la cocina. Lo

cojo. Es el de Olivia. El que yo le regalé. De modo que, ¿de quién es el teléfono que está usando ahora mismo?

—¿Qué estás haciendo? —Doy un salto al oír la voz de Olivia, y me vuelvo hacia ella. Está de pie, muy cerca. Casi nos tocamos nariz con nariz—. Es mío —dice, y tiende la mano con la palma hacia arriba, igual que hizo con el diario de la abeja dorada, hace muchos años. Por aquel entonces ella era todo decisión y dulzura. Ahora es acero y hielo. Una desconocida.

El pánico y una sensación horrible de ser descubierta revolotean por mi estómago, al entregarle el teléfono.

—¿Con quién hablabas?

—¿Cuándo?

—Ahora mismo, estabas hablando por teléfono.

—No.

—Te he oído.

Su sonrisa es fría.

—No hablaba por teléfono. ¿Cómo iba a hablar, si el móvil estaba aquí abajo?

—Eso es exactamente lo que te estoy preguntando.

Decidiendo que la conversación ha terminado, se aparta de mí y abre el cajón de la cocina.

Pero yo me niego a que me despachen.

—Solo los traficantes de drogas tienen dos teléfonos, Olivia.

Ella se vuelve con un cuchillo en la mano del tamaño de mi antebrazo. Un miedo frío y viscoso penetra en mi interior al darme cuenta de que estoy sola con ella.

—Bueno, pues no sé nada de eso. —Saca una tableta grande de chocolate del frigorífico y la corta en trocitos pequeños. El sonido del

cuchillo incidiendo en la tabla de cortar de madera exaspera mis nervios. Ella mete el chocolate en un cuenco y deja el cuchillo a un lado. Parece una amenaza. Se vuelve hacia mí y sonríe con fingida preocupación—. Pareces muy tensa, Caitie. Deberías echarte un rato. —Entonces se lleva un trocito de chocolate a la lengua y sonríe como si hubiese ganado.

Es una persona completamente distinta de la que he visto esta mañana. Ha sido como darle a un interruptor. Una actriz que ha cambiado de papel, pasando de damisela a villana en un instante.

Cuando se aleja, oigo a Gideon diciéndome que debo ser valiente. Ser una persona que hace que pasen cosas.

—Nuestro primo se llama Edward, no Edmund —le digo, retirándome porque quiero que sepa que me estoy dando cuenta de todo. Que no ha ganado simplemente porque el juego no ha terminado.

Ella hace una pausa, la mano que va a abrir la puerta suspendida en el aire. Lentamente se vuelve y aunque parece serena, noto que he alborotado sus plumas perfectas. Recorre la distancia que hay entre nosotras. Su mirada viaja por mi rostro. Sus ojos se estrechan.

—Si tienes algo que decir, hermanita, simplemente dilo.

Es un reto. Mi corazón corre a toda velocidad como respuesta, respiro con fuerza y rápido. Pero no puedo. Las palabras se me pegan en el paladar. No porque tenga miedo, o porque piense que puedo tener razón, sino porque estoy desesperada por estar equivocada.

Su sonrisa es de satisfacción y triunfo.

—Ya me imaginaba que no.

Me voy a la cama temprano pero no puedo dormir. Doy vueltas y más vueltas y recuerdo que Olivia me leía *La princesa y el guisante* cuando éramos niñas, solo que el guisante que me hace daño en la espalda ahora es la certeza implacable de que ella no es quien dice ser. Mientras la chica con la que compartí una *crème brûlée* y con la que nos partimos de risa repitiendo «aureolina» en el parque parecía mi hermana, la mujer del piso de abajo que ha mentido con una sonrisita, no. Todos los momentos fraternales que pasaron antes del enfrentamiento en la cocina eran una pura actuación. ¿Hasta qué extremo estará dispuesta a llegar para mantener esto? ¿Y qué me hará, si piensa que puedo desenmascararla? ¿Se trata de una estafa? Si es así, ¿cuál es el objetivo? ¿Dinero, fama, venganza? Pero venganza ¿de qué? ¿Y con quién hablaba por teléfono antes? Debo encontrar su segundo móvil. Quizá estuviese hablando con el hombre enmascarado. Es posible que trabajen juntos. Pero ¿con qué fin? ¿Y cómo voy a jugar yo a este juego, si no conozco las reglas?

Podría ir a la policía y contarles mis sospechas, pero en cuanto la noticia llegase a mis padres, inevitablemente, se quedarían destrozados. Piensan que han recuperado a su niñita. Si intento interponerme entre ellos ahora, no me creerán. Necesito pruebas irrefutables. Necesito ese teléfono.

No estoy segura de qué es lo que me despierta, pero me arranca de un sueño que no puedo recordar. La única sensación peor que despertarse sola en la oscuridad es notar que no estás sola, en absoluto. Me quedo quieta, parpadeando en la oscuridad de mi habitación. Mi teléfono está en la mesilla de noche, pero tengo

demasiado miedo para cogerlo. En esta habitación se oye el ritmo del aliento de otra persona. Noto que hay alguien aquí, conmigo. Por el rabillo del ojo veo una figura. Con el corazón en la garganta desvío la cabeza hacia ella.

—¿Olivia? —susurro.

Mis ojos se acostumbran a la oscuridad y distingo su pelo largo hasta la cintura y sus miembros esbeltos. Se acerca más. Un fantasma silencioso. Se inclina sobre mí. Un pellizco de miedo me aprieta hacia abajo, extrayendo el aliento de mi cuerpo y sujetándome en mi sitio. Podría tener un cuchillo. Podría hundirlo en mi carne y mis huesos y me desangraría hasta morir aquí, en esta cama. Abro la boca para suplicar por mi vida pero solo se escapa un poco de aire. Entonces ella retrocede. Se dirige a la puerta de mi dormitorio y se va sin decir una sola palabra. Cuando estoy segura de que se ha ido me apoyo en los codos y miro hacia donde estaba ella. El corazón me late con fuerza. La casa está silenciosa ahora. No era un sueño. ¿No lo era? ¿O sí lo era?

Salgo de la cama y atravieso el descansillo hacia su habitación. La puerta está entornada y por el hueco veo que está durmiendo profundamente. ¿Me estoy volviendo loca?

Meterme en la cama de nuevo no es una opción, porque sé que no dormiré. De modo que bajo al piso inferior y preparo un té. Lo hago en silencio y sin encender la luz, para no despertar a mis padres, pero la tetera suena como si fuera un cohete despegando. Hay luz suficiente procedente de la luna, que entra por la ventana, de modo que encuentro los sobrecitos y las tazas con facilidad. Cuando acabo de llenar la taza con agua hirviendo, ya me he

convencido a mí misma de que he soñado que Olivia estaba en mi habitación.

Estoy saliendo de la cocina, con el té en la mano, cuando oigo: ras, ras, ras detrás de mí. Me detengo. El temor se me instala en el estómago y poco a poco va sustituyendo mi sangre, gota a gota.

Aquí está otra vez, más fuerte.

Ras, ras, ras.

Tengo que volverme. Sé que tengo que darme la vuelta. Hay alguien detrás de mí y tengo que darme la vuelta. Cojo aire. Y me doy la vuelta, despacio. La conmoción es inmediata. Allí, apretado contra la ventana de la cocina, está el hombre con la máscara veneciana. Más cerca de mí ahora de lo que ha estado en dieciséis años. La nariz larga y curva, la frente furiosa y arrugada, hacen que ese viejo terror se abra de nuevo en mi interior, me suba a la boca de inmediato en forma de grito. Doy un salto hacia atrás y el té salpica por encima del borde de la taza, y me cae en la mano. Grito de nuevo, esta vez por el dolor punzante. Dejo caer la taza y esta se rompe. Más té hirviendo me cae encima de los pies desnudos y por las piernas. Por encima de mí oigo el golpeteo frenético de unos pasos. Un momento más tarde mi madre entra en la cocina.

—¿Qué ha pasado? He oído un grito. ¿Estás bien? ¿Qué ha ocurrido?

La luz se enciende de golpe, y me quedo ciega un momento. Papá entra en la cocina, y Olivia tras él. Los tres pares de ojos, muy abiertos por el pánico, están fijos en mí.

Mamá ve la taza rota y mis manos rojas.

—¡Caitie! —Me las coge para mirarlas mejor. Yo doy un respingo—. Agua fría. Ahora.

El terror aún se retuerce bajo mi piel como una cosa viva, y miro hacia la ventana, hacia el hombre enmascarado. Pero ha desaparecido.

—¿Qué hacías preparándote un té en la oscuridad, maldita sea? —ladra papá, mientras mamá me empuja hacia el fregadero.

Yo me resisto como un caballo desafiante.

—No —exclamo—. No. —Mamá me vuelve a agarrar de nuevo—. ¡Para! Escucha, el hombre enmascarado estaba aquí. En la ventana.

—¿Cómo? —dice Olivia, retrocediendo—. Él… —balbucea—, ¿él está aquí?

Papá abre la puerta ventana y mamá le chilla que se quede dentro. Él sale corriendo fuera, descalzo y sin armas. Ignorando la piel tirante y abrasada de mis propios pies yo corro en la dirección opuesta, hacia el agente de policía que aún hace guardia en un coche junto a la fachada de la casa. En el momento en que me ve sale dando tumbos hacia la entrada y se pone en marcha. Yo vuelvo a la cocina esperando con los nervios destrozados mientras mi padre y él registran el jardín. Olivia se ha encerrado en el baño en el piso de arriba, y mamá intenta sin éxito consolarla. Si Olivia no es Olivia se merece un Emmy, pero no tengo tiempo de fijarme en eso antes de que vuelvan a entrar papá y el agente de policía.

—Aquí no hay nadie —dice papá, con el inconfundible tono de acusación bien claro. Y cuando me mira veo también esto en sus ojos: «mentirosa».

26

Elinor Ledbury

El tío Robert no ha vuelto a Ledbury Hall en tres semanas, desde que dio esa horrible paliza a Heath. Los primeros quince días este estuvo en casa con Elinor, que lo cuidaba, le preparaba la comida, se aseguraba de que tomara su medicación y le leía. Compartían la cama todas las noches, y a ella le sentaba muy bien tener de vuelta a su hermano, aunque estuviera muy maltrecho. Sufría de pesadillas, que dejaban sus sábanas empapadas de sudor. Ella se disculpaba una y otra vez por la parte que le tocaba en lo que había hecho el tío Robert. Comunicó a su hermano la conversación que oyó en la fiesta, explicando por qué era tan importante. Heath no dijo mucho, pero ella podía ver que le daba vueltas a esa información en la cabeza.

La última noche, en la cama, él la apretó contra su pecho y susurró:

—Echaba de menos esto.

—Yo también —dijo ella, en la oscuridad.

Al cabo de un momento él añadió:

—Es un cobarde. —Por supuesto, hablaba del tío Robert—. Esa forma de acercarse sigilosamente por detrás. No consentiré que vuelva a pasar, Ellie. La próxima vez que le ponga los ojos encima, lo mato.

—No, no puedes matarlo —replicó ella—. No estoy convencida de que nos librásemos, si ocurriera.

—Mujer de poca fe… —Él le alisó el pelo al otro lado de la almohada—. ¿Dónde estabas esta tarde? Cuando he venido no estabas.

Ella tragó saliva, alegrándose de que él no pudiera verle la cara.

—Paseando por los terrenos. —La mentira le dejó un regusto a ceniza en la lengua—. ¿Y dónde has estado tú todo el día?

Él le besó el hombro.

—Haciendo recados.

«Bueno, al menos ahora mentimos los dos», pensó ella, y le cogió la mano entre las suyas.

Por la mañana cuando se despertó Elinor se encontró sola. Sabía que él estaba con Sofia, de modo que no se sintió culpable cuando pasó la semana con Flynn. Habían caminado de la mano por los lagos helados, también fueron al cine, donde él besó sus labios con sabor a palomitas saladas, y pasaron una tarde entera en una librería. Flynn le regaló todos los libros de bolsillo que ella pudo llevarse. Elinor esperaba que él se burlase cuando se puso a mirar la sección romántica. Pero él no lo hizo. Se los llevaron todos a Ledbury Hall y los leyeron delante de la chimenea, con las piernas de ella en el regazo de Flynn.

Ella le hizo una visita guiada a la finca, y se sorprendió de lo mucho que disfrutó, porque suponía que compartir Ledbury Hall con

otra persona que no fuera Heath le haría sentir como si dejara a un desconocido hurgar en su cajón de la ropa interior. Pero con Flynn no era así. Él se maravilló de las torretas y las ventanas con cristales emplomados, los bonitos ladrillos rojos y el arco intrincadamente tallado que conducía al porche, y lanzó un silbido bajo y largo en los escalones de piedra que conducían hacia la casa.

—Se sabe si alguien es rico si su puerta de entrada mide el doble que ellos mismos.

Ella le sacó la lengua y lo arrastró dentro. Él tenía curiosidad pero se mostraba respetuoso, y no tocaba nada a menos que ella se lo ofreciera. La mansión estaba llena de primeras ediciones de libros, cojines bordados, juegos de ajedrez de marfil, máscaras de carnaval, animales disecados montados en placas. Por todas partes había cosas bonitas coleccionadas por sus padres en sus viajes por todo el mundo. El objeto favorito de Flynn era el busto de Afrodita de mármol.

—Pesa mucho —dijo, devolviéndoselo a ella.

—Es la diosa griega del amor.

Entonces la besó.

Ella le hizo subir al tejado. Desde allí se podían ver sus tierras durante kilómetros y kilómetros, en todas las direcciones. Elinor señaló el jardín de rosas y el estanque que tenía casi el tamaño de un lago, con sus amantes de piedra.

—¿Nadas ahí? —le preguntó.

No quería reconocer que la aterrorizaba intentarlo, de modo que dijo:

—Una noche deberíamos llevar ahí unas mantas, unas velas y ver ponerse el sol.

Él sonrió.

—Claro.

Se besaron otra vez, allí mismo en el tejado.

Ahora están en el dormitorio de ella, en su cama. Flynn está encima de ella, besándole el cuello. Elinor le pasa la mano por debajo del jersey, y acaricia con sus uñas la piel cálida. Él gime, cubriéndole la boca con la suya. Entonces él se aparta.

—He estado pensando —le dice—. Ven a Sudáfrica conmigo.

Ella se echa a reír.

—No puedo. Ni siquiera tengo pasaporte, y no es probable que me regalen un billete porque sí.

Pero él habla en serio. Sigue:

—Ya sé que tu tío controla vuestro dinero, pero hay muchas cosas en esta casa que podrías vender. Se nota que estás muy sola aquí, Elinor. —Le aparta el pelo de la frente—. Pero ya no tienes que estar sola nunca más. Conmigo, no.

Ella siente como si estuviera de pie ante un precipicio enorme, y que si tuviera que saltar estaría a salvo, porque saltaría con la mano de él firmemente cogida en la suya. Se incorpora y le besa otra vez. Él empieza a desabrocharle el vestido. Por debajo de la música se oye su jadeo excitado. Ella no oye a su hermano, que sube las escaleras. No le oye quedarse de pie ante la puerta. Solo lo ve cuando la abre de una patada, con un estallido ruidoso. Elinor y Flynn se separan.

Heath se mueve rápido. Coge a Flynn por el jersey y lo saca de un tirón de la cama, golpeándolo tan fuerte contra la pared que a Elinor le preocupa que pueda atravesarla.

Se pone de pie, tambaleante.

—¡Heath!

—¿Qué cojones estás haciendo con mi hermana pequeña? —gruñe.

—¡Suéltame! —grita Flynn—. ¡Déjame!

—¡Heath, para! —le ruega ella—. Deja que se vaya.

Flynn lanza un puñetazo pero Heath se agacha y se da la vuelta, todavía agarrando el jersey de Flynn. Tira a Flynn contra la pared adyacente. Acerca mucho su cara a la de Flynn.

—Ella tiene quince años, joder.

Flynn palidece, lanza una mirada a Elinor. Parece que podría vomitar. Ella sacude frenéticamente la cabeza, negando la mentira de su hermano.

—Creo que a la policía le interesaría mucho saber que te he pillado desnudando a una chica de quince años en mi casa, ¿no crees? —dice Heath con desprecio.

—Eso no es… —empieza ella, pero una mirada de su hermano, tan ácida que le quema la piel, le cierra la boca.

Heath suelta a Flynn.

Flynn, tembloroso, se pasa los dedos por el pelo y la mira con abyecto desdén e hiriente decepción. Elinor nota como si se le rompieran todos y cada uno de los huesos. Quiere irse con él, decirle que su hermano miente, pero está clavada en el suelo, inmovilizada por la furia de Heath.

—¡Lárgate! —ladra a Flynn.

Sin decir una palabra más Flynn se va, casi tropezando con sus pies desnudos al salir. Heath está pétreo y silencioso. Ni él ni Elinor se mueven hasta que se cierra la puerta delantera. Entonces, increíblemente, Heath se echa a reír.

—Dios, Ellie, ¿«ese» es tu tipo? ¿Flynn Healy? Es como un puto *golden retriever*. —Pasa junto a ella y se echa despreocupadamente en su cama, apoyando los brazos debajo de su cabeza. La mira—. Al menos podrías abrocharte el vestido, hermanita.

Con las manos temblorosas, ella hace lo que él le sugiere.

—¿Pero a ti qué te pasa? —espeta ella.

—¿Esperabas que me quedara a los pies de la cama y lo filmara todo? ¿O habrías preferido que me uniera a vosotros?

—No seas liante —explota ella—. Le has mentido.

La falsa jovialidad de él se evapora y se pone de pie de un salto.

—No, tú le has mentido a él. ¿Qué le has prometido? ¿Un futuro? ¿Una casa? ¿Un cachorrito y un par de niños? Tú no eres para él. —Sus ojos son como dos cuchillos que le perforan la piel—. ¿Has follado con él?

Ella levanta la barbilla.

—¿Y tú, has follado con Sofia?

Se queda callado, desprevenido, y luego dice:

—Te lo ha contado Flynn.

—No. Te vi yo misma. —No puede evitar que se le acumulen las lágrimas. Sacude la cabeza para no dejarlas caer—. Estaba preocupada y fui al pueblo a buscarte, y os vi a los dos juntos.

Él está sorprendido.

—¿Fuiste tú sola al pueblo?

—Sí, hace semanas, porque yo no soy… Rapunzel, Heath. Ledbury no es… una torre prisión, y tú no eres mi guardián.

Los labios de él se retuercen.

—¿Rapunzel?

—Jódete —se dispone a irse, pero él le coge el brazo.

—No es eso lo que piensas.

—¿Ah, no? —Ella se enfurece y se pregunta cómo habría sido su vida si hubiera tenido una hermana, en lugar de un hermano. En ese momento desea que hubiera sido así.

—Sofia no significa nada para mí.

—La invitaste a nuestra casa la noche de la fiesta.

Él niega con la cabeza.

—Apareció aquí, sin más. La eché. Solo estoy con ella porque me resulta útil.

Elinor se lo quita de encima.

—Claro, ya me lo imagino.

Él suspira.

—Me ha conseguido un trabajo en la tienda de música.

—¿Un trabajo? —Ella frunce el ceño—. ¿Por qué necesitas un trabajo?

—Porque no tenemos dinero. Ni salida. Robert lo tiene todo.

—Pero cuando cumplas los veintiuno…

—Si cumplo los veintiuno. Ha intentado matarme.

—No, él…

—Somos más útiles para él muertos que vivos, porque si nosotros no nos interponemos en el camino, el dinero, las propiedades, todo va a parar a él. Así que tengo trabajo. Y ahí es donde voy cada día. Y he estado ahorrando mi paga.

—¿Por qué?

—Porque tú eres lo más importante del mundo, Ellie. Lo único que importa. Pensaba que si podía conseguir lo suficiente para que nos fuésemos los dos, tú estarías a salvo.

Se le forma un nudo en el estómago.

—¿Dejar nuestro hogar?

—Solo hasta que yo tenga la edad suficiente para volver y reclamar la herencia. O al menos mi mitad.

Ella sabe que el motivo de que Heath le ocultara todo eso es para protegerla. Para evitar que se preocupe. Siempre está protegiéndola. Quiere insistir en que el tío Robert no desea que mueran, pero no puede, porque después del incidente con la tubería de plomo, cree que Heath tiene razón.

Él suspira.

—Pero no me volverán a querer en la tienda, en cuanto Flynn le cuente a Sofia lo que ha ocurrido.

La culpa le cubre la piel como una capa de sudor.

—Mira, el tío Robert no necesita la fortuna Ledbury. Tiene dinero por su carrera.

—¿Ah, sí? Después del numerito que hiciste, no creo que sea probable. Le darán el puesto a su colega.

—Johnathan Jones.

—Sí. El que no tiene como sobrina a una pirómana.

Ella se tapa la cara con las manos.

—Lo siento.

Suavemente él le aparta las manos y las sujeta entre las suyas.

—No necesito que lo sientas. Necesito que te portes mejor. —La atrae hacia él, sujetándola contra su pecho. Ella aspira su aroma familiar—. Y no te preocupes por Robert. Si te toca una sola vez, lo mato.

27

Caitlin Arden

Cualquier esperanza que pudiera tener de ser reivindicada se disuelve a la noche siguiente, cuando la policía revela que no han encontrado prueba alguna de la presencia del hombre enmascarado. La cámara de seguridad cubre la puerta de atrás, pero no la ventana. Los forenses no han podido encontrar ni una sola huella de zapato en el jardín tampoco. Dicen que puede ser porque sobre todo está pavimentado, y la tierra está muy seca y dura. No encontraron huellas dactilares en la cancela ni en el cristal, pero lo más probable es que el hombre llevase guantes. Lo que no dicen, pero dejan caer en los silencios que hay que descubrir y desenvolver, es que quizá el hombre nunca estuvo allí, y que yo me engaño o miento.

Papá se enfrenta conmigo cuando el segundo policía se va, hirviendo de rabia y resentimiento.

—Pero ¿a ti qué demonios te pasa?

—Le he visto —insisto, pero él me mira como si fuera una chiquilla histérica que asegura que Bigfoot vive debajo de su cama—. No me crees.

—Caitie, cariño, él no dice que no te crea —suaviza las cosas mamá, intentando construir unos puentes que son de arena.

—¿Ah, no? —le pregunto, con esperanza, porque necesito desesperadamente que me crean. Quiero que mi padre me coja entre sus brazos y me susurre cosas tranquilizadoras en el pelo, como hizo la noche que se llevaron a Olivia—. ¿Me crees?

—Nadie le ha visto. Nadie. ¿Cómo explicas eso?

—¡Porque yo era la única que estaba aquí abajo! Si tú hubieras estado en la cocina, o mamá, entonces…

—¿Por qué iba a arriesgarse a venir a esta casa solo para quedarse de pie al lado de la ventana, existiendo la posibilidad de que tú entrases en la cocina?

Yo no me había parado a pensar por qué estaba allí él. Verle había sido una conmoción tan terrible que había eclipsado todo lo demás. Papá tiene razón. Era un riesgo, con la policía tan cerca del hombre enmascarado lo podían haber cogido, y ¿con qué fin? ¿Solo para asustarme? No parecía probable. Meneo la cabeza.

—No lo sé.

—No estaba ahí, Caitlin.

—¿Así que piensas que estoy mintiendo?

Él se acerca un paso hacia mí. A veces me olvido de lo alto que es mi padre. Ahora lo parece mucho más aún, alzándose por encima de mí en el vestíbulo.

—Creo que tú has sido el centro de atención durante mucho tiempo, y ahora no lo eres.

El ácido que sale de su boca me duele más que el té hirviendo.

Mamá empieza a hacer garabatos de nuevo en la arena mientras acecha el sunami. Pone una mano en el hombro de mi padre.

—Myles, hablemos de todo esto mañana, cuando estemos todos más tranquilos.

Ella me mira, suplicante. Sería mejor para todos que me echase atrás, que pidiese perdón, que me acomodase a esa explicación de que soy una mentirosa que solo busca llamar la atención, que se niega a compartir a mis padres con mi hermana. Abro la boca, con la disculpa en la punta de la lengua, pero entonces oigo a Gideon diciéndome que sea valiente.

—No, vamos a hablar ahora mismo —insisto, clavando la mirada en mi padre—. ¿Qué atención es esa que he tenido mientras me hacía mayor? Tú «siempre» estabas trabajando. Te he visto más en las últimas tres semanas que en los últimos dieciséis años. —Mi risa suena hueca—. He perdido gran parte de mi vida intentando conseguir que estuvieras orgulloso, ¿y para qué? ¿Para estar aquí soportando que me acuses de ser una malcriada que solo busca llamar la atención?

—Él no ha dicho eso… —afirma mamá.

—No le ha hecho falta. —Miro a mi padre esperando más balas, más insultos, más ira. Por el contrario, parece derrotado. Encogido. Espero la oleada de triunfo, pero no viene. Su melancolía de alguna manera es peor que su odio.

—Anoche nos diste a todos un susto de muerte, Caitie —dice mamá, recogiendo el arma que mi padre parece que ha soltado.

—¿Que yo os di un susto? ¿Y qué hay del psicópata que entró en nuestro jardín?

—Caitlin —exclama ella, cautelosa e irritada—. No hay ni rastro de él.

—¿Y el bosque que está detrás de la casa? ¿El antiguo cobertizo, han mirado ahí? —pregunto, recordando que Olivia usaba ese cobertizo como señal para encontrar la carretera.

—¿Qué cobertizo? —pregunta mamá.

—El que hay en el bosque.

Ella frunce el ceño.

—Un hombre sin techo lo construyó ilegalmente hace diez años. Pensaba que el ayuntamiento lo había derribado. Es peligroso, Caitie, nadie se oculta ahí.

El temor vibra en mi cuerpo. Diez años…, el cobertizo solo tiene diez años de antigüedad. Si eso es cierto, ¿cómo lo conocía Olivia, cuando ella desapareció hace dieciséis años? ¿Más de media década antes de que existiera siquiera?

—Mamá —dice Olivia, desde el sitio donde está, al pie de las escaleras—. Esto no es culpa de Caitie.

—No. —Me vuelvo hacia ella porque es una impostora insidiosa, y si no fuera porque se ha entrometido en nuestras vidas, yo no estaría en medio de una pelea con mis padres—. No te atrevas a defenderme. Ni siquiera me conoces.

—¡Caitlin! —me regaña mamá.

—¿Cómo sabías que existía ese cobertizo? —le escupo.

—¿De qué estás hablando?

Por supuesto, finge ignorancia. Lo intento de nuevo.

—¿Por qué entraste en mi habitación anoche?

Ella arruga la nariz.

—No entré.

—Sí que lo hiciste. Me desperté y estabas ahí de pie al lado de mi cama.

Los tres se miran entre ellos, como si yo fuera una pirómana que agita una lata de petróleo y una caja de cerillas.

—Caitie, no era yo. Yo no me metí en tu habitación. No lo haría nunca.

—Estás mintiendo.

Sus ojos se abren llenos de fingida inocencia, y sus pestañas como de muñeca casi tocan sus perfectas cejas.

—No miento, pero estoy preocupada por ti.

Se acerca a mí y me pone una mano condescendiente en el hombro. Yo la aparto de un manotazo. El sonido hace eco y rebota en las paredes. El labio inferior de Olivia tiembla sabiamente. Mis padres están horrorizados. Es demasiado. Todo es demasiado, así que subo las escaleras y preparo una bolsa.

Quedarme una noche más en Blossom Hill House, donde la atmósfera es tan densa que casi se puede partir con un cuchillo y servirla sobre una rebanada de pan, no es una opción. Nadie ha dicho ni una palabra cuando me he ido, con la bolsa de fin de semana colgando de un hombro. Y ahora estoy sentada en el coche junto a mi casa. Mamá ni siquiera me ha mandado uno de sus mensajitos de: «¿Ya has llegado a casa, cariño?». De hecho, desde que volvió Olivia no me ha mandado ninguno. Nunca pensé que lo echaría de menos.

He dejado antes un mensaje en el buzón de voz para Oscar, explicándole que vuelvo a casa, al menos por una noche, pero debe de estar encerrado en su estudio de nuevo con los auriculares puestos, porque no me ha contestado.

De hecho cuando entro veo luz en su estudio. Le oigo moverse por ahí, pero cuando lo llamo, no me contesta. Suspirando, me llevo mi bolsa al piso de arriba y me cambio y me pongo el pijama de seda que Oscar siempre alaba. De vuelta en mi propio hogar, aspirando el aroma familiar de nuestra casa, finalmente puedo relajarme y noto que la tensión escapa de mí como nieve fundida.

Un fuerte golpe en el piso de abajo me hace saltar. Asomándome por la puerta del dormitorio, le grito a Oscar:

—¿Todo bien?

Espero. Me responde el silencio.

—¿Oscar? —le grito.

El móvil me suena en la mano. Miro la identidad del que me llama, confusa. Oscar me está llamando por teléfono. ¿Por qué me llama por teléfono, si estamos en la misma casa? Entonces me doy cuenta de que, con los auriculares puestos, ni siquiera será consciente de que he vuelto. Suspiro y respondo a la llamada, mientras bajo a verle.

—Estoy en casa —le digo, como saludo.

—Lo siento, acabo de ver tu mensaje en el buzón de voz. —Oscar está en algún sitio muy ruidoso y animado—. Llegaré pronto.

Antes de entrar en su despacho me quedo helada. La puerta está entreabierta, la luz reluce suavemente más allá. Contengo el aliento y escucho. Dentro, alguien está moviendo objetos. Alguien que no es Oscar.

—¿Caitie? ¿Sigues ahí? ¿Puedes oírme?

Yo aprieto el móvil y noto que el terror vibra en todo mi cuerpo.

—Pero tú…, tú…, ¿no estás en casa?

—No.

Se me forma un nudo en las tripas.

El miedo serpentea en mi interior.

Miro la pequeña llave que está metida en la cerradura.

Mi mano se lanza hacia ella, pero antes de que pueda darle la vuelta, la puerta se abre de par en par. Distingo la máscara un segundo antes de verme arrojada a un lado. Me golpeo tan fuerte en el suelo que todo el aire se me escapa. El móvil se raja, golpeado contra el zócalo de madera, fuera de mi alcance. Con el pecho ardiendo, jadeo apretada contra la madera. No puedo respirar. Noto que él está por encima de pie, y yo me vuelvo de espaldas. Va vestido totalmente de negro: botas negras, vaqueros negros, guantes negros y una sudadera negra con capucha. Es recio como un armario. Abro la boca para gritar, pero él se lanza sobre mí, me coge del brazo y me levanta. Me golpea contra la pared y me sujeta allí con la fuerza de su propio cuerpo. Acerca mucho su cara a la mía, y veo solo unos agujeros negros donde tendrían que estar sus ojos. Otro grito surge como la bilis, pero su mano enguantada me tapa la boca. Yo pataleo y me debato. Él me sujeta con mucha facilidad. Todavía sujetándome donde estoy, da un pisotón. Una vez. Dos veces. Tres veces. Sin aliento, veo la pantalla destrozada de mi móvil a sus pies. Mi única esperanza de llamar pidiendo ayuda yace ahora hecha pedazos.

—Por favor —susurro bajo su mano, pero mi ruego queda ahogado por el cuero. El olor de ese cuero se me pega a la garganta y me hace pensar en piel tensa, ensangrentada. Me va a matar. Voy a morir en este vestíbulo. Chillo otra vez. Él se mueve rápido, me coge por la garganta y asfixia mi grito de ayuda. Durante varios segundos terroríficos no puedo respirar. Me echa a un lado y me

arroja hacia atrás con una facilidad estremecedora. Caigo dentro del despacho de Oscar y aterrizo desmadejada, llena de contusiones y jadeante.

El hombre enmascarado cierra la puerta de un golpe. Oigo que da la vuelta a la llave en la cerradura, por el otro lado. Pero no estoy atrapada. Me pongo de pie, me tambaleo ante la ventana y abro el cierre. La abro y miro hacia abajo. Gracias a Dios su despacho está en la planta baja. Me subo al alféizar de la ventana y salto.

28

Caitlin Arden

Cuando Oscar me ha oído gritar por teléfono ha llamado a la policía. Me han encontrado corriendo calle abajo. Han registrado la casa y no han encontrado señal alguna de que el hombre enmascarado hubiese estado en ella. La entrada no estaba forzada, no había huellas dactilares, nada. Tanto la puerta delantera como la de atrás se hallaban cerradas, y cuando he escapado por la ventana yo he tenido que abrirla primero.

—Debe de tener una llave —le digo a Oscar y a la policía, porque es la única explicación.

Me miran con incrédulo y asombrado silencio.

—¿Y cómo la puede haber conseguido? —pregunta una agente de policía, con una voz que quiero pensar que no le parece condescendiente.

«Olivia», pienso. Pero digo:

—No lo sé.

—Esa teoría no se sostiene —interviene Oscar—. No a menos que tú hayas dado por ahí llaves de nuestra casa a algún desconocido…

—Por supuesto que no.

—¿Dice que la ha encerrado en el despacho y usted entonces ha saltado por la ventana? —pregunta la agente, ignorando la tensión creciente entre mi prometido y yo.

Asiento.

Ella intercambia una mirada con su colega.

—El caso, señorita Arden, es que la puerta del despacho no está cerrada con llave.

La miro, confusa. Yo sé que me ha encerrado. He oído el clic inconfundible de la llave al dar la vuelta.

Oscar suspira.

Me empiezo a arrancar las pieles en torno a las uñas, deseando que dejen de mirarme como si fuera un fenómeno de circo. Pero no puedo culparles por no creerme. No se han llevado nada de la casa. Nuestros portátiles, el televisor, mis joyas, cualquier dinero que pudiera haber, todo ha quedado intacto. Al teléfono Oscar ha oído mi grito de espanto, pero el hombre enmascarado ha permanecido en silencio a lo largo de todo el ataque. La única prueba de que ha estado en la casa es el desorden en el despacho de Oscar, mi móvil roto y los hematomas que tengo en los brazos, como manchurrones de tinta. Pero esas cosas me las podría haber hecho yo misma. La policía me sigue la corriente, al menos, y me toma declaración. Oscar me sujeta la mano todo el rato, pero se muestra débil y desganado. No hay calidez en su contacto, ni seguridad, ni tranquilidad. La policía me dice que probablemente yo he interrumpido a un ladrón en la mitad de su saqueo, aunque ninguno de ellos puede explicar que las puertas estuvieran cerradas y ninguna entrada forzada.

Cuando se van, Oscar se sienta en el sofá con la cabeza entre las manos.

Cautelosamente me siento a su lado. Quiero tocarlo, ponerle una mano en el hombro, pero hay extrañeza entre nosotros. Noto que él no desea que lo toquen. Al menos, yo.

—Caitie —dice, sin apartar las manos—. ¿Estás segura de que has visto a alguien?

—No solo he visto a alguien, Oscar, es que ese alguien me ha atacado —digo, luchando para contener mi irritación.

Él gruñe bajo sus manos. Finalmente levanta la vista y me mira con el mismo cansancio de un padre hacia un niño travieso.

—Te ha atacado pero no sufres daños importantes, ¿no te parece raro? ¿Por qué entrar en casa, en mi despacho, y luego encerrarte dentro y salir huyendo?

Tiene razón. Sé que la tiene, pero ha ocurrido todo eso. Ha ocurrido. Aún noto la mano enguantada tapándome la boca, todavía huelo el cuero y noto la dureza de su cuerpo sujetándome contra la pared. Oscar tendría que haber estado aquí. ¿Por qué no estaba en casa?

—¿Dónde estabas esta noche?

—Bebiendo con unos amigos.

—¿Qué amigos?

Se pone de pie.

—No creerás que he sido yo, ¿verdad?

—No, claro que no. Es solo que… ¿qué amigos?

—¿Qué importa eso?

No me gusta que yo siga sentada y él esté de pie, de modo que me levanto también. Al verlo Oscar frunce el ceño. Luego pasa a mi

lado y sale al vestíbulo. Yo le sigo hasta la cocina. Dado lo que me acaba de ocurrir, no sé por qué me importa tanto con quién y dónde estaba, pero sí que me importa. Se lo vuelvo a preguntar.

Furioso, pone la tetera a hervir y coge dos tazas del armario. Yo miro su espalda. Echo de menos al hombre que preparó un caballete para mí en un acantilado en St Ives, que tuvo sexo conmigo en un baño arcoíris, que me susurró a la espalda desnuda que soy guapa, que soy todo su mundo. Pero ese Oscar ha desaparecido. El que abre ahora el frigorífico y deja la leche con un golpe en la encimera me parece un desconocido.

—¿Quién? —insisto.

—Steven y Tim —suelta.

—Pensaba que Steven estaba de vacaciones.

Él se vuelve hacia mí.

—¿Qué insinúas?

El agua hierve ya, pero él la ignora. Nos miramos el uno al otro. La tetera se apaga sola.

—Nada. Estoy… —¿Qué estoy insinuando? ¿Que él trabaja con el hombre enmascarado? ¿Que ha sido él quien le ha dado nuestra llave? ¿Que ha escuchado mi mensaje en el buzón de voz antes de lo que asegura, y le ha dicho al hombre enmascarado que estaría sola en casa? Quizá. Lo que sé seguro es que Oscar me oculta algo desde hace tiempo—. ¿Qué es eso que no me estás contando?

Me mira como si fuera su mayor decepción.

—¿Por qué te estás desviando hacia otra pelea?

Ni siquiera espera mi respuesta, se pone a preparar el té. Solo hace una taza. Yo me voy a la cama sola.

Paso unos días metida en mi habitación. No me ducho ni me visto, y todo lo que como me sabe a botones de plástico. Oscar ha estado durmiendo en nuestra habitación de invitados, abajo, junto al salón. No pregunto por qué y él tampoco me da ninguna explicación.

Creo que ha llamado a mis padres y les ha contado lo del ataque, ese que ni siquiera está seguro de que haya ocurrido, porque vienen a mi casa y me tratan como si fuera un espejo que hay que manipular con cuidado. El primero que le haga una grieta tendrá siete años de mala suerte.

Papá viene a mi habitación. Se queda de pie en la puerta mirándome con compasión y preocupación, cosa que no sé si es peor que el odio latente y la decepción. Nos miramos a los ojos. Quiere decirme algo. Veo que busca las palabras como si seleccionara las cartas de una baraja, buscando la mano perfecta. Antes de que la encuentre, sin embargo, mamá le llama desde el piso de abajo. Se queda solo un momento y se va, y se lleva con él lo que sea que quisiera decirme.

Mamá está limpiando, haciendo todas las tareas que yo no he conseguido hacer. Yo me quedo echada en la cama y miro el techo, escuchando el rociado de productos de limpieza, y unos minutos más tarde, el zumbido continuo del aspirador. Añoro esos domingos por la mañana fáciles con Oscar, cuando los dos nos poníamos música y limpiábamos la casa. Cantábamos juntos, en voz alta y muy mal. Luego, entre el estribillo y la estrofa, me atraía hacia él, con el plumero del polvo todavía en la mano, y me decía que me quería.

No dejo de observar la ironía de que la vida que echo de menos ahora es la misma vida de la que, solo hace unos días, me quejaba a

Gideon. Ahora, sin embargo, sola en mi habitación y preguntándome si no se me estará yendo la cabeza, me enamoro de Oscar, con nuestra vida juntos, otra vez, como si fuera un vestido olvidado y redescubierto al fondo del armario, y que se pone de moda una vez más.

Desde el asalto estoy sumida en un círculo vicioso de miedo e incertidumbre. Temo al hombre enmascarado y los recuerdos que vienen a mí como relámpagos lacerantes. Temo haber perdido a mi prometido y haber apartado de mí a mi familia y amigos. Temo volverme loca poco a poco. Mi mente parece una de esas filmaciones a cámara rápida de una manzana podrida que se deja al sol para que se vaya deteriorando. Quizá todo el mundo tenga razón y yo esté alucinando. Quizá el hombre enmascarado no estuvo nunca aquí…, ni junto a la ventana de la cocina en Blossom Hill House, ni en el despacho de Oscar. Quizá esa mujer sí que sea mi hermana, y a un nivel inconsciente, como sugirió mi padre, me esté costando aceptar que ha vuelto a nuestra familia, y por eso encuentro motivos para rechazarla. Eso me parece más plausible que ser acosada por un hombre con máscara veneciana a quien nadie más ve.

La soledad se extiende por mi interior como una nube de tinta. Examino el dorso de mis manos y juro que veo mis venas más oscuras. Me siento desesperadamente sola. Ese tipo de soledad que es un dolor físico, tan real para mí como la mano del hombre enmascarado apretándome la garganta. Hubo un breve respiro a la soledad cuando creí que mi hermana había vuelto, pero ahora que dudo de que sea ella, me siento más sola que nunca.

Me incorporo. La ropa de cama está húmeda de sudor, y el pelo se me pega a la cabeza, grasiento. No puedo quedarme más tiempo en

la cama, cuestionándome mi cordura. ¿Cómo voy a esperar que alguien crea que soy una adulta estable y funcional, si me escondo en la cama como si fuera un nido?

Como es la única opción que tengo, finalmente me ducho.

Cierro los ojos bajo el chorro de agua caliente y me imagino las últimas semanas de mi vida, el miedo y la incertidumbre, la sospecha y la soledad, que se desprenden de mí como si fueran suciedad y desaparecen por el desagüe junto con la espuma del champú.

Sienta bien llevar ropa. Aliso con las manos la tela de mi vestido lila de verano y me sujeto el pelo recién lavado en una coleta alta. Hace demasiado calor para llevarlo suelto. Mi pijama manchado y sudado yace a mis pies como un disfraz para una ermitaña trágica y con problemas mentales. Al quitármelo, me convenzo a mí misma de que me he liberado de ese papel. Lo recojo, deshago la cama y lo meto todo en la cesta de la ropa sucia, en el rellano.

Entonces oigo voces abajo, tras la puerta cerrada del dormitorio de invitados. Oigo reír a Olivia. Oigo el acento juguetón de la voz de Oscar. Una voz que he oído susurrada junto a mi propia espalda desnuda. Avanzo silenciosamente hacia ellos. El corazón se convierte en un colibrí en mi pecho, cuando llego a coger la manija de la puerta. No distingo lo que están diciendo, pero el tono es claro. Afectuoso. Insinuante. Otra vez se ríen. En parte quiero darme la vuelta y alejarme, fingir que no sé que mi hermana y mi prometido están escondidos juntos en un dormitorio, pero otra parte de mí, la parte que se queda mirando un accidente de tráfico o se rasca una postilla, quiere saber. Así que abro la puerta.

Los veo un segundo antes de que se separen de golpe, la mano de ella en el brazo de él, las cabezas juntas, sentados rodilla contra rodilla en el borde de la cama. Me quedo de pie en la puerta, sintiendo que he interrumpido algo íntimo. Oscar se pone en pie de un salto, con los ojos abiertos y culpables. Olivia se incorpora despacio, con una sonrisa pequeña y especial en los labios.

—Caitie, estás levantada —dice él, con demasiada animación—. Ahora mismo íbamos a subir a verte. He pensado enseñarle la casa a Olivia. ¿Quieres comer o beber algo? Creo que tu madre está preparando algo… ¿o quieres que vaya un momento al deli a comprar alguna cosa? ¿Quieres? ¿Te traigo tu plato favorito?

Yo no le estoy escuchando, con los ojos clavados en Olivia. «¿Quién eres? —pienso—. ¿Qué es lo que quieres? ¿Por qué estás intentando arrebatarme la cordura, a mi mejor amiga, mi familia y ahora también a mi novio?». Oscar se interpone en mi línea de visión, eclipsándola a ella. Me pasa un brazo por los hombros y me guía fuera de la habitación, frotándome la espalda en círculo como si estuviera escoltando a su abuela aquejada de demencia. Yo me sacudo de su contacto y por fin recupero la voz.

—Buena idea, ve al deli, así evitamos que mamá tenga que preparar la comida para todo el mundo.

—¿Quieres echarte un rato y te lo llevo a tu habitación cuando vuelva? —me ofrece. Normalmente esa idea sería el habitual gesto considerado de Oscar. Ahora mismo, parece que está intentando librarse de mí y tenerme bien lejos de Olivia y de lo que veo como posible.

—¿Te parece que necesito echarme un rato? —le pregunto, con amabilidad.

Él se da cuenta de que llevo el pelo limpio y peinado, y un vestido limpio y bien planchado. Estoy entera. Estoy bien.

—No, no, pareces… —Lo deja así, luchando por encontrar la palabra.

Más allá de su hombro veo que Olivia nos mira con una sonrisita como si fuéramos un drama ligeramente entretenido que ha encontrado al cambiar de canal. Le preguntaré a Oscar por qué estaba solo en un dormitorio con mi hermana, con la puerta cerrada, más tarde. En privado.

—Estoy bien. Puedes ir —le digo a Oscar, con la misma voz que utilizo para despedir a un niño que se ha portado mal en mi clase.

Él mira a Olivia, que, aburrida ahora que he puesto fin a la interacción tensa con mi prometido, se ha dirigido a los cajones de la cómoda, de donde saca un pintalabios rojo que estaba por ahí perdido.

Él me da un casto e incómodo beso en la mejilla y se va.

Olivia se pinta con mi lápiz de labios, de modo que sus labios rosados quedan de un color escarlata intenso.

—¿Sabes? —dice, admirando su reflejo en el espejo que hay encima de los cajones—. Por fin entiendo lo que ves en Oscar. Es adorable.

Me mira por encima del hombro, con esa sonrisa que tanto me enfurece aún en los labios.

—Es tan… atento.

—Apártate de él.

Ella hace un puchero.

—Pero ¿las hermanas no se supone que tienen que compartirlo todo?

—¿Qué estás haciendo en mi casa?

—Eso no es muy amable por tu parte, Caitie.

—Kitty-Cate —la corrijo.

Ella inclina la cabeza.

—¿Cómo?

—Kitty-Cate.

—No te entiendo.

—Es el sobrenombre que me dabas tú, ¿no lo recuerdas?

Se encoge de hombros y me dedica otra sonrisa taimada.

—Claro.

Recorro la distancia que nos separa, me quedo tan cerca que aspiro su perfume de zarzamora y jazmín nocturno. Le cojo el pintalabios de la mano y lo meto de nuevo en el cajón.

—¿No lo has leído en el diario de «ella»?

Levanta una ceja. Es la primera vez que he sido lo bastante valiente, lo bastante atrevida para lanzar una flecha de sospecha tan cerca del blanco.

—Dilo —me desafía. Está disfrutando esto, la emoción de la caza, como si fuéramos depredador y presa—. Vamos, «hermanita».

Levanto la barbilla. Mi corazón se acelera. La adrenalina que llena mi corriente sanguínea, tan potente como un chupito de tequila, me envalentona, y finalmente lo digo.

—Yo no soy tu hermanita.

Ella parece sorprendida, luego impresionada. No pensaba que me atreviese a decirlo en voz alta. No se apresura a defenderse ni a negarlo. Y noto un impulso victorioso al darme cuenta de que he lanzado mi primera flecha y ha dado en el blanco. Ella no está nerviosa ni preocupada. Por la forma que ha tenido su rostro de

iluminarse, es como si lo hubiera estado esperando, esperando ansiosamente esto, como espera la Navidad un niño. No entiendo qué juego se trae entre manos, y por qué ha decidido jugarlo solo conmigo.

—¿Quién eres?

Ella pasa a mi lado, sonriendo.

—¿Cómo decía esa frase antigua? Yo lo sé, tú… ya te enterarás…

29

Caitlin Arden

En cuanto se van mis padres y Olivia, me enfrento a Oscar. Él se aferra a su historia, asegurando que el motivo de que estuvieran solos en el dormitorio es que le estaba enseñando toda la casa. No le he creído. Se lo he dicho claramente. Me ha dicho que estoy paranoica. Ha insistido en que vuelva a ver a mi terapeuta.

Oscar se fue a Birmingham anoche, justo después de nuestra discusión. Me alegro de tener espacio, de liberarme de la atmósfera tensa que se ha introducido en nuestro hogar estos últimos días. Aun así, me siento encerrada. No puedo soportar la idea de otro día que se abre ante mí en el tedio de las alfombras recién aspiradas y la televisión diurna y la comida solo para una, y todo el rato la soledad arrastrándose tras de mí, un fantasma con garras y dientes negros y aliento gélido. Así que salgo a dar un paseo por el parque y a dejarlo atrás.

El día es abrasador, pero yo me mantengo a la sombra del camino bordeado de árboles. Hay una glorieta en la esquina siguiente que han decorado con globos, banderines y pancartas para una fiesta infantil de cumpleaños. Las madres se arremolinan con sus bebés

apoyados en la cadera, echando al mismo tiempo un ojo a los niños que ya son lo bastante mayores para correr por el parque y golpearse unos a otros con unos palos. Una cola de personas se derriten al sol ante el pequeño bar que sirve helados y botellas de limonada fría. Un grupo de jóvenes de veintitantos años disfruta de un pícnic con bocadillos comprados en una tienda, patatas fritas y vino rosado. Y entrando y saliendo de todo el grupo se ve una mezcolanza de todo tipo de perros con la lengua colgando y agitando el rabo. Dejo que la magia fragante del verano penetre en mi piel como si fuera crema solar.

Pronto, sin embargo, las cuestiones en las que me prometí que no pensaría durante mi paseo empiezan a brotar, inclinándose hacia mí como las flores silvestres y llenas de espinas se inclinan hacia la luz. Estoy «segura» de que esa mujer no es mi hermana, ella casi me lo reconoció en mi habitación de invitados, hace dos días, pero ha convencido a todos los demás, y por encima de todo «parece» Olivia. Esos ojos, lagos de glaciar, cielos de verano, pétalos de nomeolvides y campanilla. ¿Cómo es posible tal cosa? Me pregunto de nuevo si Olivia y el hombre enmascarado en realidad no trabajarán juntos. Si esta mujer no es Olivia, entonces el hombre enmascarado no puede ser el raptor de mi hermana. ¿Quién es, entonces, y qué es lo que quiere?

Aparece en la ventana de la cocina y luego se esfuma, entra en mi casa y escapa, todo parece un juego. Uno en el que yo soy la única jugadora ajena. Pero ¿por qué yo? ¿Por qué desvivirse para hacerme parecer una mentirosa? Es algo muy personal. Muy vengativo. No conozco a nadie que me odie con tanta intensidad. O sea, estadísticamente, a la mayoría de las mujeres les hace daño su

compañero, pero aunque las cosas entre Oscar y yo son tan ásperas como el papel de lija, aún nos queremos. Lleva semanas trabajando en un proyecto secreto… ¿Seré yo ese proyecto secreto? Olivia y él estaban muy a gusto juntos, en nuestro dormitorio de invitados, aunque él asegura que no era así. ¿Es posible que estén teniendo una aventura y que uno de ellos o los dos estén intentando apartarme? ¿Volverme loca?

A Olivia no le preocupa que yo sospeche que no es mi hermana. Piensa que no me creerán porque es muy consciente de que no tengo ninguna prueba sólida. Aunque la prueba de ADN demostraría que tengo razón. Pero ¿cómo conseguirla? ¿Puede la policía obligar a alguien a entregarles su ADN? Seguramente no lo considerarán siquiera, a menos que sean ellos los que sospechen que ella no es quien asegura ser. Por el momento parece que yo soy la única persona que cuestiona su integridad. Mi reputación con la policía es mala. He visto al hombre enmascarado en demasiadas ocasiones sin una sola prueba, y por tanto piensan que soy poco fiable e inestable.

Pienso, brevemente, en hablar con mis padres, pero ya sé que es un callejón sin salida. No puedo demostrar que no sea su hija. Es mi palabra contra la de ella. Ella negará que no reconociera Hathaway Cottage, negará que no recordaba a nuestro primo Edward, negará saber lo del cobertizo en el bosque, negará nuestras tensas y extrañas conversaciones que siempre me dejan con más interrogantes que respuestas. Mis padres han visto recompensados dieciséis años de deseos y plegarias: su hija está a salvo y viva. Si tengo razón y esta mujer es una impostora, volveré a arrebatarles de nuevo a Olivia. ¿Me perdonarán alguna vez? En este caso, ¿es la

ignorancia una bendición? ¿O es peligrosa esa mujer que duerme solo a unos metros de distancia de ellos cada noche?

Voy por la tercera vuelta al parque cuando veo a Gideon corriendo hacia mí. Sus zancadas largas y potentes rápidamente acortan el espacio entre nosotros. Al acercarse yo levanto la mano y le saludo. Él aminora y se detiene, y se quita los auriculares.

Lleva un pantalón corto y una camiseta fina azul marino, húmeda de sudor. Tiene los muslos gruesos y musculosos de un jugador de rugby. Cuando le imaginaba fuera de su despacho era siempre con una copa de vino tinto y un bistec, no con un batido de proteínas y una tortilla de claras de huevo.

—Sales a correr —le digo—. No tenía ni idea.

Él me sonríe.

—Ya te advertí que no era solo terapeuta.

—Qué raro verte sin el traje.

—El tweed y los blazers no son un atuendo típico para el jogging.

—¿Un poco sudorosos?

—Un poco restrictivos.

Húmedo, su pelo es más rizado aún, pero los lados se mantienen hábilmente echados hacia atrás.

—¿Qué estás haciendo en Frome?

—Correr en el espacio para eventos.

—¿Has terminado de correr por el parque y has decidido venir aquí a seguir corriendo? ¿No te ha dicho nadie que te castigas demasiado?

Su sonrisa se amplía.

—Llevo ya unos cuantos años corriendo —se encoge de hombros —. Despeja la cabeza.

—Vaya, entonces lo he hecho mal. Tendría que estar corriendo por aquí, no andando.

Inmediatamente lamento mi honradez, porque él me mira y me presta más atención aún que antes, y de repente soy muy consciente de las sombras que tengo bajo los ojos.

—¿Necesitabas despejar la cabeza?

—Sí, algo por el estilo —digo, intentando minimizar mis males—. Estoy bien.

Él no se lo traga.

—¿Qué tal ha ido la semana?

—¿Es una sesión improvisada esto? ¿Me vas a cobrar por esta conversación? —Río para aligerar el ánimo, pero es una risa frágil, incluso para mis propios oídos.

—No, no, en absoluto, es que pareces…

—¿Qué?

—Solitaria. —Aunque no es esa la intención, la palabra duele, como si me hubiese abofeteado la cara duramente con ella.

Trago saliva e intento que no me afecte.

—Supongo que pasa eso cuando vas andando tú sola.

Él levanta la mano un poco, solo un poco, pero se detiene. Tengo la sensación de que quiere tocarme. Consolarme. Atenuar la soledad.

—¿Estás bien?

—En realidad, no —reconozco—. Creo que se me está yendo la cabeza.

No puedo mirarle al decirlo, así que dirijo la vista hacia el lugar del parque con la glorieta donde los niños están sentados con las

piernas cruzadas, entretenidos por un payaso que hace animales con globos.

—¿Por qué?

Le cuento lo del ataque, la falta de pruebas, y que todo el mundo piensa que estoy mintiendo o que veo visiones.

—Pero ¿no te ha hecho daño? —pregunta, no con escepticismo, sino con auténtica preocupación.

Yo meneo la cabeza.

—Me habría hecho un favor si me hubiese roto un brazo o algo. Al menos tendría pruebas de que estuvo en mi casa de verdad.

Todavía no entiendo por qué se marchó sin hacerme ningún daño. Era lo bastante fuerte para lograrlo si hubiera querido, podría haberme matado, incluso sin armas. Era muy alto y ancho y… mi mirada se desliza hacia Gideon. Gideon, que tiene la constitución de alguien que podría trasladar un piano enorme o subir una cómoda llena de cajones por la escalera.

—¿Qué? —me pregunta, notando mi consternación.

Sacudo la cabeza. Me recuerdo a mí misma que solo porque él y el hombre enmascarado tengan una envergadura similar, no significa que sean la misma persona. Hasta hace solo unas semanas él ni siquiera me conocía. No tiene motivo alguno para aterrorizarme y atacarme. Si no tengo cuidado, la paranoia me superará.

Nos apartamos para dejar pasar a una pareja. Caminan cogidos de la mano. El hombre la atrae hacia sí. Se besan, justo en medio del camino. Es una muestra de afecto sencilla, fácil. ¿Cuándo fue la última vez que me besaron así? Cuando levanto la vista veo que Gideon también los mira.

—¿Estás casado? —le pregunto, porque él está en posesión de muchos detalles tristes e íntimos sobre mí, y yo casi no sé nada de él. Y me pregunto cosas. Persigo ese deseo de ahondar hasta el fondo en la vida de otra persona; supone un breve descanso respecto a estar pataleando constantemente para salir a la superficie de las aguas de mi propio ser. Él piensa un momento antes de responder, con esos ojos color jade que escudriñan mi rostro. Creo que ambos nos preguntamos por qué quiero saberlo.

—Sí. Pero estamos separados.

Espero una señal de haber clavado las uñas en una herida que aún no está curada del todo, y como él apenas ha parpadeado ante mi pregunta, le hago otra.

—¿Qué pasó?

Él levanta una ceja ante mi atrevimiento. Me preocupa que ponga fin a la conversación porque no somos amigos. Somos terapeuta y paciente. Estar en un parque hablando de su vida doméstica probablemente va en contra de cualquier código de conducta al que él se suscribe, pero tengo la sensación de que él tampoco quiere que termine nuestra conversación.

—Ella era todo mi mundo, pero yo solo era una parte del suyo. Empezó a sentirse inquieta, infeliz, quería más de lo que yo podía darle. —Se encoge de hombros—. Tuve que dejarla ir.

—Lo siento.

—Merece ser feliz. Yo no quería retenerla.

Si soy sincera, pienso que Oscar y yo hemos estado reteniéndonos el uno al otro desde hace un tiempo. Él reacio a viajar y yo reacia a pasar por el altar. Hasta recientemente, sin embargo, no creo que

ninguno de los dos haya considerado el hecho de dejar ir al otro. Noto que se me encoge el estómago, solo con pensarlo.

—¿Crees que volveréis a estar juntos?

Su sonrisa es irónica.

—Me ha dicho que me busque a otra persona.

Yo hago una mueca.

—Vale.

Intento imaginarme a su mujer. Me imagino que será una mujer delgada, de esas que se levantan temprano para hacer yoga y cuyo cuerpo da pruebas de ello. En mi imaginación es muy eficiente y lista, una doctora o terapeuta, como él. Es ambiciosa, siempre luchando por su siguiente gran objetivo, y sin detenerse nunca a apreciar las cosas que ya tiene o contentarse con ellas. Quizá por eso le dejó.

—¿Y qué tal va todo con Olivia? —me pregunta.

Mi pulso se acelera al mencionarla. Le hablo de la conversación telefónica que oí y de la que tuve yo con ella, en la cual casi reconoció que no era mi hermana. Él me escucha pacientemente, sin juzgarme. Aun así, me preocupa lo que pueda pensar de mí.

—¿Estoy mal de la cabeza?

—No.

—¿Crees que todo son imaginaciones mías?

—No lo creo. —Lo dice como si fuera un hecho. El cielo es azul, el fuego está caliente, confío en lo que me estás contando.

Es un alivio que te crean. Por primera vez desde hace días, respiro con más facilidad.

—¿Por qué tú sí me crees y nadie más lo hace?

Él se acerca un poco más. Tanto que aspiro el olor a mar y a sal y a salvia, a limón y a sudor.

—Porque cuando te miro no veo a una mentirosa.

Yo levanto la cara hacia la suya.

—¿Y qué es lo que ves? —No sé por qué le pregunto eso, pero inmediatamente se crea una atmósfera pegajosa y oscura. No me proponía mostrarme coqueta, o al menos eso es lo que me digo a mí misma—. Gracias por creerme —añado, rápidamente, antes de que él pueda sumergirse o apartarse de la tensión electrizante.

Noto un relámpago de decepción, pero desaparece antes de poder estar segura.

—No creo que tengas ningún motivo para mentirme —decide él. Empezamos a andar juntos, uno junto al otro, cosa que, de alguna forma, es mejor, porque la intensidad de su mirada ya no me quema, pero echo de menos el calor que provoca en mi piel—. ¿O sea que crees que si encuentras el teléfono que estaba utilizando Olivia podrás probar que no es tu hermana?

Yo asiento.

—Pero ella está siempre en casa, lo que hace imposible buscarlo.

—Eso parece un desafío. —Se calla un momento, noto que está pensando—. ¿Volverás a traer a Olivia a su sesión conmigo el martes que viene?

—No, yo…

—Tiene que estar en mi despacho a las 9 de la mañana. —Mantiene la mirada fija al frente. Habla más rápido de lo habitual—. La sesión durará una hora y media.

Me está ayudando, me hace saber exactamente cuándo estará ella fuera de Blossom Hill House para mirar entre sus cosas y que no me

pillen. Noto un brote de afecto por él.

—¿El martes próximo?

—El martes próximo.

Compartimos una mirada de complicidad. Por primera vez en semanas, un fragmento de soledad se desprende y cae, y noto el sol en mi rostro. Hemos desandado todo el camino recorrido, hasta llegar al sitio donde nos hemos encontrado. En la otra esquina del parque los niños de la fiesta de cumpleaños chillan y ríen. Yo los miro.

Una piedra se me hunde en el estómago. Más allá de la glorieta, capto un perfil muy familiar: la nariz larga, ganchuda, la capucha subida. Está saliendo del parque y desaparece de la vista. Miro a mi alrededor para ver si alguien más se ha dado cuenta, pero todos los niños llevan sombreros absurdos y caretas de animales, y están encantados con el payaso malabarista. Incluso algunos de los padres llevan careta también. Si alguien ha visto a mi acosador, supondrán que es un actor o un invitado a la fiesta.

—¿Qué pasa? —pregunta Gideon.

—Junto a la puerta, me ha parecido ver salir al hombre enmascarado. Yo…

Gideon sale corriendo hacia la puerta.

Yo lo sigo, esquivando a los que pasean a sus perros y a padres con cochecitos y niños con los dedos pringosos de helado.

Vamos hacia la verja de hierro negra. Al estar tan cerca de la fiesta del quiosco de música, oigo la tintineante música circense que viene de los altavoces colocados detrás de la bolsa con los trucos del payaso.

Gideon sale a la calle y mira de derecha a izquierda. Caminando colina arriba hacia nosotros va una pareja con dos saltarines *cocker spaniel*. Al otro lado de la calzada, metido entre la hilera de hermosas y grandes casas georgianas con enormes y bellos ventanales, se encuentra un callejón pavimentado que conduce a los huertos.

—No lo encontraremos si se ha metido por ahí —digo.

Gideon parece tentado de intentarlo, y noto una oleada de afecto hacia él.

—Es igual, está bien —acepto.

—No, no es igual, Caitie. No está bien que te acose un loco con careta. No está bien que se haya metido en tu casa. Tampoco está bien que te ponga las manos encima. Nada de todo esto está bien —hierve de indignación, con la urgencia de alguien a quien le importa de verdad.

—¿Es una opinión profesional o personal? —pregunto, igual que hice en aquella primera sesión en su consulta de Bath.

Espero que responda «ambas» con una sonrisa pícara, igual que hizo aquel día, pero él se vuelve hacia mí con el pecho agitado por el chute de adrenalina y el sprint que ha hecho hasta la puerta. Sus ojos color jade están clavados fijamente en mí, y el calor que desprenden casi me deja sin aliento.

—Personal. —Es un susurro íntimo, que me hace preguntarme cómo sería notar su barba incipiente en el interior de mis muslos.

Sería fácil inclinarme hacia él, ponerme de puntillas y besar a mi terapeuta. Podría alejar así la soledad con sexo, convertirme en una criatura hecha solo de deseo. Pero por muy frías que se vuelvan las cosas entre Oscar y yo, yo no podría engañarle nunca.

—Deberíamos volver —sugiero.

Él no quiere dejarme.

—Oscar se preguntará dónde estoy —digo, aunque Oscar ni siquiera está en casa y no tengo ningún motivo para irme.

—Claro —concede, con la voz llena de decepción.

Y entonces me alejo, antes de cambiar de opinión.

30

Elinor Ledbury

Heath encuentra un arma escondida en un armario del estudio del tío Robert.

—Pero ¿es legal eso? —pregunta Elinor. Está de rodillas, rodeada de archivos polvorientos y papeles sueltos.

—Es un rifle de caza —le dice él, levantándolo, y apunta por la mirilla.

—Pero ¿sabes disparar?

—No —admite, esbozando una sonrisa perezosa—. Pero aprenderé.

Elinor mira el arma, y la intranquilidad la invade. Robert lleva seis semanas ausente de Ledbury Hall, no ha vuelto desde el ataque, así que Heath ha aprovechado la oportunidad para registrar todos los cajones, armarios y cajas en busca de documentos relativos a la propiedad. Si pueden encontrar alguna laguna legal, o bien a otro pariente que pueda hacerse cargo como fideicomisario, no tendrán que abandonar su hogar. Aunque registrar todos los archivos es fatigoso, Elinor se alegra de esa distracción, porque ha impedido que se regodeara en el sordo dolor de perder a Flynn.

—De hecho —le dice Heath, pasándose la correa del rifle por encima de la cabeza—, voy a salir a practicar ahora.

—¿Vas a disparar con eso en nuestras tierras? —Se siente incrédula, y la ansiedad revolotea por debajo de su pecho—. ¿Y si te oye alguien?

Él arquea una ceja.

—Sí, ¿quién crees que me denunciará antes, el ciervo o los tejones?

—Ja, ja —dice ella, sin humor—. ¿Y qué hay del jardinero?

El señor Morris y su equipo es el único personal que ha mantenido el tío Robert en Ledbury Hall. Heath frunce el ceño.

—Los ha despedido a todos —le dice a ella—. ¿No te has dado cuenta? No han venido desde hace semanas.

Ella aprieta los labios, intentando comprender qué significa eso. ¿Qué les pasará si el tío Robert no vuelve nunca? Una vez, después de averiguar que los Ledbury le habían estado robando el whisky, no pagó la factura de la luz y se la cortaron una semana. Afortunadamente era verano, de modo que no se murieron de frío dentro de la enorme mansión.

Heath suspira y le tiende la mano, ayudándola a ponerse de pie.

—Yo te cuidaré.

Mientras habla, sus dedos se deslizan por los brazos desnudos de ella y descansan en sus hombros. Él aprieta su frente contra la de Elinor, de modo que ella puede contar los pequeños puntitos verdes de sus ojos. Quiere preguntarle si echa de menos a Sofia de la misma forma que ella echa de menos a Flynn, pero no puede porque ambos prometieron no volver a hablar nunca más de los Healy.

Heath rompió con Sofia. Ella no se lo tomó bien, y llamó al teléfono de la casa una y otra vez hasta que él lo arrancó de la pared. Al menos está con Elinor ahora, y lleva toda la semana con ella. Han cocinado juntos y él le ha enseñado a tocar «Claro de Luna» de Claude Debussy al piano, han paseado por los terrenos, deteniéndose junto al pequeño lago para contemplar la estatua de los dos amantes entrelazados en su centro. Luego Heath cogió a Elinor entre sus brazos, igual que antes, y le susurró junto a la garganta: «Siempre te amaré. Siempre».

—Bien —dice ahora ella—. Pero ten mucho cuidado, una bala es muy distinta de una tubería de plomo, y tú no eres un gato.

—Una vida —dice él—. Ya lo sé.

Le besa la frente y se va.

31

Caitlin Arden

Sorprendo a Florence llegando antes que ella al restaurante.

—No llegas nunca temprano —me dice, mientras se quita las gafas de sol.

—Bien hecho, Caitie, has llegado a tiempo, Caitie, estoy muy orgullosa de ti, Caitie —digo, imitándola burlonamente.

Ella sonríe.

No reconozco que he llegado temprano porque, por primera vez en nuestra amistad, me ponía nerviosa ir a verla. Hace mucho que no pasamos tiempo a solas juntas. Me he dicho a mí misma que es porque está planeando su boda, pero no es por eso. Antes de Olivia hablábamos casi cada día. Después de Olivia, tengo suerte si consigo hablar con ella una vez cada quincena. Si la atención de Florence fuese un banquete, Olivia habría llegado al festín y lo habría devorado todo, y me habría dejado solo las migas y unas ternillas de carne. Durante semanas he pasado mucho hambre, preguntándome cuándo volveré a comer. Ahora, planeo saborear cada bocado.

Quiero disfrutar de esta mañana que paso con una de mis personas favoritas. El restaurante está atestado. Los camareros circulan con maestría entre las mesas, llevando bandejas de huevos poché y tostadas con aguacate triturado. Hay una energía vivaz y optimista entre los clientes que es propia únicamente de los sábados, cuando el esfuerzo laboral de una gris mañana de lunes parece muy lejano.

Llegan nuestras bebidas. Florence levanta la suya y entrechocamos los vasos.

—El brunch sin mimosas es como un desayuno tardío algo triste —anuncia ella.

Yo niego con la cabeza.

—Lo único triste de este brunch es tu pan sin gluten.

—Es por la boda… Intento evitar que me salga algún sarpullido.

—Es para la gente que quiere que la comida sepa a decepción.

Ella sonríe y yo me doy cuenta de lo mucho que la he echado de menos.

—¿Cómo van los preparativos? ¿Necesitas ayuda?

Mi ofrecimiento es sincero. Me siento sola y no tengo gran cosa que hacer. Al menos, nada que quiera hacer de verdad. Esta semana debería celebrar reuniones de traspaso con el actual profesor de cuarto curso, pero la simple idea de hablar de previsiones de grado, planes para necesidades especiales y objetivos de aprendizaje me aburre hasta las lágrimas. Y cuando no estoy evitando el trabajo, me obsesiono con Olivia y el hombre enmascarado. Ocasionalmente mis pensamientos derivan, culpables, hacia Gideon. Esos ojos color jade, sus anchos hombros, su delicioso acento irlandés. Un día imprimiendo menús de boda sería una buena distracción.

—En realidad tenemos ya casi todo lo de la boda hecho.

—¿Ah, sí? ¿Y cositas de esas pequeñas, como cortar cintas para las sillas o preparar los recuerdos?

—Todo hecho.

—Estoy impresionada. Yo apenas puedo organizar un viaje al baño cada mañana para cepillarme los dientes.

—He tenido ayuda.

—¿Ah, sí?

Ella asiente.

—Olivia.

Un silencio vivo e incómodo desciende sobre nosotras. Consigo vadear el dolor, la confusión y una indignación que arde a fuego lento. Intento apartar la idea de que «yo» soy su dama de honor. Su mejor amiga. Se supone que seré la que esté sentada en su salón repartiendo el confeti en unos conos enrollados de papel de periódico.

—Si me hubieras dicho que necesitabas ayuda, habría ido. Me he ofrecido cien veces.

Ella hace una mueca.

—Ya lo sé, ya lo sé, no tenía planeado que ella volviera y lo hiciera todo conmigo, pero la charla universitaria acabó temprano, así que…

—¿Charla universitaria?

—Sí… Olivia se va a apuntar a la Universidad de Bath en septiembre, ¿no te lo ha dicho?

Me quedo con la boca abierta.

—¿Y qué estudiará?

—Bellas Artes.

—¿Bellas Artes? —surge de mí una acusación—: ¿Estás de broma?

Florence hace una mueca, involuntariamente. Aprieta los labios y menea muy ligeramente la cabeza.

—Es una adulta, si quiere apuntarse a un curso de fundamentos del arte, puede hacerlo.

Entonces me mira.

—Sé que tú querías ir a la universidad a estudiar Bellas Artes, Caitie, pero no lo hiciste.

Yo rechino los dientes.

—Sí, porque cuando mi hermana fue secuestrada, yo no quería añadir más preocupaciones a mis padres —digo, muy tensa. Intento con todas mis fuerzas contener mi frustración, recordándome a mí misma que Florence no sabe que Olivia no es Olivia. Que en realidad es una impostora manipuladora.

—Bueno, pues a ellos no les parece nada mal que Olivia estudie eso. Están muy contentos por ella —suelta, sin rodeos.

Yo bebo un poco.

—A lo mejor hace ese curso para que las dos os podáis relacionar mejor —aventura.

Esto no va de relacionarse. Olivia está jugando conmigo, intentando hundirme hasta que yo estalle, pero ¿por qué? Ya tiene a mis padres y a mi mejor amiga comiendo de su mano, y por lo cómoda que parecía a solas en un dormitorio con mi prometido, tiene también a Oscar engañado. Y ahora quiere estudiar Bellas Artes. No puedo creer que yo le contara mi sueño de ser artista y pintar el mundo y viajar por él. Decírselo fue importante, o quizá las dos actuamos como si lo fuera. Yo me deleitaba retomando mi papel de hermana pequeña y ella se deleitaba metiéndose en su nuevo papel: la Chica Arden Retornada. Pero no era más que teatro. Y ni

siquiera teatro del bueno. Tengo que contárselo a Florence. Pero apenas he abierto la boca cuando ella me la cierra.

—Mira, tengo que decirte una cosa.

—Vale.

—Olivia va a tocar en la boda.

Yo frunzo el ceño.

—¿A tocar el qué?

—El piano.

Eso no tiene sentido.

—Olivia no sabe tocar el piano.

—Sí que sabe. La he oído. Se puso a tocar en un piano comunitario en Bath y toca de maravilla. Interpretará la sonata «Claro de Luna» de Claude Debussy durante la recepción con bebidas, tras la ceremonia. Es su regalo de boda para nosotros.

Esto está mal. Muy mal. Mi hermana no sabe tocar el piano. Nuestra abuela tenía un piano, pero lo máximo que aprendimos a tocar nosotras fue «Mary tenía un corderito». Antes de que pueda decir nada, Florence interviene:

—Y he decidido pedirle a Olivia que sea dama de honor conjunta.

Casi se me cae la bebida.

—¿Cómo?

Llega nuestra comida. La camarera, notando la tensión, deja nuestros platos y se va rápidamente.

—Me pareció lo correcto —dice—. Es una situación difícil, porque Olivia y yo siempre hablábamos del día de nuestra boda. Acordamos hace muchos años ser cada una la dama de honor de la otra.

La verdad es que si Olivia no hubiese desaparecido, Florence y yo probablemente no seríamos amigas. Habría sido Olivia la que le

sujetaba el pelo a Florence, en la fiesta de graduación, mientras ella vomitaba los chupitos de vodka con purpurina verde. Habría sido Olivia la que hubiese acarreado un millón de cajas por las escaleras de su primer apartamento. Habría sido Olivia la que se habría sentado a su lado en el suelo del baño, apretándole la mano, esperando a ver si aquel condón roto la había condenado a una vida de naricillas mocosas y Peppa Pig, y luego habría celebrado con una botella de champán caro cuando salió una línea y no dos. Habría sido Olivia quien organizase minuciosamente un fin de semana de despedida de soltera en los Cotswolds, que, en lugar de reunir a mujeres a las que solo conocía vagamente, parecía más bien como controlar a un montón de gatos.

La certeza de que habría sido ella y no yo en ningún caso escuece.

—O sea, está bien, ¿no? —me pregunta. Pero las dos sabemos que si realmente le importara mi opinión, me lo habría preguntado «antes» de decírselo a Olivia.

—Claro —le digo, porque es su boda, y todo el mundo sabe que lo que quiere la novia, lo tiene, incuestionablemente.

Sigue hablando y yo sigo sonriendo. Lo que siento es como un golpe de desesperación. La vergüenza de no ser suficiente. De verme apartada una vez más como la suplente, porque la estrella del espectáculo ha vuelto. Me está diciendo ahora que será muy divertido tener dos damas de honor. Que será menos estresante para mí. Que apreciaré mucho tener ayuda ese día. Está disfrazando todo esto como un regalo bien envuelto para mí. Pero es un regalo que yo nunca pedí, y que no quiero. Aun así, sería grosero rechazarlo, de modo que sonrío más todavía hasta que parece una sonrisa de payaso lo que ilumina mi cara.

—Estoy encantada de que no te importe —dice ella—. Me he puesto muy nerviosa antes de decírtelo.

—No tienes por qué estar nerviosa —le aseguro. Nos sonreímos la una a la otra. Es una sonrisa tensa y extraña, porque ambas sabemos que no estoy encantada, y que ella tampoco lo estaría.

Olivia, o más bien la mujer que se hace pasar por ella, es un parásito, un polluelo de cuco decidido a expulsarme del nido para poder engordar y regodearse con mi vida. Pincho el beicon que tengo en el plato, la grasa siseante, y decido que no tengo hambre. Nos sumergimos en un silencio incómodo. Escucho a la mujer de la mesa de al lado planear un viaje rápido a Eslovenia. Me cosquillean los dedos de ganas de coger un billete de avión a cualquier sitio. Huir de Olivia y el hombre enmascarado y de Florence también. De todos ellos.

—¿Estás bien? —me pregunta—. Pareces… ¿ya duermes bien?

Pienso en las capas de corrector e iluminador que he usado para tapar las ojeras que tengo. Al parecer no tenía que haberme molestado.

—Sí que duermo —miento—. Pero ha sido un poco difícil, desde el allanamiento.

Esto al menos es verdad. A veces, cuando estoy a punto de dormir, noto su mano enguantada en torno a mi garganta, noto el sabor del cuero, y me despierto de golpe.

Ella asiente.

—Olivia me lo ha mencionado.

Noto un pinchazo de incomodidad imaginando las mentiras que le habrá contado Olivia.

—¿Y qué te ha contado?

Ella parece incómoda, eligiendo con cuidado sus palabras e intentando limar las asperezas de lo que le ha dicho Olivia, antes de repetirlo.

—Que tú pensabas que había alguien en casa, pero que la policía no pudo encontrar nada.

—Yo no «pensaba» que había alguien en la casa. Sé que había alguien. Me atacaron.

Sus ojos se abren mucho, con incredulidad o sorpresa, no estoy segura.

—¿Te atacaron?

—Me empujó contra la pared y me encerró en el despacho de Oscar, ¿no te mencionó Olivia ese detalle?

Ella ni siquiera me mira a los ojos cuando va cortando los huevos poché y el kale.

—Pero no te hizo daño, ¿no? ¿No se llevó nada?

Su escepticismo me hiere.

—No, nada. —Todavía no puedo explicar por qué, ni qué es lo que quiere, pero sé que estoy diciendo la verdad—. Me ha venido siguiendo.

Ella deja el cuchillo y el tenedor.

—¿Que te ha seguido?

—Sí, lo vi hace un par de días, cuando estaba en el parque con… —me callo, no queriendo hablarle de Gideon porque sé que no lo entendería.

—¿Con?

—Mi… —dudo, sin saber muy bien cómo llamarlo— terapeuta.

Ella levanta una ceja.

—¿Por qué estabas en un parque con tu terapeuta?

—Porque nos encontramos allí, pero eso en realidad da igual.

—¿Y tu terapeuta vio al acosador enmascarado?

—No.

Silencio.

Ella vuelve a coger los cubiertos.

—Vale.

Por debajo de la mesa me clavo las uñas en las palmas. Ella no cree ni una palabra de lo que estoy diciendo. Soy una niña intentando convencer a una adulta de que ha visto a Papá Noel. Quizá si supiera que Olivia no es realmente Olivia, lo comprendería. Pienso con mucho cuidado cómo abordar el tema, como cuando uno se mete poco a poco en un baño muy caliente.

—¿Crees que Olivia es… como era antes?

Ella parpadea, sorprendida por el rápido cambio de tema.

—Pues curiosamente, sí. Yo estaba preparada para un ser salvaje y rabioso el día que me llevaste a verla, pero ella es… —se encoge de hombros— Olivia.

—Olivia… ¿en qué sentido?

Ella piensa un momento.

—Divertida, pero no frívola. Amable, pero no una marginada. Confiada, pero no engreída. Era así ya en la escuela primaria. —Bebe un poco, pensativa—. La conocí el primer día, ¿lo sabías? Llegué a mitad de curso en cuarto y no tenía uniforme. Al cabo de media hora, una chica muy antipática viene a verme y me dice que mi peto de color amarillo intenso es de bebé.

Yo hago una mueca, sabiendo que a esa edad es una bofetada verbal de lo peor.

—Entonces Olivia, con su perfecta coleta, viene hacia mí y anuncia a toda la clase que mi peto es muy chulo —sonríe ante ese recuerdo —. Al día siguiente podíamos asistir sin uniforme, y casi todos los llevaban, incluso la niña de la cara antipática. —Se mete un mechón negro de pelo tras la oreja—. Nunca me sentí sola en el colegio, con su mano en la mía, saltando por todo el patio de recreo. Luego, esperando en nuestra aula de tutoría, compartiendo unos auriculares, escuchando a Placebo una y otra vez… Es raro encontrar a alguien que tenga tal poder sobre los demás, pero que elija animar a la gente, en lugar de hundirlos.

Ella recuerda a Olivia exactamente igual que yo. Como una especie de electricidad nicotínica. Alguien junto a quien los demás querían estar siempre. Pero estoy segura de que la chica que se llevaron de Blossom Hill House y la mujer que ha vuelto dieciséis años más tarde no son la misma.

—¿Y Olivia y tú habéis hablado de todo esto?

—¿Qué quieres decir?

—Que habéis pasado mucho tiempo juntas desde que volvió, ¿verdad? ¿Recuerda ella las mismas cosas que tú?

—Pues no lo sé. Ella… Hablamos de muchas cosas. Sobre todo hablamos de Daniel y de la boda. ¿Por qué?

Me muerdo el labio, insegura. Pero Gideon me ha creído, ¿verdad? Y él ni siquiera me conoce, en realidad. Si tiene fe en mi teoría, en mí, Florence también debería creerme.

—Es que ella no recuerda Hathaway Cottage ni a nuestro primo Edward.

La mirada de ella se estrecha.

—Bien…

—Sabe en cambio que hay un cobertizo antiguo en la zona que hay detrás de nuestra casa, aunque fue construido «después» de que se la llevaran.

—Caitie…

—Tiene un segundo móvil secreto y la pillé hablando de mí con alguien. Ella…

—Para —implora ella, levantando una mano como si estuviera deteniendo el tráfico—. No lo hagas. —Deja de nuevo los cubiertos, enfadada esta vez—. Mira, no sigas diciendo lo que vas a decir.

—Florence…

—Escúchame, Caitie. Ella es Olivia. Todo el mundo sabe que lo es. La policía…, todo el mundo. Vas a parecer completamente loca y paranoica si dices lo contrario. Si tus padres averiguan que estás calumniando a su hija, vas a alejarte de ellos por completo. —Me lanza una mirada seria y desaprobadora—. Son muy felices de tenerla de vuelta, y tú también deberías serlo.

—No es ella.

Ella cierra los ojos, como deseando que me vaya.

—¿Por qué alguien iba a fingir ser Olivia?

—Fama, dinero, atención.

—¿Qué fama, Caitie? Ha rechazado todas las entrevistas y todo el dinero que las acompañaba.

—Creo que robó la tarjeta de crédito de mi padre, el día que fuimos de compras —digo, recordando que mamá me había interrogado, cuando Florence y Olivia se reunieron en el jardín. Estaba distraída y no presté mucha atención a mamá, en aquel momento.

—¿Crees que se hace pasar por tu hermana por unos pocos vestidos y bolsos? —niega con la cabeza.

—Sé que suena raro, pero…

—Sí, así es —suspira, como si yo fuera una niña traviesa.

—Un test de ADN probaría que tengo razón.

Ella me mira como si acabara de anunciar que no sé contar hasta diez.

—Pero ya le hicieron un test de ADN.

Mi mundo empieza a escorarse peligrosamente. Me agarro a la mesa.

—¿Cómo?

—Que le hicieron una prueba —repite ella.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Clara se lo dijo a mi madre.

—No —susurro—. No pudieron.

—Los resultados no eran concluyentes debido a algún problema con la muestra, y cuando la policía le pidió hacer otra prueba una semana más tarde, Olivia dijo que ya la habían mareado bastante, y tus padres la respaldaron.

—Así que estropeó el test a propósito. —Me humedezco los labios —. Por tanto, puede no ser mi hermana.

—Por supuesto que es tu hermana. ¿Te estás oyendo, Caitie? — Nuestras miradas se encuentran. Ella me observa como si me hubiese crecido una segunda cabeza—. Tus padres la respaldan porque conocen a su propia hija. —Coge su vaso ya vacío y bebe sin darse cuenta de que no queda nada—. Estás cansada. Estás muy cansada, y te está costando asimilar este cambio enorme. Oscar y Olivia han dicho lo mismo.

Me arde la cara de indignación.

—¿Vas hablando por ahí de mí con todo el mundo?

—Sí, porque todos estamos preocupados.

Yo me río, una risa dura y seca.

—Pero a nadie le preocupo lo suficiente para escuchar lo que estoy diciendo.

—Te estamos escuchando, Caitie, y por eso estamos preocupados. ¿Una falsa hermana? ¿Un acosador? ¿Un atacante enmascarado que nadie más ha visto?

El teléfono me vibra en la mesa. Ambas lo ignoramos.

—¿Por qué todo eso suena tan absurdo? Mi hermana fue secuestrada por un atacante enmascarado.

Ella hace una mueca.

—¿Qué? —pregunto.

—Olivia no recuerda ninguna careta. Dice que la policía le preguntó por la careta durante su primera entrevista y ella les dijo que no vio ninguna.

La miro con la boca abierta. La mujer que asegura falsamente ser mi hermana ha estado socavando mis afirmaciones desde el mismísimo principio.

—Iba enmascarado —insisto.

—No, según ella.

—¡Bueno, su versión de los hechos no cuenta, porque no es quien dice ser! —escupo, con más volumen y veneno de lo que me proponía.

Las mujeres de la mesa de al lado se quedan calladas.

—Caitie —dice Florence, con tono conciliador—. ¿Estás segura de que quieres ser mi dama de honor? Es mucha responsabilidad, y

necesito que el día esté lo más libre de estrés que sea posible. No quiero poner más carga sobre tus hombros.

La miro, herida, con lágrimas de dolor y rechazo llenando mis ojos.

Esta vez es el móvil de Florence el que suena. Ella parece aliviada al responder, feliz del breve respiro.

—Eh…, sí, estoy con ella ahora. —Me mira—. Ya te paso.

Me pasa el móvil.

—Lo han encontrado —dice mamá, con voz temblorosa y emocionada.

—¿A quién?

—A Briggs.

Florence se inclina hacia delante, escuchando, con una arruga en la frente.

—¿Quién es Briggs…?

—Simon Briggs. El hombre que secuestró a Olivia.

Florence se tapa la boca con la mano.

—La policía lo ha encontrado —dice mamá.

Yo noto un enorme alivio. Ya estamos a salvo. Todos vamos a estar a salvo. Y ahora que lo tienen, la verdad saldrá a la luz. Él reconocerá que Olivia no es mi hermana. Confesará que ha estado acosándome y la policía le obligará a confesar por qué.

—¿Está en la comisaría ahora mismo?

—No —dice ella—. En la morgue.

Paso del calor al frío, y luego de nuevo al revés.

—Está muerto, Caitie. Lleva semanas muerto. Ya ha terminado todo por fin.

32

Caitlin Arden

Corremos a casa de mis padres. Oscar llega segundos más tarde que Florence y yo. Yo no le he llamado, pero sospecho que mamá sí, en mi nombre. No tenemos tiempo de hablar antes de que nos hagan pasar al salón y escuchemos a la policía. Olivia, con quien ya han hablado, se va arriba a su habitación con Florence.

He visto a tantos agentes las últimas semanas que se confunden todos en una masa de uniformes negros y expresiones serias, pero me resulta conocido el inspector jefe Grimshaw. Tiene cincuenta y muchos años, con el pelo de un gris acerado, las cejas anchas y rectangulares y la nariz ganchuda. Nos dice que aunque Olivia no sabe el apellido de su raptor, han podido localizar la propiedad de Simon basándose en la descripción que ha proporcionado ella. Parece ser que la casa está exactamente como ella la había descrito, incluidos los cerrojos del dormitorio en el cual la tenían encerrada.

—Hace veintitrés años, Simon Briggs era subdirector de un colegio femenino en Northamptonshire. Un colega lo encontró en un bar local llevando a cabo… —carraspea un poco— una conducta inapropiada con una antigua alumna. Dimitió, perdió a su novia y

poco después cayó en el alcoholismo. Al cabo de un año, había vendido su casa y se había mudado —nos dice—. Los registros nos muestran que compró una parcela boscosa rural en Gloucestershire.

—¿Fue allí donde la tuvo encerrada? —pregunta mamá.

Él asiente.

—En el momento de su muerte, Simon Briggs era un eremita de cincuenta y nueve años. Se estaba preparando para el fin del mundo. Encontramos una alacena con suministros que podrían durar varios años. Vivía sin televisor ni móvil, pero sí que leía mucho. Había muchos… —cambia el peso del cuerpo— libros interesantes.

Resulta difícil separar lo que ocurre a continuación: lo que transmite Grimshaw y lo que yo sospecho. Es como si me estuviera tendiendo una pintura por números. Sus palabras forman el cuadro, pero yo coloreo los detalles.

Me imagino la casa de Briggs. Es pequeña y destartalada. La ha llenado de libros de bolsillo baqueteados: una biblioteca con manuales de agricultura, teorías de la conspiración, ficción erótica. Contento de librarse de los papeles pintados floreados que puso su novia en las paredes de su casita de la ciudad, los ha reemplazado con dibujos crudos y gráficos de mujeres desnudas. Todas son jóvenes, con el pelo largo y grandes ojos.

—¿Cómo ha muerto? —pregunta papá, ansioso de saltarse el origen de la historia y llegar a la escena en que el villano es abatido sangrientamente.

—Encontramos una ampolla de talio y una botella de whisky casi vacía junto al cuerpo —responde Grimshaw.

Papá frunce el ceño.

—¿Talio?

—Es un metal. Es venenoso. Una forma espantosa de morir.

—Siga —dice papá. Quiere oír cómo sufrió Briggs. Por el brillo febril de sus ojos adivino que espera que fuese atroz. Y no se ve decepcionado.

—Los síntomas incluyen náuseas, vómitos, fiebre. Algunas personas se quejan de una sensación de ardor en las plantas de los pies y en las palmas de las manos. Al final causa parálisis, que se extiende por todo el cuerpo destruyendo los órganos como una oleada, hasta la asfixia.

Quedamos en un silencio asombrado al digerir esto. Veo a Briggs en su salón con convulsiones agónicas que le obligan a ponerse en posición fetal. Empuja la cara contra la gastada alfombra y grita hasta que le arden los pulmones.

—¿O sea que se suicidó? —pregunta mamá, horrorizada.

—Eso parece —responde Grimshaw—. El talio es insípido, y mezclado con whisky entraría fácilmente.

—¿Cómo puede estar seguro de que ha sido suicidio? —Es la primera vez que hablo. Varios ojos se fijan en mí.

—Había una carta.

—Pero ¿por qué veneno? —insisto.

—Encontramos una escopeta en la casa, pero el cañón era demasiado largo y no pudo pegarse un tiro. Como recluso sin acceso a internet, usó lo que tenía a mano.

—¿Y por qué tenía talio? —pregunto.

—A veces se usa como matarratas. Briggs tenía una despensa bien provista que debía proteger.

Algo no acaba de satisfacer mi credulidad.

—¿Y por qué no abrirse las muñecas, o ahorcarse?

Oscar y mis padres, horrorizados por mis preguntas directas y morbosas, se miran entre ellos, pero Grimshaw me mira con interés.

—Buena pregunta. Es posible que no quisiera matarse. Con talio, quitarse la vida puede costar varios días. Se puede considerar que esperaba que si le encontraban y le salvaban, un juez sería más generoso con un alcohólico solitario tan atormentado por los remordimientos que había intentado quitarse la vida.

Supongo que un depredador sexual sádico no inspira demasiada simpatía. Aun así, no puedo imaginar que nadie «elija» libremente morir de una manera tan dolorosa y lenta.

—¿Saben cuándo murió? —pregunto. Ha sido un verano muy cálido, ¿cuánto tiempo llevaría Briggs en su casa, cociéndose en sus propios fluidos pegajosos?

Mamá me echa una mirada que yo ignoro. Necesito saber si Briggs es el hombre enmascarado.

—Tendremos más información después de la autopsia, pero parece ser que murió solo unos días después de que volviera Olivia.

Eso significa que lleva semanas muerto. No lo entiendo. La última vez que he visto al hombre enmascarado ha sido solo hace un par de días, en el parque, con Gideon. Si el captor de Olivia llevaba muerto todo ese tiempo, ¿quién me ha estado acosando, y por qué? ¿Puede haber más de un raptor? ¿Es posible que el hombre enmascarado y Briggs trabajasen juntos? Pero entonces ¿qué implicación tiene la mujer que asegura que es Olivia? Quizá sea la alumna con la que tuvo una aventura Briggs… Y si es así, ¿dónde está mi verdadera hermana? ¿Y por qué me tiene su impostora en el punto de mira?

Trago saliva. No miro a mamá ni a papá cuando pregunto:

—¿Es posible que Briggs fuese asesinado?

La mirada de Grimshaw se clava en la mía.

—Es una posibilidad —dice despacio—. Pero eso significaría entonces que nuestra única sospechosa es Olivia.

Mis padres me miran furiosos. Noto que su mirada arde en mi piel como puntas de cigarrillos.

—¡No! —chilla mamá, con los ojos desorbitados, como si tuviera miedo de que un equipo de las Fuerzas Especiales pudiera irrumpir por las ventanas y llevarse a su hija esposada—. Eso no es posible. Encontraron una nota.

—Es cierto. Su antiguo lugar de trabajo nos proporcionó una muestra de su escritura, que coincidía con la de la nota firmada por Briggs.

Si Briggs trabajaba con alguien más, seguramente habría pruebas de ello en la casa. Pregunto si hay alguna señal de que hubiese una tercera persona, huellas, ADN.

—Solo Briggs y Olivia —me confirma Grimshaw. Sus gruesas cejas rectangulares están juntas, arrugadas. Aunque le intrigan mis preguntas, a mis padres les agitan mucho. Quiero pedir que Olivia se someta a otra prueba de ADN porque estoy segura de que «no» es mi hermana, pero no puedo pedirlo sin herir a mi familia. Florence tenía razón, les está costando mucho perdonarme.

Oscar me lleva a casa en coche. No hablamos. Está enfadado conmigo otra vez y no sé por qué. Vamos dentro y ni siquiera se ha quitado los zapatos cuando me suelta:

—¿Qué demonios estabas haciendo? Todas esas preguntas sobre asesinatos y peinar la casa sistemáticamente buscando un tercer ADN…

—La policía tendría que registrar la casa sistemáticamente —digo, con malicia—. Según Olivia, es la escena de un crimen.

Él hace una mueca.

—¿Cómo que según Olivia? ¿Qué significa eso?

Estamos de pie a menos de un metro de distancia, mirándonos fijamente, pero nunca me he sentido más lejos de él. Un enorme precipicio se ha abierto entre nosotros estas últimas semanas.

—Oscar, ¿por qué has hablado con Florence y Olivia de mí?

Él farfulla.

—Porque tu mejor amiga y tu hermana están preocupadas por ti.

—Esa no es mi hermana. —No estoy segura del todo de por qué he elegido este momento para contárselo, pero recuerdo cómo reaccionó Gideon cuando le dije a él exactamente lo mismo. No me trató como si estuviera histérica. Me escuchó con la mente abierta. Me creyó. Me doy cuenta de que estoy probando a Oscar porque quiero que mi novio me crea también.

Pero no me cree. Me mira como si sacara espuma por la boca.

—¿Qué?

—Que no es mi hermana.

—No lo creerás de verdad…

Levanto la barbilla.

—Sí lo creo.

—Claro que es tu hermana.

Y ya está, me rechaza, mis sentimientos quedan aplastados bajo la suela de sus zapatos tan fácilmente como una hoja de otoño.

—¿Cómo lo sabes? Aparte de que estabais haciendo manitas en nuestro dormitorio de invitados y de unas cuantas conversaciones por internet, no la conoces de nada.

Él niega con la cabeza, se quita los zapatos furiosamente y pasa a mi lado hacia el salón. Odio cuando hace eso y termina una discusión alejándose y permitiendo que el tema se infecte como una herida llena de bacterias, y deja que yo me arrastre detrás de él, arrepentida y pesarosa, usando mis palabras como antiséptico y gasas. Y aunque ahora le sigo, me prometo a mí misma no disculparme. Esta vez no.

Está sentado en el sofá mirando su móvil.

—No la conoces —vuelvo a decir.

Él suspira ruidosamente y clava su mirada en la mía.

—Sé que esa chica es Olivia Arden y no algún…, no sé, una doble malvada.

—No es una chica, es una mujer. Una desconocida muy manipuladora.

—Catie, esto es ridículo.

—Ni siquiera me has preguntado por qué creo que es una impostora.

Él se pasa los dedos por el pelo rubio.

—Vale.

—¿Vale?

Mira al techo como si no pudiera creer que esté dando alas a mi locura.

—Sí. Adelante.

Me pongo tiesa, tentada de acabar la conversación ahora mismo. Pero ¿cómo puedo esperar que me crea, si no le explico por qué

creo lo que creo? De modo que hago una lista de todas las rarezas. Al principio se muestra escéptico, pero ese escepticismo enseguida evoluciona hacia el pánico. Se pone de pie, pasea de un lado a otro con los ojos muy abiertos.

—¿A quién más se lo has contado?

Hay una energía nerviosa y vibrante en la habitación que hace que se me acelere el corazón.

—¿Qué importa eso?

—¿A quién más, Caitie? —suelta.

—¿Tú me crees o no? —pregunto—. ¿Crees que realmente no es Olivia?

—¿A quién más? —aúlla.

Me encojo y me alejo de él, con el miedo pulsando en mi interior. Como no respondo él viene hacia mí, desesperado y furioso. Sin pensar, me vuelvo hacia la puerta, por donde el instinto me apremia para que huya. Sin embargo, él es más rápido, su mano baja hasta la mía y cierra la puerta de un golpe. Miro la madera de roble de la puerta cerrada y soy muy consciente de que si lo desea, él puede hacerme daño. Es una realidad incómoda a la que deben enfrentarse las mujeres cuando están en compañía de hombres. Los hombres pueden hacernos daño si realmente lo desean.

Quizá él lo desee.

—¿A quién más se lo has dicho? —me pregunta, con hostilidad apenas contenida.

—A Florence —no confieso habérselo dicho a Gideon. El mismo instinto que me ha llevado a huir me dice que guarde en secreto a Gideon.

—Deja de hurgar. Disfruta de que tu hermana haya vuelto.

—Ella no es…

—¡Estás decidida a estropearlo todo! —ruge, con tanta furia que el terror corre por mi cuerpo.

—¿Estropear el qué?

El silencio ruge más aún en mis oídos.

—Voy a salir.

Su mano se apodera del pomo y abre la puerta de un tirón. Yo doy un salto hacia atrás para evitar que me dé un golpe en la cara.

Un momento más tarde la puerta delantera vuelve a cerrarse con fuerza.

Me quedo de pie en nuestro salón, sintiéndome temblorosa y mareada. ¿De qué demonios iba todo eso? ¿De dónde venía toda esa ira?

De nuevo me pregunto qué estará ocultándome. Desde hace semanas tengo la sensación de que me está contando mentiras. Pienso en la mujer, Sam, con la que le sorprendí en la cafetería. ¿Dónde dijo que trabajaba? ¿En Interiores Adaline Fray? En el momento en que sospeché que Oscar no era sincero conmigo, tendría que haber llamado a la empresa para verificar su historia, pero no quería creer que mi prometido pudiera engañarme. Ahora, sin embargo, temiendo su mal genio, debo actuar. Voy al salón y saco mi móvil del bolso. Tras una rápida búsqueda en Google, encuentro el número y llamo.

—Buenas tardes, llama usted a Interiores Adaline Fray, ¿qué se le ofrece?

—¿Está Sam?

—Por desgracia no, soy Mel, la asistente personal de Ada. ¿Puedo ayudarla yo?

—Estoy buscando a una mujer que se llama Sam. Lo siento, no sé su apellido. ¿Trabaja en su departamento de marketing?

Una pausa.

—No tenemos a nadie con ese nombre aquí.

Se me encoge el estómago.

—¿Está usted segura?

—Es un equipo pequeño.

Me disculpo por la confusión y cuelgo.

—Me ha mentido —digo en voz alta a nadie.

Sujeto el teléfono tan fuerte que me duele la mano. Y si me mintió sobre Sam, ¿sobre qué más lo habrá hecho? Todos sus engaños empezaron después de que volviera Olivia. «Seguro» que tiene algo que ver con ella. Me vuelvo hacia su despacho. Nunca me he preguntado antes por qué el desconocido enmascarado estaba en esa habitación en concreto. Debe de haber un motivo. Quizá estuviera buscando algo. Y si no lo encontró, a lo mejor yo sí doy con ello. Pero cuando pruebo el pomo, me doy cuenta de que la puerta está cerrada con llave. Oscar nunca la cierra. Miro la cerradura y veo que la pequeña llavecita no está.

33

Elinor Ledbury

Heath pasa al menos dos horas al día disparando con la escopeta en sus tierras. Se ofrece a enseñar a Elinor, pero solo el tacto en las manos hace que a ella se le erice la piel. No confía en sí misma, cree que puede pegarse un tiro o darle a su hermano. Así que él sale solo. Cuando se ha ido, ella piensa en Flynn. No se amaban el uno al otro como se aman ella y Heath, pero quizá a su debido tiempo podrían haberlo hecho. Flynn no ha intentado contactar con ella ni una sola vez. Elinor aún tiene su chaqueta, la pelota saltarina y la piedra morada. Cuando las mira, lamenta lo que podría haber sido. Piensa en las novelas románticas que tanto gustaban a su madre: todos esos amantes que rodaban por el mundo libres y salvajes y contentos, y los celos le muerden los talones, y eclipsan momentáneamente el dolor. Apoya la cabeza en las rodillas y espera a que pase el sufrimiento. Pasa, flotando en el silencio de la casa, y ella se ve golpeada una vez más por lo bien que van las cosas, ahora que Heath está en casa.

Oye una puerta que se abre en el piso de abajo, su hermano que vuelve de disparar, y se dirige a su encuentro. Cuando su pie pisa el

último escalón, solo la recibe el silencio. Se queda quieta en el vestíbulo y escucha. Nada. Quizá se ha equivocado, pero cuando se vuelve hacia el comedor, se detiene de repente y se le eriza el vello de la nuca. Está segura de haber oído movimientos que vienen del estudio, pero el temor le cierra la boca, de modo que no llama a Heath. Se mueve hacia el ruido, como una polilla atraída indefectiblemente hacia la llama. Aunque ella sabe que la puerta del estudio estaba cerrada cuando subió al piso de arriba, ahora la encuentra entornada. Muy despacio, la abre, sabiendo ya que no es su hermano quien está dentro. Ve la parte de atrás de la oscura cabeza de su tío. Él nota su presencia y se vuelve, y ella comprende que está borracho. Lo sabe por sus mejillas rosadas y por los ojos desenfocados e inyectados en sangre. Seguramente ha venido en coche desde Londres a Ledbury Hall en estado de embriaguez. Tiene la piel cetrina y la barba crecida y alborotada. Parece que tenga diez años más, pero al mismo tiempo se le ve menguado, más que la última vez que ella le vio. Él se vuelve y se sirve una bebida.

—¿Quieres?

—Tienes que irte de aquí —le advierte ella.

Él se ríe sin asomo de diversión.

—¿De mi propia casa?

A ella le preocupa que vuelva Heath y se encuentre aquí al tío Robert. El corazón le salta en el pecho.

—Tú hiciste daño a mi hermano.

—¿Ah, sobrevivió? —habla arrastrando las palabras, decepcionado, se bebe de un trago su bebida y se sirve otra a continuación.

Ella mira por encima de su hombro hacia el vestíbulo, sabiendo que Heath regresará en cualquier momento.

—Por favor, vuélvete a Londres.

—No puedo. —Va dando tumbos por la habitación y se derrumba en su sillón.

—¿Por qué no?

Él da un trago.

—Porque he vendido mi piso.

—¿Por qué?

—Porque he perdido mi trabajo. —Levanta su vaso—. Gracias a ti y a tu maldito hermano.

El estómago le da vueltas a ella como una lavadora llena de ladrillos. Se adentra en la habitación y se queda de pie ante él.

—Lo siento.

Él levanta la vista de repente hacia ella.

—Buena chica.

Ella traga saliva y junta las manos apretadamente, manteniendo la mirada baja.

—Por favor, tío Robert, si Heath…

Él deja de golpe su vaso en la mesa auxiliar, lo que hace que derrame el líquido ambarino por encima del borde y provoca que ella dé un salto.

—Es igual que su padres. Un pequeño cabrón arrogante, perezoso, engreído y molesto. Mi hermano también lo fiaba todo a su físico de galán de cine —bufa—. ¡Y mira adónde lo llevó todo eso!

Ella apenas ha oído nunca hablar al tío Robert de su padre. Cuando su tío se trasladó a Ledbury Hall, hizo quitar todas las fotos de familia y las quemó todas en el jardín. Ese, piensa ella, fue el día que Heath decidió que odiaba al tío Robert. Su hermano se puso a cuatro patas, arriesgándose a sufrir quemaduras, para intentar

salvar alguna de las fotos. El tío Robert se limitó a darse la vuelta y entrar en casa, y los dejó a los dos mirando cómo sus recuerdos, las únicas imágenes que tenían de sus padres, ardían y se convertían en cenizas.

—Mis padres estaban taaaaan orgullosos de su muchacho maravilloso —escupe—. No les importaba que el único universitario fuese «yo». Que «yo» fuera a la universidad. Que «yo» ocupara un puesto en una de las mejores empresas farmacéuticas del mundo, mientras su primogénito no hacía otra cosa que casarse con una niña rica y reproducirse. No les importaban para nada «mis» logros, «mi» educación, «mi» carrera. Nada de eso importó, en cuanto él se casó con tu madre.

El tío Robert se levanta y vuelve dando tumbos al carrito del bar.

—¿Y sabes lo peor de todo? —Se balancea un poco. Elinor puede oler el alcohol de su cuerpo—. Lo peor es que fui «yo» quien debió casarse con Alison.

Ya está. Elinor siempre ha sospechado que él estaba enamorado de su madre. Había visto una foto de ella en su cartera, años después de quemar las otras.

—Llegó un paquete de Ledbury Hall a la dirección de mis padres por error. Mi madre me pidió que lo llevara a su destinatario, pero cuando fui, ya no estaba. ¿Sabes quién se lo había llevado?

—Mi padre.

—¡Bingo! —grita él—. ¡Que alguien le dé un premio a esta chica! —Su risa es hueca—. Sí, eso es, «Nicholas» fue quien viajó a Ledbury Hall. En cuanto puso los ojos en este edificio, Alison fue suya. Tu madre era demasiado buena para él. Siempre amable. Siempre hablaba bien de mí. Rápidamente ponía fin a los

comentarios de menosprecio de Nicholas. Mi «trabajito», era como solía llamarlo. Consiguió que mis padres también lo llamaran así. De lo único que he estado orgulloso siempre era de mi carrera, y mi hermano estaba decidido a arruinarlo, pero Alison se enfrentaba a él.

Elinor siempre ha pensado en su tío como una persona fría y sin sentimientos, duro como el granito, pero cuando habla de su madre se vuelve cálido y tentador, como jarabe de arce vertido sobre unas tortitas.

—Yo la amaba por ser como era, no por su dinero. No por el estilo de vida. No como hacía tu padre.

Elinor se siente como un sacerdote escuchando una confesión, de modo que se queda quieta, esperando que en cuanto acabe de contar su historia, ella pueda llevárselo fuera de la casa antes de que vuelva Heath.

—Fue idea de mi hermano salir en aquel yate, aunque no sabía navegar. Todo para impresionar a nuestros padres. —El tío Robert se acaba la bebida—. Que también murieron ese día.

Elinor está conmocionada. Sabía que sus abuelos habían muerto, pero nunca se había enterado de cómo. Piensa que ahogarse es la peor forma de morir, la más terrorífica.

—Lo siento —susurra, pero él no parece oírla.

—Lo cierto es que la gente como tú, gente como tu hermano, siempre gana.

Ella frunce el ceño.

—La gente «guapa» —le aclara él—. Es un privilegio tener tu apariencia. —Busca otra botella, pero la tira. Aterriza en la alfombra con un sordo golpe—. Intenté lo que pude. Intenté enseñaros a

vosotros dos a usar el cerebro, la mente, igual que vuestra… —la mira—, vuestra belleza. Porque la belleza se desvanece, Elinor, pero tu hermano se niega a aprender, se niega a entrar en vereda, igual que Nicholas.

Elinor mira la puerta de nuevo, segura de que su hermano irrumpirá a través de ella. Cruza la habitación y pone una mano en el brazo de su tío.

—Por favor, vete antes de que vuelva Heath —le suplica—. Llama a un taxi…

Él empieza a sollozar. Se inclina sobre el carrito del bar, con los hombros temblorosos.

—Lo único que tenía era mi carrera. Pero ha desaparecido. Lo he perdido todo.

Elinor nunca le había visto llorar. Nota un poco de compasión por él, y le pone una mano consoladora en la espalda. Él la mira a los ojos y por primera vez ella ve amor paternal en la forma que tiene de mirarla.

—Tu carrera es algo de lo que sentirse orgulloso —le dice ella—. Tu empresa tenía suerte de contar contigo.

El rostro de él está manchado por las lágrimas. Se pone tieso, pero se tambalea. La mira con afecto genuino.

—Hablas igual que tu madre —le dice, afectuosamente. Su mirada se pasea por el rostro de ella—. Y también te pareces a ella. Tienes sus mismos ojos. Era la más bella… —Levanta la mano y le acaricia el pelo.

Por el rabillo del ojo ella ve la sombra de Heath, recortada en un cuadrado de luz solar. El tío Robert la ve también, da un salto hacia

atrás, pero sus dedos se enredan en el pelo de ella, que chilla, sobresaltada.

Heath levanta el arma. Se oye un clic.

Los ojos del tío Robert se abren mucho.

—Vamos, Heath, no…

Se oye una explosión. Ruido y fuego. Elinor nota que algo caliente le salpica la cara. El tío Robert se ve lanzado hacia atrás. Cae al suelo, con el pecho abierto como una granada.

34

Caitlin Arden

Entro en Blossom Hill House. Es martes. Olivia está en su cita con Gideon, y mis padres en el trabajo. Me quedo de pie en el vestíbulo, yo sola. Aunque es el hogar de mi niñez, me siento como una intrusa. El miedo de que me cojan acelera mi corazón. Empiezo a quitarme las zapatillas pero me detengo. Si alguien viene a casa y las ve junto a la puerta sabrá que estoy aquí, y el sentido de esta visita es entrar y salir sin que me vean.

En el dormitorio de Olivia me pongo a trabajar, buscando su móvil. Es posible que lo lleve encima, pero espero que no sea así. Quizá descubra algún otro tipo de prueba: un pasaporte oculto, un carnet de conducir, algo que pueda decirme quién es realmente. Me sorprendo cuando abro su armario. Tiene mucha ropa, cara y bonita. Está claro que se ha aprovechado bien de la tarjeta de crédito de mi padre, en más de una ocasión. Registro los cajones y debajo de la cama. Encuentro la caja con diarios y los hojeo, furiosa al ver una vez más que «ella» ha leído mis pensamientos más íntimos y los ha usado para manipular a todo el mundo y que se crean sus cuentos.

Los vuelvo a meter debajo de la cama y sigo buscando, sin descubrir nada incriminatorio.

A cada minuto infructuoso que pasa aumenta mi frustración. El teléfono no está. Algo se rompe en mi interior y tengo que morderme la lengua para no gritar. Mi mejor amiga y mi novio no me creen. Necesito alguna prueba. La verdad es que sin ese móvil no tengo forma alguna de probar que ella no es mi hermana. Sabiendo que la policía no piensa hacer otra prueba de ADN sin dudar de sus afirmaciones, me pregunto si no podría hacer yo misma la prueba. Ahora estoy sola en su cuarto, rodeada de cosas que ella ha tocado y usado, y estoy convencida de que hay una posibilidad. Saco mi móvil y busco en Google pruebas domésticas de ADN. Miro varias webs y rápidamente veo que si tengo algo de pelo o mejor saliva, y la envío junto con la mía, puedo probar que no estamos relacionadas. La esperanza me ilumina como la luz del sol. Corro escaleras abajo y cojo un par de bolsitas de plástico con cierre del cajón de la cocina.

De vuelta en su dormitorio, cojo todo el pelo que puedo de su cepillo, y lo meto con cuidado en el interior de la bolsa. Luego voy al baño y cojo el cabezal de su cepillo eléctrico. Como mamá y papá tienen un baño en suite, y Olivia es la única que usa el baño principal, confío en que el cepillo sea suyo. Cojo un cabezal nuevo e idéntico del armario para sustituir al otro, esperando que ella no se dé cuenta. Con las manos temblorosas intento meter mi trofeo en la bolsa, pero con las prisas se me cae. Me agacho a recogerlo y al hacerlo, noto algo metido debajo del lavabo. No, metido no…, sujeto con cinta adhesiva. Lo arranco de la porcelana y me pongo de pie para examinarlo. Es un estuche blanco que cabe en la palma de mi

mano. Lo abro y dentro un par de iris color nomeolvides me miran fijamente, flotando en una solución clara.

Vuelvo de repente a la primera reunión con Olivia en el salón de mis padres. Yo dudaba, pero cuando mis ojos se clavaron en los suyos, que siempre me hicieron pensar en lagos glaciales y cielos de verano, pétalos de nomeolvides y de campanilla, me convencí. A mí, ese detalle me había confirmado que era mi hermana. Pero era todo fingimiento. Otro engaño.

Esto confirma más aún que es una impostora. Espero el brote de triunfo que debería acompañar al hallazgo de esa prueba, pero no viene. En cambio se abre un abismo de dolor, amenazándome con lanzarme a la oscuridad, porque mi hermana sigue desaparecida y yo sigo sola. La ira va en aumento y la cojo con ambas manos porque es mejor estar furiosa que tener el corazón roto. Cierro el estuche. Tengo que decírselo a mis padres, pero claro… ¿y si ellos no quieren creer que he encontrado las lentillas en su baño? Olivia podría asegurar que no son suyas. Miro fijamente el pequeño estuche de plástico y mi confianza mengua, porque la prueba que creo haber encontrado puede ser desmentida con toda facilidad. Tendré que esperar a obtener los resultados de la prueba de ADN. Aunque sigan escépticos, eso podría empujarlos a replantearse las cosas. Vuelvo a dejar el estuche y me voy.

Media hora más tarde aparco junto a mi casa, pero no entro enseguida. Recientemente nuestro hogar parece un museo lleno de reliquias de una relación extinta hace tiempo. Imagino a los turistas recorriendo nuestra casa. Así es como vivían, esto era lo que

comían, así es como se amaban. Desde nuestra pelea, hace tres días, Oscar y yo apenas hemos hablado. El lunes por la mañana él se fue antes de que me despertara. Había una nota en el mostrador de la cocina explicando que iba a Oxford a visitar a su primo. Debe volver hoy a medianoche, y se me pone un nudo en el estómago al pensarlo. Cuando regrese, voy a enfrentarme a él por lo de Sam y a pedirle que me diga la verdad.

Me quedo dentro del coche un rato más, barajando mis muchas preguntas, como si fueran cartas del tarot que pudieran revelarme alguna verdad elusiva. Olivia, la impostora, está relacionada con Simon Briggs, porque en casa de él encontraron sus huellas y su ADN. Es posible que él fuese asesinado y la nota fuese falsa, para que pareciese un suicidio. Pero tal como señaló Grimshaw, eso convertiría a Olivia en su asesina. ¿Por qué matar a Briggs, sin embargo? ¿Y por qué correr a mi familia, fingiendo ser mi hermana perdida? ¿Y qué hay del acosador enmascarado? ¿Es posible que sea el hombre que se llevó a mi hermana? Pero ¿por qué reaparecer ahora, y por qué seguirme?

Quiero creer que mi verdadera hermana está por ahí en algún sitio, viva y luchando para seguir así. Pero la verdad, la misma que sentí de niña, la noche que se la llevaron, en cada latido de mi corazón, en cada respiración, incluso en el rojo color de mi sangre, sigue siendo esta: mi hermana nunca volverá a casa. Ya no está.

Con el aire acondicionado apagado, el inclemente calor de agosto me cuece viva dentro del coche. Salgo. Desgraciadamente, el cielo azul y sin nubes no promete lluvia. Cuando abro la cancela me detengo, porque de pie ante la puerta principal de mi casa está Gemma. Se ha cortado el pelo oscuro desde la última vez que la vi.

Esa noche en el bar con Florence, antes del regreso de Olivia, parece que ocurrió hace años.

—Gemma —digo.

Ella se sobresalta al oír mi voz y se vuelve hacia mí.

—Estás aquí…

Asiento.

—¿Todo va bien?

Ella mira la puerta principal y luego más allá de donde yo estoy, hacia la cancela.

—Sí, sí, todo bien.

En el silencio que sigue intento encontrar una forma inofensiva de preguntarle «por qué» está aquí. Me alegro de verla, pero no lo esperaba, después de nuestra conversación telefónica, hace tres semanas.

—Iba a llamarte por teléfono, pero no sabía qué decirte —me explica—. He pensado que sería más fácil pasarme por aquí.

—¿Estás bien?

Ella asiente.

—Es que… —Se toquetea el esmalte de uñas amarillo limón, algo descascarillado—. Me he sentido culpable por estar tan fría contigo. Me dolió mucho cuando vi en las noticias que tenías una hermana. Pensaba que éramos buenas amigas, pero no saber una cosa tan grave, tan importante…

—Somos buenas amigas, Gem.

Pienso de nuevo que he invertido mucho tiempo y esfuerzo en mi relación con Florence a expensas de todas las demás, y lo lamento. Pero Florence me conocía ya antes de aquella noche. Y nuestra pena

compartida al perder a Olivia significaba que ella me comprendía de una manera que, según fui dándome cuenta, nadie más podía.

—¿Por qué no me lo contaste? —me pregunta.

Dudo, pero entonces oigo la voz de Gideon de nuevo, diciéndome que debía ser valiente. Así que le explico a Gemma que confiarle a alguien lo de Olivia siempre suscitaba preguntas que yo prefería evitar. Preguntas sentenciosas, que hacían eco a las de mi padre. ¿Por qué no llamé a la policía de inmediato? Y temía ser rechazada por otros, del mismo modo que fui rechazada por él.

Gemma me escucha y al final asiente.

—Ya veo por qué no podías abrirte. Pero mira, Caitie, la gente que importa es aquella que no se apresura a juzgarte. —Se le arruga la frente con sinceridad—. A pesar de todo, no pienso mal de ti.

Le dedico una pequeña sonrisa y deseo haber confiado en ella antes.

—Oscar no está. ¿Quieres entrar y tomar un café y hablamos como es debido?

Ella mira a lo lejos.

—No puedo.

Me echo a reír.

—¿Temes que el Nescafé te lleve a algo más duro como lattes y mocas?

Ella sonríe, pero con tristeza.

—En realidad el otro motivo por el que quería verte es para decirte adiós. Mañana cojo un vuelo. Voy a viajar unos cuantos meses.

—Pero ¿y el colegio? —le pregunto, porque la mayoría de los colegios empiezan de nuevo la semana que viene.

—Lo dejo. —Al ver mi expresión se echa a reír—. No importa. Ni siquiera tenía un puesto fijo. Solo era una sustituta. Y solo hice el posgrado en Educación porque no tenía ni idea de lo que quería hacer con mi vida. Para serte sincera, enseñar hace que me sienta fatal. No tengo ambición suficiente para trabajar e ir progresando hasta convertirme en reina del castillo más diminuto y más insuficientemente financiado del país. De modo que voy a viajar, coger algo de experiencia de la vida y reorganizarme.

Pienso en todas las veces en las que he estado sentada en mi aula, sintiendo que podía gritar de forma tan violenta, tan fuerte que conseguiría abrir mi vida en dos y salir de ella como si fuera la piel muerta de una serpiente. Nunca he reconocido ante nadie lo desgraciada que soy, sobre todo en mi trabajo, porque parece una traición hacia mis padres y la vida que deseaban para mí. Y ahora deseo, una vez más, haber confiado antes en Gemma.

—Pero ¿y tu hipoteca? ¿Buscarás trabajo cuando vuelvas?

Lo pregunto porque son precisamente las preguntas que me impiden comprar un billete de avión a mí.

—Voy a alquilar mi piso, y en cuanto al trabajo, ya me preocuparé más tarde, ¿sabes? Mi amiga Cleo tiene un estudio de fitness aeróbico y necesita que le echen una mano. En fin, que no tengo ni siquiera treinta años y hay tiempo para cambiar de camino. Si me quedan aún cuarenta años de trabajo, quiero asegurarme de que, elija la carrera que elija, sea una que me haga feliz.

Yo asiento porque estoy de acuerdo con todo. No me sorprende que haya decidido viajar. Una de las primeras conversaciones que tuvimos las dos, en la sala de profesores de nuestro primer destino,

fue sobre los sitios que queríamos visitar. Me alegro mucho por ella, claro, pero también la envidio.

—¿Por qué ahora?

—He roto con Lisa. —Levanta una mano deteniendo la condolencia que yo tenía en la punta de la lengua—. No, no te preocupes, ha sido decisión mía. Ella quería que comprásemos una casa las dos juntas, pero aún no estoy preparada para eso. Primero tengo que hacer otras cosas.

Es muy valiente. Más valiente que yo.

—Te voy a echar de menos.

—Bueno, si quieres coger un avión y reunirte conmigo unos días en las vacaciones de mitad de trimestre, sería estupendo.

«Vete con ella —me susurra mi espíritu viajero—, deja el trabajo también y vete». Y me gustaría, ya lo creo. Miro la casa y sé que no puedo hacerlo. Tengo a Oscar. Y a mis padres. Todos ellos podrían estar en peligro por el hombre enmascarado, o la impostora insidiosa.

—¿Está trabajando Oscar ahora en la oficina? —me pregunta Gemma.

—No, hace teletrabajo, pero siempre está viajando para reunirse con clientes. Hoy está en Oxford visitando a su primo.

Ella frunce el ceño.

—¿Hoy?

—Sí. ¿Por qué?

Ella aprieta los labios.

—Es que… lo he visto en Bath esta mañana. Hace un par de horas.

Noto pinchazos en la piel.

—¿Dónde?

—Estaba atrapada en un embotellamiento en Oldfield Park y él iba por Moorland. Llevaba una bolsa de viaje, a lo mejor iba de camino hacia la estación…

—No. No tenía que volver hasta esta tarde. ¿Iba solo?

Ella abre la boca. La vuelve a cerrar.

—En fin, no quiero causar ningún problema.

—No, no —la tranquilizo, intentando mantener un tono calmado y neutro.

—La he reconocido por las noticias.

—¿Qué quieres decir?

Al ver su expresión seria, noto un sobresalto de temor.

—Iba con tu hermana.

En cuanto se va Gemma saco el móvil para llamar a Oscar, pero me detengo al ver media docena de llamadas perdidas de un número desconocido. Tengo el móvil silenciado desde esta mañana. Me preocupaba que si alguien volvía a Blossom Hill House durante mi registro, mi teléfono se pusiera a sonar y me delatara. Justo en este preciso momento el número privado me llama de nuevo.

—Soy yo —dice Gideon, en cuanto contesto—. He intentado advertirte. Olivia no ha aparecido en nuestra cita. Si estás en casa, tienes que irte inmediatamente.

—Vale, ya me había ido.

Él suspira aliviado y noto un brote de afecto por él.

—¿Has conseguido lo que necesitabas?

—No. El móvil no estaba, pero he encontrado unas lentillas. Quienquiera que sea esa mujer, las ha estado usando para engañar a todo el mundo.

—Tienes que ir a la policía.

—¿Con unas lentillas que ella asegurará que no son suyas? ¿Y qué hará la policía? ¿Detenerla y quitárselas de los ojos? Ni siquiera sospechan que está mintiendo. Nadie lo sospecha. Pero tengo otra idea. —Le cuento lo del cepillo de dientes y el pelo y la prueba de ADN que he pedido.

—Tendrías que haberlo hecho hace semanas.

—Ya lo sé, ni se me había ocurrido. Al parecer la policía hizo uno ya, pero no resultó concluyente. Miré en Google cómo puede pasar tal cosa, y si dejaron que tomara la muestra ella misma, pudo tomarla mal deliberadamente o contaminarla con un poco de jabón, lejía o perfume. Todo ello puede interferir con el resultado.

Oigo el roce de la tela y se cambia el teléfono de oído.

—Pues ten cuidado. Puede ser peligrosa. En cuanto obtengas el resultado, díselo a la policía. Te tengo que dejar, mi siguiente paciente está aquí.

Colgamos y yo entro en casa. En el suelo del recibidor veo un sobre marrón tamaño A4 dirigido a mí. Es pesado, casi de diez centímetros de grosor. No tiene sello de correos, cosa que significa que lo han entregado a mano. Vuelvo a mirar la puerta, preguntándome si lo habrá dejado Gemma. Voy hacia la cocina y abro el sobre. Miro la primera página, las letras negras impresas, y me da un vuelco el estómago.

Hojeo toda la pila. Leo, y leo, y sigo leyendo. No puedo creer lo que estoy leyendo. En cuanto ha disminuido un poco la conmoción y

la realidad se abre paso, también viene con ella la rabia, la traición y la ruptura insoportable de mi corazón, porque entre mis dedos temblorosos tengo el proyecto secreto de Oscar.

35

Caitlin Arden

Espero a que vuelva Oscar. Me siento en la cocina, ante la mesa de comedor que elegimos juntos. Recuerdo que pasé la mano por el respaldo de madera de las sillas, en la tienda, y me imaginé la cenas que daríamos como pareja, nuestro hogar lleno de risas e ingeniosa conversación de nuestros amigos. Sola, en silencio, con la cabeza hirviendo de furia y pérdida, me siento como una idiota.

En las horas transcurridas desde que recibí el paquete, he leído casi todas la páginas, resistiéndome a duras penas a hacerlas trizas todas, una por una. Cuando oigo la llave de Oscar en la puerta delantera el sol ya ha bajado mucho en el cielo. Él silba mientras entra en casa. Es la canción que sonaba en el bar, en nuestra primera cita. Él no se da cuenta de nada cuando se quita los zapatos y va por el vestíbulo hasta la cocina. Huelo la comida para llevar. Él me quiere sorprender con mi menú favorito del Yum Yum Thai de Bath.

—Eh, preciosa —dice. Da la vuelta a la mesa y deposita un beso en mi mejilla insensible. Yo aprieto las manos contra la madera de roble para evitar quitármelo de encima groseramente de un

manotazo. Él está contento y animado al acercarse al mostrador y empezar a desempaquetar la cena que solo yo sé que no nos vamos a comer.

—¿Dónde has estado? —le pregunto a su espalda.

—¿No has visto mi nota? He estado en Oxford.

—¿Cuándo has vuelto a Somerset?

Y finalmente se queda quieto. Se vuelve hacia mí. Nuestros ojos se encuentran. Ve algo en mi expresión que hace que deje la comida.

—Esta mañana —reconoce.

—¿Y qué has hecho todo el día?

Él se rasca la nuca. Está tramando una mentira, pero seguro de que yo sé algo, aunque no sabe exactamente cuánto, decide rodear la verdad, por el contrario.

—En reuniones.

—¿Reuniones? —Mi voz chorrea fría incredulidad.

Silencio.

La tensión se apodera de sus hombros. Está atrapado. Pero no se da cuenta de hasta qué punto está atrapado. No se ha fijado en la pila de papeles que se encuentran pulcramente colocados sobre la mesa, delante de mí.

—No es lo que tú piensas.

Me inclino hacia delante.

—¿Y qué es lo que pienso?

Él levanta las manos.

—No lo sé…, ¿una aventura?

Yo me río porque habría sido mejor una aventura. Eso quizá podría perdonárselo.

—Estabas con Olivia.

La sorpresa atraviesa su rostro, rápidamente seguida por la rabia.

—¿Ahora me sigues o qué?

Está intentando irritarme para distraerme, pero yo sigo tranquila.

—No.

Él me mira, sin saber qué está pasando. Frustrado porque yo no muerdo el anzuelo de caer en otra discusión, intenta de nuevo desviar la conversación hacia una dirección que pueda controlar.

—Seguir a tu novio no es normal, Caitie.

—Estabas con Olivia —digo de nuevo, porque me niego a que me despisten.

Él empieza a andar de un lado a otro. Está desesperado por esconder su cita bajo la alfombra para evitar reconocer su engaño, pero la alfombra ya está llena de bultos, y un paso en falso significaría una mala caída. Un cuello roto. No queda ya espacio bajo la alfombra. Y mirándome de nuevo a los ojos, sabe que se ha quedado sin opciones.

—Sí.

—¿Lo sabe Olivia? —le pregunto.

Él se detiene. Frunce el ceño.

—¿El qué?

Espero. Doy a esta revelación inminente el silencio que merece. O quizá simplemente me esté agarrando a los últimos segundos de nuestra vida como pareja, porque en cuanto revele lo que sé, ya no habrá vuelta atrás. Ya no habrá un nosotros. Apoyo la mano en la pila de papeles y poco a poco los empujo por la mesa hacia él.

—¿Qué es esto? —me pregunta.

No respondo. Él se adelanta y coge la primera hoja. Su boca forma un círculo perfecto, horrorizado. Lentamente su mirada se levanta hacia la mía.

—¿De dónde has sacado esto?

—No importa de dónde lo he sacado, Oscar.

El pánico salvaje y fugaz en sus ojos me recuerda al de una rata que lucha desesperadamente por liberarse de una trampa.

Un silencio asfixiante, espeso como la melaza, nos ha envuelto a ambos.

—Un libro, Oscar. Has escrito un puto libro sobre el secuestro de mi hermana.

Cojo el manuscrito que está encima de la mesa y hojeo las páginas, las conversaciones que teníamos mientras íbamos paseando de la mano en torno a un parque soleado, o las tardes de martes grises en el santuario de nuestro hogar. Mis pensamientos más íntimos y privados, mis inseguridades más profundas, mis secretos más oscuros. Todo ello robado y escrito, vendido para que lo lea el resto del mundo sin mi consentimiento. Lo vuelvo a cerrar.

Oscar mira la pared de detrás de mi cabeza.

—Se suponía que no debías enterarte así.

—Ah, ¿y cómo se suponía que debía enterarme? —salto yo—. ¿En la presentación del libro, o cuando apareciese en tapa dura en Waterstones?

Él cierra los ojos.

—Ocultártelo ha sido muy duro.

—Y mira cómo lloro por ti.

Ignora la picadura venenosa.

—Quise decírtelo desde el día que nos conocimos.

El suelo bajo mi realidad se mueve y un nudo de aprensión se me tensa en la boca del estómago.

—¿O sea que has estado escribiendo este libro desde que nos conocimos? —Niego con la cabeza porque nada tiene sentido—. Pero tú ni siquiera sabías de Olivia cuando nos conocimos. Tú… —Me detengo, recordando las entradas gratis para una degustación de quesos y cata de vinos aquella noche, en la tienda gourmet de sus padres, que me llegaron por correo como respuesta a un concurso en el que yo no había participado. Él me había dicho que fue el destino. Pero no lo fue. Fue algo deliberado. Un designio de él—. ¿Así que por eso empezaste a salir conmigo…, para hacer investigación?

—Caitie…

—¿Eso es lo que he sido yo para ti?

Veo la respuesta en su cara antes de que abra la boca.

—Sí, sabía quién eras antes de que nos conociéramos. Encontré tu dirección de correo en internet. No pensaba que fueras a venir.

Yo parpadeo y miro al techo. Algo en mi interior se hace añicos. Los trozos rotos van por mi corriente sanguínea, cortando y destrozando.

—Caitie… —Su voz se rompe—. No quería enamorarme de ti aquel verano, pero lo hice, y no lamento ni un solo segundo de nuestra vida juntos.

Él viene rodeando la mesa, pero yo me pongo de pie y me alejo de él, tambaleante, agarrándome al mostrador de la cocina para no caerme.

—En St Ives decías que el matrimonio nos prestaba más credibilidad. No querías decir como pareja, sino a ti mismo como

autor.

Él aprieta los labios. Tengo razón. La ira hierve en mi interior.

—¿Te ayudó tu editora a elegir mi puto anillo?

—Te lo pedí porque quiero casarme contigo.

—¿Y presionar para que la boda sea más pronto, y no más tarde, no tiene que ver con el lanzamiento de tu libro?

Él duda solo un segundo, pero basta con eso.

—No —miente.

Me agarro al mostrador hasta que los nudillos se me ponen blancos. Respiro hondo, tragándome la rabia. Arde como un ácido.

—¿Trabaja realmente el marido de tu prima para la policía?

Sus mejillas enrojecen.

—No. Tengo un contacto en la comisaría.

Y en cuanto a Oscar se le escapó el nombre de Simon, tuvo que pensar una historia que lo explicara todo. Lo fulmino con la mirada. Mentira sobre mentira.

—¿Y la mujer con la que te reuniste, Sam, quién es?

Él suspira y niega con la cabeza.

—¿Quién es? —le presiono.

—Mi editora.

Yo asiento.

—¿De Harriers? —lo cojo por sorpresa—. He visto su nombre en la página interior. Felicidades —le digo, en tono neutro—. Es la editorial más importante del país, ¿verdad?

—Caitie…

—¿No te has parado a pensar en mis padres? Han sido muy buenos contigo, Oscar.

—Lo sé, pero se lo podemos explicar…

—¿Podemos? —Mi risa es amarga—. ¿Explicarles el qué? Que tú me has utilizado. Y me has traicionado. Has traicionado a toda mi familia.

—No es eso…

Yo me aparto del mostrador y chillo:

—¡Sí, es eso, es exactamente eso!

Él niega con la cabeza. Su descarada y arrogante negación de la verdad me pone furiosa.

—Mis padres nunca han querido estar en los medios de comunicación. Han rechazado programas de televisión, libros, todo. Lo único que han hecho en prensa era para concienciar a la gente. Tú lo sabías. Te lo he dicho. ¿Crees realmente que está bien vender la historia de nuestra familia, nuestro trauma, al mejor postor?

—Sabía que si tú podías perdonarme, ellos también podrían.

Y en ese momento noto que se rompen mis costillas, y que el hueso roto me perfora el corazón, porque él no se da cuenta de lo que está pasando. Es como un labrador al que llevan, sin que sepa nada, a la consulta del veterinario, y lo colocan en una camilla de acero. Un perro que te ha mordido y te ha hecho sangre, que te observa ahora de nuevo con una mirada suave, confiada, con la boca abierta y moviendo el rabo esperanzado. Y todo el rato, a solo unos centímetros de distancia, espera una aguja. No puedo perdonarlo. No puedo. Esto es el fin. Tiene que serlo. Pero primero tengo preguntas y necesito respuestas. Trago saliva.

—¿Sabe Olivia lo del libro?

Él asiente.

—En Harriers han estado dispuestos a tenerla a bordo para otro libro posterior, pero ella no quiere contribuir.

—Guau —digo, con fingida animación—. Ni siquiera está aún en las librerías y ya quieren una secuela. —Me froto la cara con las manos. Me está entrando dolor de cabeza pero, aun así, las revelaciones siguen—. Por eso te has puesto tan furioso cuando te he dicho que pensaba que Olivia es una impostora. Porque dañaría tu credibilidad, la continuación de la que quieres que ella forme parte, si resulta que no es quien asegura ser.

—Es Olivia —insiste él—. Me he reunido con ella hoy para hablar. Es ella, definitivamente. Estoy seguro.

—¿Cómo puedes saberlo? Hasta hace unas semanas, ni siquiera la conocías.

Se pasa los dedos por el pelo y se aparta de mí.

La inquietud repta como gusanos en mi piel.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

Él no puede ni mirarme.

—La conocí a ella antes que a ti.

—¿Qué quieres decir?

Traga saliva y abre la tapa de la caja de Pandora.

—Yo soy el Chico del Autobús.

La habitación da vueltas.

—No.

—No quiero herirte, Caitie.

La emoción me cierra la garganta.

—Demasiado tarde.

—Pasé unas semanas en Stonemill con mis abuelos, el verano que Olivia desapareció. La conocí en el autobús. Hablamos. Me enamoré de ella como un colegial. Le regalé el diario de la abeja dorada.

Me doy cuenta ahora de hasta qué punto he estado viviendo la vida de mi hermana. Quizá si no hubiese sido secuestrada, ellos dos se habrían enamorado. Quizá ella habría documentado su romance en el primer diario, igual que él le dijo que hiciera. Quizá le habría regalado uno cada año que estuvieran juntos. Quizá le habría comprado una casa, y ella habría acabado llevando el anillo que yo llevo ahora. Ese que nunca me ha parecido del todo que me perteneciera a mí. Estoy segura de que, de no haber sido raptada, lo de Oscar y yo no habría ocurrido nunca. La verdad es que ella era el premio, y yo solo la consolación. Llegan las lágrimas. La habitación se emborrona tras ellas. Él se acerca a mí. Me coge entre sus manos y yo le dejo. Unas manos que me han amado. Que han acariciado mi pelo apartándolo de la cara mil veces. Manos que han montado muebles, que me han hecho girar en nuestra cocina, que han recorrido mis muslos. Manos cuyo peso, forma y tamaño conozco tan bien como el de las mías propias.

—Cuando volvió Olivia, mi editora quería más capítulos. Por eso estaba tan agobiado. Te gritaba. Me encerraba en mí mismo. No estoy orgulloso de cómo te he tratado. Ahora no lo ves, pero todo eso valdrá la pena. Lo he hecho todo por nosotros —me asegura—. ¿Quieres irte de viaje? Estupendo, podemos irnos, Caitie. Tenemos el dinero. Harriers me paga un montón de dinero. Nos está pagando un montón de dinero. Podemos viajar un año entero, si queremos, y aun así sufragar la hipoteca. Puedes dejar tu trabajo, pintar, concentrarte en Wanderlust Illustrations, si es eso lo que quieres realmente.

Aprieta su frente contra la mía. Su aliento es cálido en mi rostro, pero a pesar del calor veraniego, tengo la piel fría.

Me está ofreciendo todo aquello con lo que siempre he soñado. Pero ¿a qué precio? Nunca más volveré a confiar en él. Si estuviéramos juntos, no sabría si es porque me ama o porque ama lo que puedo hacer por su carrera.

—Lo que quiero es que retires el libro. Dile a Harriers que ya no estás interesado.

Él se queda quieto. Su mano cae de mis hombros. Calla. Noto que el corazón me late en los labios. Le miro al pecho, con demasiado miedo de mirarle a los ojos. Pero debo hacerlo. Me obligo a escrutar su rostro y me permito una esperanza. Pero él coge esa esperanza, una flor de primavera, y la aplasta en su mano.

—No puedo.

Me arde el pecho. Lo noto tenso y me arde. No puedo respirar. No me ama lo suficiente para arreglar el daño que ha hecho. No me ama lo suficiente para intentarlo siquiera.

—No puedo —vuelve a decir, casi para sí—. Sencillamente…, no puedo —las palabras salen estranguladas. Creo que es una batalla que ha librado consigo mismo desde hace mucho tiempo. Y antes siquiera de que yo hiciera la pregunta él sabía la respuesta, solo esperaba no tener que pronunciarla nunca—. He cometido errores en esta relación —me dice—. He mentido. Te he mentido desde el primer día. Pero te quiero. Te quiero aunque tú también hayas cometido errores, Caitie. Querías viajar más de lo que deseabas casarte conmigo. Por eso no acababas de fijar una fecha.

Quizá, pienso, pero a lo mejor había algo en mi interior que me decía que no podía confiar en él. Igual sentía que me estaba mintiendo. Siempre mintiendo. Y cuando lo descubrí, se desvivió para conseguir que yo me cuestionara mi cordura.

No, eso no es amor. O al menos no es el amor que yo quiero. Noto que las palabras salen de mi boca antes de darme cuenta siquiera de que las he dicho.

—¿Oscar? Creo que esto se ha acabado. No podemos seguir.

No puedo creer haberlo dicho. Estoy tan asombrada como él. Me vuelve a coger la mano entre las suyas. Que él me cogiera la mano antes me hacía sentir segura. Pero ahora no. Ya no.

La suelta.

—¿Quieres que rompamos? —me pregunta.

Yo asiento.

Él mira al techo. Su pecho sube y baja, luego vuelve a subir.

—De acuerdo.

Noto una cierta decepción al ver que él no lucha por nosotros. Intento apartar las lágrimas parpadeando, y me pregunto si él quiso alguna vez un futuro conmigo o si, sencillamente, se convenció de que era así para sentirse algo mejor al utilizarme. Ahora ya tiene todo lo que necesitaba de mí, de nosotros, y que terminemos no le parece mal. Está de pie ante el precipicio de una vida que siempre ha querido, como autor publicado. Una vida que sus padres le habían negado. Ahora, sin embargo, puede ir y presentarles una historia de éxito. Por lo que ha dicho del dinero, puede dejar la carrera de informática que nunca quiso y seguir teniendo una estabilidad financiera. Y lo único que le va a costar soy yo. Le parece bien, y yo también tengo que aceptarlo.

Aspiro la traición, la violación, la ira y el dolor, y luego los expulso. Los dejo salir. Volverá todo a mí de nuevo en momentos de tranquilidad durante los meses o incluso años venideros. Por ahora, sin embargo, lo espiro todo en el aire y le pido que haga la maleta.

Me quedo sentada en la mesa del comedor y oigo los ruidos que hace al irse. Cajones que se abren y se cierran. Una maleta que sale de debajo de la cama de la habitación de invitados. Los objetos de tocador recogidos del baño. Aparece en la puerta de la cocina, con los ojos rojos, cansado.

Levanta una mano.

—Adiós, Caitie.

Por un momento la realidad de que en breve estaré sola, completamente sola, me aterroriza, y abro la boca para rogarle que se quede. Pero luego pienso en las palabras que ha escrito, «mis» palabras, las que parece que se han arrancado de mi boca como dientes sin anestesia, y sé que él tiene que irse.

Levanto la barbilla.

—Adiós, Oscar.

Y entonces él se va y yo me quedo sola.

36

Elinor Ledbury

Ninguno de los dos puede pensar con claridad con el tío Robert tirado en el suelo y una sopa de entrañas desparramadas por la alfombra, así que lo envuelven en la alfombra. De todos modos ya está estropeada, empapada en sangre.

Trabajan en silencio, hablando solo cuando es preciso.

—La mano…

—Ya lo sé. Cógele la pierna.

—La tengo.

Lo arrastran hasta los bosques de sus tierras. Heath se ofrece a cavar la fosa él solo, pero Elinor coge una pala del cobertizo y se pone a trabajar a su lado. La tierra está congelada. Cavan durante horas en la oscuridad y el frío. Cuando acaban, con la ropa manchada de sangre y tierra, Heath va a tocar a Elinor, pero ella aparta su mano de un manotazo, cae de rodillas y vomita en las hojas congeladas junto a la tumba. Vagamente, Elinor se pregunta qué pensaría Flynn si pudiera verla ahora con la boca manchada de vómito y las manos cubiertas por la sangre seca de su tío asesinado.

Después de quemar la ropa que ambos llevaban, van adentro y se duchan. Elinor se frota la piel hasta que se le pone roja. Cuando sale el sol, llenando poco a poco Ledbury Hall, y espumeando como el champán, caen en la cama enorme de Elinor y se quedan dormidos, abrazados el uno al otro.

Por la mañana ella se despierta con el corazón en la boca. Está sola. Va en busca de Heath y lo encuentra en el estudio. Está sentado en la silla del tío Robert, con una bebida en la mano. Es el mismo vaso que usaba su tío momentos antes de morir. Está un poco descascarillado por el sitio donde cayó al suelo, y hay una manchita roja en el borde. Heath tiene unas ojeras muy oscuras, color ciruela. Elinor no cree que haya dormido más de unos minutos, en el mejor de los casos.

Ella se pone en cuclillas ante él. El aire está quieto, estancado. Elinor aspira el olor a lejía y seguramente, por debajo de este, el punto metálico de la sangre.

—¿Qué hacemos si la gente nos pregunta por el tío Robert? —le plantea, en voz baja.

Él bebe un sorbo de whisky.

—Nadie hará preguntas. No tenía a nadie más que a nosotros.

Ella se humedece los labios resecos.

—¿Y su empresa no lo buscará?

—Su antigua empresa. Decías que lo habían despedido.

—Sí, eso es. Eso fue lo que me dijo.

—Entonces, no.

Silencio.

Ella sabe que su hermano quiere que lo dejen solo, pero no cree que sentarse ahí mirando el sitio donde murió su tío sea bueno para

él.

—Ya sé que no querías… —traga saliva— hacer lo que hiciste. Pensabas que me estaba haciendo daño. Fue un accidente. No querías matarlo, Heath.

Él la mira con expresión dura, inaccesible.

—Sí —replica—, sí que quería.

Se acaba el resto de la bebida, se levanta y sale de la habitación.

Elinor tiene pesadillas. Sueña con niñas atrapadas en altas torres y hombres que caen de ellas, con el pecho abierto como granadas. Se esfuerza por comer. Por hacer cualquier cosa, en realidad. Está agobiada constantemente, temiendo que los cojan a Heath y a ella. Que los saquen a los dos de su hogar y los encierren lejos.

Los días se convierten en semanas y Heath ya raramente está sin una copa de vino en la mano, y se enfurece con facilidad. Sus ataques de ira casi siempre acaban con algo roto, un vaso, un marco, incluso una puerta. Ella empieza a tener la sensación de estar viviendo en una casa con un perro rabioso: un movimiento en falso y la morderá. Se da cuenta, con una gran tristeza, de que por primera vez en su vida su hermano no es el lugar más seguro para ella.

Una y otra vez ella recuerda los últimos momentos que compartió con su tío Robert. Había llegado a sentir lástima por él. Quería consolarlo. Esperaba que aquello fuera el principio de una conexión más intensa con él. Que las cosas fuesen distintas. Mejores. Y entonces Heath le disparó como si no fuera nada más importante que un conejo. El tío Robert fue cruel con los Ledbury, pero ¿se

merecía ser asesinado? No era ningún secreto que Heath era el más afectado por la brutalidad de su tío, pero al matarlo, Heath los había condenado a ambos a una vida de incertidumbre y miedo, siempre mirando por encima del hombro. Por lo que respectaba a Elinor, había cambiado una existencia llena de temor por otra. El resentimiento hacia su hermano ha ido creciendo en su interior como el moho negro. A causa de él, ella conoce el olor de la sangre humana. A causa de él, sabe cómo duelen los músculos después de horas cavando una fosa. A causa de él, ella no puede ni siquiera mirarse en el espejo. Pero se traga su ira, porque Heath es lo único que le queda.

Y más que nada, lo que desea ella es pertenecer a otra familia y convertirse en otra persona.

37

Caitlin Arden

Han pasado tres días desde que se fue Oscar. Se aloja en un hotel de Bath. Estuvimos de acuerdo en no decirle a nadie que nos separábamos hasta ver cómo le dábamos la noticia de su libro a mis padres. Se publica en octubre, justo a tiempo para arrasar en las ventas navideñas. Noto mis tripas retorcidas como una bayeta escurrida, al pensar en verlo en las librerías, supermercados, aeropuertos… Pienso en mi padre, que siempre se ha entendido mejor con Oscar que conmigo. Me pregunto si me llevaré yo la culpa por el engaño de Oscar. Al fin y al cabo, yo soy la razón de que pudiera acercarse tanto a mi familia.

Mis padres se sintieron muy orgullosos cuando me compré esta casa. Estoy segura de que no estarán tan contentos cuando llegue el momento de venderla. Pero me alegraré, la verdad. Ya no me parece un hogar para mí. No lo es desde hace semanas. Me pregunto dónde acabaré. Si tendré que compartir casa, o si podré permitirme un sitio para mí sola. Se avecinan muchos cambios, mucha incertidumbre. Eso es lo que pasa con las rupturas, que no solo lloras a la persona

a la que amabas, sino también la vida que planeasteis juntos. Todo desaparecido, se lo llevó el viento.

La casa está muy silenciosa, un recordatorio constante de que estoy sola. La soledad antes era como una ola que amenazaba con romper por encima de mi cabeza y ahogarme, pero ahora, desde que Oscar se fue, se ha convertido en algo mucho más salvaje. Algo que me araña, feroz. Pero lo aparto de mí. Lo echo a un lado. No hay tiempo que perder, porque mañana es el día de la boda de Florence. Dentro de unos minutos nada más, me pondré en camino para ir al hotel y pasar la noche allí, antes del gran día. Fue idea de Florence. Su forma de negarme la menor oportunidad de llegar tarde a los preparativos matutinos, cosa que, para una persona tan exageradamente puntual como Florence, es un pecado capital. Hay un programa muy apretado de peluquería y maquillaje y fotos preboda, y he «prometido» llegar a tiempo. Dormir en el mismo edificio garantiza que no hay excusa posible.

Me llevo mi pequeña bolsa de fin de semana al coche y entonces veo un pósit que se encuentra bajo la consola del recibidor. Lo cojo.

«Tenías que saberlo. Te veré pronto».

No reconozco la escritura. La leo varias veces intentando entender de dónde viene o con qué se relaciona. Entonces me doy cuenta…, el manuscrito. Me veo a mí misma andando hacia la cocina desde el recibidor, abriendo el sobre marrón. No busqué ninguna nota. Pero es esta, claro. Debió de caerse.

No he pensado mucho en quién pudo ser el responsable de enviarme ese libro. No me importaba. Lo único que me importaba era que los últimos cinco años de mi vida se han construido sobre mentiras y manipulación. Entonces, ¿quién es mi remitente

anónimo? ¿Y cómo es que tenía un ejemplar del libro de Oscar? Gemma estaba delante de mi casa, aquel día… ¿es posible que el verdadero motivo de que apareciera allí sin anunciarse fuese para entregar el manuscrito? Pero ¿por qué? ¿Cómo podría haberse embrollado en todo esto? Supongo que las únicas personas que saben algo de un futuro libro son los que están trabajando en él, o lo publican, o bien… ¿y Florence? Es narradora de audiolibros para Harriers. Solo hace unas semanas estaba narrando el siguiente éxito de Noah Pine. Es plausible que tuviera acceso a otros proyectos venideros. Pero es mi mejor amiga… ¿O lo fue solo hasta hace poco, o de otro modo me lo habría dicho personalmente?

Y luego está Olivia. Oscar le confió lo del libro y desde el principio a ella no le cayó bien, y me sugirió que podría encontrarme una pareja mejor, un marido perfecto. Había atribuido esa conversación a una preocupación fraternal, pero si ella no es mi hermana, entonces, ¿por qué le preocupa con quién tengo o dejo de tener una relación?

En el momento que el hombre enmascarado irrumpió en nuestra casa, supusimos que no se había llevado nada, pero ¿y si no fue así? Estuvo hurgando en el estudio de Oscar. ¿Y si lo que se llevó fue… el manuscrito? El ordenador de Oscar estaba allí, y lo único que habría tenido que hacer es copiar sus archivos en un USB que se puede ocultar fácilmente. O incluso puede que se llevara una copia física. Cuanto más lo pienso, más segura estoy de que él fue el responsable. No puedo ir a la policía; ellos no creyeron que nadie hubiese entrado en la casa, de modo que no harán nada por una simple nota anónima en un pósit.

«Te veré pronto».

El miedo me hace temblar cuando su amenaza penetra en mi interior.

No, no es una amenaza, de eso me doy cuenta, es una promesa.

Cuarenta minutos más tarde llego a Fawsley Hall. Es un bonito hotel rural. Un edificio de piedra con ventanas de arco y las vigas vistas. Florence y Daniel cenarán con sus padres en una sala privada. Solo un puñado de invitados a la boda nos alojaremos aquí hoy. Son casi las siete de la tarde y no he comido nada en todo el día. Todo lo que me llevo a la boca me sabe a pelusa. Decido que, en cuanto me registre, pediré algo al servicio de habitaciones. Al acercarme a la recepción con mi bolsa recuerdo que Oscar y yo habíamos planeado disfrutar del spa y cenar en el restaurante juntos para aprovechar la ocasión al máximo. Esta mañana he mandado un mensaje a Florence para disculpar la ausencia de Oscar y explicarle que se encuentra mal, con gripe. No quería mentir, pero ¿para qué cargarla con la verdad, la noche anterior de pasar por el altar? Todo el mundo conoce esa regla no escrita de no molestar a la novia justo antes del gran día.

Quizá cuando vuelva de la luna de miel y yo tenga el resultado de la prueba casera del ADN para demostrar que Olivia no es Olivia se lo explique todo. Hasta entonces, sonreiré, diré que sí a todo, me disculparé y mentiré.

La recepcionista me tiende las llaves de mi habitación. Dos copias. He olvidado informar al hotel de que Oscar no vendrá. Estoy a punto de devolver una cuando noto que hay alguien justo detrás de mí. Me vuelvo en redondo y las llaves se me caen de la mano. Allí de pie,

demasiado cerca de mí, con un vestido largo hasta el suelo color rosa maquillaje, está Olivia. Lleva un libro de tapa dura en la mano, y detrás de ella veo una biblioteca con sofás mullidos y estantes del suelo al techo llenos de novelas. En una de las mesitas auxiliares de madera oscura se encuentra la tacita de té que ella ha abandonado. Me inclino a recoger las llaves de mi habitación y el folleto del hotel que se me ha caído, pero ella es más rápida. Yo me exaspero ante su sonrisa de mosquita muerta y se las cojo y me las meto rápidamente en el bolso.

—¿Te acabas de registrar? —me pregunta.

—No, estoy haciendo malabares, en realidad.

Ella decide ignorar el sarcasmo.

—¿No viene Oscar?

La miro en silencio.

—Qué lástima —se lamenta ella—. ¿Está enfermo?

Le brillan los ojos. Sabe que él no está malo. Levanto la barbilla.

—¿Has decidido no hablarles a mis padres de su libro, entonces?

Ella sonríe.

—Prefiero no mancharme las manos.

El odio por esa impostora me enrojece las mejillas. Cojo el asa de mi bolsa de fin de semana, conteniendo a la fuerza el deseo de desenmascararla.

—Ah —me dice—, y Florence me ha pedido que te recuerde que no debes llegar tarde a la suite mañana. Es a las ocho de la mañana, en la habitación veintidós.

Se me eriza el vello porque esta mujer, esta desconocida, ha provocado una auténtica revolución en mi vida, la ha roto a pedazos y se los está llevando a la boca, hasta que no quede nada más que

migas. Quizá sea infantil, pero odio que sea ella precisamente quien me transmita mensajes de «mi» mejor amiga.

—Así que no llegues tarde, ¿de acuerdo? —me sugiere, toda condescendencia y falsas sonrisas dulzonas.

Yo la miro a los ojos buscando señales de que lleve lentillas. Son exactamente como recuerdo los ojos de mi hermana. Pero la mirada de esta mujer es fría, desprovista de amor y calidez. Noto una añoranza de ella que es muy fuerte, es como un dolor en el pecho.

—¿Conoces a mi hermana? —Espontáneamente, la pregunta sale de mis labios, mi voz triste y pequeña, y nos sorprende a las dos—. A mi auténtica hermana, quiero decir. La echo de menos. La echo tanto de menos, ella…

El vestíbulo se llena de ruidos de las maletas de ruedas sobre la madera, y la aguda conversación del grupo de mujeres que las llevan. Miro en su dirección y reconozco a un par de ellas, y me doy cuenta de que también han venido para la boda. De repente noto unos dedos que se clavan en mis brazos y me atraen cerca. Noto el aliento de Olivia contra mi oído. Desde lejos, parece que me está envolviendo en un abrazo afectuoso, pero me está apretando tan fuerte que me saldrán moratones.

—Él te está vigilando —susurra, frenética, temerosa—. Vete, Caitie, corre, corre.

—¿Olivia? —chilla una mujer, emocionada.

Ella me suelta y da un paso hacia atrás. Cuando lo hace veo el terror reflejado en su cara, como un relámpago a través de un cielo oscuro, y luego todo desaparece y se ve sustituido rápidamente por una sonrisa que es como un rayo de sol, al volverse ella hacia el grupo de mujeres. Reconozco a la pelirroja del vestido azul marino.

Es Laura, la madre de Natalie, la que me reconoció el último día de curso.

—Olivia —dice otra vez—. Madre mía, no me lo puedo creer.

Me quedo apartada de su reunión. Las mujeres envuelven a Olivia, rivalizando entre sí para hablar con ella. Una vez más es la abeja reina. Las demás zumban a su alrededor, desesperadas por situarse en la corte. Luego se la llevan hacia la biblioteca. Yo la veo alejarse, con el corazón desbocado.

«Él te está vigilando. Vete, Caitie, corre, corre».

El miedo se extiende por mi interior como una niebla fría y oscura.

Me voy dando tumbos, con el pecho tenso, y subo a mi habitación para dejar la bolsa. Me cambio rápidamente y vuelvo a la biblioteca, y planeo esperar para alcanzar de nuevo a Olivia cuando haya terminado su reunión improvisada. Pero cuando llego allí, ella y el grupo de mujeres ya se han ido. Salgo por los alrededores del hotel y entro y salgo de distintas salas, hasta que me intercepta un miembro del personal.

—¿Puedo ayudarla en algo? —pregunta el alto y fibroso empleado de recepción. La mujer con la que me registré ha desaparecido también.

—Estoy buscando a… mi hermana —digo, aunque la palabra se me atasca en la garganta—. Olivia Arden. ¿Sabe en qué habitación se aloja?

—Lo siento —dice el hombre, con suavidad—. No puedo divulgar información de los huéspedes. ¿Puedo hacer algo más por usted?

—Es que tengo que ver a mi hermana, de verdad.

Su sonrisa es tensa pero profesional.

—Lo siento mucho, pero debido a la política de protección de datos no puedo proporcionarle esos detalles. —Mira el teléfono que yo llevo en la mano—. ¿Ha intentado llamar a su hermana para preguntarle dónde está?

—No…, lo haré ahora mismo. —Me aparto a un lado y empiezo a buscar su número.

—Perdóneme —me dice—. No permitimos el uso del móvil en esta zona. —Y me muestra educadamente una señal discreta en la pared.

Intento no bufar y salgo corriendo fuera. Todavía hace un calor horrible. La llamada acaba en el buzón de voz, tres veces. Frustrada, vuelvo a la recepción, donde me encuentro otra vez con la tensa sonrisa del recepcionista fibroso.

—Mire —suplico—, no consigo comunicarme con mi hermana. Estoy aquí para la boda Odell-Fox, que es mañana, y realmente tengo que verla, urgentemente. Somos las damas de honor y tenemos una… —miro a mi alrededor— una emergencia relacionada con la boda.

—Siento mucho oír eso —dice él, con un tono que me asegura que no lo siente en absoluto—. Pero me temo que no le puedo ayudar.

Me quedo mirando su fino bigote y decido que es una de esas personas a las que les gusta la moqueta en el baño y piensa que los sándwiches mixtos son emocionantes.

—¿Necesita que alguien le enseñe su habitación? —me pregunta, que es el equivalente en recepcionista de «por favor, lárguese de una puta vez de mi mostrador».

Vuelvo a mi habitación antes de que llame a seguridad y me echen del hotel. Acaricio la idea de llamar a todas las puertas hasta encontrarla, pero este sitio es enorme y al final alguien acabaría por

denunciar a la mujer loca que va de habitación en habitación, como si fueran la maldita Gestapo.

No. Iré a la habitación de Florence temprano y esperaré fuera a que llegue Olivia para poder interrogarla antes de vernos atrapadas en la confusión de vestidos a juego, *prosecco* y laca. Enchufo mi teléfono y pongo la alarma para que suene a las seis de la mañana.

Pero no puedo dormir. Estoy en la cama, despierta, mirando al techo. No puedo dejar de pensar en la advertencia que me ha susurrado Olivia frenéticamente, llena de terror.

«Él te está vigilando. Vete, Caitie, corre, corre».

Me noto como un muelle a punto de saltar, salgo de la cama y me acerco a la ventana. Me imagino al hombre enmascarado de pie en el patio de abajo, mirando hacia mi habitación. Respiro hondo y abro las cortinas. Está oscuro ya. El césped ha adquirido un tono de gris opaco, el estanque es como una boca abierta, y la luna cuelga en el cielo como un solo ojo vigilante. Pero no hay ningún hombre enmascarado. Nadie acecha. Vuelvo a la cama, pero sigo sin poder dormir. Cierro los ojos y me imagino que mi mente es un edificio lleno de habitaciones. Hay un vigilante cuyo trabajo consiste en ir a cada una de ellas y apagar la luz. Me digo a mí misma que cuando el edificio quede totalmente a oscuras, podré dormir. Pero el edificio se va ampliando sin cesar, y se añaden habitaciones una tras otra. El vigilante empieza a correr por los pasillos y las luces parpadean con toda nueva adición. Agitada, me vuelvo de lado, apartada de la lucecita del teléfono que me dice que se está cargando.

Las preguntas revolotean en torno a mi cabeza como moscas. Intento cogerlas al pasar zumbando. ¿Quién es la mujer que se hace pasar por mi hermana? ¿Por qué ha decidido ahora advertirme?

¿Mató ella a Briggs? ¿Está trabajando «para» el hombre enmascarado o «contra» él? ¿Por qué han tomado como objetivo a mi familia? ¿Conoce ella a mi auténtica hermana? ¿Es así como ha convencido a todos los demás de que no está mintiendo? ¿Las secuestraron juntas? Si es así, ¿dónde está mi hermana ahora? ¿Y cómo puedo salvarla?

Me despierto de golpe. Respiro con dificultad porque mi mente aún tiene que librarse de los últimos jirones de una pesadilla. Me aprieto el pecho con la mano y noto el latir desbocado de mi corazón. La habitación está a oscuras, pero a través de la rendija de las gruesas cortinas entra la luz del sol. Noto la boca llena de arena y la cabeza me resuena. No creo que haya dormido más de dos horas. Pero no ha sonado la alarma, así que quizá pueda esforzarme y dormir un poco más. Cojo el teléfono y frunzo el ceño porque no vuelve a la vida de inmediato. Está apagado. ¿Cómo puede ser? Yo no lo apagué antes de meterme en la cama. Sé que no lo hice. Aprieto el botón de encendido y espero. Cuando la hora parpadea en la pantalla, noto que el estómago se me cae hasta los pies.

—Mierda —salgo a toda prisa de la cama. Llego tarde. «Muy» tarde. Tendría que haber estado en la habitación de Florence hace media hora. Después de tomar la ducha más rápida del mundo, me visto y corro hacia la habitación 22. Llamo, una y otra vez, y…

La puerta se abre. Aparece un hombre confuso, con el pecho desnudo. Está claro que la habitación no es la correcta. Me disculpo y vuelvo corriendo al vestíbulo. Voy a la recepción y casi suelto un taco cuando veo al recepcionista con el que tuve el placer de tratar

ayer, y desgraciadamente para mí, se muestra tan poco colaborador como si fuera para él un deporte olímpico. Me cuesta quince minutos y una conversación con un miembro del personal distinto y más complaciente que me dé el número correcto de habitación.

Habitación 17, no 22, como me había dicho Olivia.

Llamo a la puerta. Responde una mujer de caderas anchas con el pelo muy brillante. Tiene el ceño fruncido.

—Tú debes de ser Caitie —me dice, con tono de reproche—. Soy Cheryl, la estilista.

Miro hacia el fondo, al enorme y luminoso espacio con las vigas a la vista y una cama tamaño extragrande. Por debajo de la música se oyen las idas y venidas de la conversación. Los preparativos matutinos ya están en marcha. No quiero entrar ahí. Me parece como meterme en unas aguas infestadas de tiburones, pero no puedo pasarme todo el día en la puerta, así que acabo de entrar, con la cara roja y avergonzada. Florence lleva un albornoz color marfil, y está de espaldas a mí, hablando con Olivia y una mujer que lleva un perfilador de labios en la mano y que supongo que es la maquilladora. A un lado está la madre de Florence, Susan, y su tía May. Una mujer esbelta y atractiva, vestida de negro y que lleva una cámara de aspecto caro está sacando fotos informales de la novia y su dama de honor. Poco a poco todos los ojos se vuelven para observarme y tengo la horrible sensación de que un grupo de mujeres recientemente ha estado hablando de mí.

Florence me fulmina de forma abrasadora. Junto a ella, la boca de Olivia esboza una débil sonrisa de satisfacción. Ignorándola, me enfrento a la mirada acerada de Florence con una suplicante y seria por mi parte.

—Lo siento mu…

—Tu albornoz está en la cama —replica Florence, fríamente.

Las otras mujeres intercambian una mirada incómoda.

Yo asiento, cojo el albornoz y hago un esfuerzo tremendo por ir al baño andando y no corriendo. Me cambio y me salpico la cara con agua fría.

No puedo creer que haya llegado tarde. Si mi teléfono no hubiera estado apagado, si no me hubieran dado el número de habitación equivocado… Estoy segura de que Olivia ha entrado en mi habitación muy temprano y lo ha apagado. Quizá me quitó la segunda tarjeta cuando se me cayeron en el vestíbulo. No llegué a devolver la de Oscar y no comprobé si las tenía a las dos.

Esta mañana, todo rastro del miedo que vi en Olivia ayer ha desaparecido. ¿Hizo esos comentarios extraños y ominosos solo para asegurarse de que no durmiera esta noche? Me ha tendido una trampa tras otra y yo he caído en todas y cada una de ellas, como ella esperaba que sucediera. La rabia arde como un fuego en mi pecho. La odio. De verdad, la odio. ¿Por qué está intentando arruinar mi vida? Intenta introducir cuñas entre mí y las personas que amo hasta que se forman abismos irremontables y me quedo sola en una roca árida. Me recuerdo a mí misma que hoy no se trata de mí, sino de Florence, y aunque creo que ha sido Olivia la que ha preparado esta situación, el caso es que he llegado tarde a las celebraciones de la boda de mi mejor amiga, cuando le prometí que no lo haría. Me siento llena de nervios y luchando para suprimir la rabia, y salgo del baño.

Naturalmente, como novia que es, Florence, no está sola ni un segundo, por lo que no puedo acercarme a ella para explicarme o

disculparme. Por el contrario, intento ayudar y mostrarme lo más animada posible. Me convierto en camarera, en limpiadora y hasta en lavandera. Organizo y limpio la habitación para asegurarme de que sea un fondo perfecto para las espontáneas fotos prenupciales, preparo bebidas para todo el mundo y hasta me esfuerzo en sonreír cuando Olivia me pide que le vuelva a hacer el café que le he preparado. Repaso nuestros vestidos con vapor, y acabo con dolor de hombros al intentar eliminar hasta la menor arruga de la seda color verde salvia. Entre tarea y tarea, poso para las fotos e intento no fijarme en el hecho de que mientras Florence pasa afectuosamente el brazo por la cintura de Olivia, deja un hueco de cinco centímetros entre ella y yo. La mañana transcurre en un revuelo de champán y fotos, tenacillas para rizar y máscara de pestañas.

Pronto Florence lleva ya su vestido. Tiene el escote cuadrado y unos tirantes con perlas y un dobladillo asimétrico que le permite exhibir los zapatos caros que se ha comprado pero que todavía no se ha puesto. Su melena corta oscura, muy parisina, se la han arreglado con unas ondas sueltas y una sencilla diadema con perlas. Lleva los labios pintados, como siempre, de su color escarlata habitual. Ahora mismo está a un lado, recibiendo instrucciones de su organizadora de bodas, Zara.

—¿Pueden venir una de las damas y la dama de honor? —pregunta la fotógrafa.

Abro la boca para corregirla y decirle que las dos somos damas de honor, pero la cierro de nuevo porque en realidad no importa. Pero aun así, la sonrisa de Olivia es demasiado presuntuosa para ser encantadora. Nos piden que posemos ante el gran ventanal. Ya

llevamos los vestidos puestos, el pelo arreglado y el maquillaje hecho. Olivia está perfecta, con su melena ondulada larga hasta la cintura cayendo a su espalda como una cascada brillante. Tiene las pestañas y las piernas muy largas, y la cintura diminuta. Pasa un esbelto brazo a mi alrededor y yo me contengo, aunque querría darle un manotazo a esa desconocida y apartarla de mí.

Sonreímos a la cámara.

—Ahora la una a la otra.

De mala gana vuelvo mi cara hacia ella. Es tan guapa que duele. Su piel es suave y jugosa. No me extraña que haya seducido a la nación entera con su trágica historia porque, por supuesto, de los labios de las chicas guapas nunca salen mentiras feas.

La cámara va tomando fotos.

—Sonríe —ordena la fotógrafa.

Y obedeciendo a la indicación, Olivia me dedica la sonrisa más brillante, mientras la mía parece forzada y apayasada.

—¡Ya han llegado los zapatos! —chilla Florence. Nos volvemos y la vemos con un par de zapatos de tacón carísimos color amarillo de diseño en la mano. La fotógrafa se vuelve loca.

Florence se sienta con delicadeza en una silla para ponérselos.

Olivia me aprieta la cintura para llamar mi atención.

—Son de color… —me susurra—, ¿aureolina?

Vuelvo a aquel día en el parque cuando estábamos junto a los girasoles, riéndonos tanto que se nos arrugaban las comisuras de los ojos. Sonrío ante ese recuerdo y Olivia también, y su rostro se ilumina con la sonrisa.

—Aureolina —susurra de nuevo, vencida por la risa.

Clic. Clic. Clic.

La cabeza me da vueltas. La fotógrafa está sacando un millón de fotos de mí y de Olivia. De mí y de una desconocida. De mí y de la impostora. La risa que había brotado de mi pecho se marchita y me aparto de ella y de sus estúpidos juegos. Olivia parece herida por el rechazo. Dolida de verdad. Yo la miro, asombrada. Ella es como un péndulo, y pasa de maliciosas sonrisas y provocadoras observaciones a la risa y al afecto fraternal. Notando la tensión, la fotógrafa se aparta de nosotras.

La ceremonia ya se acerca. Me quedo de pie junto a la ventana y miro a los invitados que se arremolinan en el patio, abajo. Veo un momento a mis padres: mamá con un tocado color lavanda y papá con una corbata a juego.

—No falta mucho ya —dice Florence, apareciendo a mi lado—. Estás muy guapa.

Levanto una mano y me toco el peinado semirrecogido de estilo sencillo que ella eligió.

—Es enteramente gracias a ti. ¿Recuerdas la boda de Emma?

Ella hace una mueca.

—Ay, sí, madre mía… Insistir en que las damas de honor lleven todas coleta baja es un acto de agresión.

Nos sonreímos la una a la otra y al final el hielo se funde.

Sabiendo que no tenemos mucho tiempo y deseando despejar el aire, aprovecho la oportunidad.

—Lo siento muchísimo, Florence. Mi teléfono se apagó, no sé cómo, y me dieron el número de habitación equivocado, y…

—No importa —dice ella, interrumpiéndome con amabilidad—. Antes me he enfadado, pero… —suspira—. Ya está hecho, ¿no? Estás aquí, que es lo principal. Solo que… ¿me prometes que no

habrá más sorpresas? Quiero que la boda vaya lo mejor posible a partir de ahora.

Yo asiento.

—Por supuesto. Te lo prometo.

Ella me da un abrazo. Yo aspiro el aroma familiar de su perfume Jo Malone Fig and Lotus Flower, y oigo el clic de la cámara que sostiene la fotógrafa. Por encima del hombro de Florence, Olivia nos contempla. El humor y el afecto de antes han desaparecido. Ahora sus fríos ojos azules se clavan en los míos y una sonrisa lenta y maliciosa se extiende por su cara.

38

Caitlin Arden

Estamos reunidos en el vestíbulo que conecta con el salón de ceremonias. Oigo los murmullos emocionados de la gente, esperando con impaciencia la llegada de la novia. Yo también ardo de anticipación y nervios. No debo tropezar. Florence me matará si acabo despatarrada en el suelo del pasillo. Ya he causado suficiente drama y estrés.

A Florence le tiemblan las manos, cosa que me sorprende, porque lleva toda la mañana muy calmada, pero ha pasado la mayor parte de su vida en escena, es actriz. Creo que hasta ahora mismo no se ha dado cuenta del peso que tiene este momento para ella. Me mira mordiéndose el labio inferior, y siento un pinchazo de alegría abrumadora al ver que se ha vuelto precisamente hacia mí.

Paso junto a Olivia para ponerme de pie junto a mi mejor amiga.

—Respira hondo —le digo—. Recuerda: solo Daniel y tú.

Parte de la tensión desaparece de sus hombros. Asiente.

—Daniel y yo.

Nos sonreímos la una a la otra y noto una oleada de amor por ella.

El cuarteto de cuerda empieza a tocar «She burns», de Foy Vance.

Entonces me toca a mí recorrer el pasillo bordeado de velitas. La organizadora de bodas nos ha dado instrucciones estrictas de mantener la cabeza alta, los hombros hacia atrás, las flores bajas, la sonrisa amplia y caminar despacio. La sala está preciosa, con su techo abovedado y su enorme ventanal que da al jardín de rosas, desde el cual entra una luz dorada, haciendo que todo brille. Veo a mis padres. Mamá se seca los ojos y yo sé que desearía que fuese yo la que llevara el bonito vestido blanco. Se le va a romper el corazón cuando se entere de la ruptura.

Mi padre me sonríe ampliamente, con una sonrisa genuina y sincera, y yo le sonrío también. Todavía estoy regodeándome en el calor de su afecto cuando ocupo mi lugar al frente. Entonces viene Olivia, deslizándose suavemente hacia mí. Está preciosa. Recatada. Brillante. Ahora, en este momento, veo por qué algunas mujeres eligen deliberadamente que sean sus amigas menos atractivas las que hagan de damas de honor, porque Olivia es la que acapara todo el protagonismo. Miro a mi alrededor y noto las miradas hambrientas y acaloradas que le dedican los hombres, y las envidiosas de las mujeres.

La música sube de volumen y justo en ese momento entra Florence. Sonríe y sujeta contra su pecho el ramo que lleva, con girasoles y rosas. Ya está: para el resto de su vida, y al final de cada día por terrible que sea, podrá volver siempre con Daniel, y no tendrá que preocuparse nunca más por despertarse sola. Noto un pinchazo de envidia que se ve ahogado rápidamente por una oleada de felicidad, porque se merece mucho todo esto.

Cuando llega al altar y Daniel la admira en todo su esplendor, pensando «no puedo creer la suerte que tengo», veo repentinamente la cara de Oscar el día que me pidió matrimonio y le dije que sí. Había organizado una lección de arte privada, cosa que me pareció un poco rara, porque no sabía dibujar ni un muñeco de palotes. El profesor nos dijo que pintásemos un momento de felicidad de nuestra relación. Cuando pasó la hora, Oscar dio la vuelta a su caballete con un floreo y yo me quedé pasmada, viendo una acuarela bellísima… que obviamente no era obra suya. Reconocí al instante una obra original de mi artista favorito. En esa mismísima habitación estábamos Oscar y yo, él de rodillas, y sacando una cajita con un anillo, yo tapándome la boca con las manos, con deleitada sorpresa. Él había encargado aquel cuadro especialmente. Todavía está colgado en nuestro dormitorio. Noto un duro golpe al pensar en la realidad de su futuro: cogiendo polvo en un desván.

Como estaba planeado, Florence me tiende a mí su ramo. Es más pesado de lo que parece, y pongo mucho cuidado en que no se me caiga. El secretario nos dice que tomemos asiento. Olivia y yo nos sentamos en dos sillas solitarias reservadas para nosotras en la primera fila. Astutamente, Florence ha hecho que pusieran unas lámparas de latón y cristal en lugar de las sillas que faltan, para que nuestra fila no parezca vacía.

Susan ocupa el lugar central del escenario.

—Mi hija me ha pedido que lea un fragmento de *La mandolina del capitán Corelli* —dice, con la misma profesionalidad de actriz que Florence.

Adoro ese fragmento. Es uno del que hablamos Oscar y yo para nuestra boda. Las lágrimas caen por mis mejillas cuando habla de

que el amor es como una locura temporal. Dios, cómo se miran Florence y Daniel el uno al otro. Están muy enamorados. Me alegro de que el corazón de mi mejor amiga esté en manos de un hombre tan bueno y digno de confianza.

Doy un respingo cuando Olivia me toca la rodilla. Luego, a través de la seda, sus dedos me pellizcan la piel. Mi mirada se dirige hacia ella para preguntarle qué demonios está haciendo, pero el veneno de sus ojos hace que las palabras se me queden atascadas en la garganta. Se inclina hacia mí. Noto su aliento en mi cuello. Susurra:

—Si sigues hurgando, te enterraremos al lado de tu puta hermana.

El hielo corre por mis venas.

—¿Cómo? —susurro.

Ella suelta su presa y vuelve a fijar su atención en la novia y el novio, como si nada hubiese ocurrido, pero aún noto los puntos donde sus dedos se han hundido en mi piel. Si me levanto el vestido veré un grupo de feroces marcas rojas que con toda seguridad se convertirán en unos feos moratones.

¿Me acaba de decir que mi hermana está muerta? Una tensa banda de pánico me rodea el pecho y me deja sin aliento.

—¿Qué has dicho? —siseo.

Ella ni siquiera parpadea, fingiendo que no me ha oído.

La banda se tensa. Me imagino el cuerpo frío y ensangrentado de mi hermana pudriéndose en una tumba ignota. Veo los gusanos comiéndose su carne. A estas alturas ya no quedarán más que huesos. La sala da vueltas a mi alrededor. La sangre me vibra en el pecho.

—¿Qué has dicho? —veo su perfil. De repente, estoy de pie. Gritando—. ¡Que me contestes, joder!

Centenares de ojos se vuelven hacia mí.

Un silencio horrorizado llena la sala. Ese tipo de silencio que sigue a una devastación. A un sunami, a un terremoto, a un acto de terrorismo. Ese tipo de silencio que se ve desde el espacio. Pero no es suficiente para detenerme. Yo soy un toro y ella es mi capote rojo.

—¡Tú la has matado! —chillo—. ¿Dónde está? ¿Dónde está mi hermana?

Olivia se levanta despacio, con las manos extendidas como para defenderse del ataque de un animal rabioso. Sus ojos miran a la sala en torno, llenos de confusión. De temor.

—No sé de qué me estás hablando —dice, con la mezcla perfecta de incredulidad y miedo en la voz, y lo bastante alto para que la oigan hasta los que están al fondo. Una voz pequeña y racional en mi interior irrumpe entre el caudal de mi furia advirtiéndome de que pare, advirtiéndome de que estoy cayendo en su trampa. Pero esa voz queda oculta bajo una más fuerte y más insistente que exige respuestas.

—Me acabas de decir que has asesinado a mi hermana. —Llegan las lágrimas de ira y de frustración y devastación—. ¿Dónde está? ¿Dónde está, joder?

—¿Qué? Yo no he dicho nada. Yo no he…

Antes de saber siquiera lo que estoy haciendo, mi mano sale disparada. La fuerza de la bofetada basta para que ella se tambalee hacia un lado. Me arde la mano. Poco a poco, ella se vuelve hacia mí y veo su mejilla roja. Pero no basta. Dejo que la rabia me devore por

completo. Me lanzo hacia ella. Caemos al suelo. Rodamos. La cojo del pelo con las manos y tiro, tiro y tiro. Alguien está chillando, un sonido brutal, horrible. Vagamente me doy cuenta de que soy yo la que chillo.

Unas manos pasan por debajo de mis brazos y alguien me levanta. La habitación pasa como un borrón mientras me alejan de ella.

—¡Sacadla de aquí! —chilla alguien—. ¡Sacadla de aquí!

Medio bestia salvaje, mi cabeza se vuelve hacia la voz. Es Florence. Ha recogido su ramo del suelo. La mayor parte de las flores están hechas pedazos, con los pétalos caídos en la madera. El cuello roto de un girasol cuelga flácida y trágicamente. Es ese detalle el que hace que recobre la cordura. La rabia desaparece. El furor y el dolor también desaparecen. Solo queda la vergüenza. Una vergüenza roja, ardiente. Me siento mareada, enferma por lo que Florence debe de pensar de mí. Está llorando. Furiosa y llorando. Oigo que se cierra una puerta. Yo he cerrado de golpe la puerta de nuestra amistad para siempre.

Olivia va dando tumbos hacia Florence, que la abraza y la aprieta contra sí. Espero que surjan de nuevo la ira y el resentimiento, pero no vienen. Porque es culpa mía. Aunque Olivia me tendiera el anzuelo, yo no tenía por qué morderlo con unas fauces hambrientas y precipitadas. Me quedo allí de pie, tan mustia como el cuello roto del girasol. Unas manos me sujetan. Me alejan de allí. Se lo permito.

Pronto estoy fuera, y a pesar del calor sofocante, estoy temblando. Mi padre tiene mi muñeca sujeta como una garra de acero. Mamá viene trastabillando detrás de nosotros, pálida por la conmoción. Mi padre no está pálido, esta rojo por la indignación. Me

arrastra hasta el aparcamiento. Intento soltarme, pero no me deja y me lleva hasta su coche. Yo tiro y tiro. Él me suelta de repente, yo doy tumbos hacia atrás y choco contra mamá.

—Pero ¿qué te pasa? —explota él, con la saliva volando desde sus labios.

—Esa mujer me dijo que Olivia está muerta. Me dijo que la había enterrado.

Mamá ha ido a colocarse junto a su marido. Están confusos, mirándome como si yo fuera una loca de atar.

—¡Olivia no está muerta, está ahí! —grita mamá, señalando con la mano en dirección a Fawsley Hall—. Acabas de atacarla. ¿Por qué la has atacado?

—Porque me ha dicho que deje de hurgar o me enterrará igual que hizo con Olivia.

Silencio. Un silencio tenso, asombrado.

Corro a llenarlo.

—La mujer que apareció en vuestra casa asegurando que es Olivia «no» es Olivia. Es una malvada y asesina impostora. —Empiezo a hablarles de Edward y del cobertizo del bosque, de la lentillas y del móvil secreto.

—Está loca. —Papá habla con mamá como si yo no estuviera aquí —. Necesita ayuda, Clara.

—¡No estoy loca! —chillo. Pero claro, así lo parezco, ¿no? Intento bajar la voz, hablar con serenidad y calma—. Es verdad lo que digo. Todo.

Mamá parece asustada. Realmente asustada.

—Caitie, cariño, ella es tu hermana.

—No. No lo es. He pedido una prueba de ADN doméstica. Demostraré que ella no es quien dice ser. Lo siento, mamá, pero Olivia, la Olivia real, está…, está… —Empiezo a sollozar. Todo mi cuerpo se sacude por los sollozos. Parecen surgir de un pozo de dolor sin fondo—. Está muerta.

Las lágrimas corren por la cara de mamá.

Al ver esto, papá se adelanta y se interpone entre su mujer y yo.

—Basta —ladra, como si yo fuera uno de sus empleados incompetentes—. Te digo que pares.

—Lo siento, papá. Es culpa mía que se perdiera Olivia. Tenías razón, fui una idiota por no llamar a la policía aquella noche. Me quedé helada. Estaba aterrorizada. Pero eso no es excusa, y me he odiado a mí misma todos los días por eso.

Su rostro cae. Él da un paso hacia mí, tendiendo la mano para tocarme. Entonces se recompone. Carraspea un poco.

—Nadie ha dicho nunca…

—Sí, tú lo dijiste. Años atrás, a mamá. Yo te oí. Por eso me odias. Por eso apenas me has mirado los últimos dieciséis años. Yo pensaba que si tenía carrera, casa y novio, eso te compensaría. Pensaba que si llegaba a ser perfecta, con eso bastaría. —Mi risa es amarga y dura y está llena de odio hacia mí misma—. Pero tenías razón al no perdonarme. Al echarme la culpa. Sí, fue culpa mía, y ahora ella está muerta, muerta. ¡Olivia está muerta! —Vuelvo a llorar otra vez, desesperadamente, sin consuelo posible, porque la realidad está penetrando en mí como un cuchillo: mi hermana no volverá nunca.

Los ojos de papá se llenan de lágrimas sin derramar.

—Caitie —dice, en voz baja, con un tono que, no me daba cuenta, he echado de menos desesperadamente—. No fue culpa tuya. Yo…

—Escúchame. —Mamá interrumpe a papá, taladrándome con la vista. Está airada e impaciente—. Sabemos que ella es tu hermana porque una prueba de ADN ha confirmado que lo es.

Yo parpadeo mirándola; segura de haberla oído mal.

—Pero no fue concluyente, Florence me lo dijo.

—Hicimos otra a través de la policía —dice ella.

—Eso no es posible. No. Me lo habrías dicho.

—Si hubiera sabido que dudabas de su identidad, por supuesto que te lo habría dicho. Pero yo supe en el momento en que entró en casa que era mi hija. Pensábamos que tú sentías lo mismo.

Yo niego con la cabeza.

—Quizá ella conoció a Olivia. Quizá guardó su ADN y…

—¡Basta! —grita mamá. Respira hondo varias veces para serenarse—. La prueba se hizo en una clínica, por un profesional. Nosotros estábamos presentes. Me estás asustando de verdad, Caitie. —Mira a papá, que está pálido y callado—. Nos estás asustando a los dos.

Oigo pasos que se acercan. Miro por encima de mi hombro y se me hiela la sangre. Es Olivia. Le sangra el labio y lleva todo el pelo alborotado, y tiene los ojos rojos. Intenta dar un paso hacia mí, pero yo me retiro. No lo entiendo. No entiendo nada. Si esta es Olivia, ¿por qué se ha esforzado tanto para hacerme pensar que no lo era? Algunas de las cosas que ha hecho son pequeñas y se pueden explicar fácilmente, como olvidarse del diario de la abeja. Otras son grandes y llamativas, como la conversación en mi habitación de invitados, retándome a que averiguara quién es en realidad. Pero

¿por qué? ¿Por qué? No me lo he imaginado todo, ¿verdad? Nos miramos la una a la otra. Espero un gesto de suficiencia pero solo veo dolor. Los tres me miran con la misma expresión afligida, de compasión. Y entonces, detrás de Olivia, veo a Florence y su familia que salen del hotel.

Florence.

He destruido su boda. He atacado a mi hermana. He arruinado mi vida.

¿Era esta misma mañana cuando mi mayor preocupación era llegar tarde para que me arreglaran el pelo? Una risa nerviosa se alza desde mi interior y me burbujea en la boca. Levanto una mano para ahogar la histeria, pero no sirve de nada.

Me río más fuerte aún. La risa se convierte en una criatura salvaje e incontrolable. Me pliego a su voluntad, me doblo en dos, con los músculos del estómago poseídos. Tengo la cara húmeda. Noto el sabor a sal en los labios. Ya no me río, me he dado cuenta. La bestia eufórica de repente se siente acobardada, se encoge hasta quedar empapada y solemne, y sale de mi boca en forma de gritos animales.

Todo el mundo me mira. Noto su extrañeza, su conmoción, su rabia, incluso su miedo. Nadie sabe qué hacer, cómo tratarme. Soy un desastre roto e imposible de arreglar.

Todo esto es demasiado. Me doy la vuelta y echo a correr.

39

Elinor Ledbury

Elinor está tocando el piano en el salón de recibir cuando Heath irrumpe con la chaqueta de Flynn en una mano y la caja de recuerdos en la otra. Deja de un golpe la caja encima del piano, pero no suelta la chaqueta. Ella se pone de pie e intenta quitársela, pero él se aparta de su alcance con facilidad. Heath es mucho más corpulento que Elinor, y mucho más fuerte también. Ella no puede recuperarla a menos que él se la entregue.

—Es mía —dice ella—. ¿Por qué la tienes tú?

—¿Tuya? —Heath está furioso, y la acusación de su voz es como el chasquido de un cinturón.

El corazón le late a Elinor muy rápido en el pecho. No quiere responder a la pregunta de él, así que le hace otra.

—¿Qué buscabas tú debajo de mi cama?

—Tus patines.

Esto la deja un poco desconcertada. Frunce el ceño.

—¿Para qué?

—No hemos patinado este año. Quería que entrásemos a escondidas en la pista.

—O podríamos ir durante el día, como la gente normal —suelta ella.

Heath se queda quieto. Sus ojos se clavan en ella.

—¿Normal? ¿Es eso lo que quieres ser? ¿Normal y corriente? —dice, como si fuera un destino peor que la muerte—. ¿Quieres vivir en una casita adosada, trabajar de nueve a cinco, contar monedas y cocinar carne y dos verduras cada noche para tu marido normal y corriente? —Recorre el espacio que los separa y Elinor va retrocediendo hasta que queda atrapada entre él y el piano—. ¿Conversación aburrida y sexo más aburrido aún, normal y corriente, hasta el día que te mueras? —Levanta la barbilla de ella de modo que está obligada a mirarlo a los ojos. Él acerca su boca a la de Elinor—. ¿Es eso lo que quieres realmente?

El corazón le late muy deprisa. ¿Es eso lo que quiere ella de verdad? Heath tiene el poder de hacer que todo parezca emocionante y hasta un poco peligroso. Era una de las cosas que más le gustaban de su hermano, su impredictibilidad salvaje, esa forma que tenía de rechazar la pequeñez y la convencionalidad de las cosas. Pero eso era antes de que tuviera sangre en las manos. En las manos de los dos. Se le hacen mil nudos en el estómago.

—¿Y con quién tendrías esa vida pequeñita? —la reta él—. ¿Con Flynn? Esta chaqueta es suya, ¿verdad?

—Podría haberle amado —dice Elinor, valiente, desafiante. Nunca se había atrevido a hablarle así a su hermano, pero está furiosa con él por lo que hizo.

Él hace una mueca. Ella le ha herido. Le ha traicionado. Lo lamenta de inmediato. Abre la boca, desesperada por arreglarlo,

pero él se vuelve y sale de la habitación, con la chaqueta de Flynn todavía en la mano. Ella le sigue.

—¿Qué vas a hacer?

—Librarme de esto.

Elinor le coge el brazo.

—No.

Él da la vuelta hacia ella, el sufrimiento ha desaparecido, solo queda la rabia. Así, tan cerca de él, ella ve que tiene los ojos inyectados en sangre y sabe que ha estado bebiendo.

—Si Flynn es tan maravilloso, ¿dónde está ahora? Te ha dejado. La gente se va. Yo me quedo. —Sacude la cabeza como si ella fuera demasiado ingenua para las palabras—. Sé sincera contigo misma, Elinor, para él no eras más que un buen polvo.

La humillación inunda la cara de ella. Dispara sus palabras hacia él como dagas empapadas en veneno.

—Al menos no es un asesino.

Heath le da una bofetada tan fuerte que la hace trastabillar.

Mira la marca enrojecida que ha dejado en un lado de su cara.

—Eso fue culpa tuya —bulle. Cierra los puños, haciendo que las venas de su antebrazo se marquen. Va hacia ella. Temiendo que le pegue otra vez, Elinor se vuelve y huye de su hermano.

Lleva ya andando cuarenta minutos cuando alguien para en el arcén de la carretera. El corazón le da un vuelco porque está segura de que es Flynn. Una oleada de deseo la golpea tan visceralmente que le duele el pecho y le lagrimean los ojos. Corre hacia el coche, pero no es Flynn. Es una mujer de mediana edad con la cara redonda y

amistosa, y el pelo de un gris claro cortado en forma de melenita corta.

—No vas vestida para este tiempo, cariño —le dice. Elinor se mira la blusa fina de algodón y los vaqueros. No lleva abrigo. Es marzo y todavía hace el frío suficiente para nevar, pero la conmoción por haber recibido una bofetada de la persona a quien más ama en este mundo la ha entumecido de modo que no nota el azote helado del viento.

—Te puedo llevar, si quieres —dice la mujer, amable—. ¿Adónde vas?

Ella se muerde el labio inferior. ¿Adónde va? Piensa en Flynn.

—Al pueblo.

Elinor entra en el coche. La mujer le dice que se llama Trish. Viajan en silencio largo rato. Al final, Trish le pregunta:

—¿No te pueden llevar tus padres?

Elinor mira hacia fuera por la ventanilla.

—Están muertos.

—Lo siento.

—En realidad no me acuerdo de ellos.

—¿Vives sola?

—Con mi hermano.

Ya no están muy lejos del pueblo. Los árboles desnudos dejan paso a hileras de casas.

—¿Ha sido tu hermano quien te ha hecho eso en la cara? —le pregunta la mujer.

Elinor traga saliva. Desea más que nada en el mundo poder pasar un día, un solo día, con el hermano que tenía antes de que empezase a trabajar en la tienda de música. Las cosas eran

complicadas también entonces, pero más fáciles que ahora. No había ninguna Sofia, ningún Flynn, ningún cadáver pudriéndose en el terreno helado que había detrás de su casa.

—Él me quiere.

—El caso es —dice la mujer, con voz suave, maternal— que puedes querer tanto algo que lo aprietes con demasiada fuerza y lo aplastes, y lo mates.

40

Caitlin Arden

En cuanto recojo mi bolsa de fin de semana, me voy del hotel tan rápido como puedo. Me marcho a casa, aunque sé que no debería, no en el estado en que me encuentro. Las lágrimas no me dejan ver la carretera y me tiembla todo el cuerpo; la adrenalina todavía corre por mis venas. Prácticamente abandono el coche junto a la casa y entro. Hay un silencio mortal. Subo las escaleras hasta mi habitación y me acurruco en la cama. Pero en cuanto cierro los ojos, las últimas horas vuelven a repetirse, rápidas.

Las palabras resuenan en mi mente:

«¡Que me contestes, joder! Tú la mataste. ¡Que me contestes, joder! Tú la mataste».

Me ha costado menos de diez minutos arruinar mi vida entera.

Estoy demasiado embotada para llorar. He hecho algo que no se puede deshacer. He dicho cosas que no se pueden desdecir. He demostrado que estoy desequilibrada delante de cientos de personas, delante de Laura, una madre de mi colegio. ¿Perderé mi empleo, aparte de todo lo demás? Mi mejor amiga, mi novio, mi dignidad, incluso a mis padres.

El rostro dolorido y angustiado de Florence aparece ante mis párpados cerrados. Dios mío, cómo me miraba… Como si yo fuera una desconocida completamente trastornada. Parpadeo intentando eliminar la imagen, pero está grabada a fuego en mi cerebro. Pienso en todo el dinero que Daniel y ella se han gastado en la boda, el tiempo y el esfuerzo y la planificación…, todo arruinado. Por mi culpa.

Cuanto más tiempo me quedo allí echada, más me regodeo. Me levanto y ando por la habitación para distraerme, cuando mi mirada aterriza en el cuadro que está encima de la cabecera. Oscar y yo solos en la sala de arte, él con una rodilla en tierra. Me encantaba contarles a nuestros amigos la historia de cómo me pidió matrimonio. Incluso me sentía orgullosa porque fue delicado, romántico y pensado especialmente para mí. Disfrutaba mucho cuando la gente se admiraba al oírlo. A todo el mundo le gusta una bonita historia de propuesta matrimonial. Pero no era más que fingimiento. Un medio para conseguir un fin. No sé por qué, en el punto más bajo de mi vida, estoy revisitando esta ruptura, decidiendo que ahora es el momento perfecto para ahondar en ella y examinar la enorme herida que Oscar ha dejado en mi corazón. Me estoy castigando a mí misma, pienso, pero este acto de autoflagelación no lo deshace todo. Me aparto del cuadro y empiezo a caminar por la casa. Voy de habitación en habitación, pero en todas ellas veo la ausencia de Oscar. La ropa sucia que dejaba en el cesto para lavar, su cargador extra del móvil, todavía enchufado junto a la cama, el reloj de oro que le regaló su padre cuando cumplió treinta años, que se ha quedado olvidado junto al lavabo.

Estoy muy sola. Pienso en llamar a Gemma y contárselo todo, pero está a miles de kilómetros de distancia y no quiero cargarla con esto durante los primeros días de su viaje. Sin embargo, necesito hablar con alguien. Antes de poder detenerme a mí misma, me encuentro llamando a la única persona que me queda.

—Caitie, ¿estás bien? —Su acento irlandés, tan familiar, es como bálsamo refrescante en una quemadura solar.

—No.

Oigo roce de telas y me imagino a Gideon incorporándose en su silla.

—¿Qué ha pasado?

—¿Podemos vernos?

No me molesto en cambiarme de ropa, pero me pongo unas Converse blancas nuevas que compré para el banquete de boda. Recorro en coche el trayecto de veinte minutos hasta Bath y voy caminando hasta nuestro punto de encuentro, en el parque. A medida que me acerco, sin embargo, un pánico nervioso se instala en mi pecho, al volver a rememorar los acontecimientos del día. Me sorprende mucho que nadie llamase a la policía después del ataque. Dios mío… ¿y si, efectivamente, han llamado a la policía? Me encuentro fatal. No hay forma de que pueda arreglar esto con Florence. Una solo tiene un día de boda. Uno. Me da vueltas la cabeza y los pies apenas me mantienen erguida. Intento recordar la última vez que he comido algo. Anoche estaba demasiado agitada, y esta mañana no ha habido tiempo. La culpa, el arrepentimiento y la devastación dan vueltas en mi estómago vacío. El parque está justo al otro lado de la calle. Me parece ver a Gideon esperando junto a la

verja de hierro, pero un brote de mareo me asalta y mi visión da vueltas.

Me caigo en la calzada.

Unos neumáticos chirrían. Yo miro hacia el sonido.

Entonces Gideon se abalanza sobre mí. Sus manos fuertes y firmes me agarran y me devuelven a la acera. Chocamos contra una verja frontal del jardín. Cuando el coche que casi me atropella se va, el conductor baja la ventanilla y grita.

Podían haberme matado. Si Gideon no me hubiese empujado a un lado, ese coche podría haberme atropellado mortalmente. Oigo los huesos quebrándose contra el metal a toda velocidad. Me veo mí misma rodando por encima del capó, y noto el ruido del cristal haciéndose añicos debajo de mi cuerpo, y luego me veo arrojada al asfalto con una fuerza tal que los huesos se destrozan.

Gideon me mira respirando fuerte, con la cara arrugada por la preocupación. Todavía me tiene sujeta. Me encuentro apretada entre él y la verja, pero tiemblo tanto que estoy segura de que, sin su apoyo, las rodillas se me doblarían.

—¿Estás bien? —pregunta él, jadeante.

Yo aparto a la fuerza las imágenes violentas, y asiento. El corazón me late tan rápido que la cabeza me da vueltas.

Sus ojos escudriñan mi cara.

—No, creo que no lo estás. ¿Quieres que te vea un médico? ¿Vamos al hospital?

Yo niego con la cabeza. Ya he causado suficientes dramas.

Él frunce el ceño.

—¿Te llevo a casa en coche?

—Tengo el mío aquí.

—No, ahora no puedes conducir. Todavía no. —Su frente se arruga. Mira hacia un lado y otro de la calle desierta—. Mi casa no está lejos.

Yo dudo, porque no sé si está bien buscar refugio en casa de mi terapeuta. Pero aun así, me siento segura con Gideon, de una forma que no sentía hace mucho mucho tiempo. Busco las palabras pero no las encuentro, se disipan como el humo de una fogata cuando intento atraparlas. Me tapo la cara con las manos y me siento como un caballo al que su propietario ha puesto anteojeras, pero de una forma que me resulta consoladora. Entonces le dejo que me lleve por calles residenciales y cruzamos un pequeño solar. Llegamos a una verja trasera. Gideon saca una llave y la abre. Me indica que pase por el jardín. Es bonito, con un estanque y terraza. Entramos por unas puertas plegables. Me imagino que hemos entrado a la casa por detrás porque no quiere que nadie vea que se lleva a una paciente a su casa. Para él seguramente es un riesgo. ¿Se puede meter en líos, si se entera alguna especie de tribunal médico?

Me pregunta si prefiero un té caliente o agua fría. Yo miro los botelleros.

—Tinto, por favor.

Saca dos copas del armario.

—¿Has comido hoy?

—No —reconozco.

—Deberías comer algo —y señalando mi vestido, añade—: Puedo lavártelo si quieres.

Miro el vestido sucio y arrugado.

—No tengo nada más que ponerme.

Él da la vuelta en torno a la isla de la cocina.

—Puedo prestarte algo mío.

Hay intimidad en el hecho de llevar las ropas de otra persona. Que una tela que ha rozado su piel esté ahora contra la tuya. Asiento.

—Existe una posibilidad de que me puedas convencer de preparar algo para cenar para los dos, mientras esperamos a que se seque tu vestido.

Y a pesar de que el día ha sido espantoso y feo, sonrío.

Me enseña dónde está el baño y me tiende ropa nueva. En cuanto se va, me quito el vestido. Como única dama de honor de Florence por aquel entonces, tuve vía libre para elegirlo. Me probé un centenar de vestidos, y cuando me puse este, las dos supimos que era perfecto. Después, atolondradas y triunfantes, lo celebramos con cócteles afrutados y caros. ¿Qué voy a hacer ahora con este vestido? ¿Enviárselo de vuelta a ella? ¿Donarlo a una tienda de caridad? ¿Guardarlo como recuerdo de uno de los peores días de mi vida?

Los pantalones de jogging que me ha dado Gideon me quedan demasiado grandes y se me caen por las caderas, de modo que los abandono en favor de los pantalones cortos negros y la camiseta gris larga que me llega hasta medio muslo. Huelen a él, a mar, sal y salvia, hierba limón y suavizante de ropa.

Cuando abro la puerta del baño me sorprende una música que viene del suelo. Titubeo, con algo de vergüenza, en lo alto de la escalera. ¿Realmente voy a cenar con mi terapeuta en esta casa, llevando puestos solo una camiseta suya y unos pantalones cortos? Debería irme, pero… ¿adónde volver? A una cena precocinada para una, sin nada más que el silencio como única compañía. La soledad es asfixiante y que Gideon esté por aquí me da la sensación de que todavía puedo respirar.

Me tomo un momento para calmarme y miro a mi alrededor en el amplio rellano.

Esta casa está puesta con mucho gusto, todo madera, tonos otoñales y grabados de William Morris. Muy muy lejos de los muebles negros y los apliques cromados de la típica guarida de soltero. Entonces veo que el cajón de la mesa consola está un poco abierto. Dentro hay algunos papeles sueltos que ignoro en favor de una foto vuelta hacia abajo y colocada en un marco dorado. La miro con mucho cuidado. Es una morena joven y atractiva con un vestido de novia de encaje y seda. Posa en la escalera de una iglesia, sonriendo recatadamente a la cámara. La mujer de Gideon. No me paro a analizar por qué ver que tiene el pelo oscuro como yo y no rubio como Olivia me emociona tanto. Vuelvo a meter el marco en el cajón y bajo las escaleras.

La sorpresa relampaguea en su rostro cuando ve que llevo las piernas desnudas pero se recupera enseguida y me dedica una sonrisa muy amplia. Yo le tiendo el vestido y él lo introduce en la lavadora.

Miro los cuencos con tomate, pasta y albahaca.

—¿Puedo ayudarte?

—Claro.

Me tiende un rallador y un bloque de parmesano. Es del tipo sofisticado de un deli, no de ese en polvo comprado en un supermercado. Cuando levanto los ojos de mi tarea, noto que Gideon me está mirando las piernas. Él capta mi mirada, sonríe, aparta la vista.

Cuando nos sentamos se me hace la boca agua. Consciente de que el alcohol y el estómago vacío forman una combinación terrible,

no doy ni un sorbo de vino hasta que estamos ya por la mitad de la cena. Hablamos como si fuésemos antiguos amigos. No parece importarle si estoy lidiando con mis inseguridades más oscuras o parloteando sobre mi plato italiano favorito: me escucha con la misma atención.

En la mesa hay una guía de viaje de Indonesia. Está boca abajo junto a una taza de té a medio terminar, completamente fría. Me imagino que estaba leyéndola cuando ha salido corriendo a reunirse conmigo.

—¿Te gusta viajar? —le pregunto.

Él asiente.

—He estado en pocos sitios, y me gustaría ver más.

No lo mencionó nunca durante nuestras sesiones, cosa que supongo que es una señal de que es un buen terapeuta. Después de todo se le paga por escucharme a mí, no al revés. Ahora, sin embargo, algo entre nosotros ha cambiado. La atmósfera es amistosa, más íntima. Le hablo de todos los sitios que quiero visitar, y reconozco que si no lo he hecho nunca ha sido por culpa de Oscar.

Él bebe un sorbito de vino.

—¿Y dónde está Oscar esta noche?

Doy la vuelta a los tagliatelle en mi plato sin mirarle a los ojos.

—Hemos roto.

Esta confesión queda suspendida en el aire entre nosotros como manzanas maduras. Noto que él las coge del árbol, las sujeta en la mano y las examina. Da un mordisco.

—Lo siento mucho —dice, pero no me parece que haya sinceridad en sus palabras. Cuando levanto la vista y me encuentro con sus ojos, noto que su calor me llega hasta los pies.

—Sé que él me quería, pero…

—Algunas personas no pueden amar sin destruir aquello que más quieren —dice.

Tomo otro sorbo de vino y pienso que, día a día, Oscar y yo fuimos destripando cada uno los sueños del otro agarrándonos mutuamente con desesperación.

Él carraspea un poco.

—¿Quieres hablar de lo que ha pasado hoy? ¿Por qué me llamaste para que nos viéramos y casi haces que te atropelle un coche?

Mis mejillas se ponen rojas.

—Necesitaré otra copa de vino para contártelo.

Él sonríe.

Nos desplazamos al salón. Es parecido a su despacho, todo madera oscura y grandes alfombras y herrajes de latón. Nos sentamos en su sofá color crema y me parece que podría hablar durante horas de Oscar y su libro, de la boda y de todo lo que ha ocurrido en el periodo previo.

—No puedes echarte la culpa a ti misma —insiste él—. Has sufrido un enorme estrés. Las rupturas ya son lo bastante duras, pero además el libro complica las cosas para ti y para tu familia. Tenías que explotar.

Hago una mueca al recordar cómo grité durante la ceremonia.

—Pero derrumbarme de esa manera en la boda de mi mejor amiga…

—Olivia te advirtió la noche anterior con el objetivo de destrozarte los nervios…, tu estallido ocurrió cuando no habías dormido ni comido, y tenías el corazón roto…, todo lo cual parece que Olivia sabía muy bien, y algunas de esas cosas las usó para manipularte.

—¿Así que también te parece que lo planeó?

—Meticulosamente.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué me ha tomado como blanco?

—Solo ella podría responder a esa pregunta. ¿Se lo has preguntado alguna vez?

Lo pienso detenidamente. No estoy convencida de haber sido nunca tan directa con ella.

—No —digo—. Y no estoy segura de que me hubiese dicho la verdad, de preguntarle. No comprendo cómo es posible que la prueba de ADN fuese positiva. Ella no puede ser la auténtica Olivia.

—¿Por qué no?

—Mi hermana nunca me habría hecho tantísimo daño.

Él deja sus gafas en la mesita de centro, y su cara se contrae, adoptando una expresión grave.

—Te sientes responsable por no haber actuado rápidamente la noche que se la llevaron. ¿Es posible que ella sienta lo mismo?

—¿Crees que esto es su venganza?

Él se encoge de hombros.

—Es posible. Está celosa de ti, Caitie. —Estoy a punto de preguntarle cómo sabe todo eso cuando recuerdo que es su terapeuta también—. Desde fuera tu vida parece casi perfecta. Cuando Olivia volvió, vio que tú tenías una casa, una carrera, un novio, unos padres cariñosos, una amiga muy leal que en tiempos fue suya… Todas las cosas que se le habían arrebatado a ella.

La culpa me anuda el estómago.

—Por mi culpa.

Él niega con la cabeza.

—No, por tu culpa no. Ninguna persona racional te culparía a ti. Pero no creo que ella esté siendo racional.

Doy vueltas a su teoría interiormente. Suena plausible, pero solo para aquellos que no conocían antes a mi hermana. Ella no era vengativa. Me quería. Me quería de verdad. No éramos unas hermanas de esas que basan su relación en la rivalidad. Los recuerdos que me contó Florence de su peto de color amarillo resumen muy bien a la niña que yo conocí. La persona que era. Era paciente y me enseñó a montar en bici. Cuando nuestros padres no miraban, pinchaba con el tenedor el brócoli de mi plato y se lo metía ella en la boca, aunque lo odiaba tanto como yo. Nunca me menospreció. Creía en mí incluso cuando yo no creía en mí misma. Esa era mi hermana. No una persona venenosa que anda buscando sangre. Se lo cuento.

—Pero dieciséis años es mucho tiempo, Caitie. Ella ha estado sin ti mucho más tiempo del que estuvo contigo.

Me la imagino como un girasol de aureolina, creciendo muy recto hacia la luz del sol, con las raíces firmemente asentadas en la tierra. Veo la mano del hombre que vino a por ella, que la arrancó de la tierra y la rompió en dos. Separada de la tierra y de sus raíces, ella se marchita. Se vuelve irreconocible. Ninguna cantidad de luz solar reparará el daño que hizo ese hombre.

Aun así, me cuesta hacerme a la idea de que la mujer que me ha provocado, ha atacado a mis padres y me ha amenazado sea mi hermana. Es más probable que la impostora se hallase cautiva con la Olivia real (que quizá estaba con Simon Briggs) y por eso sepa tanto de la vida de mi hermana. Así es como pudo hacerse con una muestra de ADN que usó para falsear la prueba. Estoy segura. Es la

única explicación. Pero ¿qué significa eso respecto a mi hermana? ¿Está viva? ¿Es posible que mi hermana matase a Briggs? ¿Que lo envenenase para salvarse ella misma y a la impostora, y que ahora esté demasiado asustada para mostrarse? Quizá mi hermana sea la persona que está detrás de la máscara, observándonos, intentando averiguar si es seguro que vuelva. O tal vez la impostora mató a Briggs y mi hermana lo presenció. Si está muerta, enterrada, como me dijo, tendría sentido que el motivo por el cual la asesinaran fuera encubrir un crimen y que la impostora asumiera la identidad de mi hermana, para poder escapar de la detección de la policía. Pero entonces… ¿sigo creyendo que la Olivia real está muerta? Esa idea hace que el dolor me rodee la garganta con sus fríos dedos.

Cojo aliento y miro la alfombra. Empiezo a nombrar los colores que tiene. Azul noche, borgoña, amarillo mostaza.

—Caitie, ¿estás bien?

Vacío mi copa de vino para tranquilizar los nervios. Tendré que volver a casa en coche, en un momento dado, así que esta segunda copa deberá ser la última.

—No te mereces nada de todo esto —dice Gideon—. Y Oscar es el mayor idiota de todos.

Levanto la cara hasta la suya.

—¿Por qué?

—Porque te ha dejado.

Es así de sencillo. Efectivo. Y viniendo de él, es sincero. Algo bulle entre nosotros dos. Algo eléctrico que hace que me incline hacia ello. Hacia él. Cuando respiro noto el sabor a sal y a salvia, a hierba limón y a piel limpia. Paso los ojos por sus brillantes rizos color café, sus largas pestañas, su barba incipiente y la hendidura de su

barbilla. Sus amplios hombros y su cadera estrecha. Lo deseo. Lo deseo mucho, aunque el aroma de Oscar todavía permanece en la almohada. ¿Eso me convierte en una mala persona? Por la forma que tiene Gideon de mirarme podría decir que también me desea. Hace tanto tiempo que no me siento deseada… Hay algo poderoso en ser deseable. En saber que puedes convertir al hombre más confiado y atractivo que conoces en un animal sudoroso impulsado por la lujuria.

Soy muy consciente de mi propio cuerpo. De la camiseta que se pega a mis muslos cuando me muevo, de mi respiración acelerada, de la forma en que me arqueo hacia él. Pienso de nuevo en flores que buscan la luz. Y lo busco a él, entonces. Meto los dedos por su pelo y lo atraigo hacia mí. Él presiona sus labios contra mi clavícula, mi garganta, y todos los puntos donde su piel se une con la mía irradian calor. Sus dientes me rozan el cuello y su boca se mueve por mi mandíbula. Separo los labios, queriendo probarlo, queriendo…

Él se aparta. Se pone de pie.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque si empiezo ahora, no podré parar.

Me pongo también de pie.

—¿Y si yo no quiero que pares?

—Estás en una encrucijada ahora mismo, Caitie. Lo que te ha ocurrido sigue ocurriendo todavía, parece algo horrible, pero no tiene por qué serlo. Al menos, no todo. Tú querías viajar. Ahora tienes la oportunidad. No quiero ser el motivo por el cual no te vayas. —Se pasa una mano por la cara como si no pudiera creer lo que está diciendo. Coge aire y viene hacia mí. Sus dedos se

entrelazan con los míos, calientes y fuertes—. Quiero que sepas que estaré aquí cuando vuelvas. Sea cuando sea —sonríe—. Quizá pueda coger un avión y reunirme contigo, si es eso lo que quieres.

—Pero no puedo irme sin más.

—¿Por qué no? ¿Qué te lo impide, ahora mismo? Este lío no se va a arreglar de la noche a la mañana. ¿No estás cansada de vivir tu vida para otras personas?

Él sabe que es así. Yo sé que es así. Quiero ser más valiente. El personaje principal de mi propia vida. Una persona que hace que le ocurran cosas. Tengo los ahorros suficientes para irme, y no muchas razones para quedarme. Los ojos de Gideon están clavados en mi boca. Me desea. Sería fácil caer en una vida con él, como la que tenía con Oscar. Pero Gideon no es Oscar, está haciendo lo menos egoísta que es capaz de hacer. Piensa tanto en mí que me anima a perseguir mis ambiciones, no se interpone en el camino para conseguirlas.

—Es tu oportunidad para irte y hacer algo por ti misma —me dice —. Y si te soy sincero, quiero que te apartes todo lo que puedas de este drama y de quienquiera que te haya estado siguiendo.

—¿Está bien salir corriendo y huir de tus problemas?

—No sales corriendo —dice él, con ironía—. Te vas andando. Tranquilamente. Y a una sala de espera de un aeropuerto.

Por debajo de las dudas me estremece la emoción ante la calidez de su fe en mí.

—¿O sea que sencillamente les mando un mensaje a mis padres diciéndoles que me voy del país?

—Soy más anticuado. Personalmente te sugiero una carta escrita a mano. —Su sonrisa es un poco triste. Toca un mechón de mi pelo—.

Pero cuanto antes te vayas, antes volverás.

41

Caitlin Arden

Cuando llego a casa está oscuro. Me siento ante la mesa del comedor y escribo una carta para mis padres explicándoles que voy a viajar un poco. La hago breve y precisa. Me pregunto si se sentirán aliviados cuando la lean. Ojos que no ven, corazón que no siente.

Envío un mensaje de correo a mi colegio diciéndoles que debido al regreso de mi hermana, he decidido coger una excedencia. No creo que me discutan nada, aunque se pondrán furiosos ya que solo faltan un par de días antes de que empiece el curso. Si deciden no pagarme no les echaré la culpa, pero puedo seguir haciendo funcionar Wanderlust Illustrations desde el extranjero. Hace un par de años, cuando le conté por primera vez a Oscar la idea de tomarme algo de tiempo para viajar, encontré una empresa que podía imprimir y enviar mis obras de arte a los clientes por una pequeña comisión, de modo que les envío también un correo a ellos para confirmar mis planes. Saber que Wanderlust puede generar ingresos además de los ahorros que ya tengo me da tranquilidad mental. En cuanto a la casa, lo mejor y más justo para mí y para Oscar sería alquilarla hasta que decidamos venderla, como está

haciendo Gemma. No me sentiría cómoda si él pagase la mitad de la hipoteca, aun no viviendo allí, y tampoco me parecería bien lo contrario. De esta forma ambos ganamos. Redacto un correo también para él, que me parece más formal que un simple texto.

Ya puesta, reservo un vuelo a Italia que sale mañana por la noche, y me prometo a mí misma dejar mi soledad en la puerta de embarque. Siempre he querido ver el Coliseo, recorrer la costa de Amalfi y subirme a una góndola en Venecia. Me voy a comer todo lo que peso en pasta y *gelato*, y aprovecharé todo el tiempo que pase allí planeando el resto de mis viajes.

Lo más sensato sería meditar cualquier gran decisión o cambio de vida y actuar solo cuando haya puesto algo de distancia entre mí misma y los hechos de hoy, pero ya veo mi nueva vida en el horizonte y quiero atraparla antes de que se hunda por debajo de este.

La única tarea de mi lista que no consigo obligarme a completar es escribir a Florence. Escribo las palabras «Lo siento» en la parte superior de una página, y a continuación las tacho. No bastan. Ninguna palabra bastará nunca. O ninguna que pueda encontrar ahora mismo.

Como no soy capaz de dormir, subo al piso de arriba y enciendo mi móvil. Lo había dejado allí, en la casa, al ir a reunirme con Gideon. No hay llamadas perdidas, ni siquiera de mis padres. La decepción y la vergüenza me anudan el estómago. Supongo que esto es la confirmación de que he traspasado mucho la línea y hasta mi familia ha desistido de intentar ponerse en contacto conmigo. Ahora ya saben que estoy más allá de toda posible salvación.

Empiezo a preparar mi bolsa de viaje, colocando con cuidado el pasaporte en el bolsillo lateral. Acabo de cerrar la cremallera cuando me vibra el teléfono. Es otro número oculto. Respondo pensando que es Gideon.

—Vaya entretenimiento el que has dado hoy, hermanita.

Rechino los dientes ante el tono juguetón y burlón de Olivia.

—¿Qué quieres?

—Verte.

—¿Por qué?

—Porque tengo algo que necesitas.

—¿Y qué es?

Silencio entonces.

—Respuestas.

El corazón se me acelera.

—¿A qué preguntas?

—A todas. Quién soy, qué quiero…

Las sospechas y dudas corren a ponerse por delante.

—¿Por qué voy a confiar en nada de lo que tú me digas?

—Confía en mí o no confíes en mí, es cosa tuya. Pero si quieres volver a ver alguna vez a tu hermana, reúnete conmigo.

El teléfono casi se me cae de las manos.

—¿Está viva?

—Sí.

—Pero tú dijiste…

—Ya sé lo que dije.

La adrenalina reemplaza a toda mi sangre, litro a litro.

—¿Has mentido?

—Sí.

Quiero creerla, quiero agarrarme a esa pizca de esperanza tan fuerte que cristalice en un diamante, pero los diamantes, cuando los aprietas demasiado, se astillan lo suficiente para hacer sangre.

—¿Y dónde está?

—Es mi juego, son mis normas. Ven a reunirte conmigo… sola, y te responderé a todas tus preguntas, como te he dicho. Te lo juro. ¿Trato hecho?

No confío en ella. Cada fibra de mi ser me grita que no confíe en ella.

—¿Por qué ahora?

—¿Sinceramente? Ya no me queda casi nada que quitarte. Tengo a tus amigas, tus padres, y si quisiera, estoy segura de que también tendría a tu prometido. Podría ir dándote patadas mientras estás caída, pero ¿qué diversión hay en ello?

Una rabia rugiente, feroz y negra como la pez hierve en mi interior.

—Todo este tiempo has ido detrás de mí…

—Sí.

—¿Por qué?

—Si me haces una pregunta más, retiro mi oferta.

Cierro la boca.

—Sería una idiota si aceptara verte a solas.

—Solo quiero hablar contigo en privado. —Como no le respondo, suspira como si esta conversación fuese dolorosamente aburrida—. Si quisiera hacerte daño, Caitie, ya lo habría hecho.

Pero el que no me haya atacado físicamente hasta ahora no significa que no pueda hacerlo. Notando mis dudas, dice:

—Tal y como lo veo, tienes dos opciones. O bien accedes a reunirte conmigo a cambio de respuestas y una oportunidad de volver a ver a tu hermana, o bien te niegas y seguimos jugando a este jueguecito. Un juego en el que yo estoy ganando y tú pierdes. Te destruiré, Caitie, y no volverás a ver nunca más a Olivia. Tú decides.

No conseguí salvar a Olivia aquella noche, pero quizá, si está viva aún, pueda hora. Pienso en ella cuando se la llevaron, con un cuchillo en la garganta, bajando las escaleras. Cómo, incluso en su momento más oscuro, se llevó un dedo a los labios, instándome a permanecer en silencio. Quizá esa sea la única razón por la cual todavía estoy viva hoy. Fue valiente y generosa, ya entonces, aunque solo era una niña. Así que no, no tengo elección.

—Me reuniré contigo.

Me dice que vaya al cobertizo abandonado en los bosques detrás de la casa de nuestros padres. Ese cobertizo del que ella no habría sabido nada si realmente fuese mi hermana. Pero al menos es un sitio que conozco, y que está a poca distancia de mi familia. Voy a llegar justo antes de medianoche, dentro de un poco menos de una hora. Accedo a dejarme el móvil en casa, y tengo que probarlo descargándome una app de rastreo, de modo que ella pueda ver su ubicación. Yo me resistía, y he asegurado dos veces que la app no se descargaba, pero ella no es ninguna idiota y me ha advertido de que desecharía todo el asunto si no la obedecía. Aun así, planeo grabar todo nuestro encuentro para poder llevar todo lo que me diga a la policía, más tarde. Revuelvo todo el despacho de Oscar hasta que encuentro su móvil viejo del trabajo. Lo dejo cargando mientras

me cambio. Me pongo ropa negra, porque así en el bosque oscuro seré más difícil de detectar si tengo que esconderme.

Olivia está convencida de que me ha apartado de todos los que se preocupan por mí. No sé por qué motivo, sus planes dependen del hecho de que yo esté aislada, pero no sabe lo unida que estoy a Gideon. Es mi única esperanza de salir de todo esto ilesa. Lo llamo y se lo cuento todo.

—Caitie, no puedes ir sola al bosque —insiste.

—No estaré sola si tú quieres venir conmigo.

—Lo que tienes que hacer es llamar a la policía.

—¿Y qué les cuento? ¿Que la mujer a la que he atacado antes quiere verme? Reunirse con alguien en el bosque no es ilegal. Ella es intocable, Gideon. Es la favorita del país. Nadie se cree nada de lo que yo digo, pero todo lo que sale de su boca es como el evangelio. Ella me ha pintado, con total éxito, como una loca, y ahora tiene a más de cien invitados a la boda para respaldarla. Si tengo una grabación en la que ella reconoce que no es Olivia Arden, o que ha estado manipulándonos a mí y a todos los demás, quizá me escuchen —suspiro—. Tengo que ir, Gideon, con o sin ti.

Pero la simple idea de ir sola me llena de terror. Él se queda callado, y su rápida mente va barajando todas las opciones. Pronto llega a la misma conclusión que yo.

—De acuerdo.

Decidimos que él irá por el bosque diez minutos antes que yo, para echar un vistazo por allí. Le doy el número del antiguo móvil del trabajo de Oscar, y él dice que me llamará si cree que es demasiado peligroso.

Si mis sospechas de que Olivia y el hombre enmascarado están trabajando juntos es correcta, es probable que él esté allí también. Abro la boca para advertir a Gideon, y luego la vuelvo a cerrar porque no quiero que mis palabras le convenzan de no venir. Es una decisión egoísta e irresponsable, pero es que «necesito» respuestas. No podré vivir conmigo misma si pierdo una segunda oportunidad de salvar a mi hermana. De todos modos, voy a la cocina y cojo un cuchillo pequeño y afilado del cajón. Compruebo que la funda de seguridad está bien puesta y me lo meto en el bolsillo.

42

Elinor Ledbury

Flynn le había dicho a Elinor que los fines de semana y entre sus clases universitarias, ayudaba a su prima en la tienda de música. Ella supone que ya que Heath ha dejado su trabajo, Flynn, el amable y generoso Flynn, se habrá ofrecido para echar una mano. Sabiendo que hay muchas posibilidades de que esté allí ahora mismo, se dirige hacia la tienda atravesando la ciudad. Si está equivocada, Elinor le pedirá a Sofia que le pase un mensaje o que le preste un teléfono para poder llamarle ella misma. Está muy nerviosa. Tan nerviosa que nota el estómago revuelto.

Se queda quieta al final de la calle. Intenta reunir el valor suficiente para entrar cuando ve que Flynn sale de la tienda. Mira hacia el otro lado y va solo. Notando que alguien le observa, él levanta la vista. La sorpresa se pinta en su rostro. Ella quiere correr hacia él, envolverlo entre sus brazos, pero se queda clavada en su sitio, temiendo un rechazo. Absorbe aire frío y lo mete en sus pulmones y anda hacia él con las piernas temblorosas. Trata de sonreír, pero de una forma tensa. Él frunce el ceño.

—¿Qué haces tú aquí?

—Te echaba de menos.

El rostro de él se suaviza y ella recorre el espacio que los separa, pero él retrocede y se guarda las llaves en el bolsillo. Si nota que ella tiene una marca roja en la cara, no lo dice. Ella ya no es problema suyo.

—Vete a casa, Elinor.

Ella quiere decirle que ya no tiene casa. Que está tan podrida como el cadáver que ayudó a enterrar en la tierra congelada. Que Ledbury Hall parece un estómago que la está digiriendo poco a poco, deshaciendo la carne y separándola de sus huesos, disolviéndola hasta que ella no sea nada. Quiere apartarse de ese vientre mientras todavía tenga fuerzas, pero solo si él puede ayudarla a hacerlo. Esa expresión de su cara, seria, inflexible, hace que se le corte el aliento. Él se vuelve y empieza a alejarse. Ella va tras él trastabillando, sabiendo que debe intentarlo porque, sin Heath, Flynn es lo único que le queda.

—¿Y lo de Sudáfrica? —le dice ella—. Quiero ir contigo…

Él se detiene. Ella le mira la nuca, y desea que él se vuelva. Lo hace.

—No puedes venir conmigo.

Sus palabras son como cuchillos. Ella cierra los ojos ante aquel dolor y busca una forma de arreglarlo.

—Heath mintió —le dice—. No tengo quince años. Estaba mintiendo.

Una sombra cruza por la cara de él.

—No importa.

—¿Ah, no?

—No —él exhala aire—. Heath vino a verme después de encontrarnos juntos. Me dijo que si alguna vez me volvía a acercar a ti, me mataría. Y yo le creo.

Durante un momento ella se imagina el cuerpo de Flynn en el suelo del estudio, con los ojos ciegos, la sangre cubriendo su torso, abierto y pegajoso de sangre, y un grito le cosquillea en la garganta. Va a tocarlo, queriendo que note los latidos de su corazón en sus dedos, tranquilizarse ella misma, pero él le aparta la mano de un manotazo.

—No vengas a buscarme nunca más. No me llames. No pienses en mí, siquiera. —Flynn se muestra tan frío como la escarcha que brilla en las piedras de la calle que tiene ella bajo las botas—. ¿De acuerdo?

Elinor se nota a la deriva en la desesperación, como si hubiera un océano insondable de sufrimiento hirviendo por debajo de ella, y no fuera más que un yate diminuto sin velas.

—Flynn…

Muy tieso, él se aparta. Las lágrimas corren por las mejillas de ella, que cruza los brazos ante el pecho y se abraza a sí misma. El dolor de perder a su hermano y de perder a Flynn también es físico.

Él se está alejando cada vez más, haciéndose cada vez más pequeño. Elinor abre la boca para llamarlo, pero lo único que sale de ella es un grito estrangulado. Y entonces, increíblemente, él se para. Se da la vuelta y se dirige hacia ella. El alivio es total. Ella corre hacia él y se refugia en sus brazos, sollozando contra el pecho de él. Él la abraza, la estrecha muy fuerte. Ella se agarra a él, respira en él. Vuelve a sentir calidez. Por primera vez desde hace semanas, nota calidez. En cuanto ella se ha calmado, él la aparta y examina su

cara. Con dedos amables le aparta el pelo de las mejillas empapadas por las lágrimas.

—Escúchame, Elinor —susurra él—. Lo decía en serio: no podemos volver a vernos nunca más.

Ella le mira. Le mira de verdad. Él está muy serio. La esperanza la abandona, como una luz que alguien sofoca, sumergiéndola en la oscuridad.

—Pero… si quieres que te dé un consejo, sal de esa casa y apártate de Heath. —Los dedos de él se clavan en sus hombros—. Ya sé que piensas que nunca te hará daño, pero estás equivocada. Es muy peligroso, Elinor. No estás a salvo con él.

43

Caitlin Arden

El bosque está completamente negro. Miro el teléfono media docena de veces para usar la linterna, pero me contengo, porque no puedo arriesgarme a que Olivia lo vea después de haberle prometido que no llevaría móvil. Ando muy despacio, con los brazos extendidos, rozando la corteza con las manos. Respiro el aire pegajoso y húmedo, y el olor de la tierra seca. He perdido todo el sentido de la orientación y ni siquiera estoy segura de ir por el camino correcto.

Cuando éramos pequeñas, Olivia y yo jugábamos a la gallina ciega. Todavía noto la suavidad de la corbata de mi padre tapándome los ojos mientras yo iba por ahí dando tumbos, intentando encontrar a mi hermana. La emoción estaba teñida por el miedo a golpearme contra una mesa, pero valía la pena por el momento en que la atrapaba. Ahora, trastabillando yo sola, buscando, el miedo es intenso y lacerante. El riesgo es mucho mayor, más que un golpe en un dedo de un pie o un jarrón volcado.

La oscuridad parece cobrar vida a mi alrededor, llena de sombras que crecen y formas que acechan. Tengo la sensación de que hay

ojos que me vigilan. El corazón me empieza a latir contra el pecho, y me digo a mí misma que es Gideon. Él está por ahí, en alguna parte, y me protegerá, como ha hecho con el coche hoy mismo.

Al cabo de unos cuantos minutos de tropezar en raíces que sobresalen y chocar contra árboles, me detengo. Estoy perdida y me encuentro atrapada en las garras de un terror irracional e infantil. Entonces veo un relámpago en la oscuridad. Una sola lucecita que parpadea. Voy hacia ella, como un barco guiado a través de un mar turbulento. Las copas de los árboles por encima se abren y la luz de la luna se filtra por ellas, bañando el cobertizo en un brillo plateado y extraño. De él sale Olivia, y camina hacia la noche. Yo me paro antes de llegar a la distancia de un brazo de ella. Está oscuro pero veo que todavía lleva el vestido de dama de honor, aunque calza zapatos planos, no tacones. ¿Y lleva acaso guantes de noche? Tiene en la mano un móvil que no reconozco y que supongo que será el que ha estado escondiendo. Veo que apaga la linterna con lo que nos sumerge a ambas en una oscuridad mucho más intensa aún, y la deja en el alféizar de la ventana.

El aire entre las dos parece cargado y peligroso, un fino cable eléctrico que sisea y escupe.

—¿Tienes las respuestas? —le pregunto.

—¿No vamos a hablar de cosas sin importancia primero? —dice, con fingida decepción—. Bien. Vayamos al grano pues. ¿Cuánto tiempo crees que hace que sé lo del libro de Oscar?

Me cuesta un momento procesar su pregunta, sorprendida por la mención de él.

—¿Cómo?

—Él te ha dicho que me lo había contado recientemente. Es mentira. Sé que existe ese libro desde hace años. Básicamente lo hemos escrito juntos.

Un golpe de incredulidad.

—No.

—Sí.

Cierro la boca porque mi negativa es como un reflujo, un instinto fuera de mi control. Oscar me ha mentido en toda nuestra relación, y es plausible que haya continuado haciéndolo, hasta el final.

—Todas esas noches trabajando hasta tarde, viajes de trabajo… Estaba conmigo.

El fondo de todo mi mundo se hunde y yo noto que caigo libremente.

—¿Tenía una aventura contigo?

—No. Tenía una aventura «contigo». —La conmoción cierra sus mandíbulas en torno a mí—. Yo le conocí antes que tú. Fui yo quien le animó a conocerte de todas las formas que necesitase, para poder escribir ese libro.

—¿Por qué?

Ella se echa a reír.

—¿Tienes alguna idea de lo que le está pagando Harriers?

No se lo he preguntado. Estaba muy disgustada por haberme traicionado y no me importaba el dinero. Sigue sin importarme, porque ninguna cantidad de dinero será jamás suficiente para que yo hiera a alguien como él me ha herido a mí.

—No puedo llevarme todo el mérito: fue idea suya que fingiese ser Olivia Arden. Porque me parezco a ella. Los ojos azules, el pelo rubio. Está claro que le gusta ese tipo de mujer.

Yo niego con la cabeza.

—Pero el ADN…

—Cuando Oscar conoció a tu hermana en aquel autobús, hace dieciséis años, él le regaló un diario con una abeja, pero ¿sabes lo que le dio ella a él?

Se queda callada, una profesora esperando que un alumno especialmente lento acabe por responder. No respondo.

—Un mechón de precioso pelo rubio.

Pienso en el recipiente de plata que encontré en su cajón. El mechón no era suyo, era de Olivia. Mi respiración se vuelve intensa y rápida. Mi mente patina salvajemente, como las ruedas en el hielo.

—¿Has visto alguna vez a Oscar y a tu acosador enmascarado juntos en la misma habitación? —me pregunta.

Yo paso del calor al frío, y de nuevo al revés.

—No… Yo estaba hablando por teléfono con él cuando me atacaron. Yo… —Pero Oscar podía haber estado en su despacho, hablando por teléfono conmigo, y fingiendo que estaba fuera. Eso explica por qué no había señal alguna de allanamiento. No hace falta forzar la entrada cuando vives ahí.

—Después de que recibiera la oferta de Harriers, le pidieron una continuación.

Esto aviva mi recuerdo: Oscar mencionó una secuela.

—Así que él lo tramó todo. La hermana que vuelve, un acosador enmascarado persiguiendo a la chica que quedó. A los lectores les encantará, ¿no crees?

No puedo hablar. Se me ha cerrado la garganta.

—Él iba a matarte. Ese era su plan. Y tras tu muerte, él habría escrito tu historia, igual que la de tu hermana. Me dijo que

podríamos estar juntos, entonces. Que tu familia y los medios aceptarían nuestra relación. Una hermana de duelo y un prometido de duelo también, unidos en su dolor conjunto.

Yo estoy temblando, todo el cuerpo me tiembla.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Porque tenías que saberlo.

La nota que acompañaba al manuscrito. Fue ella. Ella se aseguró de que yo recibiera una copia.

—¿Qué piensas ahora de tu novio perfecto? —me pregunta—. Ya te dije que podía encontrarte un marido mejor.

—Le odio. —El veneno en mi voz, puro y real, nos pilla a ambas por sorpresa.

—Bien. —Se acerca un poco más y su voz es más suave ahora, como el roce de una pluma—. Te mereces estar con alguien que te quiera de verdad, Caitie.

Yo retrocedo, trastabillando. Confusa por el súbito cambio de provocadora y cruel a cariñosa y consoladora.

—El hecho de que te hayas creído todos los cuentos que te acabo de contar sobre Oscar me dice que sabías que no era bueno para ti —me dice.

¿Cuentos? Mentiras. Otro juego. Estoy tan confundida por lo que está diciendo…

—Todo lo que me acabas de decir, la aventura, el libro, el plan para matarme… ¿te lo has inventado todo?

—Sí. Bueno, la mayoría…, el mechón de pelo sí que pertenece a tu hermana.

Estoy demasiado perpleja para estar furiosa. La necesidad de la verdad es como una aguja debajo de mi piel. Un picor que solo ella

puede rascar.

—¿Por qué mentir sobre Oscar?

—Te has creído tan pronto lo peor de él porque no estás destinada a él.

No entiendo nada de lo que me dice.

—Me habías prometido que me darías respuestas, y lo único que haces es jugar conmigo.

—Y tú habías prometido venir sola…

El terror me invade y a pesar del calor lacerante del verano, noto que el hielo corre por mi columna vertebral.

—Gideon.

Ella inclina un poco la cabeza y por encima de su hombro derecho veo algo debajo de un árbol. En la oscuridad, fácilmente se podría confundir con un montón de ropas, pero no es eso, ¿verdad? Es Gideon.

—No tendrías que haber roto las reglas, Caitie —me riñe. Y cuando da un paso hacia una zona con luz, me doy cuenta de que no es seda lo que cubre sus brazos, sino sangre oscura y roja que le mancha las manos y llega hasta el codo como un par de macabros guantes de noche. Estoy demasiado conmocionada para moverme. Ella me pasa los dedos por la boca y noto el húmedo contacto de la sangre en mis labios.

—No te preocupes —susurra—. Yo también he roto las reglas. No he venido sola tampoco.

—Hola, Caitie.

Me doy la vuelta de repente hacia la profunda voz aterciopelada y poco familiar que tengo a mi espalda. Estoy casi tocando con la nariz la del hombre enmascarado. Un grito se forma en mi interior, como

un insecto negro que me cosquillease la garganta, pero antes de que pueda salir de mi boca, él se lanza hacia mí. Con una mano me coge la nuca, y con la otra me mete un trapo con un olor químico en la boca. Mi pánico es amortiguado y débil. Lucho con él, le araño, le doy puñetazos. Quiero quitarle la máscara, pero noto los brazos y piernas cargados de plomo. Torpemente consigo echar la máscara a un lado, pero su rostro se balancea y en mi visión florecen girasoles negros. Y entonces me lleva la oscuridad.

44

Elinor Ledbury

Flynn llama a un taxi para Elinor y lo paga también. No la mira al meterla en el coche. Ella se gira hacia la ventanilla de atrás y lo ve cruzar la calle con las manos en los bolsillos. Quiere que él se dé la vuelta a mirarla, para demostrarle que todavía le importa, pero no lo hace.

Aunque ella nota como si tuviera rotos todos los huesos del cuerpo, no llora en el camino de vuelta a Ledbury Hall. Se centra en qué hacer a continuación. Va a abandonar la mansión. Va a dejar a su hermano. Va a dejar atrás el fantasma de su tío. Todo. Decide que hará la maleta y huirá. Empezará de cero. Flynn tiene razón, hay muchos artículos valiosos en Ledbury Hall, y ella puede venderlos para salir adelante. Y luego está el salario de Heath, sus ahorros de la tienda de música, que guarda en su habitación. Así ella estará bien. Estará a salvo.

Espera que Heath se haya emborrachado hasta quedar inconsciente, cuando llegue a casa, pero está despierto y la está esperando.

—¿Dónde has estado? —le pregunta, mientras ella se quita las botas en el vestíbulo. Él va a cogerla. Ella se tensa y se aparta. Él se siente herido. Traga saliva.

—Lo siento, Ellie, lo siento mucho. —Parece desesperado. Nunca antes había parecido desesperado—. Te quiero.

Ahora llegan las lágrimas. Ella llora porque se va y él no lo sabe aún. Se aparta las lágrimas de las mejillas con el pulgar. Porque desde que puede recordar, su hermano ha estado siempre allí, para secarle las lágrimas. Él la toca con suavidad ahora. Le acaricia el pelo con los dedos. Siempre le ha encantado su pelo. Esos mismos dedos le enseñaron a atarse los cordones, la desnudaban… Y han apretado un gatillo a sangre fría. Es un asesino. Un criminal. Ella no quiere ser su siguiente víctima. O su cómplice. Añora una vida que él no puede darle, de besos sin complicaciones, de matrimonio y de hijos. Una vida aburrida y corriente.

Quiere a Heath y siempre lo querrá, pero se tiene que ir.

—Yo también te quiero —le dice. Es sincera. Una verdad brillante y preciosa como una perla.

Él la atrae hacia sí y le besa la coronilla.

—Tenemos la misma alma, tú y yo.

Y en eso tiene razón. Ella está segura de que podría encontrar a su hermano aun en la oscuridad más absoluta. Reconocerle solo por el ritmo de su corazón. Le resulta más familiar que el suyo propio. Ha pasado horas y horas yaciendo sobre su pecho, escuchándolo. No está segura de sobrevivir sin él, pero tiene que intentarlo.

—Yo lo maté por ti —dice él, con una voz suave como una pluma —. Por nosotros.

Los ojos de él, que siempre habían estado llenos de confianza, desafío e ingenio, ahora están oscuros, acosados, suplicantes. Ella y Heath son iguales, se da cuenta Elinor, más que cualquier otra cosa, lo único que quieren ambos es ser amados.

—¿Me perdonas? —pregunta él.

Ella no responde. Por el contrario, mete las manos bajo la camiseta de él y lo besa.

Más tarde, Elinor abre una botella de champán. Por cada copa que se sirve ella, le pone dos a él. Preparan chupitos: los de él llevan vodka, los de ella, agua. Ella lo lleva hasta la cama. Caen en la primera habitación que encuentran.

Después yacen entrelazados. Ella le acaricia el pelo y le dice que serán muy felices los dos en Ledbury Hall. Elinor le dice que le ama. Que tienen una vida extraordinaria ante ellos. Murmura cosas tranquilizadoras hasta que él se queda dormido. La visión de ella se emborrona. Parpadea para despejar las lágrimas. Se queda con Heath un rato más y cuando está segura de que no se va a despertar, se desliza entre las mantas y se viste rápidamente en la oscuridad.

Coge el dinero de Heath. No está orgullosa de ello y se promete que, en cuanto tenga un trabajo, se lo devolverá por correo. Prepara una bolsa de viaje con ropa y cosas que piensa que se pueden vender fácilmente: las piezas de ajedrez de marfil, antiguas monedas de colección, el reloj de su padre. Se siente como una ladrona en su propia casa. Querría llevarse el busto de mármol de Afrodita no porque sea valioso, sino porque junto a las novelas románticas de su madre, es su objeto favorito en la biblioteca. Pero pesa demasiado, así que lo deja.

Está silenciosa y tensa, sus músculos se contraen con cada crujido, cada gemido de las antiguas tuberías, aterrorizada de que Heath pueda atraparla. Con la bolsa colgada de un hombro vacila, desesperada por volver a subir la escalera hasta la habitación donde duerme Heath. Quiere ir y mirarlo por última vez. Memorizar su cara. Su mandíbula cuadrada, sus altos pómulos, sus pestañas largas y oscuras. Se pregunta quién habría sido, de no haberse ahogado sus padres. Cuando el tío Robert pegaba a Heath, no solo hería su carne, sino su alma también, y en ese momento se alegra de que esté muerto.

Sabiendo que no puede ver a Heath sin despertarlo, decide que es hora de irse.

Sale de puntillas de la biblioteca y llega al vestíbulo.

Se queda congelada.

Una figura envuelta en sombras bloquea la puerta principal.

—¿Te estás escapando, hermanita?

El miedo le atenaza la garganta.

—Heath…

—Tú no te vas. —Su voz suena baja y peligrosa.

Ella nota el pulso en su cuello.

—Por favor, déjame ir.

—Después de todo lo que he hecho por ti. —Su voz se rompe bajo el peso de la traición de ella—. Podría haber ido a la universidad. Podría haberte dejado sola, pero no lo he hecho. Me he quedado. Por ti.

—Yo no te pedí que lo hicieras.

—¡No te hizo falta!

La tensión es aguda como un fragmento de cristal.

—Heath, por favor. Si alguna vez me has querido…

—¿Que si te he querido? He dedicado mi vida entera a cuidarte. He recibido palizas una y otra vez por tus malditos y torpes errores —susurra—. Y me ibas a dejar sin decirme adiós siquiera.

—Tenía que haberme escapado con Flynn. Me habría ido la noche que mataste al tío Robert. Ojalá lo hubiese hecho.

Él adelanta un paso, hacia un charco de luz de luna, con la cara iluminada por un resplandor de plata procedente de las ventanas altas y arqueadas a cada lado de la puerta principal. Parece tan joven… Tan increíblemente afligido… Ella lo está hiriendo, le está causando más dolor que la propia muerte de sus padres, más dolor que cualquier bofetada, patada o puñetazo que le infligió su tío. Su hermano confiado, inteligente, manipulador, es un niño pequeño y tembloroso, solitario y asustado, pero ella no se puede quedar. Tiene que herirlo también, para que la deje ir.

—No quiero volver a verte nunca más. Lo digo en serio, Heath. No me sigas.

—Pero…

—Tu amor es como ser aplastada lentamente hasta morir —dice ella, y sus palabras le dan de lleno, como balas.

Él grita como si le hubiesen disparado. Ella salta hacia atrás y se da cuenta de que ha cometido un error fatal. Ha hablado demasiado. Lo ha llevado demasiado lejos. Le ha causado demasiado dolor. Él tira la mesa consola, que se estrella contra el suelo. La madera se astilla y se abre. El jarrón de cristal se rompe. No se puede hablar después de eso. Ella se da la vuelta y atraviesa el vestíbulo corriendo, luego el comedor, golpeándose la cadera con la mesa. Él la persigue. Elinor sabe que si la coge, está muerta. Suelta la bolsa y

abre de golpe la puerta de atrás. Sale fuera, y el aire frío de la noche es intenso y bienvenido. Hace que ella se centre. Corre, corre, corre por el césped. Este se aplasta bajo sus pies. Ella resbala un poco con el rocío. Unas manos la cogen desde atrás y se ve apretada contra el pecho de él. Ella le coge el antebrazo con los dientes y lo muerde fuerte, hasta que nota el sabor de la sangre. Heath chilla y la suelta. Ella se echa a correr otra vez. Él grita su nombre una y otra vez, como una sirena.

Por delante ella ve el estanque, con los amantes de piedra en su centro. Si puede rodearlo, se perderá en el bosque. Allí puede esconderse. Conoce ese bosque mucho mejor que él.

Pero él es más rápido. Cuando Elinor llega al estanque, Heath ya ha recorrido la distancia que los separaba. Se abalanza sobre ella. Se ve arrojada de lado, cae en el agua y se hunde. En la oscuridad. Está muy fría, y el aire abandona sus pulmones. Agarrándola por el abrigo, él la levanta del estanque. Ella jadea, atragantada con el agua fangosa y congelada.

—Heath —farfulla—. Heath.

Las manos de él le aprietan la garganta y se ve empujada de nuevo bajo la superficie. Ella intenta agarrarlo por cualquier sitio. Está ciega, no puede respirar. El agua llena sus oídos, sus ojos, su boca abierta en un grito. E inunda su garganta. No puede chillar. No puede suplicar. Las manos en torno a su cuello aprietan cada vez más y más. Se está muriendo. Él la está matando. La está ahogando. Elinor oye una voz de mujer:

«Puedes querer tanto algo que lo aprietes con demasiada fuerza y lo aplastes, y lo mates».

Y entonces… entonces…

Heath nota que algo cambia. Su hermana se queda fláccida. Él sigue sin poder quitarle las manos del cuello. Sus manos se han convertido en bestias independientes. La sujeta debajo del agua hasta quedar entumecido por el frío. Finalmente, levanta el cuerpo sin vida de su hermana del estanque y la deposita en el suelo. Acaricia su pelo húmedo y lo aparta de su cara. De su cara bella, perfecta. Se queda con ella hasta que sale el sol.

45

Caitlin Arden

Me despierto esposada a un armazón de cama grande de latón. El metal tintinea en contacto con el otro metal. Miro a mi alrededor para ver qué es lo que me sujeta, pero cuando muevo la cabeza solo un poco, la náusea me atraviesa. Todo gira y está borroso. Trago saliva una y otra vez. Tiro de las esposas, pero el metal se clava en mis muñecas. La cadena que las une entre sí tiene un metro de largo más o menos, y me permite incorporarme apoyándome en los codos.

Tengo la garganta muy espesa y la lengua hinchada. Noto aún el sabor químico y agudo del trapo que utilizaron para drogarme. Entonces empiezo a ser dolorosamente consciente de mi cuerpo. Miro y veo que la camiseta negra y los vaqueros han desaparecido y llevo un pijama. Es suave y parece nuevo. Poco a poco me voy dando cuenta: alguien me ha desnudado cuando estaba inconsciente. Me quedo muy quieta, tomando nota de todas las sensaciones de mi cuerpo, buscando carne herida o dolor. Aparte de las náuseas y el mal sabor de boca, me encuentro bien. Aun así,

pienso en el hombre enmascarado y sus manos sobre mi cuerpo y se me revuelve el estómago.

Hago un esfuerzo para permanecer calmada e intentar averiguar dónde estoy. La habitación no me resulta familiar. Huele a recién pintado. Las paredes son de un verde oscuro. A mi izquierda hay una puerta. Está abierta una rendija y puedo distinguir el suelo embaldosado más allá, y la base de porcelana de un lavabo. Al menos mi prisión tiene baño incorporado. Aunque no puedo ni acercarme a él, mientras esté esposada a la cama. Hay tres ventanas grandes seguidas, pero desde este ángulo lo único que veo por ellas es un cielo muy azul. La luz de la tarde me hiere los ojos. Enfrente de la cama hay un tocador muy ornamentado y una cómoda con cajones, ambas cosas de roble envejecido y con herrajes dorados. En medio de la habitación veo una alfombra grande de tonos otoñales, encima de un suelo de tarima de madera. A mi derecha, un armario enorme. Este dormitorio me recuerda mucho a los que se encuentran en hoteles boutique exclusivos.

En el rincón más alejado se ve otra puerta. El corazón me late muy deprisa. Imagino un rellano más allá. Unas escaleras. Una puerta que conduzca al exterior. A alguien que pueda oírme gritar. Tiro de las esposas, pero el metal me muerde hasta el hueso. Me tiembla todo el cuerpo. Me tumbo de espaldas cuando se apodera de mí otra oleada de mareo. Muy despacio busco en torno por la habitación algo que pueda servir como arma. Si consigo soltarme necesitaré una. Pienso con añoranza en el cuchillo que me había metido en el bolsillo de los vaqueros. No hay nada en esta habitación que pueda usar para defenderme. Ningún espejo que pueda romper. Ningún marco de cristal. Tampoco hay una lámpara

con la que golpear a alguien en la cabeza. Ni por un segundo creo que esa falta de opciones sea un accidente.

Me tienen en una casa, y eso quiere decir que debe de haber otras casas cerca. Si grito con la fuerza suficiente, quizá me oiga algún vecino y se preocupe lo suficiente para llamar a la policía. Es posible que mi captor esté cerca, pero no debo permitir que el miedo a lo que pueda hacer me impida intentar escapar. Así que cojo aliento y suelto un grito frenético. Grito y grito, y hago sonar las esposas contra el cabecero de latón. Grito otra vez, pero me estoy cansando demasiado. Las náuseas me vencen de nuevo y vomito a un lado de la cama.

Oigo que se abre la puerta. Levanto la cabeza de golpe, la habitación gira y creo que voy a vomitar otra vez. Me seco la boca con el dorso de la mano y miro a la mujer que atraviesa la habitación con una bandeja de madera. Podría confundirse fácilmente con la mujer que ha estado fingiendo ser mi hermana este verano: alta, rubia, guapa. Sin palabras me deja la bandeja en la mesita de noche, mira el charco de vómito y desaparece en el baño. Yo la miro, demasiado asombrada para hablar. Vuelve al cabo de un momento con toallitas desinfectantes. Respiro hondo, intentando controlar el mareo. Ella se arrodilla y empieza a limpiar el desastre.

—Pronto te encontrarás mejor —me asegura, en voz baja—. Las drogas me provocaron mareos un día nada más.

Miro su pelo rubio claro, largo hasta la cintura, y sus ojos de un azul porcelana. Se parece mucho a Olivia. Y también a la mujer que fingía ser Olivia. Las pestañas de esta joven son largas y casi le tocan las cejas. Está muy delgada: hombros huesudos, clavículas

que sobresalen, mandíbula afilada. Tiene la piel tan blanca que me pregunto cuándo fue la última vez que vio el sol. Mete las toallitas sucias en una bolsa de tela que coge del armario y las arroja hacia la puerta. Cuando se vuelve hacia mí me mira compasiva.

Yo la observo y me atrevo a tener esperanza.

—¿Olivia?

Ella junta los labios y mueve la cabeza negativamente, apesadumbrada.

—Bryony.

—Bryony. —El nombre se enrosca en mi lengua—. ¿Dónde estoy?

Ella se alisa con las manos el vestido blanco con un estampado de florecitas.

—En tu nuevo hogar. —Parece incómoda, como si se viera obligada a expeler la palabra «hogar» de la boca como un diente roto. Mira hacia la puerta y tengo la impresión de que alguien espera al otro lado, escuchando.

Me humedezco los labios resecos.

—¿Es esto una secta?

Ella casi sonríe.

—No.

La miro.

—Pero no estás aquí voluntariamente…

Ella mira furtivamente hacia la puerta y la piel me cosquillea de temor. Ella asiente rápidamente con la cabeza.

—Llevo aquí diecisiete años.

Abro la boca. Diecisiete años.

—Pero ¿qué edad tienes?

—Treinta y uno.

Parece más joven. Yo habría dicho veintitantos. Bryony tenía catorce años cuando la trajeron aquí, así que solo era un año mayor que Olivia cuando la secuestraron. Me hundo entre los cojines y levanto la vista hasta el techo, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho. Si esta mujer lleva diecisiete años aquí y no ha conseguido escapar, ¿qué probabilidades tengo yo?

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —susurro.

—Dos días.

¿Será el tiempo suficiente para que alguien se dé cuenta de que no estoy? Pero… ¿quién podría buscarme? He quemado todos mis puentes. Podrían pasar días antes de que alguien intentase contactar conmigo. Pienso en la nota que he dejado en casa. Si mis padres creen que voy a viajar durante un mes, ¿se preocuparán de buscarme en algún momento? Noto que el pánico arde en mi interior. Me siento erguida, respirando con dificultad.

Bryony me tiende un vaso de agua de la bandeja, pero yo tiemblo demasiado y salpica por encima del borde. Doy un sorbo y el estómago se me revuelve. Se lo devuelvo. Ella coge un plato con galletas secas, pero yo lo aparto.

—Por favor —respiro—. Ayúdame a salir de aquí.

Ella mira nerviosamente de nuevo hacia la puerta, y luego a mí otra vez con los ojos muy abiertos, llenos de comprensión. Yo abro la boca para rogarle, pero ella dice:

—Tu hermana quiere verte.

Yo parpadeo.

—¿Olivia?

Ella asiente.

—¿Está viva?

—Sí.

El alivio me inunda, pero desaparece al momento cuando llega la duda.

—¿Y cómo sé que me estás diciendo la verdad?

—Supongo que no puedes —dice ella, con sinceridad—. Pero conozco a tu hermana. La conozco desde hace dieciséis años. —Algo parecido a la ira relampaguea en su rostro, pero desaparece antes de que pueda estar segura—. Si quieres verla, debes estar de acuerdo en obedecer.

El corazón se me acelera.

—¿Obedecer en qué?

—Las reglas de esta casa.

Voy andando por esta conversación como si fuera una pradera infestada de serpientes.

—¿Que son…?

—No intentes escapar. Sigue siempre las instrucciones. Si estás de acuerdo, él te permitirá ver a tu hermana. O puedes negarte y seguir encerrada en esta habitación. —Me da solo un momento para que asimile esto. Antes de que pueda preguntarle quién es «él», continúa—: ¿Qué quieres hacer?

No sé si está mintiendo o no, pero me será imposible escapar si no salgo de esta habitación.

—Sí, quiero verla. Yo… —Lo dejo así, y la palabra «obedeceré» se me queda atascada en la garganta.

Ella parece comprender y me dice:

—¿Obedecerás?

Asiento.

—Vale. Volveré a buscarte dentro de unas horas.

—¿Para qué?

—Unas copas en la biblioteca.

—¿Copas con quién?

Ella me mira.

—¿Mi captor? —pregunto, indignada.

Su silencio me dice que tengo razón.

—Olivia estará allí también.

Coge una llave pequeña que lleva en el bolsillo de su vestido, se adelanta y, para mi asombro, me quita las esposas. Yo me froto las marcas rojas en la piel. La urgencia de salir corriendo de la habitación es casi imposible de ignorar, pero todavía estoy mareada y débil, y cualquier intento de huida sería frustrado de inmediato. Tengo que conocer la disposición de la casa, al menos. Así que me esfuerzo por tener paciencia.

—Cómete las galletas y bébete el agua —me dice ella—. Te ayudará a asentar el estómago. Luego date una ducha. Encontrarás todo lo que necesites en el tocador. —Señala hacia el armario—. Y ponte algo bonito.

Se vuelve y empieza a andar hacia la puerta. No quiero que se vaya. No quiero quedarme sola en esta prisión. Tengo un millar de preguntas no respondidas.

—¿Quién es «él»? —le pregunto. Ella se queda quieta, con la mano en la puerta—. ¿Cómo se llama?

Bryony me mira por encima del hombro. Esta vez no solo hay compasión en su rostro sino también temor.

—Heath —me responde—. Heath Ledbury.

46

Caitlin Arden

Bryony tiene razón: las galletas saladas y el agua aquietan las náuseas, pero no hacen nada para aliviar el terror, la confusión y la rabia. Cuando miro más de cerca las ventanas, cualquier esperanza que pudiera tener de romperlas y saltar al exterior se desvanece. El cristal es grueso y, en algunos puntos, irregular. Creo que es a prueba de roturas, y aunque no lo fuera no importaría tampoco, porque en el otro lado hay barrotes de hierro. Pruebo a abrir la puerta esperando que Bryony no la hubiese cerrado, y averiguo que, evidentemente, sí lo ha hecho. Como no hay forma de salir, empiezo a buscar frenéticamente un arma. En el tocador hay un espejo de bolsillo diminuto. Es tan pequeño que un añico no sería suficiente para infligir daño. Corro al baño, esperando encontrar un espejo más grande. Pero, claro, no hay ninguno. Ni tampoco cuchillas de afeitar. Nada que pueda usar como arma. Solo otra habitación bonita. Si fuera un hotel, y no una prisión, me habría deleitado tomando un baño en la bañera de tapa corrediza. Por el contrario, el paranoico Heath podía irrumpir mientras estoy desnuda, de modo que me

meto en la ducha todavía con el pijama puesto y me lavo rápidamente.

Cuando acabo me envuelvo en las esponjosas toallas blancas y abro el armario. Dentro hay vestidos, solo vestidos, todos de mi talla, de mis tiendas favoritas y mis colores preferidos. Es como si esta habitación hubiera estado esperándome a mí. Dada la cantidad de ropa que hay, planean mantenerme aquí largo tiempo. Miro los colgadores y busco algo que no sea restrictivo, para poder moverme con libertad, si se da la oportunidad de luchar o correr. Me pongo un vestido midi de algodón azul marino y me cambio rápidamente en el baño, con un ojo fijo en la puerta cerrada. Busco zapatos pero no encuentro ninguno. Parece que no voy a salir de la casa en breve.

Me seco el pelo mirando hacia la puerta, por si entra alguien. Me parece irreal vestirme y acicalarme para tomar copas con mi captor y la hermana a la que no he visto desde hace dieciséis años. Me pregunto si la falsa Olivia estará aquí también, y cómo encajará ella en todo este asunto. ¿Por qué me han traído aquí? ¿Y qué planean hacer conmigo? ¿Se despertó mi hermana en una habitación igual que esta? Intento imaginármela con solo trece años, aterrorizada y sola, enferma y mareada por las drogas, y que le dijeran que se vistiera bien para su secuestrador enmascarado, y de nuevo vuelvo a sentir náuseas.

Voy a la ventana. El sol se está hundiendo despacio, esparciendo un morado de tinta y el índigo más profundo por el cielo. Los terrenos que rodean esta casa son vastos y verdes, sobre todo silvestres y descuidados. Lo único que han mantenido cuidadosamente es la zona en torno al pequeño lago. Las ramas de unos sauces llorones rozan el agua, y hay una isla en el centro con

una estatua de piedra desgastada de una pareja abrazada, con demasiado musgo para resultar bonita. Pero no hay más casas. Ni una. La esperanza se marchita en mi pecho y me dejo caer al suelo, apretando las rodillas contra la tarima de madera. No habría pensado nunca que fuera posible sentirse claustrofóbica en un espacio tan grande, pero las paredes de esta jaula extravagante parecen cerrarse por encima de mí. O bien se me está expandiendo el corazón en el pecho, o mis costillas se están encogiendo. Caigo hacia delante, apoyando las manos en el suelo, y no puedo respirar.

Ni siquiera oigo que se abra la puerta, pero Bryony se arrodilla a mi lado, y me aparta los sudorosos mechones de pelo de la cara. Hace ruiditos de consuelo y me instruye para que respire igual que ella. Aspirar, espirar. Nos quedamos así hasta que mi pulso va haciéndose más lento.

—Son las drogas —me explica.

—No, las drogas no —respondo yo—. Es el miedo.

Ella se queda muy callada después de eso.

—Nos esperan —dice al final. Solo entonces, cuando le dejo que me ayude a ponerme en pie, noto que lleva una alianza y un anillo de compromiso con un zafiro en la mano izquierda.

—¿Estás casada? —le pregunto—. ¿Con Heath?

Ella frunce el ceño y se mira la mano, como si no perteneciera a su cuerpo.

—Sí.

Yo me quedo lívida. ¿No se le escapó a la falsa Olivia que estaba casada? ¿No me dijo que me encontraría el marido perfecto? El estómago me da un vuelco tras otro. El pánico empieza a aumentar, amenazando con cerrarse por encima de mi cabeza. Ella me sujeta y

veo entonces una cicatriz brillante y rosada que serpentea desde la muñeca hasta el codo, en su brazo izquierdo. ¿Se lo hizo ella misma, o fue Heath? Las lágrimas empiezan a empañar mi visión.

—¿Qué me va a ocurrir a mí?

Ella aprieta los labios en una línea silenciosa y compasiva.

—Ahora mismo —dice, con suavidad—, voy a ponerte esto.

Y busca en el alféizar, donde esperan un par de esposas. Seguramente las habrá dejado ahí al venir a buscarme y encontrarme en medio de un ataque de pánico. Niego con la cabeza y retrocedo.

—No.

Ella suspira.

—Caitlin…

—No.

Mira hacia la puerta.

—No podrás ver a Olivia si no me dejas que te las ponga.

Mi mente va a toda velocidad.

—Finge que me las pones, y entonces…

Ella niega con la cabeza.

—Él no es tonto. Y aunque no estuvieras esposada, son dos.

—Dos… —respiro demasiado rápido de nuevo—. Pero nosotras somos dos, y mi hermana.

Ella frunce el ceño.

—Por favor —le suplico—, mira…

—Me matará —dice con sencillez.

Noto el miedo en mi garganta, pero lo trago y sigo adelante, sabiendo que tengo que convencerla para que me ayude.

—Bryony, por favor…

—Te las pongo o no, lo que quieras —salta. Sorprendida por el repentino cambio en su conducta, me aparto un paso de ella. Han desaparecido la paciencia y la preocupación, sustituidas por algo más duro, acerado incluso—. Mira, si no te llevo al piso de abajo dentro de unos minutos, subirá él y entonces las dos tendremos problemas.

El miedo sube como la bilis. Trago saliva, sopesando mis opciones. No quiero llevar esposas, pero si me niego, me encerrarán en esta habitación sin esperanza alguna de abandonarla. Y sin esperanza alguna de ver a mi hermana. Tomo la decisión y tiendo las muñecas.

Cuando me acompaña fuera del dormitorio, miro hacia atrás y veo el cerrojo por la parte exterior de mi puerta. Giramos hacia la izquierda y recorremos el largo pasillo forrado de madera. La luz viene de ambos lados, donde se encuentran unas ventanas enormes en forma de arco que dan a dos escaleras. Mi mirada se dirige a izquierda y derecha. Hay al menos siete dormitorios. Tres, incluido el mío, tienen cerrojos por fuera. Uno tiene un candado. Es bastante obvio que no me han encerrado en una casa normal, sino en una mansión.

Bajamos las escaleras hasta un gran salón. Frente a mí se encuentra una puerta de madera alta y ancha, como las que podría haber en un castillo o un granero. La idea de correr hacia allí aligera mi corazón. Me imagino trasteando con la cerradura, abriendo la puerta de par en par y saliendo a la carrera de la casa. Gritaría, y gritaría, y gritaría, porque aunque desde mi habitación no se ven otras casas, eso no significa que no pueda haber alguna cruzando la calle. Doy un paso hacia la puerta. Bryony me coge por el brazo y aparta mi atención de allí.

—Por favor, no —susurra, con terror—. Si te vas corriendo me echará la culpa a mí.

Todos los instintos me gritan que huya, pero la lógica dice que las posibilidades de conseguir escapar son escasas o nulas. Es más que probable que la puerta esté cerrada, así que lanzarme contra ella no ayudará nada. Me entretengo un momento tratando de eliminar la urgencia de intentarlo, y asiento en dirección a Bryony. Ella me dedica una diminuta sonrisa de agradecimiento y me hace pasar por una puerta a nuestra izquierda. En la sala de estar hay tres sofás tapizados con tonos cálidos, muebles caros de madera oscura y un hogar de chimenea tan grande que podría estar de pie en su interior.

Bryony me coge por el codo y me hace traspasar otra puerta. Tres de las cuatro paredes albergan estantes que van del techo al suelo, incluso con una escalera rodante. Nunca había visto tantos libros fuera de una biblioteca pública. Hay adornos y objetos colocados entre los libros: un globo terráqueo, un busto de mármol, candelabros de latón. Hay otra celosía, una ventana de arco y más muebles de caoba, y un hogar de piedra. En el centro se encuentran dos sillones de color azul marino y un sofá de tres plazas colocados en torno a una mesita de centro. En el rincón se ve un carrito de bar bien surtido. Detrás hay otra puerta.

Bryony me indica que me siente en uno de los sillones. De mala gana lo hago. Ella se arrodilla.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto, precipitadamente.

—Te pongo una brida —contesta, sacando una del bolsillo de su vestido.

Yo me pongo de pie al momento. Bryony parece aterrorizada. Se levanta también.

—Siéntate —susurra, agitadamente—. Has accedido.

—He accedido a bajar aquí a reunirme con mi hermana. Ya me ha costado bastante acceder a lo de las esposas. No me habías dicho nada de que me atarías a una silla.

—Bueno, no tengo un documento con términos y condiciones para que lo firmes, precisamente —dice furiosa. Se frota la frente como si tuviera dolor de cabeza—. Si no quieres hacer esto, vendrá Heath y te volverá a llevar de nuevo a tu habitación. Pensaba que querías ver a Olivia…

—Sí que quiero.

Su paciencia tiene la integridad de una alfombra deshilachada, y mi negativa a «obedecer» la está desgastando mucho más aún. Me digo que ya tengo las manos sujetas e inútiles, de modo que ¿qué más da que uno de mis tobillos esté sujeto al sillón? No puedo pasar ni una noche en esta casa sabiendo que mi hermana está aquí sin verla. Respiro hondo un par de veces, y me siento obediente en el sillón.

Bryony exhala aliviada al ver que accedo. En cuanto sujeta la brida tan tirante que me pellizca, se pone de pie.

—Intenta no hacerle enfadar —dice en voz baja—. No acabaría bien.

Y con esa advertencia todavía resonando en mis oídos, se va. Tiro de las esposas una vez para probarlas, pero el metal me corta las muñecas. Mi mente oscila como un péndulo entre pensar en ver a mi hermana y tramar mi huida. Me pregunto si podré arrastrar el sillón hasta la ventana y alcanzar la altura suficiente para romperla, cuando se abre la puerta de la biblioteca.

La adrenalina fluye por mis venas.

Me retuerzo en mi asiento. Nuestros ojos se encuentran.
Ella está callada, esperando mi reacción.
Yo abro la boca y grito.

47

Caitlin Arden

Ella viene corriendo hacia mí y me pone la mano en la boca para ahogar mis gritos de furor. Me han engañado. Estoy tan enfadada conmigo misma por haberme creído que vería a mi hermana como con ellos por mentirme.

—Por favor, Kitty-Cate —me suplica—. Respira un poco.

Me arde la garganta, me late la cabeza y estoy furiosa, pero necesito respuestas, así que dejo de chillar. En el silencio ella asiente y su mano se aparta de mi boca. La miro con ira. Miro a la mujer que lleva semanas haciéndose pasar por mi hermana desaparecida, y que tanto se ha esforzado por destruir mi vida.

—Bryony me había prometido que vería a Olivia —le exijo—. ¿Dónde está? ¿Dónde está mi hermana?

Ella se arrodilla delante de mí y me coge las manos.

—Yo soy tu hermana.

Arranco mis manos de las suyas.

—No, no lo eres.

—Lo soy, Caitie —me implora, con sus enormes ojos azules fijos en los míos, sin vacilar—. ¿Cómo iba a pasar la prueba del ADN si

no? ¿Cómo iba a saber lo del mechón de pelo, y lo del Chico del Autobús? ¿Cómo iba a parecerme tanto a tu hermana? ¿Y a ti? Soy Olivia, Kitty-Cate, soy yo.

Empieza a hablar de la noche que se la llevaron. De nuestro viaje a la pradera con flores silvestres. De las palomitas de maíz y la película que estábamos viendo. De que, en la parte superior de las escaleras, me vio y se llevó un dedo a los labios, para que me ocultara. Cosas que solo podía saber la Olivia real.

A medida que la neblina de la ira se disipa, me la quedo mirando. La miro a los ojos. Unos lagos glaciales, cielos de verano, pétalos de nomeolvides y campanilla. Y sé, en lo más íntimo y rojo de mi sangre, que está diciendo la verdad. Un sollozo de alivio y de alegría surge de mí, pero… al instante se ve barrido por un río de confusión.

—Pero… no sabías cómo se llamaba nuestro primo. No te acordabas de Hathaway Cottage.

—Eran errores deliberados.

Meneo la cabeza, recordando más anomalías.

—Las lentillas…

—Colocadas allí para que tú las encontraras.

—Incluso me desafiaste a que descubriera quién eras en realidad. No lo entiendo.

—Formaba parte del plan.

—¿Qué plan?

—Traerte aquí, a Ledbury Hall, para poder estar juntas de nuevo. Te dije en el restaurante que he pensado en ti cada día que he estado desaparecida. Y es verdad, Caitie. He vuelto a buscarte.

—No, eso no es verdad. Si eras mi hermana, ¿por qué me hacías creer deliberadamente que no lo eras?

Ella baja los ojos y se sujeta las manos muy tensas en el regazo.

—Heath dijo que tenía que hacerlo así. Que era la única manera de que todo el mundo pensara que eras… inestable.

Me callo, intentando comprenderlo.

—Pero ¿por qué queríais que la gente pensara eso?

—No puedo decírtelo. —Sus ojos se alzan hacia los míos, rogándome que comprenda—. No puedo. Heath te lo explicará.

—No quiero que me lo diga él. Quiero que me lo digas tú.

—¿No puedes alegrarte sencillamente de que estemos juntas, después de todo este tiempo?

—¿Alegrarme? Me has mentido. Me has obligado a hacer daño a todos los que quiero. Y has colaborado para que me secuestraran. Me han drogado, encerrado, y… y… —El cóctel de dolor y rabia se me sube a la cabeza, y me dificulta pensar. Sea lo que sea lo que iba a decir, se pierde en un sollozo. Lágrimas ardientes corren por mis mejillas. Olivia se levanta y me las limpia. Yo aparto la cabeza a un lado.

—No me toques.

Ella se resiente por el rechazo, y le tiembla el labio inferior. Se parece tanto a mi hermana a los trece años que me duele el corazón.

—La cosa va a mejorar —dice, confiada—. Ninguna de esas personas te quiere como yo.

—Eso no es cierto.

—¿Que no? Tu mejor amiga te dejó en cuanto yo volví. Tu novio estaba contigo solo porque me quiso a mí primero. Myles apenas te ha mirado en dieciséis años, tú misma me lo dijiste, y Clara te

reprime para poder borrarte, empezar de nuevo y moldearte a mi imagen —dice, horrorizada—. Eso no es amor.

—¡Ni esto tampoco! —grito yo.

Ella se pone de pie, frustrada pero segura.

—Has sido traicionada o abandonada por todas las personas que te importaban en el mundo. Pero yo estoy aquí. —Levanta las manos —. He hecho todo esto por ti.

—No te lo he pedido. Podrías haber vuelto a casa sin más, Olivia.

—Esta es mi casa.

—No, no lo es. Te sacaron de tu casa a la fuerza. De «nuestra» casa. —Ella se aparta de mí y se pone a andar—. Olivia, por favor, quítame esto. —Aparto las manos todo lo que me permiten las esposas—. Podemos salir juntas de aquí.

Ella se detiene.

—No, Caitie. Yo le quiero. Os quiero a los dos. Quiero que estemos todos juntos.

—¿El psicópata que te secuestró? —No puedo evitar que el asco tiña mi voz—. ¿Heath?

—No es un psicópata —dice ella, con la voz llena de indignación—. Es un marido devoto. Haría cualquier cosa para hacerme feliz. Cuando le dije que necesitaba a mi hermana, no paró hasta conseguirlo.

Y esa es la fea y triste verdad. Mi hermana se casó con su captor. La miro ahora y mi ira se convierte en compasión. Heath la ha tenido en su poder más tiempo que nosotros. Ha pasado todos estos años moldeándola. La ha envenenado contra nuestros padres: no me ha pasado inadvertido que se refiere a ellos como Clara y Myles, y no

como mamá y papá. Tiene el síndrome de Estocolmo. Está enferma y ni siquiera se da cuenta.

Ve que estoy llorando de nuevo. Su frente se frunce y esta vez, cuando me coge las manos, se lo permito.

—Estaba segura de que en cuanto él te conociera, te amaría. —Su amplia y orgullosa sonrisa hace que la inquietud se agite en mi interior.

—Pero yo no quiero conocerle.

Su rostro cae.

—Vas a herir mis sentimientos. —Mi cabeza se vuelve hacia esa voz, profunda y aterciopelada. Él se queda en la puerta, tan grande y alto como lo recuerdo. Las mangas de su camisa blanca subidas hasta los codos, exponiendo sus gruesos y musculosos antebrazos. Sus pantalones azul marino tienen un corte exclusivo. Él, junto con esta casa, apestan a grandeza. Su rostro sin embargo sigue siendo un misterio. Vuelve a llevar la máscara. Solo con verla se enciende el miedo.

—¡Heath! —La voz de ella es como la palmada de deleite de una niña. Se pone de pie y corre hacia él, le coge la mano y lo hace entrar en la habitación. Él le pasa el brazo en torno a la cintura y la aprieta contra su costado.

—Sabes que no me gusta esa máscara —le dice ella, con escalofriante afecto—. No juegues con Caitie. Es cruel.

—Es teatral —le corrige él.

Ella va a quitársela, pero él la coge por la muñeca y poco a poco le baja el brazo, mirándose ambos a los ojos. Es tan íntimo que me pone la piel de gallina. Entonces él entrelaza sus dedos con los de

ella y caminan hacia mí, y se detienen justo fuera de mi alcance. Soy bien consciente de que estoy sentada y atada.

Noto el peso y el calor de la mirada de él sobre mí, y me esfuerzo para no hundirme bajo ella.

—Caitie —dice mi nombre despacio, como si fuera un bombón de menta que se toma tras la cena, algo que hay que saborear.

Pausadamente, aparta un poco la máscara.

El pulso se me acelera. Me siento mareada por la aprensión.

Entonces se la quita por completo.

Y todo mi mundo gira sobre su eje.

48

Caitlin Arden

Le pide a Olivia que le espere en el piso de arriba. Me parece que ella no quiere irse. Yo tampoco quiero que se vaya, pero me he quedado sin voz, debido a la conmoción. Ella se queda un momento en el umbral, clavando sus ojos en los míos, y luego se va, y cierra la puerta suavemente tras ella.

Él se dirige al carrito de las bebidas y coge dos vasos de cristal tallado y los vuelve hacia arriba. Luego sirve whisky en los dos y vuelve, y me tiende uno, pero yo no puedo hacer otra cosa que quedarme sentada allí mirándole.

Sonríe e inclina un poco el vasito hacia mí. El líquido ambarino gira.

—A la una… A las dos…

Lo cojo con ambas manos porque en realidad me parece que sí, que necesito un trago si quiero seguir esta conversación. Él me mira mientras yo me llevo el vaso a los labios y lo vacío de un golpe. Me quema la boca y la garganta y abrasa mi estómago. Toso y antes de que pueda tirarle el vaso a la cabeza, él lo recupera.

—¿Por qué irlandés? —le pregunto.

Gideon deja mi vaso vacío boca abajo en el carrito y se apoya en este, con sus piernas largas y su arrogancia.

—Resulta difícil resistirse al viejo encanto irlandés —dice, y vuelve a adoptar con toda facilidad el acento irlandés. Luego abandona el deje y retoma esa voz profunda y aterciopelada de escuela de élite —. Mi hermana se fugó con un irlandés. —Mira su vaso, pero es demasiado tarde: veo la mentira, la sombra oscura que atraviesa su cara. Se encoge de hombros y todo pasa, y acaba sustituido por el regocijo altanero—. Eso y que si tú hablabas alguna vez de tu terapeuta irlandés…

—Nadie te relacionaría conmigo.

Levanta su vaso.

—Exacto.

Sin el acento irlandés, verle hablar es como ver una película extranjera mal doblada, en la cual la voz no acaba de coincidir del todo.

—Pero pensaba que estabas muerto. Vi… —¿Qué vi en realidad? Su cuerpo no. Solo una silueta que «parecía» un cuerpo, y que en la oscuridad se podía confundir también fácilmente con una pila de abrigos.

—Pensabas que estaba muerto porque eso es lo que yo quería que pensaras.

—¿Por qué?

—Era un plan de contingencia. Si conseguías huir de alguna manera de mí, a través de los bosques, saldrías hablando de un cuerpo que la policía buscaría y no encontraría nunca. Olivia se lavaría la sangre falsa de las manos y lo negaría todo.

—Y sería un elemento más que contribuiría a tu tesis de que yo estaba loca. ¿Y por qué querías que la gente pensara eso?

—Para que no viniera nadie a buscarte.

Me cuesta un momento unir todas las piezas de esta conversación, pero todavía no la capto por entero.

—¿Por qué el hecho de que yo pareciera estar loca iba a impedir que la gente me buscara, si se daban cuenta de que había desaparecido?

—Para la mayoría, habías tenido una crisis nerviosa. No sería descabellado pensar que podías hacerte daño a ti misma. Al fin y al cabo, lo habías perdido todo. Habías abandonado tu trabajo. Estabas desquiciada. Alguien, quizá la policía o algún ciudadano preocupado, encontraría tu móvil y tu bolso en un puente sobre el río Avon, y cuando registraran tu casa y encontrasen tu portátil, la policía descubriría una nota de suicidio mecanografiada detallando tu plan de ahogarte.

El corazón me da brincos como una liebre cogida en una trampa. No me muevo, segura de que si lo hago, me romperé en mil piezas imposibles de reparar.

—Nadie se creerá eso —susurro débilmente, porque ya mientras lo digo sé que no es verdad.

Él levanta una oscura ceja.

—Más de cien personas presenciaron tu crisis nerviosa durante la boda, eso dijiste tú misma. Serás otra mujer trágicamente desquiciada con un pasado traumático que puso fin a su vida.

La enormidad de mi situación me rodea como una niebla helada.

—¿Y Olivia? —respondo—. Seguramente si desaparecemos las dos, se harán preguntas.

Él encoge uno de sus amplios hombros.

—Lo dudo mucho. Ella escribió una carta también, explicando que se va de casa porque no puede soportar que su regreso incomode a la familia. —Esboza una sonrisa sarcástica—. Es una adulta, puede hacer lo que quiera. Aunque tus padres denuncien su desaparición, la policía no investigará más. Olivia seguirá mandando cartas. La llevaré a distintos pueblos y ciudades, y las mandaremos desde allí. —Aprieto los puños ante esa arrogancia intrigante, pero mi ira se disuelve al imaginar a mis padres con el corazón roto al averiguar que sus dos hijas han desaparecido. Trago saliva intentando deshacer el nudo de dolor de mi garganta. Viendo esto, él añade:

—No te deprimas, Caitie. Tenemos ante nosotros años de diversión.

Me doy cuenta ahora de que es Olivia la esposa de la que decía que se había separado. La que le animaba a ver a otras personas. A verme a mí. ¿Seré yo su siguiente esposa? Tal y como él me mira, con hambre y calor, la repulsión me corre por la espina dorsal.

—¿No eres terapeuta? —pregunto, intentando desviar la conversación.

Él bebe un poco.

—No.

Fue Olivia quien nos dio la tarjeta de Gideon Temple, asegurando que se la había entregado a ella el agente de apoyo familiar. Obviamente era mentira. Supongo que esa tarjeta fraudulenta ha desaparecido ya, rota en trocitos o quemada hasta convertirla en ceniza.

Él debía de ser la voz al otro extremo del teléfono secreto de Olivia, aunque yo no tengo duda alguna de que ella deliberadamente

dejó que oyera su llamada. Hablar a la gente de un segundo dispositivo y de que había oído fragmentos de conversaciones no era sino otro clavo más en el ataúd de mi supuesta cordura.

—Pero yo fui a tu despacho.

—Un amigo de un conocido, el doctor Gideon Temple, necesitaba que alguien le cuidara la casa mientras viajaba este verano.

—A Indonesia —digo, recordando la guía que vi en la mesa del comedor.

—Eso es. Muy práctico, guardaba una llave de su despacho en la casa. —Bebe otro poco más—. Pero yo ni siquiera he llegado a conocer al doctor.

—¿Y si no hubieras encontrado a un terapeuta que necesitaba que le cuidaran la casa?

Él se encoge, impertérrito, como si fuera una persona a la cual todo acaba cuadrándole al final, siempre.

—Pues habría sido un policía, un periodista, un antiguo amigo de Olivia…

Cualquier cosa para acercarse a mí. Lo bastante cerca para hacer que confiara en él.

—¿Por qué ahora? ¿Por qué venir a por mí ahora?

—Olivia —dice, sencillamente—. Quería recuperar a su hermana.

—¿Por qué no secuestrarme sin más, y acabar con el asunto? ¿Por qué enviar a casa a Olivia, y tomarse tantas molestias y correr tantos riesgos?

Él empieza a mirar los estantes, indiferente, cogiendo cosas y volviéndolas a dejar. Esta conversación de secuestros y jueguecitos mentales la llevamos de un modo tan informal como si hablásemos de planes de vacaciones para el verano.

—Yo quería conocerte. Ver si podías encajar bien. —Me mira—. No me malinterpretes: eres muy guapa, pero como habrás podido comprobar, no eres del tipo que me gusta habitualmente.

Eso era muy obvio, con mi pelo oscuro y mi corta estatura.

—Pero me enamoré de tu decisión, tu lealtad, incluso a un hombre que nunca te había amado como tú mereces serlo, la delicadeza con la cual llevabas tu compleja relación con tu familia. Olivia tenía razón, eres especial.

—Pues qué suerte tengo —digo.

Él me mira de nuevo así, como si fuésemos una pareja durante la hora del cóctel, anticipando una noche de sábanas revueltas y piel desnuda. La náusea me invade al pensarlo. Él se pone de pie, se acerca a mí y se arrodilla. Luego, tan suavemente como un mago que saca un conejo de un sombrero, se saca una navajita del bolsillo de atrás. Yo me encojo, aterrada. Sus manos recorren mi pantorrilla desnuda, pero sus ojos nunca dejan los míos. Su mirada es fija, confiada…, incluso juguetona. Para mi sorpresa corta la brida y me libera de la silla. Retrocede con una sonrisa divertida en los labios. Espera. Comprendiendo que esto es una especie de prueba, que yo no soy sino un animal bajo observación, no me muevo ni un milímetro. Aunque el pulso me late locamente, mantengo el tono ligero.

—¿Y ahora qué, me quitarás las esposas?

Su sonrisa se amplía más aún.

—No es probable. Empecemos despacio. —Su voz grave y aterciopelada es demasiado íntima, y me pellizca la piel. Él piensa en nosotros dos juntos en el sofá, mis manos en su pelo, atrayéndole hacia mí. Entonces se mostraba muy contenido. Ahora sé por qué: quería desenvolver su regalo en su propia casa.

Asustada por sus intenciones, me aliso el vestido con las manos unidas, e intento distraerle con otra pregunta.

—Pero ¿por qué arriesgarse a que Olivia no volviera nunca a Ledbury Hall?

—Quería probar los límites de mi relación con ella.

—¿Quieres decir probar el control que tienes sobre ella?

Me mira como si me estuviera mostrando decepcionantemente maleducada.

—El amor, el amor «de verdad», es confiar en la otra persona lo suficiente para entregarte a ella por completo. Ella confía en mí, y yo confío en ella. Olivia pudo decidir si contar a tu familia y a la policía todo lo que hacía referencia a mí y a Ledbury Hall, pero por el contrario, decidió volver. Me eligió a mí.

Está enredado, con unas raíces demasiado hondas que lo envuelven estrechamente en torno a mi hermana, y ella ya no puede ver dónde termina él y dónde empieza ella. Yo le miro enfadada, despreciándolo hasta lo más hondo.

—Tú irrumpiste en mi casa. ¿Cómo conseguiste entrar y salir?

—Tus padres tenían una llave. Olivia me la dio y yo hice una copia.

—¿Entraste para que yo informara y pareciera loca ante la policía, o fuiste a robar el manuscrito?

Él sonríe.

—Ambas cosas. Ya sabía lo del librito de Oscar, semanas antes de que volviera Olivia.

—¿Cómo?

—Llevo meses observándote, Caitie. —No sé por qué me afecta tanto oír esto, pero es así. Busco entre mis recuerdos, por ver si estaba allí, en el rabillo del ojo, mientras yo hacía recados o me

dirigía al trabajo. Pienso en todas las veces que, descuidadamente, me desnudaba con las cortinas abiertas, y me arden las mejillas—. También vigilaba a tu novio, intentando comprender qué habías visto en él. Incluso lo seguí a un par de reuniones con la editora de Harriers, y me senté en una mesa cercana, escuchando.

No me molesto en preguntarle por qué se aseguró de que yo lo averiguase, porque Olivia ya me ha explicado que quería expulsar a Oscar de mi vida. Supongo que para Heath, yo era un objetivo mucho más fácil sin novio alguno que se interpusiera en el camino. Recuerdo la advertencia de Bryony de que eran dos. Cuando estaba con Heath (Gideon) en el parque, aquel día, vi al hombre enmascarado. Sí que lo vi. Cierto, estaba de perfil y a alguna distancia, y solo fue un relámpago, pero esa máscara no es que sea precisamente sutil. Le pregunto por él.

—Era tu hermana —me dice—. No te sientas mal. Desde lejos y en medio de una multitud, cualquiera habría pensado lo mismo.

Miro hacia un lado y se me pone la cara roja porque, sí, me siento bastante estúpida. Era tan confiada… Demasiado confiada. Seguramente alguien podrá señalarle a él…, pero ya mientras pienso esto me doy cuenta de que es improbable. Cuando le mencioné a Florence que me encontré con mi terapeuta en el parque, no le di su nombre. Lo único que sabía Oscar de él era que la policía nos había dado sus datos. No creo que Oscar sea consciente de que esos detalles procedían en realidad de la propia Olivia. No hay nada que relacione a Heath con mi secuestro. Cuando yo visité «su» casa, entramos por la verja de atrás, para que no nos vieran. Como el auténtico Gideon Temple no tiene conexión alguna con todo esto, y

ni siquiera está en el país ahora mismo, nadie pensará en interrogarle con respecto a mí y a la persona que le cuidaba la casa.

—¿Ya está? —susurra él—. ¿Ha terminado la hora de las preguntas?

—¿Y qué pasa con Simon Briggs? —pregunto yo—. ¿Cómo encaja en todo esto?

Los ojos de Heath relucen; disfruta demostrándome lo listo y lo astuto que es.

—Puedes encontrar todo tipo de gente en los grupos de apoyo.

—Gente vulnerable.

—Gente que necesita compañía.

—El ADN de Olivia estaba por todas partes, en aquella cabaña —de repente me pone enferma solo pensarlo—. ¿Qué le obligaste a hacer?

—Yo no comparto —dice, muy serio. Luego su mirada pasea por mi cuerpo y yo intento no agitarme ante la intimidad que esto supone—. Visité unos cuantos grupos de ayuda buscando el candidato perfecto. Encontré a Briggs en una reunión de alcohólicos anónimos. Estaba intentando dejar la bebida. Así que me lo llevé a tomar unas copas. Cayó con toda facilidad, por supuesto. Era un desastre sin fuerza de voluntad.

Me imagino a Heath, confiado, ingenioso, encantador, haciéndose amigo de una persona como Simon Briggs. Un hombre cuya vida estaba hecha trizas, después de una aventura con una alumna, y su existencia limitada a una cabaña rural sin otra compañía que un montón de libros de bolsillo muy baqueteados y las ratas. Se habría sentido elegido por primera vez en años. Miro ahora las manos de Heath. Las que se pasearon por mi espalda desnuda. Manos que

escribieron notas sobre mis pensamientos más íntimos, en la comodidad de su despacho robado. Manos que me apartaron del camino de un coche acelerado. Imagino esas mismas manos cerrándose sobre Simon como una criatura marina sobre su presa indefensa e inconsciente. Guiándolo hacia un bar. Escuchando atentamente y haciéndole sentir más escuchado de lo que se había sentido nunca en esas reuniones de AA con su café aguado y sus galletas rancias.

—Le dije que mi hermana, Olivia, necesitaba trabajo, limpiando, cocinando y ocupándose del jardín. Él estaba enamorado de ella.

Es verdad, es muy bella. Por supuesto, Briggs se enamoraría de ella, pero por la triunfante sonrisa de Heath, sé que eso es exactamente lo que él quería.

—Intentó besarla. Naturalmente ella le rechazó, se fue de su casa y no volvió. Yo me presenté allí, enfadado y lleno de preocupación fraternal, y él se disculpó. Le dije que ella no volvería, pero conseguí que le escribiera una nota.

El detective Grimshaw había mencionado una nota de suicidio, ¿estaría hablando de eso?

—¿Qué decía la nota?

—¿El detective no te la leyó?

Niego con la cabeza.

Él sonríe, con suficiencia, y dice con un acento del oeste del país: «Lo siento, Olivia. Por todo. Adiós».

Se encoge de hombros.

—Breve y amable, con un toque de melancolía que basta para sugerir el suicidio. En cuanto la escribió, le pedí que saliera conmigo al sol para beber algo.

—Por eso no encontraron otras huellas en la cabaña.

Él asiente, impresionado al ver que le sigo.

—Supongo que tú le llevaste la bebida —digo, pensando en la botella de whisky envenenado con talio—. Murió solo. Sufriendo mucho.

—No era un buen hombre. Era un depredador.

—¡Igual que tú! —exploto yo—. Me quitaste a mi hermana cuando era solo una niña. La arrancaste de mi familia. De mí.

Su ira sale a la superficie, retorciendo sus rasgos.

—Yo la amo. Se lo he dado todo. Ni siquiera la toqué hasta que nos casamos. Hasta que ella me lo pidió.

Una oleada de oscuro desprecio inunda mi interior.

—Eres un enfermo.

Él deja el vaso y recorre el espacio que nos separa, me coge el antebrazo y tira de mí para ponerme de pie, y se me acerca tanto que solo veo el color verde jade de sus ojos. Su aliento desprende calor en mi boca.

—Tú me deseabas, ¿te acuerdas?

Le escupo.

Me sujeta tan fuerte el brazo que me hace daño, y grito. Al ver su expresión furiosa y llena de odio, una costura de terror se rasga dentro de mí. Intento soltarme y liberarme, pero eso no hace más que ponerlo más furioso. Me abofetea. Caigo al suelo y aterrizo de lado. Me arden las costillas y tengo la visión borrosa tras las lágrimas.

—¡Es culpa tuya! —aúlla, levantándome en vilo. El hombro me duele mucho cuando me pone de pie a tirones. Luego me saca de la habitación a rastras y subimos las escaleras. Yo tropiezo pero él me

levanta con toda facilidad y me echa por encima de uno de sus hombros. Un lado de la cara me arde como si me latiera ahí un segundo corazón. Estamos en las escaleras y subimos cada vez más. Temo que, si lucho, me tire directamente por ellas. Cruza el rellano y oigo que se abre una puerta.

Olivia se asoma con la cara gris. Da un paso hacia mí, pero él le grita que vuelva dentro.

—¡Socorro! —chillo—. ¡Olivia!

—¡Adentro! —ruge él.

De mala gana ella hace lo que él le ordena, y cierra la puerta tras ella. Su cachorrillo perfecto y obediente. Él me deja junto a la puerta de la habitación donde me tenían encerrada, y me estruja. Su cuerpo me aprieta contra la madera dura, y su mano me tapa la boca. Pone su rostro a solo unos centímetros del mío.

—Ella es mía —dice, con la voz baja y llena de peligro—. Y tú también. Y lo mismo Bryony. Pronto lo aprenderás.

Luego pasa a mi lado, abre la puerta y me empuja al interior.

49

Caitlin Arden

He llevado las esposas puestas toda la noche. Nadie ha venido a quitármelas. Y aunque el cansancio hacía que me ardieran los ojos, no he dormido nada. He estado sentada en la cama, con las rodillas dobladas hasta el pecho, oyendo crujir los huesos de esta casa tan antigua. Ahora veo sombras que se mueven por la habitación. Ha salido el sol. Hace muchísimo calor otra vez, que se frota contra mi piel como una mano ardiente y sudorosa.

Cuando oigo que se descorre el cerrojo, el corazón me golpea contra las costillas. Entra Bryony con una bandeja y me sonríe un poco. Lleva un vestido cruzado color rosa maquillaje, los pies descalzos y el pelo recogido en una cola de caballo que sisea cuando ella recorre la habitación. Deja la bandeja de madera en la mesita de noche. Contiene dos platos de cartón con ensalada de fruta, cereales con yogur y dos vasos muy fríos de zumo de naranja. Miro las pequeñas cucharillas de madera. Aunque partiera una por la mitad, resultarían inútiles como armas. No he comido nada sustancioso desde la pasta que compartí con Gideon, o mejor dicho, Heath, días atrás, pero no tengo nada de hambre.

—Tengo algo para ti —dice ella, cogiendo una llave pequeña de la bandeja. Me abre las esposas y yo me froto las muñecas. Están llenas de hematomas morados—. Oí todo el escándalo anoche… ¿Estás bien?

—De maravilla. Disfrutando mi estancia aquí, en realidad —le digo, con la voz cargada de sarcasmo—. Aunque la comida tiene un aspecto fantástico, los cubiertos dejan mucho que desear, y las esposas son un poco industriales para mi gusto.

—Pero el anfitrión es tan majo… —dice, escueta.

Suelto una carcajada. Es como un chillido, una risa nerviosa que se alza en forma de hipos. La realidad de mi situación está empezando a penetrar en mis huesos como el veneno. El hecho es que en lo que respecta a la policía, Simon Briggs, el hombre al que creen responsable del secuestro de mi hermana, está muerto. Se suicidó. Ya no investigan nada más. Y gracias al plan meticuloso de Heath, la policía seguirá las migas que ha ido dejando y llegarán a la conclusión de que me he tirado al río. Una cinta que envolverá limpiamente la trágica historia de las hermanas Arden. Heath consiguió tener encerrada a Olivia dieciséis años, y a Bryony un año más incluso, sin que nadie sospechase de él. Yo no tengo ninguna oportunidad. ¿Qué será ahora de mi vida, prisionera en esta casa los próximos diez, veinte años? Notó una indefensión creciente, una urgencia apremiante de llorar, a la que me entrego. Mi risa acaba en sollozos. Bryony se sube a la cama a mi lado. No me toca. Solo se sienta lo suficientemente cerca para hacerme saber que no estoy sola.

—Ojalá pudiera decirte que luego es más fácil —dice, en voz baja.

No mira nerviosamente hacia la puerta esta vez, cosa que significa que no hay nadie escuchando. Me seco los ojos.

—¿Cómo acabaste aquí?

Ella se sube la manta por el regazo y empieza a retorcer las borlas entre los dedos.

—Quería ir a una fiesta, pero mi madre no me dejaba. Discutimos. Me escapé y fui yo sola andando —niega con la cabeza, como si no pudiera creer su propia estupidez—. No me daba cuenta de que él me había estado vigilando. Esperando a que estuviese sola. No llegué nunca a aquella fiesta. Él salió de la nada. Lo único que recuerdo es la horrible máscara y luego… nada. Me desperté aquí.

Calculo el tiempo, aunque los datos son vagos. Heath tiene treinta y muchos, cosa que significa que tenía poco más de veinte cuando secuestró a Bryony y Olivia. Estoy a punto de preguntarle a Bryony qué sabe del pasado de Heath, cuando ella dice:

—Me preguntaba si sabrías algo de mi familia… Si había salido en las noticias o… —Sus ojos azules están muy abiertos y llenos de esperanza.

—No, creo que no —le digo, con amabilidad—. Yo tendría unos nueve años cuando tú desapareciste. Ese tipo de cosas pasaban sin que yo me enterase. —Su rostro muestra su desilusión, y me duele el corazón por ella—. ¿Cuál es tu apellido?

—Danvers.

Durante un segundo pienso en mentir para no hacerle daño, decirle que todavía la buscan. Que existe una probabilidad de que la encuentren. Pero he sufrido muchas mentiras, y el dolor que produce luego el hecho de exponerlas no merece la pena. Niego con la cabeza. Sus hombros se abaten. Parece encogerse ante mí.

—¿Cómo era tu familia? —pregunto, esperando que hablar de ellos haga que se sienta mejor.

—Vengo de un hogar feliz. Mis padres son médicos. Jugábamos a juegos de mesa cada jueves. Yo era la mejor en el Scrabble —sonríe. Luego se queda quieta. Se ha enroscado un hilo de una borla con tanta fuerza en torno al dedo que se le está poniendo morado. La sonrisa se desvanece de sus labios—. Ya no me acuerdo de la voz de mis padres. Es como si te supieras la letra de tu canción favorita, pero hubieses olvidado la música. Yo también tengo una hermana —dice—. Tenía solo tres años cuando me cogieron. Ahora debe de tener veinte —levanta la vista hacia el techo y veo que está luchando por contener las lágrimas.

—Lo siento mucho. —Levanto la mano para ponerla encima de la suya, pero me detengo, porque no sé con seguridad si quiere que alguien la toque. Ella coge los platos de la bandeja y me tiende uno, junto con la cucharilla. No tengo hambre, así que solo muevo la fruta a un lado y otro.

—Heath dice que tiene una hermana.

—Elinor.

—¿La has conocido?

—No. Y tú tampoco la conocerás.

—¿Se fugó con un irlandés?

—No, no fue así. —Su risa es frágil, sin humor—. No creo que llegara a salir nunca de Ledbury Hall.

—O sea que… ¿está prisionera aquí? ¿En una de las habitaciones cerradas?

Ella me mira con compasión.

—Yo creo que él la mató.

El miedo electriza todo mi cuerpo.

—¿Por qué piensas eso?

—Tiene pesadillas. La llama, y cuando se despierta se agarra a mí, sollozando como un niño. A veces, cuando ha bebido demasiado o sale de otra noche de terror, me llama Elinor. No me sorprende que nos eligiera, porque nos parecemos a ella.

—¿Nosotras? ¿Quieres decir Olivia y tú?

Ella asiente.

—Hay fotos de su hermana por toda la casa. —Bryony se acerca a mí. Cuando vuelve a hablar, su voz suena muy baja—. Creo que estaban más unidos de lo que deberían estar dos hermanos.

La repulsión me anuda la boca del estómago, seguida por un brote de temor.

—Podría matarme. Podría matarnos a cualquiera de nosotras.

—Se esfuerza muchísimo por mantener el control. No se sentirá muy contento consigo mismo por haberte pegado.

—¿Por qué crees que está coleccionando chicas como su hermana?

—Creo que lamenta haberla matado. Nosotras somos su purgatorio, o quizá una prueba para sí mismo de que puede amar algo sin destruirlo.

Después de rescatarme de ser atropellada por un coche, me dijo que algunas personas no pueden amar sin destruir aquello que más quieren. Bryony tiene razón, ese es el motivo de todo esto. La prueba de control definitiva.

Anoche yo lo incité y él perdió los papeles. Cuando las trajo aquí, Bryony y Olivia no eran más que unas niñas jóvenes e inexpertas, enfrentadas a un hombre adulto. No está acostumbrado a tratar con

mujeres, con alguien que es lo suficientemente mayor para haber vivido y para tener sus propias opiniones. Anoche solo me dio una bofetada, pero podría darme una paliza de muerte mañana. Tengo que salir de aquí. Tengo que sacar a todas de Ledbury Hall.

—¿Tienes acceso a la cocina? —pregunto, mirando el plato que tengo en el regazo—. ¿A cuchillos y tenedores? ¿A cualquier cosa que podamos usar como arma?

Ella se mete un trocito de mango en la boca y mastica, pensativa.

—No. Pero Olivia sí. Ella prepara toda la comida, pero él le ha prohibido que venga a verte. Hoy ella me ha dado esta bandeja con nuestros desayunos y me ha dicho que procure que comas algo. Mi habitación está justo al lado de la tuya.

Dejo mi cucharita.

—¿Está abierta la puerta de esta habitación? ¿Podemos escapar?

—Olivia ha cerrado con cerrojo detrás de mí. Y aunque la hubiera dejado abierta, todas las puertas de esta casa están cerradas con llave. Solo podríamos recorrer el pasillo y bajar las escaleras hasta la puerta principal.

—Que también está cerrada…

Ella asiente.

La desesperación se abre en mi interior como una trampilla, oscura e infinita. La cierro de golpe, negándome a rendirme tan pronto.

—He visto la habitación con el candado. ¿Qué hay ahí?

—El dormitorio de Elinor. Entré una vez, antes de que trajera a Olivia, y él se puso furioso. Después de eso puso el candado.

—¿Has intentado escapar alguna vez?

Ella intenta cortar una cereza por la mitad con su cuchara.

—Unas cuantas veces. Pero sin éxito, obviamente.

—¿Y qué ha hecho él?

—¿Soy tu bola de cristal? —Su sonrisa es compungida, pero hay algo afilado en ella—. ¿Intentas ver tu futuro?

—Sí —reconozco.

Ella se queda callada un rato y yo me pregunto si responderá. Me doy cuenta de que estoy despertando en ella recuerdos que no son felices, pero tengo que saber qué me hará él, si me coge.

—Fue más duro de lo habitual conmigo. —Sus palabras quedan colgando en el aire como una horca. No quiero meter la cabeza en ella. Pero aun así el miedo abre un valle desde mi garganta a mi estómago, por los horrores que tanto Bryony como Olivia habrán tenido que soportar. Y que quizá tenga que soportar yo también.

—Me restringió el acceso a la casa también. Me tuvo semanas encerrada en mi habitación sin nada que hacer. Sin nadie con quien hablar. Me sentía tan sola que cuando él al final dijo que podía salir de mi habitación, prácticamente salté escaleras abajo para asistir a las cenas formales.

—¿Cenas formales?

Ella hace una mueca.

—Una tradición de la familia Ledbury. Cenamos juntos en el comedor cada noche. Aunque yo normalmente estoy atada a una silla.

—Pero ¿Olivia no?

—No. —Su tono es tenso—. Confía en ella porque Olivia está enamorada de él —coge un trozo de nectarina.

—Ella está muy enferma —digo con amabilidad—. Tiene síndrome de Estocolmo. Es cuando una cautiva desarrolla un vínculo irracional

con su…

—Ya sé lo que es —sisea.

Su estado de ánimo se ha oscurecido considerablemente ante la mención de Olivia. No es la primera vez que, hablando de mi hermana, se ha puesto de mal humor. Tengo la impresión de que si le pregunto directamente por la tensión entre ellas, será como echar sal a una herida abierta. Aun así, no quiero que culpe a Olivia por algo que no puede controlar.

—Así es como soporta lo de estar retenida aquí. Es una técnica de supervivencia.

—Bueno, pues su «técnica de supervivencia» fue lo que me atrapó —dice ella, con desprecio y odio en su voz.

—¿Qué quieres decir?

—Heath lleva una llave maestra con una cadena en torno al cuello. Todas las demás llaves están en una lata de latón en su dormitorio.

—¿Estás segura? —El corazón se me acelera ante la idea de poner las manos en esa lata—. ¿Cómo lo sabes?

—Durante una cena, Olivia preguntó si podía usar el piano, pero está encerrado en la sala de recepción. Heath, que siempre le consiente todos sus caprichos, le dijo dónde encontrar la llave. Me costó semanas convencerle de que por fin me había enamorado de él. Y que le deseaba. Le rogué que me llevase a su dormitorio —se mueve, incómoda—. Y cuando… terminamos, y él se quedó dormido, yo salí de la cama, cogí las llaves y salí corriendo. Entonces Olivia me pilló a mitad de las escaleras y se puso a chillar.

Su hostilidad es palpable. Y aunque Olivia ahora es como una desconocida para mí, la defiendo porque es mi hermana y no es

culpa suya que Heath Ledbury se le haya metido debajo de la piel como un cáncer.

—Está enferma, Bryony.

—La odio —dice ella, con unas palabras llenas de veneno—. Podría haber escapado de este lugar hace siete años, de no ser por ella.

Quiero defender más a Olivia pero sé que eso solo servirá para enfurecer más a Bryony, a quien necesito de mi parte.

—Mira, yo puedo convencerla de que le deje. Y nos ayudará a escapar de aquí.

—Eso no va a suceder nunca.

—Dile que quiero verla.

Ella deja su cucharilla.

—No.

—¿Por qué?

—Heath le ha prohibido que se acerque a ti.

—Eso es porque teme que si paso un tiempo a solas con ella, rompa el dominio que él tiene. Por favor, dale mi mensaje. Dile que quiero verla.

Los labios de ella se aprietan hasta formar una delgada línea de frustración.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque matará a mi hermana, o peor aún, la traerá aquí. —Se pone de pie y tira su plato de papel en la bandeja—. Después de cogerme bajando la escalera con su lata, me arrastró a mi habitación y desapareció dos días. Cuando volvió, tenía fotos de mi hermana. Había acechado a Lucy. Me dijo que si volvía a desobedecerle alguna vez, ella sufriría las consecuencias.

Coge la bandeja con las manos temblorosas. Yo me humedezco los labios secos, intentando pensar en algo que decir para convencerla de que me ayude.

No quiero poner en peligro a su hermana, obviamente, pero no tengo oportunidad alguna de escapar a menos que trabajemos juntas.

—Lucy no estará a salvo hasta que nos liberemos de Heath.

Ella me mira, con los nudillos blancos sujetando la bandeja, y moviendo la boca como si estuviera masticando dientes rotos.

—¿Sabes lo que me vuelve loca? Que he hecho todo lo posible para mantener alejada a mi hermana pequeña de este infierno, pero tu hermana te ha arrastrado a ti aquí deliberadamente. No te quiere tanto como le quiere a él. Él siempre estará el primero. —Sus palabras desdeñosas me hieren como cuchillas—. Ayudaros a ti y a tu hermana significa condenar a la mía. No pienso hacerlo. Si me lo pides una vez más, le diré a Heath que estás tramando envenenar a su muñeca perfecta. Y nunca más volverás a ver a Olivia.

50

Caitlin Arden

Mi mente es como un estanque fangoso, oscuro y salobre, lleno de preguntas que enturbian el agua. Bryony está resentida con Olivia. Siente celos de la libertad que tiene Olivia en Ledbury Hall. No ve que mi hermana está prisionera en la trampa de Heath. La única forma de que salgamos de Ledbury Hall es que las tres trabajemos juntas. Para mí está claro que Heath ha introducido deliberadamente una cuña entre Bryony y Olivia, porque dividir es conquistar. No sé cómo convencer a Bryony de que me ayude sin seguir adelante en la amenaza y dar la alarma con Heath.

Como no tengo nada mejor que hacer, tomo una ducha, deseando borrarme este sitio de la piel. Me envuelvo en una toalla y regreso al dormitorio.

Heath me está esperando. De pie junto a la ventana, examina las vistas. Va vestido con unos vaqueros y una camiseta negra que se pega a su cuerpo esbelto y musculoso. Sus rizos color café brillan a la luz del sol. Lentamente vuelve hacia mí su mandíbula cuadrada.

Quiero huir al baño y cerrar la puerta, pero no me serviría de nada, porque no tiene cerrojo.

—¿Qué quieres? —le pregunto, contenta al ver que sueno más impaciente que petrificada.

—¿Te he asustado?

—Bueno, estabas espiándome junto al baño.

Él inclina la cabeza con un gesto conciliatorio. Su mirada se posa en la ropa interior que he dejado encima de la cama, y se acerca a mí. Yo me envuelvo más estrechamente en la toalla.

—¿Qué estás haciendo aquí, Heath?

Me mira con tanta intensidad que se me forma un nudo dentro.

—He venido a disculparme.

—¿Por drogarme y secuestrarme? ¿O por perder los estribos y pegarme?

Su mandíbula se tensa, y a pesar de mi exhibición de fanfarronería, el miedo resuena en mi interior.

—Te he traído esto —dice, y al apartarse a un lado deja ver un enorme ramo de flores que está encima del tocador.

—Rosas blancas y…

—Girasoles color aureolina.

Su ceja se eleva con una silenciosa pregunta que yo no respondo.

—Olivia las ha elegido del jardín. Me ha dicho que son tus favoritas.

Aquel día en el parque, cuando me llamó para que me reuniera con ella, parece haber sucedido hace un millón de años. Me sentía tan orgullosa entonces de que cuando necesitó a alguien, se volviera hacia mí… Mirando atrás, me doy cuenta de que todo fue una trampa para arrastrarme a aquel café donde Oscar se había reunido con Samantha. Todo para alejarme de aquellos a los que amaba.

Heath se mueve hacia mí. Yo retrocedo hasta que las rodillas me pegan en la mesita de noche. Él me mira con una expresión que primero es frustración, y luego abatimiento.

—No soy ningún salvaje, Caitie. No te he forzado.

Como si la violación fuese el único factor que importa. Lo más terrible es que aunque se presenta como una persona educada y racional, no ve que lo que está haciendo está mal.

—¿Y qué me dices de Bryony?

Él aparta la vista solo un momento. Cuando sus ojos se reúnen de nuevo con los míos, se muestran decididos.

—Ella se siente tan atraída hacia mí como yo hacia ella.

—¿Y mi hermana?

—Mi mujer —dice, como si cogiera un as de la baraja— está enamorada de mí. Lo habrás visto, ¿no? No estás ciega. Ni tampoco eres tonta.

Levanto la barbilla.

—No ha tenido elección.

—Sí que la tuvo. Y me eligió a mí.

Me hierve la sangre. Aprieto la mano formando un puño y lucho contra el deseo de pegarle. Respirando hondo, me aparto a un lado y él me deja pasar. Para poner el máximo de distancia posible entre los dos, atravieso la habitación, fingiendo interés por las flores. Segundos más tarde noto que está detrás de mí. Tan cerca que su aliento me calienta el cuello.

—Antes me deseabas —susurra.

Lentamente me vuelvo hacia él.

—No —miento.

—Sí que me deseabas. Con ansia. Si no te hubiera detenido, te habrías entregado a mí allí mismo, en aquel sofá.

Yo trago saliva, recordando la electricidad que había entre nosotros, la intensidad de sentirse deseable.

—Pero yo quería traerte aquí primero. —Por detrás de mí, coge una rosa blanca del jarrón. Poco a poco me la pasa por el cuello, a lo largo de las clavículas y por el brazo desnudo, y me deja la carne de gallina a su paso.

—¿Piensas en mí cuando te tocas? ¿Cuando estabas debajo de ese novio tuyo embustero y opresivo, deseabas que fuera yo?

Con el dorso de la mano aparto a un lado la rosa. Una espina me pincha en la muñeca y hago una mueca ante el dolor repentino y agudo. Él me coge la mano con la suya y la vuelve para inspeccionar el pequeño corte. Por un momento pienso que se lo va a llevar a los labios. Por el contrario, coge la sangre con el pulgar. Sus ojos, de un verde jade e insondables, arden al fijarse en los míos.

—Estoy muy contento de tenerte aquí, Caitie —susurra—. Disfruta de las flores.

Cuando se ha ido, cojo el jarrón y lo tiro contra la puerta.

51

Caitlin Arden

Cuando Bryony trae la comida, más tarde, y ve el agua y los pétalos desparramados, deja la bandeja en el tocador y, exhalando furiosamente, empieza a limpiar el caos. No puedo ayudarla. Me duele el estómago al pensar que he dejado que ese hombre me pusiera la mano encima. Me siento en el suelo, a los pies de la cama, con las rodillas flexionadas. Ella endereza el jarrón de plástico y me mira.

—Entiendo que la visita de Heath no ha ido bien.

—¿De dónde has sacado esa idea?

Olvidado el mal humor, su boca se curva con una sonrisa irónica. Recoge la bandeja y me la trae. Se sienta enfrente de mí, con las piernas cruzadas, como si fuéramos dos amigas que disfrutan de un pícnic en el césped de un parque. Como no hago esfuerzo alguno para coger un plato, empuja la bandeja hacia mí.

—El tuyo es el que tiene jamón.

—No tengo hambre.

—Tienes que comer. Apenas has tocado el desayuno, y a Olivia le dará un ataque si no te acabas la comida. Te ha hecho tu favorito.

Curiosa, levanto una rebanada del grueso pan rústico. Está lleno de un queso intenso y jamón ahumado, y ensalada. Igual que los bocadillos que comimos aquella última tarde perfecta en el prado silvestre, antes de que se la llevaran. Incluso ha puesto un brownie y un vaso de limonada helada. A pesar de no tener apetito, sé que es importante que mantenga las fuerzas si quiero tener alguna oportunidad de salir de aquí. Suspiro, cojo un plato y me lo pongo en el regazo.

—Todavía no entiendo por qué me ha traído Heath a Ledbury Hall.

Ella da un mordisco a su propio bocadillo.

—Por Olivia.

—Sí, eso me ha dicho, pero ¿por qué? Lo podrían haber cogido.

Ella se burla.

—Ya se ha librado dos veces.

—Pero aun así…

Ella deja su bocadillo y me dirige una mirada larga, solemne.

—Olivia cae en una depresión durante días, a veces incluso semanas. Y aunque puede ir y venir por donde quiera en Ledbury Hall, se encierra en su habitación —añade Bryony, con una nota de amargura—. Se puso peor el año pasado, y los momentos bajos duraban meses. Ella le dijo que lo único que podía hacer que se sintiera mejor eras tú. No era la primera vez que se lo pedía, pero fue la primera vez que él la escuchó.

Los episodios depresivos me sorprenden. Olivia actúa como si su vida con Heath formase parte de las páginas de una novela romántica, pero está claro que en algún aspecto ella es consciente de que su relación con él no es normal y es errónea.

—¿Y por qué acabó cediendo?

—Tenía miedo de que ella se hiciera daño. —Observo la cicatriz en la muñeca de Bryony. Ella ve que la miro y rápidamente aparta el brazo de la vista—. Así que, *voilà*, aquí estás. Sus deseos son órdenes para él.

Cojo mi bocadillo del plato de cartón y veo un trocito de papel doblado debajo. Sin pensar, lo cojo y leo: «Te echo de menos, Kitty-Cate x».

De inmediato me lo cogen de los dedos. Bryony tiene los ojos muy abiertos.

—Olivia ha escrito esto.

—Sí —siseo yo, y lo recupero.

Ella me mira con una alegría infantil.

—La perfecta y obediente Olivia.

—No empieces —le advierto, porque no me gusta su tono burlón.

—Pero Heath le ha prohibido acercarse a ti de ninguna manera.

—No se ha acercado a mí. Solo me ha escrito una nota.

—Aun así, creo que él no lo aprobará.

Y en ese momento no confío en absoluto en Bryony. Odia a mi hermana, pero ¿es lo suficientemente rencorosa como para contarle a Heath lo que ha hecho Olivia? El pánico aletea contra mis costillas.

—No se lo puedes contar a él.

Sus ojos brillan.

—¿Por qué no?

—Porque esto demuestra que Olivia se preocupa lo bastante por mí como para desobedecerle. Así que a lo mejor puedo hacer que cambie. —Como ella no opina lo contrario de inmediato, decido probar mi suerte—. Si pudieras decirle a Olivia que quiero verla…

Bryony le da vueltas a eso en la cabeza, tira una moneda al aire, sopesa sus opciones.

—Vale —cede al final—, pero si la cosa sale mal, es todo culpa tuya.

52

Caitlin Arden

Después de desayunar, al día siguiente, cuando Bryony se va, una sombra se introduce en el estrecho hueco de la puerta. Voy hasta allí y aprieto la palma de la mano contra la fría madera.

—¿Olivia?

Silencio.

Por un momento me pregunto si me habré imaginado la sombra, pero entonces su voz se filtra a través de la madera de roble, dulce como el sirope.

—Estoy aquí.

El pulso salta en mi garganta.

—¿Vas a entrar?

—No puedo —dice, con un tono entre un gimoteo y una súplica.

—¿Dónde está él?

—Fuera. Enviando otra de mis cartas a Myles y Clara.

—¿No querrás decir mamá y papá? —la corrijo, irritada.

Silencio.

El veneno de Heath ha penetrado tanto que habla de nuestros padres como si fueran simples conocidos.

—Sabes que se les romperá el corazón cuando vean que las dos hemos desaparecido —digo, y la verdad de esas palabras se me incrusta en la garganta como un trozo de cristal.

—Estarán bien.

—Ellos nos quieren…

—Me iban a mandar lejos. ¿Lo sabías?

Yo frunzo el ceño.

—¿Cómo?

—A un internado.

Yo chasqueo la lengua contra el paladar, disgustada.

—¿Te lo dijo Heath?

Silencio.

—Está mintiendo.

—Nuestro padre fue a un internado.

—Y lo odiaba. Nunca nos habría enviado a nosotras.

—Heath me enseñó los folletos. Un convento a muchos kilómetros de distancia de ti.

Yo aprieto el puño contra la puerta y lucho para no dejar que la frustración se instale en mi voz.

—Olivia, sencillamente, no es verdad. Él pudo sacar esos folletos de cualquier sitio.

Se queda callada otra vez.

—¿Y la familia de Bryony? —la presiono—. ¿No crees que les gustaría volver a ver a su hija?

—No tiene familia. Estaba sin hogar cuando Heath la trajo aquí.

Niego con la cabeza, recordando lo que Bryony me ha contado de ellos.

—Sus padres son médicos. Tiene una hermana.

—La echaron de casa. Llevaba meses en la calle. Él la rescató.

—Supongo que ha sido Heath el que te ha contado eso también, ¿no?

—No —dice ella, puntillosa—. Me lo contó ella.

Estoy a punto de llamar mentirosa a Olivia, pero me contengo porque parece muy segura.

—Mira esta casa, Caitie. Es muy bonita. Bryony ha tenido suerte de que Heath la trajera aquí. ¿Sabes lo que les ocurre a las chicas jóvenes sin techo?

—¡Nada más terrible que lo que ocurre aquí!

El silencio al otro lado de la puerta es glacial.

—No pienso quedarme aquí sentada y oír que hablas así de mi marido —dice.

—Olivia…

—Y te aconsejo que no confíes en Bryony. Al fin y al cabo, ella es el motivo de que yo esté aquí.

La sangre huye de mi cuerpo, reemplazada por náuseas ardientes.

—¿Cómo?

—Adiós, Caitie.

Escucho sus pasos que van resonando por el pasillo. Cuando se ha ido, cojo una almohada de la cama y aprieto la cara contra ella. De mi interior sale un grito horrible y desgarrador. No se parece a nada de lo que me creía capaz. Una rabia como jamás la había conocido.

Me lanzo en cuanto Bryony trae la comida.

—¿Qué quería decir Olivia con eso de que «tú» eres el motivo de que ella esté aquí?

El pánico inunda su rostro, pero se recompone rápidamente y deja la bandeja en el tocador como si yo no hubiera dicho nada.

Me acerco a ella.

—¿Bien?

Ella se aparta un mechón de pelo de la cara y me mira con frialdad.

—Eso no es cierto.

Yo trago saliva para intentar desalojar la furia que tengo atascada en la garganta.

—Pues ilumíname.

Ella se pone rígida, con los músculos tan tensos como una cuerda de violín que se ha apretado demasiado.

—Aunque me parezco a Elinor, no soy como ella. Para Heath, la fantasía que tuvo conmigo nunca correspondió a la realidad. Yo era demasiado rebelde, demasiado desobediente, estaba demasiado enfadada. —Se muerde el labio, resistiéndose a seguir. Yo me quedo callada. Espero—. Le dije que si no era yo lo que andaba buscando, que trajese a otra chica y me soltara a mí. —Sus mejillas enrojecen, y no puede mirarme a los ojos—. Era solo una niña, Caitie. No pensé que fuera a hacerlo de verdad.

Me cuesta varias respiraciones intentar descubrir cómo me siento. Si Bryony no era todo lo que él esperaba, es probable que hubiera secuestrado a otra chica, aunque ella no se lo hubiera sugerido.

—No es culpa tuya —digo al cabo de un momento, y ella se relaja visiblemente—. ¿Sabes cómo dio con mi hermana?

—Ella vino a York en un viaje escolar. Él la vio en un museo. —Me lo imagino mirándola a través de una vitrina de cristal con la intensidad de una víbora que vigila a un ratón—. La siguió todo el

camino de vuelta a Bath. Todo el camino de vuelta a su casa. Cuando volvió a Ledbury Hall, no podía dejar de hablar de ella. Unas semanas más tarde, ella estaba aquí. —Aprieta mucho los labios. Quiere decir algo más, pero sus ojos se clavan en los míos y luego se vuelven a apartar. Hago un pequeño gesto para animarla. Ella suspira.

»Si tengo que serte sincera, me sentí aliviada, porque ya no iba a estar sola. Me sentía sola, desesperadamente sola, desde hacía mucho tiempo.

Noto un pinchazo de empatía porque conozco demasiado bien el agudo filo de la soledad. Esta vez no dudo, y pongo mi mano encima de la suya. Ella me la estrecha también.

—Entonces, ¿lo que me contaste de tu familia es verdad? ¿No te echaron de casa?

—No.

—Pero ¿por qué le contaste a Olivia…?

—Heath me obligó. Quería pintarse a sí mismo como un héroe.

—¿Y rescatar a una chica sin hogar de las calles suena menos malvado que secuestrar a una adolescente feliz y arrancarla de su familia?

—Exacto. No sé por qué se creyó todo eso.

—Porque era más fácil para ella creer que el hombre que la había secuestrado era un príncipe, en lugar de un monstruo.

Ella se muerde el labio.

—Tengo una sensación horrible.

—¿Cuál?

Y la forma que tiene de mirarme hace que el miedo se alce de nuevo, visceral e intenso.

—No vamos a salir todas vivas de aquí.

53

Caitlin Arden

A la mañana siguiente me saca de mi sueño el suave contacto, ligero como una pluma, de un dedo en mi nariz. Cuando abro los ojos Olivia está agachada junto a mi cama, y me invade una oleada de nostalgia. Así era como me despertaba cada mañana mi hermana mayor cuando éramos pequeñas.

Está sonriendo, pero la sonrisa no le llega a los ojos. Le preocupa que la rechace, pero esto es una rama de olivo que yo cojo con las dos manos. Respondiendo de la misma forma que siempre había hecho intento mordisquear el dedo como un gatito. Ella recupera su mano rápidamente.

—Demasiado lenta, Kitty-Cate.

Yo sonrío.

—Has venido —digo, con la voz espesa por el sueño—. No pensaba que Heath te fuera a dejar.

—No lo sabe. —Noto una conmoción al ver que ella le ha desobedecido de nuevo. Pero es una buena señal, ¿no? Mi corazón se acelera, lleno de esperanza.

—¿Dónde está?

—Fuera.

Yo me siento, apoyando la espalda en el cabecero, y ella se sube a la cama y se sienta frente a mí con las piernas cruzadas.

—No me gustó cómo dejamos ayer las cosas. —Ella se toca pensativa la uña del pulgar—. Sabía que te resultaría duro adaptarte. Heath me advirtió de que moderase mis expectativas. Es solo que… estoy ansiosa por que empecemos nuestra vida juntas aquí. He pasado años imaginando lo que sería tenerte en Ledbury Hall. Leer juntas en la biblioteca. Saquear el carrito del bar y preparar cócteles, dejarnos llevar por la tarde alcohólica. Nadar en el lago. Heath dice que es demasiado peligroso, pero a mí no me parece muy hondo. —Sus ojos tienen una expresión lejana, soñadora—. He imaginado que cuidábamos el jardín entre las dos. Podríamos criar girasoles color aureolina —me reta.

—¿Y frutas y verduras también?

Ella asiente.

—¿Tomates color bermellón y remolachas color amarantina?

Ella se echa a reír.

—¡Sí! ¡Exacto!

Nos sonreímos la una a la otra.

—Yo he imaginado que envejecíamos juntas —dice—. Que llevábamos unos jerséis haciendo juego y que hablábamos de nuestras plantas en macetas. Tengo una imagen muy vívida cogiendo tu mano fría y arrugada con la mía, sentadas en el jardín, contemplando cómo se pone el sol entre los árboles.

Por una parte quiero gritarle por aprisionarme aquí, y por la otra quiero estrecharla con mucho cuidado entre mis brazos porque me quiere. Me ha querido siempre. No se da cuenta de que tiene las

torpes buenas intenciones de una niña que encarcela a un pequeño animal salvaje. Coger a un ratón de campo aterrorizado y meterlo en casa junto a un gato predador, sin ser consciente de la inevitabilidad de que el gato finalmente acabe matándolo.

No sé si puedo convencerla de que la vida que ha imaginado para nosotras es una fantasía. Me ha despojado de mi libertad y me obliga a vivir bajo el control de un sociópata. Un violador, por mucho que él lo niegue. Que yo nunca podré amar a Heath Ledbury. Que nunca le agradeceré que lo haya persuadido para traerme aquí. Podría costarme años convencerla de que su «marido» es un hijo de puta malvado. Quizá no lo crea nunca. Está tan desesperada por tenerme aquí que nunca me ayudará a escapar. Al menos, no conscientemente. Empiezo a tramar un plan.

—¿Me haces una visita comentada? —le pregunto.

—¿De la casa?

Asiento.

Ella se muerde el labio inferior.

—Heath quiere enseñártela él, después de la boda.

Me quedo lívida.

—¿La boda?

Ella se ilumina.

—Por supuesto. Ya te he dicho que Heath es un caballero. Quiere hacer las cosas como es debido.

¿Casarme con mi captor en una ceremonia engañosa, falsa, como una farsa?

Ni hablar. Me cuido mucho de no dejar que el horror se transparente en mi expresión.

—Es que… no creo que pueda casarme con él sin ver primero dónde se espera que viva. No está bien, Olivia. No me siento cómoda aquí. Casi no he visto nada de la casa. Tienes razón, adaptarme no ha sido fácil, pero ¿cómo esperar que ocurra en unas circunstancias tan extrañas? —Ella piensa un poco, y esforzándome por ponerla de mi parte, continúo—: Además, eras tú quien quería que viniese, ¿no te parece lógico que seas tú quien me enseñe la casa?

—Él nunca lo permitirá.

Le dedico una sonrisa juguetona.

—¿Y tiene que enterarse?

Ella se agita, incómoda, y mira hacia la puerta, como si estuviera planeando salir.

El pánico me aletea en el estómago.

—Bueno, obviamente, yo no se lo diré. —Si tengo alguna posibilidad de huir, necesito salir de esta habitación y necesito hacerlo cuando Heath no esté aquí para detenerme. Mantengo mi sonrisa más juguetona, disfrazando el plan que se oculta detrás. Sus ojos registran mi cara. Está a punto de ceder. Lo noto. Levanto la mano y cojo la suya. La aprieto—. Por favor…

Y en cuanto una sonrisa se aposenta en su rosada boca, sé que he ganado.

—Vale.

Sonrío con alivio, esperanzada por primera vez desde que me desperté aquí.

—Estará fuera un par de horas, mañana —me dice—. Pero, Caitie, no se lo digas a Bryony.

—¿Por qué?

—Ella me odia. Está celosa de que yo sea la favorita de Heath —afirma—. Si por ella fuera, yo ya estaría muerta.

54

Caitlin Arden

A pesar de la advertencia de Olivia, se lo cuento todo a Bryony cuando viene esta mañana con el desayuno, porque para que funcione mi plan la necesito. Le pido que me repita la disposición de Ledbury Hall cien veces, y lo recito de nuevo cien veces con ella cuando vuelve con la comida. Me cuenta exactamente en qué parte del dormitorio de Heath podré encontrar el recipiente de latón con las llaves. Durante la visita a la casa, tendré que encontrar una forma de encerrar a Olivia en una habitación para tener el tiempo suficiente para liberar a Bryony. Entonces las dos arrastraremos a Olivia, pataleando y chillando si hace falta, y la sacaremos de la mansión. El plan es encontrar una carretera, un coche que pase, otra casa, cualquier señal de civilización que pueda alertar a la policía.

Cuando llega la hora de cenar, espero haberme aprendido el plano de la casa de memoria. Aunque no confío del todo en Bryony, lo hago lo suficiente para saber que quiere estar lo más lejos posible de Ledbury Hall. Nos necesitamos la una a la otra.

Me quedo despierta toda la noche, demasiado emocionada y aterrorizada para dormir. Todas las posibilidades paralizantes de mañana traen consigo arañas que se introducen en los recovecos de mi cerebro, hasta que tengo la cabeza llena. La simple idea de que Heath me coja fuera de mi habitación me revuelve el estómago. ¿Qué me haría, en ese caso? Pienso en su hermana muerta y me pregunto cómo la asesinó. ¿Por qué?

La casa cruje y gruñe a mi alrededor. Tuberías antiguas, fantasmas quejumbrosos. Las paredes repletas de secretos. Me pregunto si apretando la oreja contra ellas oiré el ritmo lento del corazón de Elinor, y el estertor moribundo de su aliento.

Me despierto y noto una sensación helada en el aire que echaba de menos. Después de meses de un calor sofocante y pegajoso, septiembre ha llegado con una ráfaga de otoño. El fuego de artillería de la lluvia sobre las tejas llena la habitación. Salgo de la cama y me quedo de pie ante las ventanas bañadas por la lluvia. Unas nubes furiosas y oscuras se arremolinan en el cielo acerado. Se está fraguando una tormenta. Cuando éramos niñas, a Olivia y a mí nos encantaban. Esperábamos con el corazón palpitante y los ojos muy abiertos mirando el cielo tormentoso, y contábamos entre cada estallido del relámpago. Esperábamos con el aliento contenido la siguiente descarga de electricidad azul. Ahora noto que el corazón se me acelera, no por la tormenta que se aproxima, sino por la urgencia salvaje y animal de huir de una trampa.

Me ducho y me visto de blanco, con un vestido de algodón midi bastante suelto. Bryony trae el desayuno, pero nos lo comemos en silencio casi. Ella mira hacia la puerta continuamente y sé que él

está fuera, escuchando. Antes de irse le da un tranquilizador apretón a mi mano.

Cuando Olivia llega a mi habitación tengo un nudo en el estómago. Ella rebosa de energía nerviosa y emocionada.

—¿Lista para la visita?

Mi corazón corre al galope. Sonrío.

—¡Por supuesto!

Abre la puerta y salgo al rellano. Sin esposas. Sin Heath. Aunque hay dos ventanas grandes a cada extremo del rellano, el cielo oscuro y tormentoso arroja una luz pálida, gris. La intranquilidad me invade. Olivia se agacha y coge algo del suelo. Cuando mis ojos lo ven, se me acelera el pulso. La lata de metal. Claro. Todas la puertas están cerradas, ¿cómo íbamos a entrar en las habitaciones, si Heath lleva la llave maestra en torno al cuello? Estoy tentada de quitársela de un manotazo, pero con gran esfuerzo me atengo al plan.

—Empecemos por los dormitorios —dice ella.

Yo asiento.

Presto muy poca atención cuando me va conduciendo de una habitación vacía a otra, pero cuando abre la puerta de la habitación de Heath, mi curiosidad se dispara. Huele a él. A sal marina, salvia, hierba limón y piel limpia. Las paredes son oscuras, de un gris ahumado, como una nube de tormenta. Los muebles son de madera sin tratar, cálida. En un rincón se ve una estantería llena de vinilos. Un tocadiscos se encuentra sobre la cómoda con varios cajones, bajo la ventana. El punto focal de la habitación, sin embargo, es la cama de cuatro postes y gran tamaño. Me imagino a mi hermana entrelazada con él y la ira arde en mi pecho. Aparto la vista y

entonces la veo. Es una foto grande, enmarcada, que cuelga en la pared opuesta.

Mirándome se encuentra una chica de no más de dieciséis años con un vestido de un bonito tono verde. Solo por un segundo la confundo con Olivia. Su rostro está de semiperfil, y se encuentra sentada en una butaca, con una sonrisa en sus labios. En las manos tiene un libro abierto. Es como si la hubiesen interrumpido a mitad de una lectura. Lleva el pelo largo, y es brillante y espeso, casi del mismo tono dorado que el de Olivia. Sus ojos son de un increíble azul violeta. Son insondables e inteligentes, y miran al fotógrafo con inconfundible afecto. Es extraordinariamente guapa, como mi hermana.

—Elinor —me dice Olivia.

La hermana de Heath. La hermana asesinada de Heath. Sin mirar a Olivia, pregunto:

—¿Estaban unidos?

—Mucho.

—¿Y qué dice él que le pasó?

—Que se escapó con un irlandés.

—¿Y no ha vuelto nunca?

—No.

—¿No te parece raro eso? —Como no me contesta, me vuelvo hacia ella—. Si estaban tan unidos…

Ella levanta la barbilla y no dice nada. Ignorante voluntariamente.

—Te pareces mucho a ella —añado, y mis ojos van mirándolas a Elinor y a ella alternativamente.

Los labios de Olivia se abren y su mirada se desvía de la foto. Ella ha pensado lo mismo, se ha preguntado por qué. Se aclara la

garganta.

—Veamos las demás habitaciones.

Me lleva fuera y cierra la habitación detrás de nosotras, y deja caer la llave en la lata.

Al bajar las escaleras, me lleva a una opulenta habitación tras otra. Solo cuando me lleva al salón mi estómago da un vuelco. Colgando ante la chimenea está un vestido de novia. No un vestido de novia cualquiera, sino el que elegí cuando fui con ella. Me acerco y toco las hojas bordadas, diminutas.

Olivia está sonriendo, casi sin poder reprimir la ansiedad de su voz.

—¿Estás sorprendida?

Trago saliva.

—Mucho.

Ya sé por qué quería ir a mirar tiendas de ropa conmigo. No era para mi boda con Oscar. Siempre fue para mi boda con Heath. Cojo aliento con fuerza, para tranquilizarme, y me trago el ardor del miedo.

—Y esto es casi todo. Ya has visto todas las habitaciones.

—¿Y la biblioteca?

—Ya la viste el primer día.

—No como es debido. Tengo un recuerdo algo confuso —le digo—. ¿No es por ahí? —Y me dirijo hacia la puerta cerrada. Para que funcione mi plan, tengo que entrar en la biblioteca.

Olivia mira el reloj.

—Supongo que sí, pero tenemos que ir deprisa.

Saca una llave de la lata y abre la puerta. Mis ojos pasean por la biblioteca hasta posarse en la puerta escondida tras el carrito de las

bebidas. Aquel del cual hablamos Bryony y yo. Voy hasta allí y cojo el pomo de latón.

—¿Y adónde se va por aquí? —pregunto, fingiendo que no tengo ni idea.

—A la bodega.

Finjo sorpresa y deleite.

—Me encanta el vino. ¿Podemos echar un vistazo rápido?

Ella frunce el ceño.

—¿Quieres mirar un montón de botellas de vino viejas y polvorientas?

—En realidad sé mucho de vinos. —No le cuento que eso se debe a mi relación con Oscar—. Me encanta un buen tinto de barrica. —Endulzo un poco la sugerencia—. Quizá pueda elegir uno para la boda. Le puedes decir a Heath que lo has escogido tú.

Su mirada se ilumina, encantada al ver que me tomo interés en mi próximo matrimonio.

—Vale. Pero tenemos que ir muy muy deprisa.

Asiento.

Ella mete la llave en la cerradura y abre. Como siempre, deja la llave puesta, y bajamos las escaleras. Como siempre, yo voy la primera. Desciendo en la oscuridad. Al llegar abajo, una luz parpadea encima de nuestras cabezas, y Olivia me sigue. Levanto la vista más allá de ella y veo la puerta de la bodega abierta. En sus manos ella lleva la lata llena de llaves. Voy a uno de los estantes y cojo una botella de tinto, y le soplo el polvo de la etiqueta. La agito ante ella.

—Mil novecientos ochenta y dos —digo—. No está mal.

Ella me la quita, pero, muy frustrante, sigue agarrando bien la lata.

—Prefiero el blanco.

Yo pongo los ojos en blanco.

—Lo que prefieren los paganos.

Ella deja la botella en su sitio y yo cojo otra. La adrenalina corre por mi interior mientras intento pensar cómo puedo hacerme con la lata, subir las escaleras y encerrarla aquí. No quiero hacerle daño. Miro los escalones. Ella está más cerca que yo. Tengo que llevarla a una parte más honda de la bodega. Vuelvo a dejar la botella que tenía en la mano y voy recorriendo los estantes, fingiendo que miro las botellas. Ella me sigue, haciéndome preguntas sobre el vino. Yo respondo con el piloto automático, sorprendida al ver lo mucho que he aprendido de Oscar a lo largo de los años. Mientras tanto, la voy alejando cada vez más y más de las escaleras. Cuando estamos lo más lejos posible, cojo una botella al azar, pero tiemblo tanto por la anticipación que casi se me cae.

—Caitie —me riñe—. Ten cuidado. Si rompes algo, él sabrá que hemos estado aquí abajo. —Se humedece los labios, nerviosa de repente—. Mira, ya has visto toda la casa, volvamos.

Pero solo una de nosotras puede abandonar esta bodega. Podría golpearla con la botella. Dejarla inconsciente. Sin embargo, ya al pensarlo me doy cuenta de que me estoy mintiendo a mí misma. Miro la botella que tengo en la mano, y su advertencia de que no rompa nada resuena en mis oídos.

—Vale —digo, y voy a poner la botella de nuevo en su soporte, pero deliberadamente la dejo caer. Golpea el suelo de cemento y se

rompe. Añicos de cristal brillando en medio de un charco color escarlata.

—¡Caitie! —me regaña. Deja la lata de metal y se arrodilla, y empieza a recoger trozos de cristal del suelo.

Yo me desplazo a su alrededor.

—Lo siento mucho.

Entonces, mientras está distraída, cojo la lata del suelo y corro a través de la bodega hacia los escalones de piedra.

Olivia chilla mi nombre. Es rápida y corre velozmente hacia las escaleras detrás de mí. Se arroja hacia delante, me agarra el vestido y tira hacia atrás. Yo tropiezo y me golpeo la rodilla contra el canto de un escalón. Grito de dolor. Los dedos frenéticos de Olivia me pellizcan la piel, intentando sujetarme. Yo le doy una patada. Mi pie encuentra la carne y ella grita. Pero estoy libre. Subo tambaleante la escalera, agarrando bien la lata. El corazón me golpea contra las costillas, llego arriba, me vuelvo hacia la puerta, y la cierro de golpe. Olivia se arroja contra ella. Yo trasteo con la llave, la giro hacia la derecha y la dejo encerrada dentro.

Sus gritos están llenos de rabia.

—Lo siento mucho —le digo, aunque no estoy segura de que pueda oírme, con sus frenéticos gritos.

Y entonces me doy la vuelta y echo a correr.

Sin aliento, descorro el cerrojo de la puerta de Bryony, pero cuando intento abrirla me doy cuenta de que está cerrada con doble vuelta de llave.

—¿Caitie? —La voz de Bryony traspasa la madera, llena de incredulidad, lo noto—. ¿Lo has conseguido? ¿Tienes las llaves?

—Sí. —Abro la caja, echo las llaves al suelo y luego cojo una al azar.

—¿Dónde está Olivia?

—Bodega.

—¡Ay, Dios mío, ha funcionado! —chilla—. ¿Ha funcionado de verdad el plan?

Mis mejillas se sonrojan, no estoy orgullosa de haber manipulado a mi hermana y haberla encerrado en una bodega. Miro el pequeño llavero de plástico, pero noto que se me encoge el estómago al ver que no están etiquetadas por habitación sino por número. Dejo caer esa llave y cojo otra, y otra. Todas están numeradas. No hay forma de que pueda saber cuál abre la puerta de Bryony. Está claro que Olivia ha memorizado las habitaciones correspondientes, pero claro, ha tenido años de experiencia.

—Abre la puerta —dice Bryony sacudiendo un poco el pomo para poner énfasis.

—No puedo —replico, con la voz temblorosa—. Las llaves no están etiquetadas «comedor» o «dormitorio de Bryony», son numéricas.

Ella calla. Y luego dice:

—Entonces tendrás que probarlas todas.

Yo me quedo mirando la pila de llaves. Al menos debe de haber veinte. La única que realmente llama la atención es una antigua llave maestra de latón. Su cabeza ornamentada me recuerda la llave de *El Mago de Oz*. Tiene que ser de la puerta principal. Me la meto en el bolsillo del vestido y paso la mano por el resto de las llaves.

—Caitie —dice Bryony—, ¿puedes sacarme de aquí, por favor?

—Lo estoy intentando.

Cojo una al azar. Aunque entra en la cerradura, no gira. La vuelvo a meter en la lata y cojo otra. Todo el rato oigo a Olivia gritar como posesa. Me aterroriza que Heath vuelva a casa en cualquier momento y me encuentre allí en el rellano. En cuanto entre en casa oirá a Olivia y lo sabrá todo. Ella ha dicho que volvería pronto. El corazón me da brincos en el pecho. El terror me marea. Los gritos de Olivia me están destrozando los nervios. Tomo una decisión. De rodillas, empiezo a pasar las llaves por el espacio que hay debajo de la puerta.

—¿Qué estás haciendo? —salta Bryony.

—Puedes probar las llaves desde el interior —empujo la última a través del hueco—. Necesito hacer que pare Olivia.

—¡Caitie, no! —chilla ella—. Quédate aquí. ¡Ayúdame!

Pero yo ya estoy alejándome.

—Ya tienes las llaves. En cuanto salgas, reúnete conmigo en el piso de abajo.

Me tiemblan tanto las piernas que casi me caigo por las escaleras. La llave sigue en la puerta de la bodega, pero ella está tan furiosa que temo que la abra. Tendremos que arrastrarla fuera de aquí entre Bryony y yo. Voy hacia la biblioteca intentando pensar qué decirle para que se calme, cuando de pronto cesan los gritos. Tan abruptamente que me tambaleo. Solo queda el aullido del viento y la lluvia que araña los cristales. ¿Se habrá caído? ¿Estará al pie de las escaleras, como un fardo roto? La sangre desaparece de mi cuerpo, sustituida por la náusea. Mis dedos agarran la fría llave de metal. Estoy a punto de abrir la puerta y comprobar cómo está mi hermana cuando oigo otra llave que gira en otra cerradura. La de la puerta principal.

Heath está en casa.

55

Caitlin Arden

Un miedo como ninguno que haya conocido hasta el momento se apodera de mí. Una bestia feroz, que todo lo devora. Mis pies quedan soldados al lugar donde estoy. Lo único que puedo hacer es quedarme de pie, mirando y escuchando. Oigo que un zapato da en el suelo, y luego otro. El tintineo de unas llaves que se guardan en un bolsillo. Pasos. No sé si Olivia lo percibe o no, o si está tan conectada a él que nota su llegada, pero de repente grita su nombre con una urgencia tan penetrante y cruda que tengo que taparme los oídos.

Heath entra corriendo en la habitación y se detiene al verme. Un caleidoscopio de emociones se reflejan en su cara. El pánico por su mujer se transforma en conmoción y confusión, y acaba cristalizando en ira cuando se da cuenta de lo que pasa.

Olivia sigue llamándolo. Él carga hacia mí. Yo me lanzo hacia un lado, y agarro un candelabro de uno de los estantes y lo balanceo brutalmente. No puedo dejar que llegue hasta Olivia. Él salta hacia atrás y levanta las manos como para protegerse de mí.

—Caitie —dice, luchando para evitar la furia en su voz. Traga saliva con fuerza, su nuez de Adán se mueve, y me mira con una expresión fría y venenosa.

Lleva unos pantalones de deporte y una camiseta de un gris claro, como si hubiese salido a correr. Es mucho más ancho, mucho más alto, mucho más fuerte que yo. Lo único que se interpone entre él y yo es un espacio pequeño y un candelabro de latón. Intento no pensar en lo que me hará si me pone las manos encima.

—Caitie —dice otra vez, con el tono que se usa para calmar a un animal salvaje—. Deja eso para que podamos hablar.

Olivia, al oír su voz, ha dejado de chillar. La imagino al otro lado de la puerta con la oreja pegada a la madera para poder oír bien. Es posible que Bryony se haya escapado ya de su dormitorio. Y si no es así, tengo que conseguir más tiempo. Tenemos más oportunidades de salir de aquí vivas si trabajamos juntas. Me humedezco los labios resecos.

—¿Es eso lo que le dijiste a Elinor?

Él palidece.

—¿Cómo?

—Tu hermana. —Entonces lo veo. Un fantasma que pasa por su rostro. Un recuerdo largamente enterrado. Una herida con una pústula. Yo la rasco. Meto los dedos en la brecha húmeda y caliente —. ¿Le dijiste que solo querías hablar, antes de hacerla desaparecer?

Él se queda inmóvil y sé que tengo razón. Sin embargo, no siento una oleada de triunfo, solo un miedo que me agarrota la garganta.

—Para —gruñe.

Miro la puerta que está detrás de él, rezando para que Bryony aparezca en cualquier momento.

—¿La mataste, Heath?

Él enseña los dientes.

—No.

—No puedes hacer otra cosa —le provoco—. No puedes sentir amor por «nada» sin destruirlo.

—¡No! —ruge él.

Pero yo no puedo parar. Tengo que hacer que siga hablando. Siendo totalmente sincera, me produce un creciente estremecimiento recuperar mi poder. El poder de hacerle daño.

—¿Dónde está su cuerpo, Heath? ¿En el bosque? ¿En la habitación del candado? —Levanto una ceja—. ¿En el lago?

Sus ojos arden con un fuego verde. Se mueve tan rápido que lo veo borroso. Me golpea contra los estantes. Los libros nos caen encima como una lluvia. El candelabro se escapa de mis dedos y choca contra el suelo. Heath tira de mí hacia delante y luego me vuelve a apretar de nuevo contra las baldas. Sus manos se cierran en torno a mi garganta. Mis pies descalzos rozan inútiles la madera. Él aprieta y aprieta, dejándome sin aire. Yo clavo las uñas en sus brazos. Su presa se tensa y mi visión se vuelve gris. Tanteo por los estantes buscando algo, cualquier cosa. Mis dedos se enroscan en torno a algo duro y frío. Pesa mucho. Balanceo el arma que no he visto. La estrello contra un lado de su cabeza y noto que algo se hunde. El hueso se suelta del hueso. Su presa se afloja y luego se aparta del todo. La sangre brota de su sien. Va dando tumbos y emitiendo unos sonidos bajos y guturales. Luego se derrumba. Miro el objeto que tengo en la mano, un busto, el pálido y blanco mármol en forma de rostro de mujer manchado de sangre. Me resbala de

entre los dedos entumecidos por el terror y golpea la alfombra que tiene debajo.

Me dejo caer y con las manos temblorosas le doy la vuelta, poniéndolo de espaldas. Sus ojos fijos y sin vista miran al techo. La sangre se va acumulando y extendiéndose por la alfombra, empapándola. Aparto la vista del agujero en un lado de su cráneo y vomito.

56

Caitlin Arden

Con mucho esfuerzo me pongo de pie. La habitación da vueltas a mi alrededor. Miro el cuerpo inmóvil de Heath solo por el rabillo del ojo, temiendo que si veo de nuevo el agujero que tiene en la cabeza volveré a vomitar. Después de respirar hondo varias veces, voy dando tumbos hasta la puerta de la bodega. Las cosas no han terminado hasta que no saque a Olivia de Ledbury Hall. Doy la vuelta a la llave y abro la puerta de la bodega. Ella entra dando tumbos a la biblioteca y busca con los ojos. Yo estoy de pie ante ella, eclipsando el cuerpo de él de la vista.

—¿Qué ha pasado? —Traga saliva—. ¿Estás bien? —Me aparta el pelo de la cara, con una caricia suave y tranquilizadora. Entonces ve la sangre que salpica mi piel y su mano se queda quieta—. ¿Dónde…? —Deja de hablar cuando sus ojos lo ven.

—Olivia —le digo, sollozando, pero ella pasa a mi lado.

Se inclina por encima de él. Se queda inmóvil. Algo en su interior de repente se abre. Una nube muy cargada de lluvia. El ruido que irrumpe desde su interior es devastador, desgarrador. Cae de

rodillas. Sus manos se le acercan entonces, le tocan la cara, le alisan el pecho.

—¿Heath? Despierta. Por favor, despierta. —Le coge la camiseta, la arruga entre sus manos—. Por favor —suplica—. Por favor, despierta. —Todo su cuerpo se sacude con unos sollozos espesos, coagulados. Su llanto es tan hondo como el océano, su dolor tan real como un cuchillo entrando en la blanda carne. Voy hacia ella, vacilante, manteniendo la mirada fija en ella, para no verlo a él. Olivia se atraganta con su último sollozo.

—Tenemos que salir de aquí —susurro—. Tenemos que irnos.

Poco a poco ella levanta los ojos hacia los míos. Hay una paz extraña en su mirada. Un lago helado en invierno.

—Tú le has matado.

Yo trago saliva.

—No he tenido elección.

—Está muerto. —Se levanta—. Tú le has matado. —Tiene sangre en las manos. Baja la vista. La ve. Todo su cuerpo tiembla—. Él ya no está. —Sus dedos se curvan formando garras—. Tú le has asesinado.

—Olivia…

Ella abre la boca y emite un grito brutal, sangriento. Luego se arroja hacia mí y me tira al suelo. Está encima de mí, clavando sus garras en mi pelo, destrozándome la garganta. Yo pataleo y lucho y me retuerzo. Consigo sacármela de encima. Ella cae hacia la derecha. Yo me vuelvo y quedo boca abajo y me pongo de pie. Y echo a correr.

Me golpeo con el marco de la puerta al salir, y me doy en el hombro en la siguiente. En el vestíbulo, el instinto me lleva hacia la

izquierda y me empuja escaleras arriba. Corro por el largo pasillo. Todas las puertas están cerradas. Bryony sigue aún atrapada. Vagamente, por encima de la sangre que me late en los oídos, la oigo chillar que la cerradura está atascada, pero no tengo tiempo de detenerme. Miro por encima de mi hombro. Olivia viene detrás de mí. Aprieto el paso y las puertas pasan como un borrón. Llego a la segunda escalera, la que está junto a mi habitación, y me doy cuenta de que no baja, sino que sube. Subo los escalones de dos en dos hasta que llego a una puerta, arriba del todo. Está cerrada con un pestillo. Lo manipulo y consigo soltarlo. Un momento más tarde salgo al exterior. El viento chilla y me desordena el pelo con dedos frenéticos. La lluvia cae con fuerza, un millar de diminutas agujas contra mi piel. Giro sobre mí misma e intento orientarme. Estoy en la terraza del tejado. No queda ningún otro sitio al que huir. Detrás de mí se abre la puerta de golpe.

Olivia, cegada por el dolor, vencida por la rabia, se arroja hacia mí. Rodamos por el suelo una y otra vez, y solo paramos cuando nos golpeamos con una balaustrada de piedra. Ella se pone a horcajadas encima de mí. Sus dedos se curvan en torno a mi garganta y aprieta. Me ahogo, jadeo en busca de aire. Ella tiene el pelo pegado a la cara en mechones empapados por la lluvia. Chilla como un animal. Yo le clavo las uñas en las muñecas, sabiendo que solo me quedan unos minutos de vida. Lloro, y la lluvia se mezcla con mis lágrimas. Pero sus gritos entonces se van debilitando, van marchitándose hasta convertirse en enormes sollozos. Suelta su presa. Nuestros ojos se encuentran. Mi hermana, mi Olivia, vuelve poco a poco. Como el sol que sale después de una noche larga y oscura. Y entonces me ve. Me ve de verdad. La tensión se escapa de

ella. Frunce el ceño al mirarse las manos, como si no le pertenecieran a ella, y luego me mira a mí, mortificada y arrepentida. Las lágrimas caen por sus mejillas. Abre la boca en lo que supongo que es una súplica de perdón. Pero no llego a oírla porque al momento siguiente, alguien la aparta a un lado. La arrancan de mí. Y desaparece por encima de la balaustrada. Barrida como una hoja por el viento.

Todavía en el suelo, mi mirada busca a mi alrededor.

Bryony está de pie ante mí. Tiene los ojos vidriosos, sin expresión. Ruedo de lado y voy a gatas hacia la pared. Me apoyo sobre la piedra resbaladiza y húmeda. Me quedo de pie, con las piernas temblorosas.

Y miro hacia abajo.

Miro la figura que parece una marioneta rota, y que yace en el camino de grava, abajo. Las piernas y los brazos en ángulos antinaturales.

Olivia.

La sangre se encharca en torno a su cabeza formando un halo macabro.

—No —susurro con dolor. Con una negativa impotente—. No.

Y luego empujo a Bryony y paso a su lado y corro, abajo, abajo, abajo. En un instante estoy ante la puerta principal, saco la llave que llevo en el bolsillo de mi vestido. La abro de golpe y salgo. La lluvia cae con más fuerza ahora. Una cortina de agua. Bajo los escalones atropelladamente y caigo de rodillas junto a ella. Las piedras agudas y húmedas se me clavan en la piel.

El pánico y el terror reflejados en su rostro son absolutos. Emite un pequeño ruido, como si se estuviera ahogando. No puede

respirar. Sus labios se ponen azules. Yo grito. El grito sale de lo más profundo de mi interior. Del rincón más oscuro y lejano de mi alma. No sé qué hacer. Cómo salvarla.

Cojo su cara entre mis manos, dejando manchas escarlata en el gris pegajoso de su piel. Si la sujeto, si la toco, se quedará. No me dejará aquí, sola.

—Te quiero —le digo. Lo digo una y otra vez, como una oración, como un hechizo curativo—. Te vas a poner bien. —No sé si puede oírme. Si me entiende—. No te vayas. Por favor, no te vayas. No me dejes. Te necesito, Olivia. Te necesito.

Pero los ojos de mi hermana, esos brillantes ojos azules, los que siempre me han hecho pensar en lagos glaciales y cielos de verano, pétalos de nomeolvides y campanillas, los que he conocido desde el día que nací, ya no ven nada. Están vacíos.

Ella se ha ido, y me he quedado sola.

57

Caitlin Arden

Querida Olivia:

Mi bella, brillante y encantadora hermana. Como adulta, nunca había escrito en un diario. No estaba segura de cómo empezar, pero «querido diario» me sonaba demasiado a Jane Austen, así que, por el contrario, he decidido dirigirte estas líneas a ti.

Algo que he llegado a comprender este último año es que hay unas verdades universales con respecto a las cuales vivimos. El sol siempre sale por el este, y se pone por el oeste. Todo lo que nace muere. Nadie te conocerá nunca de la misma forma que una hermana. Hay una magia especial en haber nacido de las mismas dos personas. En crecer juntas. En saber que la sangre que corre por mis venas es la misma que corría por las tuyas. Lo que intento decir es que te echo de menos. Perderte es como si un hollín muy denso se hubiera posado en todas las superficies de mi vida. Las primeras semanas después de tu muerte, puse toda mi energía en intentar limpiarme ese hollín. Estaba desesperada por borrar el dolor, para poder respirar aire limpio de nuevo. Ahora, sin embargo, un año después, me doy cuenta de que no es hollín. Es purpurina. Es

cada momento brillante y chispeante que pasé contigo, salpicados a mi alrededor. Allí donde mire, te veo a ti. A veces eres la chica que hace cola en un café, delante de mí. Una cara sonriente en una multitud. Te veo en mi propio reflejo, en el azul de mis ojos y en la forma de mi nariz.

Harriett me asegura que todo esto forma parte del duelo por ti. Del recuerdo. Harriett es mi nueva terapeuta. No te preocupes, es una terapeuta de verdad. Lo he comprobado. Y vuelto a comprobar. Fue idea suya que te escribiera. Sugirió cartas para cerrarlas y guardarlas, pero entonces pensé en tu diario de la abeja dorada, y lo mucho que te gustaba escribir. Pasé horas y horas en las papelerías buscando el diario perfecto. Es de tapa dura y tiene el color aureolina de los girasoles. La consulta de Harriett es un invernadero al final de su jardín. Está rodeada de rosas y nomeolvides, margaritas silvestres y también girasoles. El resto de mi vida no seré capaz de mirar uno sin pensar en ti.

Todo el mundo iba vestido de amarillo en tu funeral. Aureolina. Y había girasoles por todas partes. Oscar apareció, avergonzado y lleno de remordimientos, pero mamá y papá lo echaron. Habían leído su libro. Para mi amarga reprobación, es un bestseller. Mamá está furiosa. Papá incluso ha amenazado con denunciarle. Yo les he dicho que no se preocupen. Que no importa lo que escribiera él, porque no te conocía. Para él tú eras solo la chica del autobús. Un enamoramiento de niñez. Y más tarde, un proyecto que explotar. Yo prefiero recordarte no como la persona que él necesitaba que fueras para vender libros, sino como una hermana que no solo quería compartir el protagonismo, sino arrojarme hacia él e incluirme en las alabanzas de nuestros padres, aunque no me lo hubiera ganado.

Como la niñita que anunció a un aula llena de niños burlones que el peto color amarillo era muy chulo. Un tipo especial de nicotina eléctrica.

Ha habido tantas pérdidas… No solo la tuya, sino de amigas, también. Casi no he visto a Florence este último año. Aunque Bryony corroboró mi historia, explicando que Heath dio instrucciones para que tú me pintaras como paranoica y delirante, Florence nunca me ha perdonado por arruinar su boda. No le echo la culpa. Es una triste verdad que tú eras el vínculo que nos unía, y con todo lo que ha pasado, era más fácil cortar el hilo que sentarse a intentar desenredarlo. Ya lo he aceptado.

A pesar de sus intentos, Oscar y yo no hemos vuelto a hablar. Aunque no ha sido lo bastante valiente para acercarse a verme después de ser expulsado del funeral, a veces, de madrugada, me despierta mi teléfono vibrando. Si respondo no me contesta nadie, pero una vez oí una voz de mujer que decía, enfadada: «Oscar, ¿a quién demonios estás llamando, a estas horas?».

Vivo con nuestros padres ahora, cosa que me ha ido bien. Ha sido curativo. Las cosas con ellos son distintas ahora. Mejores. Una semana antes de Navidad, yo estaba en la cocina haciendo tartaletas de carne. Había hielo cubriendo la tierra y todo estaba festoneado con parpadeantes luces navideñas. Yo estaba mezclando la mantequilla y la harina tal y como nos enseñó mamá, cuando apareció papá a mi lado. Sin decir una palabra empezó a limpiar a mi alrededor, pasó un trapo por la superficie de trabajo y guardó los cuencos que yo ya no usaba.

—La desaparición de Olivia no fue culpa tuya —me dijo, muy serio. Estábamos el uno al lado del otro—. Fue culpa mía.

Yo me quedé callada, dejando que llenara el silencio con lo que necesitaba decirme.

—La noche que él… se la llevó, habíamos llamado a una canguro, pero lo canceló en el último momento. Tu madre quería que nos quedásemos en casa. Yo no quise. Mi jefe daba una fiesta, ¿sabes? Yo sabía que no le sentaría bien si no asistíamos. —Volvió a meter el pincel de cocina en la mantequilla fundida—. Así que, aun sabiendo que no era lo más sensato, tu madre accedió a dejar al cargo a Olivia.

Yo le miré. Vi el ligero temblor de su mano, la tirantez de su mandíbula, la tristeza y la culpa que bullían en él y se escapaban por todos sus huecos.

—No te echo la culpa, Caitie. Me echo la culpa a mí mismo. Siento mucho que oyeras aquella discusión entre tu madre y yo. Yo estaba muy afectado y muy equivocado. —Meneó la cabeza y dejó el pincel —. La verdad es que cada vez que te miraba, a lo largo de los años, veía todas las formas en las cuales te había fallado. Y había fallado a Olivia. Verte sola, sin hermana, era un recordatorio constante de que había fallado a mis dos niñas de la forma más inimaginable…

Dejé de mezclar la mantequilla con la harina y me volví hacia él.

—No fue culpa tuya, papá.

Le conté lo que sabía de Heath Ledbury. Que en cuanto te tuvo en su punto de mira, Olivia, no se detuvo ante nada hasta que te poseyó. Que si no hubiese habido aquella oportunidad, habría habido otra. En cuanto él puso los ojos en ti, tú fuiste suya, y tu destino quedó sellado. Nadie, ni siquiera nuestro padre, podía haberte protegido.

—Te quiero, Caitie —susurró papá, orgulloso.

Yo le eché los brazos al cuello. No le importó que su camisa quedase manchada de ingredientes crudos. Me llenó de besos frenéticos la coronilla, igual que hacía cuando era una niña pequeña.

No había vuelto a Ledbury Hall desde que escapé. Ahora está a la venta. No sé quién la comprará, después de lo que pasó allí. De buena gana la vería arder hasta los cimientos. La policía encontró tu diario de la abeja dorada, y nos lo devolvió. También encontraron los diarios de Elinor. Como a ti, a ella le gustaba escribir. Quizá por eso lo cogió Heath la noche que te secuestró. Yo me quedé despierta leyéndolo, devorando cada página y siguiendo las líneas con los dedos. A lo largo de los años sentiste el dolor de la soledad tan profundamente como yo. Mi corazón sangraba por ti. Por el veneno con el que te alimentó Heath. Aparte de los diarios, la policía encontró restos humanos enterrados en dos sitios en la propiedad. Uno fue exhumado en los bosques. Un hombre de mediana edad que se cree que es Robert Brent, el tío de los Ledbury. El otro cuerpo era, por supuesto, el de Elinor. Heath la enterró a poca distancia del lago, frente a la estatua de piedra de dos amantes entrelazados. Ambos fueron asesinados hace décadas.

Bryony y yo tuvimos suerte de escapar con vida. Justo la semana pasada vi una foto suya en un periódico. El pelo rubio y largo que tanto le gustaba a Heath es corto ahora, y lo lleva teñido de rojo. En la foto está de la mano de una chica joven y ambas se miran la una a la otra con mucha alegría. Lucy. Su hermana. Y no pude evitar pensar: «Tendríamos que haber sido nosotras». Igual que a mí no me culparon de la muerte de Heath, Bryony fue exculpada de la tuya. Circunstancias atenuantes, dijeron. Dado todo lo que había sufrido Bryony a manos de su captor, fueron indulgentes. En su

declaración como testigo, aseguró que creía que yo estaba en peligro mortal. Declaró que no sabía que habías detenido tu ataque hacia mí. Pero mentía. Tú tenías razón, Olivia: te quería muerta. No te escuché. Confié en ella. Así que quizá yo tenga tu sangre en mis manos también. Quizá sea tan culpable como ella. Le confié ese temor, que me ha perseguido en forma de terrores nocturnos, a Harriett, pero ella me dice que una persona solo puede controlar sus propios actos. Que yo hice lo que pude con la información que tenía. Que no hay nada vergonzoso en intentar salvar a todo el mundo, pero que tengo que llegar a aceptar que no todo el mundo merece ser salvado. O, como en tu caso, no todo el mundo «quiere» ser salvado.

He decidido centrarme en mi futuro. Hacer planes propios. Voy a coger el dinero de la venta de mi casa, junto con mis ganancias de Wanderlust Illustrations y voy a viajar los próximos seis meses. Gemma ya ha vuelto a Inglaterra, pero se reunirá conmigo en Noruega dentro de unas semanas.

Creo que estarías orgullosa de mí, Olivia. Creo que querrías que saliera de tu sombra y notase el sol en la piel. Que me forjase un camino propio. Perderte me ha obligado a crear una vida que es más valiente y decidida y más vívida que la simple existencia que tenía antes.

Escribo esto sentada en una sala de embarque, esperando para subir en mi avión. Nuestros padres se han ofrecido a traerme en coche, pero yo sabía que si lo hacían quizá me arrepentía de irme. Seis meses es mucho tiempo, pero han prometido que se reunirán conmigo para Navidad. Solo faltan once semanas.

Además, quería visitar un sitio antes de irme. El taxi ha recorrido las serpenteantes calles de Stonemill. He visto pasar nuestra ciudad natal. Nos veo a las dos, dos hermanas, dos niñas, con las cabezas juntas, entrando en el mercado de alimentación para comprar unos bocadillos, y luego corriendo calle abajo con nuestro tesoro.

El taxi ha llegado a nuestro destino y yo me he bajado. He pagado al conductor para que me esperase. No había estado en el prado, en «nuestro» prado, desde el día en que se te llevaron.

No ha cambiado nada, está exactamente igual que aquella fragante tarde de julio. Me he quedado de pie entre las flores y he pensado en la muerte. Porque yo no te perdí una sola vez, sino dos. Te perdí la noche que Heath entró en casa de nuestros padres y te sacó de tu cama. Y una vez más cuando caíste de aquel tejado y te rompiste el cuello. Lo que creí la noche que te secuestraron, lo que sentía con cada latido de mi corazón, con cada aliento, incluso en el rojo intenso de mi sangre, era cierto: nunca volviste a casa. En realidad, no. Lo que volvió a nosotros, tras dieciséis años, fue aquello en lo que Heath te había convertido. Hubo momentos, destellos de diamante, de mi hermana, pero no eran más que eso: destellos.

Incluso ahora, a los veintisiete años, conozco a personas cuyos seres queridos están todos vivos, que nunca han experimentado la pena profunda y lacerante que acompaña a la pérdida. Me pregunto qué se siente al ser tan deliciosamente ignorante de ese dolor. Deliciosamente ignorante de que la muerte acecha, dispuesta a arrebatártelo todo en cualquier momento. Ese pensamiento antes era amargo y celoso, pero de pie en el prado silvestre, ha sido simplemente triste.

Una oleada de angustia me envuelve, y yo la dejo entrar. Dejo que la consciencia de que tú no estarás en el aeropuerto para saludarme cuando vuelva a Inglaterra, después de mis viajes, me entre por los oídos, los ojos, la nariz y la boca. Nunca volverás a escucharme hablar de que alguien me ha roto el corazón, o de mi último amor.

No estarás a mi lado el día de mi boda. Ni tampoco sentirás el peso de mi primer hijo en tus brazos. No nos haremos viejas juntas, como tú esperabas. Nunca cogerás mi mano arrugada y fría en la tuya. Los años que hemos perdido y continuamos perdiendo son como espinas en mis manos. Pero me las voy a quitar. Las voy a arrojar a un lado. Y elijo centrarme en los años que tuvimos, dejando que florezcan en mi mente como rosas nuevas. Como girasoles.

He cerrado los ojos, he levantado la cara a la luz cálida y he pensado: «No te quiero de forma descuidada o perezosa, Olivia. Te quiero con una certeza resonante, visceral».

Cuando he abierto los ojos otra vez, ahí estabas tú. Una chica muy joven. Esperándome. Tu perfil contra el cielo iluminado. Te veré para siempre así. En el resplandor fragante de la luz vespertina, hacías la rueda limpiamente en un prado lleno de flores silvestres. Con los miembros largos y bronceados y una impecable simetría. Te echabas atrás el pelo dorado, apartándolo de la cara, con los ojos cerrados.

Lagos glaciales y cielos de verano, pétalos de nomeolvides y campanilla.

Yo quería envolverte entre mis brazos, como si eso pudiera impedir que me dejaras de nuevo. Pero tú te has ido. Ya no estás.

—Adiós, Olivia.

Me has sonreído con una sonrisa lenta, perezosa, radiante.

—Nos vemos, Kitty-Cate.

Y entonces te has dado la vuelta y te has alejado, hacia el sol que se hundía por debajo de la colina.

Durante años, sin ti a mi lado, he sentido una enorme soledad, tan aguda como un cuchillo bajo la piel. Fría e inexorable. Pero ahora lo entiendo mejor. Tú brillas en el rojo intenso de mi sangre. «Nuestra» sangre. Somos hermanas. Tenemos veintisiete y trece años. No estaré nunca sola.

Agradecimientos

Muchas gracias a mi agente y amiga, Thérèse Coen, por creer en mí desde un principio. Gracias a Una y a todos en Susanna Lea Associates por vuestro apoyo.

Tengo la increíble suerte de que me haya publicado el equipo innovador y dinámico de Embla Books. Gracias a Anna Perkins, a quien adoro, a Hannah Deuce y a Marina Stavropoulou, por todo lo que hacéis. Gracias especiales a mi amable y paciente correctora, Cara Chimirri, por todas las horas que has dedicado a esta historia. Espero hacer que te sientas orgullosa.

Gracias también a Lisa Brewster por una preciosa portada más: mi favorita hasta ahora. Tienes un talento increíble.

A mis lectores…, sois una comunidad ferviente, generosa y maravillosa. Vuestro amor por *One Small Mistake* y *The Perfect Match* ha sido abrumador y muy reconocido. No puedo daros las gracias lo suficiente por vuestro continuo apoyo. Gracias especiales a aquellos de vosotros que habéis dejado reseñas y me habéis enviado mensajes de ánimos. Espero que disfrutaseis de la lectura de esta historia tanto como yo he disfrutado escribiéndola.

Gracias a la doctora Rebecca Annis, al doctor Matthew Stuttard y al doctor Wesley Dean por sus conocimientos médicos y por hacerse cargo de mis morbosas preguntas de investigación.

Gracias a mis colegas del KES por sus ánimos, especialmente a Binny, Andrew y los miembros pasados y presentes del L. G.

A Rachel Rowlands por escuchar y comprender.

Infinitas gracias a la escritora y amiga Rachel Delahaye-Lefever, por defender entusiásticamente este libro. Tu fe en esta historia, tu cariño y tu emoción han sido como un hechizo curativo. Te quiero mucho.

A mi madre, por devorar mi tercer libro con tanto vigor como los dos que vinieron antes. Gracias por inculcarme el amor a las historias y una creencia en mí misma y en que podía conseguir cualquier cosa.

Y a Lucy Perkins por encontrar tiempo para leer esta historia mientras estudiabas para el máster. Tus peregrinas teorías de la trama me han mantenido entretenida, y tu infatigable confianza en mí me ha motivado mucho. Gracias por tus ánimos, por tu naturaleza considerada y tu capacidad de hacer que todos los días sean buenos. Nunca seré más yo misma que cuando estoy contigo.

Gracias a mi marido por todas las conversaciones en los parques, por tu paciencia y por tus consejos creativos. Por tener fe en mí en los momentos en que yo misma no la tengo. Soy muy afortunada de contar con tu cariño. Y mi amor a nuestras dos pequeñas, Ivy y Maple, las más retozonas y adorables compañeras de escritura.

Este libro está dedicado a Mel, mi amiga más antigua, terapeuta mía desde hace mucho tiempo. Nunca podría haber escrito *La hija equivocada* sin ti. Tú fuiste la primera persona en enamorarte de esta historia. Tus comentarios y teorías han dado forma a este libro. Tu entusiasmo y sabiduría me han ayudado a escribirlo. Es raro conocer a alguien que te quiere desde hace tanto tiempo y que te ha

conocido como chica y como mujer. Juntas nos hemos graduado en la universidad, hemos cursado nuestros másteres, nos hemos comprado una casa, hemos sido mamás de perros, nos hemos prometido, casado, publicado libros… Estoy muy orgullosa de la vida que hemos construido. Dos décadas de amistad a nuestras espaldas, una vida entera que aún nos queda por vivir.

Dos hermanas.
Una hija desaparecida.
Una mentira terrible.
¿Y si confían en la hija equivocada?



Caitlin y Olivia están emocionadas porque, por primera vez, sus padres les han permitido quedarse solas en casa mientras ellos acuden a una fiesta. Pero cuando se van a dormir, alguien abre la puerta de atrás y nunca nada volverá a ser igual.

Cuando los padres regresan, la cama de Olivia está vacía. Su hija mayor ha desaparecido… hasta hoy.

Dieciséis años después, Olivia está de vuelta y la familia puede por fin dejar atrás la peor pesadilla de sus vidas. Pero Caitlin no acaba

de confiar en la mujer que dice ser su hermana. Sus recuerdos de lo que ocurrió aquella noche no encajan y las dos guardan secretos que podrían destrozar a la familia…

«Hay libros que son sencillamente extraordinarios. La hija equivocada pertenece a esa categoría. ¡Me ha encantado!».

LISA JACKSON

Dandy Smith creció en Kettering, Northamptonshire, y trabajó como gestora de derechos para una pequeña editorial antes de completar su máster en escritura creativa. En la actualidad se dedica a escribir a tiempo completo historias oscuras con toques de ingenio y engaño, relaciones complejas y personajes femeninos con carácter. *La hija equivocada* es un best seller del que se han vendido más de 600.000 ejemplares y se va a publicar en 16 lenguas.

A Dandy le encanta el fitness aéreo, los días lluviosos y todo lo que tenga sabor a chocolate y naranja.



Título original: *The Wrong Daughter*

Primera edición: junio de 2026

© 2025, Dandy Smith
Gestión de derechos internacionales: Susanna Lea Associates
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Ana Herrera Ferrer, por la traducción

Diseño de portada: The Brewster Project
Imagen de portada: composición fotográfica a partir de las imágenes de © Depositphotos & Alamy

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-253-7299-5

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @grijalbo_es
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

La hija equivocada
Prólogo
1. Verano. Caitlin Arden
2. Caitlin Arden
3. Invierno. Elinor Ledbury
4. Caitlin Arden
5. Caitlin Arden
6. Elinor Ledbury
7. Caitlin Arden
8. Caitlin Arden
9. Caitlin Arden
10. Elinor Ledbury
11. Caitlin Arden
12. Elinor Ledbury
13. Caitlin Arden
14. Elinor Ledbury
15. Caitlin Arden
16. Caitlin Arden
17. Caitlin Arden
18. Elinor Ledbury
19. Caitlin Arden
20. Caitlin Arden
21. Caitlin Arden
22. Elinor Ledbury
23. Caitlin Arden
24. Caitlin Arden
25. Caitlin Arden
26. Elinor Ledbury
27. Caitlin Arden
28. Caitlin Arden

29. Caitlin Arden
30. Elinor Ledbury
31. Caitlin Arden
32. Caitlin Arden
33. Elinor Ledbury
34. Caitlin Arden
35. Caitlin Arden
36. Elinor Ledbury
37. Caitlin Arden
38. Caitlin Arden
39. Elinor Ledbury
40. Caitlin Arden
41. Caitlin Arden
42. Elinor Ledbury
43. Caitlin Arden
44. Elinor Ledbury
45. Caitlin Arden
46. Caitlin Arden
47. Caitlin Arden
48. Caitlin Arden
49. Caitlin Arden
50. Caitlin Arden
51. Caitlin Arden
52. Caitlin Arden
53. Caitlin Arden
54. Caitlin Arden
55. Caitlin Arden
56. Caitlin Arden
57. Caitlin Arden
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Dandy Smith
Créditos